

RINDAS

D.J.57

# EL HAMBRE

ALMA KATSU

Traducción de Natalia Cervera

**Alianza** editorial

## Índice

Ruta de la expedición Donner  
Prólogo. Abril de 1847

### JUNIO DE 1846

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

### JULIO DE 1846

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

### AGOSTO DE 1846

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

### SEPTIEMBRE DE 1846

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

OCTUBRE DE 1846

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

NOVIEMBRE DE 1846

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

DICIEMBRE DE 1846

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

ENERO DE 1847

Capítulo 45

Capítulo 46

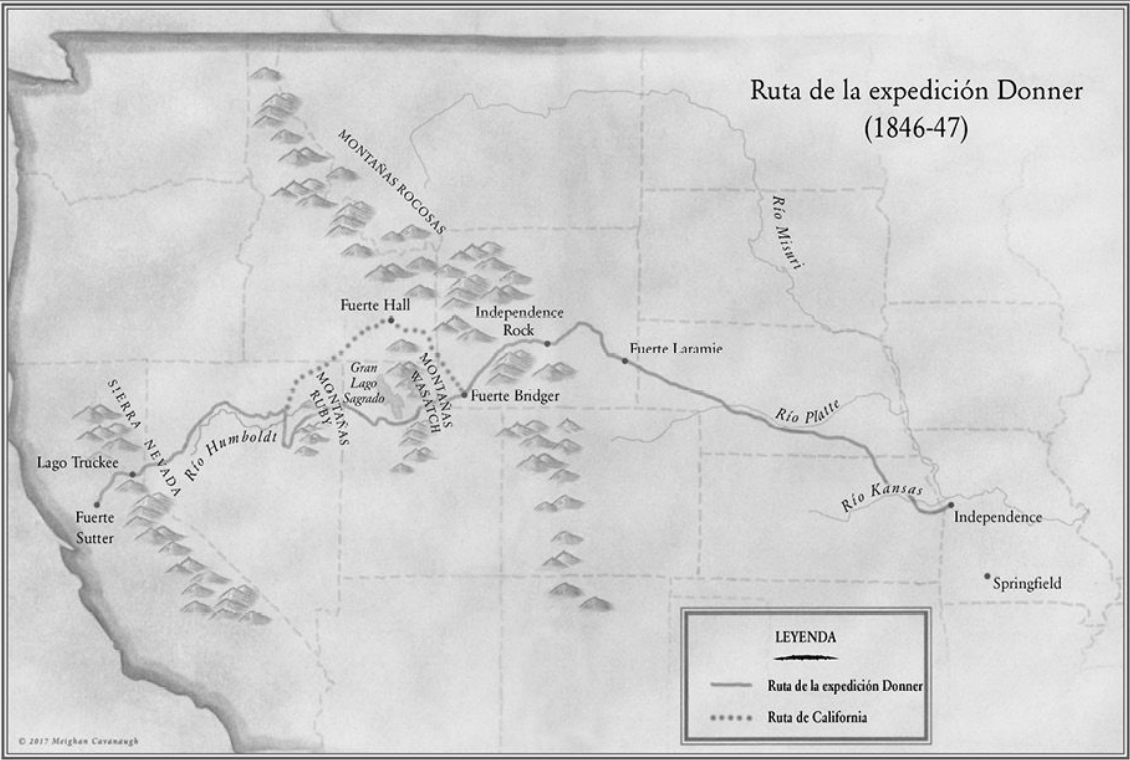
Epílogo. Marzo de 1847

Agradecimientos

Créditos

*Para mi marido, Bruce*

Ruta de la expedición Donner  
(1846-47)



# Prólogo

*Abril de 1847*

Todos estaban de acuerdo en que el invierno había sido crudo, uno de los peores que recordaban. Tan crudo que había obligado a un par de tribus indias, los payutes y los miwok, a bajar de la montaña. No había caza por ningún lado y un hambre incesante dominaba todos sus movimientos, dejaba a su paso los campos yermos cuajados de marcas negras de hogueras que no emitían ningún olor, como ojos oscuros en la tierra.

Un par de payutes les dijeron que habían visto a un blanco loco, que había logrado sobrevivir a aquel invierno infernal, deslizándose como un fantasma por el lago helado.

Tenía que ser su hombre: un tal Lewis Keseberg, el último superviviente conocido de la tragedia de la expedición Donner. El grupo de rescate había partido con la intención de dar con Keseberg y volver con él vivo, si era posible.

Estaban a mediados de abril y la nieve llegaba a los caballos por el pecho; el equipo tuvo que dejarlos en un rancho de la zona y continuar a pie.

Después de alcanzar la cima, fría, ventosa y desolada, tardarían tres días en bajar hasta el lago. La primavera conllevaba barro, y a montones, pero a mayores alturas seguían en invierno y el suelo era un espeso manto blanco. Era traicionera aquella nieve: ocultaba grietas y escarpadas caídas. La nieve guardaba secretos. Parecía que se estaba pisando terreno firme, pero más tarde o más temprano se desmoronaba la cornisa bajo los pies.

El descenso resultó aún más duro de lo que esperaban: la nieve cedía, empapada y resbaladiza, imbuida de un deseo sobrenatural de arrastrar a todo el equipo montaña abajo.

Cuanto más se acercaban al lago, más oscuro estaba todo, con árboles tan altos que difuminaban las cumbres y bloqueaban el paso del sol. Se notaba que había caído una buena nevada por el daño sufrido por los árboles: ramas tronchadas y unos diez metros de corteza llena de arañazos. Junto al lago también reinaba un silencio sobrecogedor. No se oía el menor sonido: ni el canto

de los pájaros ni el salpicar de aves acuáticas que golpearan la superficie. Nada más que el golpeteo de los pasos, la respiración trabajosa y, de cuando en cuando, el crujido de la nieve al derretirse.

Lo primero que percibieron, ya inmersos en la bruma del lago, fue el hedor; olía a carroña en todo el paraje. El omnipresente hedor de la carne putrefacta se mezclaba con el aroma de las coníferas. A medida que se acercaban a la orilla, el aire se hacía más denso. El olor de la sangre, con la punzada del hierro, parecía surgir de todas partes, de la tierra, del agua y del cielo.

Según les dijeron, los supervivientes habían estado resguardándose en una cabaña abandonada y dos cobertizos improvisados, uno de ellos construido contra una gran roca. No tardaron en encontrar la cabaña a la orilla del lago, recorrido por las ondas de una niebla perezosa. Se alzaba solitaria en un pequeño claro. No había duda de que estaba deshabitada, pero no lograban sacudirse la sensación de que no estaban solos, de que dentro los esperaba alguien, algo salido de un cuento de hadas.

La aprensión parecía haber ido apoderándose de todo el equipo, y el olor antinatural del aire los tenía con los nervios a flor de piel. Se acercaron a la cabaña lentamente, blandiendo los fusiles.

Había varios objetos incongruentes desperdigados por la nieve: un devocionario de bolsillo, una cinta marcapáginas que ondeaba al viento.

Dientes dispersos.


Lo que parecía una vértebra humana, sin rastro de piel.

La aprensión ya les llegaba a la garganta y al fondo de los ojos. Unos cuantos se negaron a seguir. Tenían delante la puerta de la cabaña, con un hacha apoyada al lado, en la pared exterior.

La puerta se abrió por sí sola.







JUNIO DE 1846

## Capítulo 1

En opinión de Charles Stanton, no había nada mejor que un buen y minucioso afeitado. Esa mañana estaba delante del gran espejo atado a un lateral de la carreta de James Reed. En todas direcciones, la pradera se extendía como un manto, agitado ocasionalmente por el viento: kilómetros y kilómetros de zacate de búfalo sin fin, tan solo interrumpidas por la roja atalaya de Chimney Rock, erguida a lo lejos como un centinela. Si entrecerraba los ojos, la caravana parecía un montón de juguetes desperdigados por la vasta e interminable maleza: frágiles, insignificantes, intrascendentes.

Se volvió hacia el espejo y se colocó la navaja bajo la barbilla, recordando una de las expresiones favoritas de su abuelo: «Los taimados se ocultan tras una barba, como Lucifer». Stanton conocía a muchos hombres que se daban por satisfechos con un cuchillo bien afilado, e incluso a algunos que usaban un hacha, pero para él no había nada comparable a una navaja barbera. No se encogió al sentir el metal frío en el cuello; de hecho, hasta le gustaba.

—No te consideraba tan presumido, Charles Stanton —dijo una voz a su espalda—, pero si no te conociera, me parecería que te estabas admirando. —Se le acercaba Edwin Bryant, con una taza de hojalata llena de café en la mano. La sonrisa se desvaneció rápidamente—. Te has hecho sangre.

Stanton bajó la vista a la navaja; estaba manchada de rojo. En el espejo se vio una línea carmesí en el cuello, un tajo palpitante de ocho centímetros en el lugar donde tenía hasta entonces la punta de la cuchilla. Estaba tan afilada que ni lo había notado. Se arrancó la toalla del hombro y se apretó la herida con ella.

—Se me habrá escurrido la mano —dijo.

—Siéntate —dijo Bryant—. Voy a echarle un vistazo. Tengo un poco de formación médica, ¿sabes?

Stanton apartó la mano extendida de Bryant.

—Estoy bien, no es nada. Un contratiempo. —Era una definición perfecta de aquel maldito viaje. Un «contratiempo» tras otro.

—Si tú lo dices... —Bryant se encogió de hombros—. Los lobos pueden oler

la sangre a tres kilómetros.

—¿Qué querías? —preguntó Stanton. Sabía que Bryant no se había acercado a la carreta solo para charlar, y menos cuando deberían estar unciendo a los animales. A su alrededor bullía el habitual caos matinal. Los arrieros agrupaban a los bueyes, que hacían temblar la tierra con su peso. Los hombres desmontaban sus tiendas de campaña y las cargaban en sus carretas, o apagaban las hogueras con arena. El aire estaba cargado de los gritos de los niños, que acarreaban cubos de agua para la bebida y la limpieza del día.

Stanton y Bryant se conocían desde hacía poco, pero se habían hecho amigos en seguida. Stanton viajaba con una pequeña caravana que había partido de Illinois, compuesta principalmente por las familias Donner y Reed, pero hacía poco se había unido en Independence, una localidad de Misuri, a un grupo mucho mayor encabezado por el militar retirado William Russell. Edwin Bryant había sido uno de los primeros miembros de la expedición Donner en presentarse y parecía gravitar en torno a Stanton, quizá porque los dos eran solteros en una caravana llena de familias.

En cuanto al aspecto, Edwin Bryant era el opuesto de Stanton. Este último era alto, y fuerte sin intentarlo. Le habían alabado el físico toda la vida. Que él supiera, había heredado de su madre el pelo castaño oscuro, denso y rizado, y los ojos tiernos.

«Tu aspecto es un regalo del diablo, chico, para que puedas arrastrar a otros al pecado». Otra de las sentencias de su abuelo. En una ocasión lo había golpeado en la cara con la hebilla de un cinturón, quizá con la esperanza de ahuyentar al demonio que veía en ella. No funcionó. Stanton no perdió ni un diente; se le había curado la nariz y se le había difuminado la cicatriz de la frente. No le constaba que el demonio hubiera desaparecido.

Bryant le sacaría un decenio. A causa de los años pasados en un periódico, era más blando que la mayoría de los miembros de la expedición, granjeros, carpinteros o herreros, hombres que vivían del duro trabajo físico. De ojos débiles, debía usar lentes casi de continuo. Tenía un aire perpetuamente despistado, como si anduviera pensando en otras cosas. Sin embargo, no se podía negar que tenía cacumen; probablemente era el hombre más listo de la expedición. Había reconocido que pasó unos años de aprendiz de un galeno cuando era muy joven, aunque no quería que le encargaran los servicios médicos de la caravana.

—Mira esto. —Bryant dio una patada a unos matojos, levantando una nube

de polvo—. ¿Te has fijado? La hierba está muy seca para esta época.

Llevaban varios días viajando por terreno llano; el horizonte era una larga franja de alta hierba de la pradera y matorrales. A lo lejos, flanqueando la ruta, se elevaban y descendían colinas de arena de color oro y coral. Algunas eran escarpadas, como dedos que señalaban directamente al cielo. Stanton se agachó y arrancó unos cuantos tallos de hierba. Las briznas eran cortas, de no más de veinte centímetros, y ya se habían tornado de un verde marrónáceo desvaído.

—Parece que hubo sequía hace poco —dijo Stanton. Se puso en pie, se sacudió el polvo de las manos y miró hacia el distante y brumoso telón morado. La tierra parecía extenderse interminablemente.

—Y solo estamos entrando en la llanura —señaló Bryant. Estaba claro lo que quería decir: quizá no hubiera suficiente hierba para los bueyes y el ganado. Hierba, agua, madera: las tres cosas que necesitaba una caravana—. Las condiciones son peores de lo que esperábamos, y tenemos un largo camino por delante. ¿Ves esas montañas a lo lejos? Eso no es más que el principio, Charles. Detrás de esas montañas hay más, y desiertos, y praderas, y ríos más anchos y profundos que ninguno que hayamos cruzado hasta ahora. Todo eso nos separa del océano Pacífico.

Stanton ya había oído esa letanía. Bryant había dicho poco más en los últimos días, desde que llegaron a la cabaña del trampero, en Ash Hollow. La cabaña vacía se había convertido en una suerte de puesto avanzado fronterizo para los pioneros que cruzaban la llanura, que acostumbraban dejar cartas para que el siguiente viajero que se dirigiera al este las llevara a una verdadera estafeta de correos para su reparto. Muchas de aquellas cartas eran simples papeles doblados, dejados bajo una piedra con la esperanza de que acabaran por alcanzar a su destinatario, allá en casa.

Stanton se había sentido extrañamente reconfortado por la visión de todas aquellas cartas. Le habían parecido un testimonio del amor de los viajeros por la libertad y su deseo de tener grandes oportunidades, pese a los riesgos. Pero Bryant se había puesto nervioso: «Mira todas esas cartas. Debe de haber docenas, puede que un centenar. Los colonos que las escribieron irán muy por delante de nosotros en la ruta. Somos de los últimos que parten esta temporada, y sabes qué significa eso, ¿verdad? —le preguntó a Stanton—. Puede que vayamos con retraso. Cuando llegue el invierno, la nieve bloqueará los pasos de la montaña, y el invierno llega antes a más altura».

—Paciencia, Edwin —dijo Stanton ahora—. Acabamos de dejar atrás

Independence...

—Pero estamos a mediados de junio. Avanzamos demasiado despacio.

Stanton volvió a echarse la toalla al hombro y miró a su alrededor: había salido el sol hacía horas, pero aún no habían desmontado el campamento. Por doquier, las familias terminaban de desayunar sobre los restos de sus hogueras. Las madres cotilleaban, con los bebés en brazos. Un chaval estaba jugando con un perro en vez de recoger del campo los bueyes de la familia.

—Con la buena mañana que hace, ¿cómo puedes culparlos? —preguntó con indiferencia. Tras varias semanas de marcha, nadie estaba impaciente por enfrentarse a un día más. La mitad de los hombres solo tenían prisa cuando llegaba el momento de repartir la jarra de alcohol casero. Bryant se limitó a fruncir el ceño; Stanton se frotó la nuca—. En cualquier caso, con quien hay que hablar es con Russell.

Bryant se agachó a recoger su café con un mohín.

—Ya lo he hablado con Russell y está de acuerdo, pero no hace nada. Es incapaz de decir que no a nadie. A principios de semana, ¿te acuerdas?, dejó ir a cazar bisontes a esos tipos, y la caravana se pasó dos días parada mientras se ahumaba y se secaba la carne.

—Puede que más adelante nos alegremos de tenerla.

—Te garantizo que veremos más bisontes. Pero no volveremos a ver esos días.

Stanton se daba cuenta de que Bryant tenía razón y no quería discutir.

—Mira, esta noche iré contigo a hablar con Russell y le haremos ver que lo decimos en serio.

—Estoy harto de esperar. —Bryant negó con la cabeza—. Es lo que venía a decirte: voy a dejar la caravana. Unos cuantos vamos a adelantarnos a caballo; las carretas van demasiado despacio. Entiendo que los hombres con familia necesiten las carretas. Tienen que transportar a los niños, a los viejos y a los enfermos. Tienen propiedades de las que preocuparse. No se lo reprocho, pero tampoco quiero ser su rehén.

Stanton pensó en su carreta y su yunta de bueyes. Le habían costado casi todo el dinero que había sacado de vender la tienda.

—Ya veo.

Los ojos de Bryant se iluminaron tras las gafas.

—El jinete que se nos unió anoche me ha dicho que los washo están al sur de su terreno de pasto habitual, a unas dos semanas por el sendero. No puedo correr

el riesgo de perdérmelos. —A Bryant le gustaba considerarse un antropólogo aficionado y, supuestamente, estaba escribiendo un libro sobre las creencias espirituales de las diversas tribus. Podía pasarse horas hablando de las leyendas indias: animales parlantes, dioses bromistas, espíritus que parecían vivir en la tierra, el viento y el agua... Se entusiasmaba tanto que varios colonos lo miraban con desconfianza. Por mucho que a Stanton le gustaran las narraciones de Bryant, sabía que podían resultar terroríficas para los cristianos criados únicamente con relatos bíblicos, que no entendían que un hombre blanco sintiera tal fascinación por las creencias de los nativos.

—Sé que son tus amigos —continuó Bryant—, pero ¡por el amor de Dios! — Cuando se emocionaba con un asunto, era difícil que lo dejara—. ¿Qué les hizo creer que podían llevarse toda la casa a California?

Stanton no pudo evitar sonreír. Por supuesto, sabía a qué se refería Bryant: al gran carromato de George Donner, fabricado a medida. Había sido la comidilla de Springfield mientras lo construían, y toda la caravana hablaba de él. La base medía un metro de más, de modo que quedaba sitio para un banco y una zona de almacenamiento cubierta. Hasta llevaba una pequeña cocina, con una chimenea que sobresalía de la cobertura de tela.

—Quiero decir... —Bryant señaló con la cabeza el campamento de los Donner—. ¿Cómo pretenden cruzar las montañas con ese armatoste? Ni cuatro yuntas de bueyes podrían arrastrarlo por esas cuestas, y ¿para qué? Para que la reina de Saba viaje cómodamente. —En el breve tiempo transcurrido desde que los colonos de Springfield se unieron a la expedición Russell, más numerosa, Edwin Bryant había desarrollado un sano e indisimulado desdén hacia Tamsen Donner—. ¿Has visto esa cosa por dentro? Es como el barco de Cleopatra, con su colchón de plumas y sus sedas.

Stanton sonrió con sorna. No era como si los Donner estuvieran durmiendo dentro; su carreta estaba llena de utensilios domésticos, camas incluidas, como todas las demás. Bryant era bastante propenso a las exageraciones.

—Creía que George Donner era un tipo listo —prosiguió Bryant—, pero se ve que no.

—¿Qué tiene de malo que quiera hacer feliz a su mujer? —preguntó Stanton. Quería considerarse amigo de George Donner, pero no podía, ya que sabía de sus contactos.

Para colmo de males, últimamente le costaba apartar la vista de la mujer de Donner. Tamsen Donner tendría unos veinte años menos que su marido y era de

una belleza sobrecogedora, probablemente la mujer más guapa que había conocido. Era como una de esas muñecas de porcelana que se veían en las tiendas de los modistos exhibiendo las últimas tendencias francesas en miniatura. Tenía una mirada traviesa que lo atraía irremediablemente, y una cintura estrechísima, tanto que un hombre podría rodearla con las dos manos. Tuvo que detenerse varias veces para no pensar en cómo se sentiría con esa cintura entre los dedos. Para Stanton era un misterio que George Donner hubiera conseguido hacerse con semejante mujer, aunque sospechaba que algo tendría que ver el dinero.

—Unos cuantos partimos mañana —dijo Bryant en voz más baja—. ¿Por qué no te vienes? No tienes ataduras; no tienes una familia por la que preocuparte. Podrías llegar mucho más deprisa... adondequiera que vayas.

Saltaba a la vista que Bryant intentaba de nuevo sacar información, averiguar por qué viajaba Stanton al Oeste. La mayoría de la gente estaba deseosa de hablar de ello. Bryant sabía que Stanton había sido propietario de una mercería y una casa en Springfield, pero no le había revelado, ni a él ni a nadie, el porqué de su decisión de abandonarlo todo. Su socio, el que tenía sentido comercial, murió inesperadamente, y Stanton quedó solo al frente de la tienda. Tenía la cabeza para ello, pero le faltaba la inclinación: servir al flujo interminable de clientes; regatear con aquellos a los que no les gustaban sus precios; intentar aprovisionar los estantes de productos que resultaran atractivos a los ciudadanos de Springfield, vecinos a los que casi no conocía y a los que, desde luego, no entendía. ¿Aguas olorosas exóticas? ¿Cintas de raso brillante? Había sido una época solitaria y, sin duda, uno de los motivos por los que había dejado Springfield.

Pero no había sido el único.

—¿Y qué hago con mi carreta y mis bueyes? —decidió objetar—. No puedo dejarlos tirados en el camino.

—No haría falta. Seguro que encuentras a alguien del grupo que quiera comprártelos. O puedes contratar a un arriero para que se encargue de llevarte la carreta a California.

—No sé —dijo Stanton. A diferencia de Bryant, no le importaba viajar con familias, entre el ruido de los niños y el cacareo agudo de las mujeres. Pero había algo más—. Necesito tiempo para pensármelo.

En aquel momento, un jinete apareció al galope; un torbellino de polvo anunció su llegada. George Donner. Uno de sus cometidos era el de poner la



caravana en marcha por las mañanas. Normalmente se mostraba alegre mientras metía prisa a las familias para que recogieran el campamento y enyugaran a los bueyes con el fin de proseguir el camino, pero aquella mañana tenía una expresión sombría.

Stanton saludó brevemente a Donner. Por fin llegaba el momento de partir.

—Estaba a punto de atar... —empezó.

—No vamos a salir aún —interrumpió Donner, muy serio—. Ha surgido un contratiempo.

—¿Voy a buscar el maletín médico? —preguntó Bryant, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—No ha sido un contratiempo de esa clase. —George Donner se agitó en la silla—. Ha desaparecido un niño. Esta mañana, cuando sus padres han ido a despertarlo, no estaba en la tienda.

Stanton sintió alivio de inmediato.

—Es normal que los niños se vayan por ahí.

—Cuando estamos en marcha, sí, pero no por la noche. Los padres van a quedarse aquí para buscarlo, y también se queda más gente a ayudar.

—¿Buscan más voluntarios? —preguntó Stanton. Donner negó con la cabeza.

—Tienen de sobra. En cuanto saquen sus carretas del camino, el resto de la caravana se pondrá en marcha. Estad atentos, por si veis algún rastro del niño. Quiera Dios que no tarde mucho en aparecer.

Donner partió de nuevo y dejó una columna de polvo a su paso. Si el niño se había perdido en la oscuridad, era improbable que sus padres volvieran a verlo. Aquella amplitud podía tragarse fácilmente a un niño, con el implacable espacio que se extendía en todas direcciones, con los horizontes que sojuzgaban hasta al sol.

Stanton vaciló. Quizá debiera partir en su busca. No vendría mal un poco más de ayuda. Se llevó la mano al cuello, pensando en montar su caballo. Los dedos salieron rojos. Estaba sangrando otra vez.

## Capítulo 2

Las carretas se extendían por la llanura, delante de Tamsen Donner, hasta donde le alcanzaba la vista. El primero a quien se le hubiera ocurrido llamar *galeras* a los carromatos de los pioneros no andaba errado, porque las cubiertas parecían velas blancas que ondeaban bajo el intenso sol de la mañana, y las densas nubes de polvo que levantaban las ruedas casi podían tomarse por el oleaje que empujaba las barcas por el mar del desierto.

Prácticamente todos los pioneros preferían caminar para ahorrar a los bueyes el peso extra, e iban por los campos, a los lados del sendero, para evitar el grueso de la polvareda. El ganado, compuesto por vacuno para leche y carne, así como cabras y ovejas, iba también por la pradera, pastoreado por niños y niñas armados con varas, y el perro de la familia devolvía al rebaño a los rezagados.

A Tamsen le gustaba andar. Le daba tiempo para buscar las hierbas y plantas que necesitaba para sus remedios: milenrama para la fiebre, corteza de sauce para el dolor de cabeza. Consignaba en un diario la flora que encontraba, y guardaba muestras de las plantas desconocidas para estudiarlas o experimentar con ellas.

Además, si caminaba, daba a los hombres la oportunidad de admirar su figura. ¿De qué servía tener ese aspecto si lo desperdiciaba?

También había otra cosa. Si se pasaba todo el día en una carreta, empezaba a sentir que esa inquietud de descontento punzante crecía en su interior como un animal enjaulado, tal como le ocurría en casa. En el exterior, al menos, la bestia de la infelicidad podía vagar a sus anchas y dejarle espacio para respirar y pensar.

Sin embargo, aquella mañana tardó poco en arrepentirse de su decisión. Betsy Donner, que se había casado con el hermano menor de George, corría hacia ella. No era que Betsy le cayera mal exactamente, pero, desde luego, tampoco le caía bien. Era tan chabacana como una chica de catorce años, muy distinta de las amigas que había conocido Tamsen en Carolina antes de casarse con George: las otras profesoras, sobre todo Isabel Topp; Hattie, la criada de Isabel, que le había

enseñado qué plantas usar para curar; la esposa del párroco, que leía en latín. Las echaba de menos a todas.

Ese era el problema principal. Llevaban un mes y medio de camino, y Tamsen estaba agitada. Había pensado que cuanto más se acercaran al Oeste, más libre se sentiría; no había previsto aquella sensación de estar atrapada. Durante las primeras semanas hubo distracciones: la novedad de vivir con lo que transportaban en una carreta y acampar por las noches bajo las estrellas; tener entretenidos a los niños día tras día de la infinita ruta, inventando juegos y convirtiendo los juegos en lecciones. Al principio era una aventura, pero, más adelante, lo único en lo que podía pensar era en lo tedioso que se había hecho y en lo mucho que habían dejado atrás.

En lo mucho que ella había dejado atrás.

En cómo la oscura punzada del ansia crecía con la distancia en vez de amainar.

Desde el principio, Tamsen se había opuesto a que se trasladaran al Oeste, pero George había dejado claro que a él le correspondían todas las decisiones sobre la forma de vida de los suyos. La había abordado como dueño de un próspero negocio agrario, con cientos de acres de cultivo y una vacada. «Nací para la prosperidad. Déjame a mí gestionar los asuntos de la familia y nunca te faltará de nada», le había prometido. Irradiaba una confianza fascinante; ella estaba sola y cansada de valerse por sí misma después de que la viruela se llevase a su primer marido. Se decía que con el tiempo acabaría por quererlo. No tenía más remedio.

Era la única forma de enmendar la sensación de que nada iba bien, el corazón roto.

Además, sintiera lo que sintiera, sabía que siempre podía confiar en Jory. Su hermano opinaba que George le convenía, y se había inclinado a creerlo. Se obligó a creerlo.

Después, George le planteó la idea de mudarse a California. «Es la tierra de las oportunidades —le dijo tras leer libros escritos por colonos que habían conseguido terminar el viaje—. Seremos más ricos de lo que podamos imaginar. Allí podríamos hacernos con miles de acres, muchísimo más de lo que podríamos comprar en Illinois. Instauraríamos nuestro propio imperio y se lo transmitiríamos a nuestros hijos». Convenció a su hermano Jacob para que lo acompañara en la grandiosa empresa. Tamsen se interesó por los rumores que había oído sobre los problemas que surgían en California: ¿no había mexicanos

asentados allí? No iban a cederles sus tierras sin más ni más. ¿Y eso que se decía de que iba a estallar una guerra con México, tal como había ocurrido en Texas? Pero George restó importancia a sus preguntas. «La gente se está marchando a California en masa —adujo—. El Gobierno no se lo permitiría si fuera peligroso». Hasta sacó para demostrarlo su libro favorito, la *Guía del emigrante a Oregón y California*, escrita por Lansford Warren Hastings, un abogado que había realizado el viaje. Y aunque Tamsen tenía aún muchas más preguntas, en parte quería sentir la misma esperanza que él... de que tal vez las cosas irían mejor en California.

Pero de momento solo estaba atrapada en un viaje interminable, rodeada únicamente por las personas a las que menos apreciaba: la familia de su marido.

—Buenos días, Betsy —dijo cuando se acercó su cuñada, afectando una sonrisa. Las mujeres siempre estaban obligadas a sonreír, y dominaba la técnica hasta tal punto que a veces se asustaba.

—Buenos días, Tamsen. —Betsy era una mujer cuadrada, ancha de hombros y caderas, y entre medias más abundancia de lo que ningún corsé podía contener—. ¿Has oído la noticia? Se ha perdido un niño, un poco más atrás.

Tamsen no se sorprendió; la caravana ya había sufrido un percance tras otro: señales todas, si se sabía interpretarlas. Tan solo la semana anterior, abrió un barril de harina y se la encontró infestada de gorgojos. Hubo que tirarla, evidentemente; una pérdida muy cara. A la noche siguiente, Philipinne Keseberg, la joven esposa de uno de los hombres menos agraciados de la caravana, dio a luz a un bebé muerto. Tamsen apretó los dientes al recordar cómo la oscuridad de la pradera parecía envolver los lamentos de la mujer, atrapándolos en el aire alrededor del grupo.

Además los seguían los lobos; una familia había perdido por su culpa todas sus provisiones de tasajo. Los lobos también se habían llevado a un berreante ternero recién nacido.

Y aquel día había desaparecido un niño.

—Los lobos —dijo Tamsen. No tenía intención de relacionar los dos incidentes, pero no pudo evitarlo.

Betsy se llevó la mano a la boca; uno de sus muchos hábitos cargados de afectación.

—Pero había otros niños durmiendo en la tienda. ¿No se habrían despertado...?

—Quién sabe.

Betsy sacudió la cabeza.

—Claro que puede que hayan sido los indios. He oído historias de indios que se llevaban niños blancos después de atacar un campamento...

—Betsy, por Dios, ¿has visto algún indio en los últimos treinta kilómetros?

—Entonces, ¿qué ha sido de ese niño?

Tamsen se limitó a negar con la cabeza. A los niños, y a las mujeres, les pasaban cosas terribles todo el tiempo, en sus propias casas, a manos de gente a la que conocían y en la que creían poder confiar. Por si fuera poco, allí estaban viviendo muy cerca de cientos de desconocidos. Era probable que al menos uno de ellos fuera culpable de un pecado terrible.

Pero ella no caería víctima de una tragedia, si podía evitarlo. Tenía medios, por limitados que fueran: amuletos, talismanes, formas de persuadir al mal para pasar de largo ante su puerta.

Sin embargo, por desgracia, no eran capaces de aplacar el mal que acechaba en el interior.

Cerca, un hombre al que Tamsen reconoció como Charles Stanton conducía al ganado con una vara. Era más joven que George y tenía aspecto de haberse pasado los días trabajando duramente en el campo, no en una tienda de algún lugar. Stanton levantó la vista y la sorprendió con los ojos clavados en él. Tamsen apartó la mirada rápidamente.

—La verdad podría resultar mucho peor de lo que podamos concebir —dijo Tamsen, regodeándose en cierto modo ante el espanto con que la miraba Betsy.

—¿Dónde están tus niñas esta mañana? Solo veo a tres —dijo Betsy, con la voz cargada de agitación apremiante.

Por lo general, Tamsen hacía caminar a sus hijas la primera mitad de la jornada, con la esperanza de que eso las mantuviera en forma y esbeltas. La belleza podía ser un problema para las niñas, pero era una de las pocas armas con que contaban las mujeres adultas y quería que, si era posible, la tuvieran. Las otras chicas, Elitha y Leanne, hijas de George y su segunda esposa, cuidaban de Frances, Georgia y Eliza, las más pequeñas. Sin embargo, aquel día solo caminaban por delante las jovencitas, con Frances correteando a su alrededor como una ternera retozona, llena de energía y contenta de tener la atención de las mayores para ella sola. Los siete hijos de Betsy, niños y niñas, arrastraban los pies bastante por delante, juntos, cabizbajos y tan mecánicamente como los bueyes.

—No te preocupes. Georgia y Eliza están en la carreta —dijo Tamsen—. Esta

mañana se han levantado con fiebre y agitadas, y he pensado que lo mejor era dejarlas descansar.

—Sí, mejor. Los pequeños se cansan fácilmente.

Tamsen se sorprendía en ocasiones al pensar que era madre. No le parecía posible que George y ella hubieran estado casados el tiempo suficiente para tener tres hijas. Las tres eran preciosas, la viva imagen de ella de pequeña, gracias a los cielos. Elitha y Leanne, por otro lado, habían salido a su padre: de huesos anchos y cara tirando a equina.

Pero no se arrepentía de la maternidad. Quizá fuera una de las pocas cosas de las que no se arrepentía. De hecho, estaba orgullosa de sus hijas: cuando eran bebés les había puesto miel en la lengua, tal como le había enseñado una criada india, para que crecieran dulces; había trenzado ramas de abeto y se las había metido en las mantas para que crecieran fuertes.

Siempre tendrían opciones; nunca las coaccionarían para contraer matrimonio, como le había pasado a ella no una vez, sino dos.

Pero Tamsen tenía su forma de ajustar cuentas, como dirían algunos.

Los ojos de Stanton volvieron a cruzarse con los suyos. Betsy se había adelantado para alcanzar a sus hijos, por lo que en aquella ocasión Tamsen no apartó la vista antes que él.

Extendió la mano y dejó bailar los dedos por las flores silvestres. Pensó un momento en las rudbeckias amarillas que, indómitas y abundantes, tachonaban los extensos campos de trigo de su hermano Jory. Sabía que tenía el hogar al frente y no a la espalda, que debía desterrar de su mente los recuerdos de la plantación de Jory, junto con cualquier pensamiento sobre su vida anterior, pero en aquel momento era incapaz.

Las flores se doblaban y oscilaban a su contacto, tan delicadas que casi le hacían cosquillas.

## Capítulo 3

Mary Graves se arrodilló en la hierba y dejó el barreño metálico a la orilla del río. Era un tramo apacible del San Lorenzo, lento y tranquilo, pero quizá se debiera a que el verano ya había mermado el cauce. La tierra mostraba todos los indicios de una sequía inminente.

La colada de la numerosa familia Graves era una de las muchas responsabilidades de Mary. Doce personas: sus padres, cinco hermanas y tres hermanos, por no mencionar al marido de Sarah, su hermana mayor. Eso era un montón de ropa de vestir y de cama, y Mary prefería lavar un poco cada tarde a que se le acumulara. Era uno de los pocos momentos que podía pasar a solas. Tenía la impresión de que estaba todo el día acompañada por la familia: cuidando de sus hermanos pequeños, preparando la comida con su madre, remendando con su hermana por la noche a la luz de la hoguera... Desde que se levantaba hasta que volvía a meterse en el saco de dormir estaba rodeada de un enjambre de gente, asaeteada por voces y peticiones, historias y quejas. En ocasiones se sentía como si estuviera todo el rato intentando mantenerse de pie mientras el viento la azotaba en todas direcciones. Pese a lo lejos que estaba del campamento, le llegaba el sonido de los gritos y las risotadas.

Normalmente se escapaba por el simple placer de disfrutar del silencio, de no oír nada más que el murmullo de la hierba alta agitada por la brisa; aquella noche, sin embargo, no le molestó tanto el recordatorio de la cercana hilera de carretas. La pérdida del niño había alarmado a todo el mundo, ella incluida. Pobre Willem Nystrom. Su familia formaba parte de la expedición original, y como no se juntaba demasiado con los recién llegados, Mary solo lo había visto de lejos. Pero parecía un niño agradable, siempre jugando y riéndose, con seis años y un pelo tan rubio que casi parecía blanco. Ella tenía dos hermanos, Jonathan y Franklin Junior, que rondaban esa edad, y se le hacía un nudo en la garganta al pensar en que uno de ellos se esfumara en pleno campamento. Era como uno de esos antiguos cuentos de hadas en que los espíritus airados arrastraban a los niños al submundo sin previo aviso.

Las hogueras que veía a lo lejos le resultaban reconfortantes. Los hombres conducían al ganado hacia la hierba más alta, para que pastara tras la caminata, y maneaban a los caballos para que no se alejaran. Inspeccionaban ejes y ruedas en busca de señales de desgaste y comprobaban los arneses, para dejarlo todo dispuesto para la jornada siguiente. Los niños volvían al campamento cargados de leña y yesca. Había dejado a sus hermanos pequeños dibujando líneas en la tierra para jugar al zorro y las gallinas. Todos seguían haciendo lo acostumbrado en la medida de lo posible.

Mary acababa de ponerse a frotar la primera prenda, la camisa encostrada de sudor de su hermano William, cuando vio que las jóvenes Harriet Pike y Elitha Donner caminaban hacia ella por la hierba alta, cargadas con barreños. Con un alivio que le pareció sorprendente, las saludó con la mano.

—Buenas tardes, Mary —dijo Harriet, algo incómoda. Tenían aproximadamente la misma edad, pero casi no se conocían. En opinión de Mary, Harriet se comportaba como una mujer de mucho más de sus veinte años, cosa que atribuía al hecho de que ya estaba casada y tenía hijos. Era curioso verla con Elitha Donner, que no solo era siete u ocho años menor, sino que, a decir de mucha gente, se comportaba como si fuera más joven.

—Llegáis justo a tiempo —dijo Mary, intentando sonar alegre—. Oscurece muy deprisa.

Harriet dedicó a Elitha una larga mirada de reojo mientras separaba la ropa.

—No tenía intención de venir. No pensaba hacer la colada esta tarde, pero Elitha me ha pedido por favor que la acompañe; le daba miedo bajar ella sola.

Elitha Donner no decía nada mientras lavaba en el agua poco profunda, pero tenía los hombros tan encogidos que le llegaban a las orejas. Era inquieta y nerviosa, como un caballo asustadizo.

—¿Sí, Elitha? —dijo Mary—. ¿Es por lo de ese niño? No hay por qué avergonzarse; creo que nos tiene a todos alterados. —La joven se limitó a negar con la cabeza, así que Mary volvió a la carga—. Entonces, ¿es por los indios?

En realidad, a Mary le parecía emocionante la idea de conocer por fin a un indio. Habían avistado a unos cuantos pawnee a lo lejos el primer día que entraron en su territorio; montados a caballo, los miraban con frialdad mientras la caravana recorría un valle, pero no se habían acercado.

A casi todos los miembros de la expedición les daban miedo los indios, y relataban anécdotas de ganado robado y niños blancos secuestrados, pero Mary no compartía sus temores. Un colono del Little Blue River le había dicho que



entre los pawnee mandaban las mujeres; los hombres cazaban e iban a la guerra, pero eran ellas quienes tomaban las decisiones.

Aquello le parecía asombroso.

—No son los indios lo que me da miedo —dijo Elitha. Frotaba deprisa sin dejar de mirarse las manos; saltaba a la vista que no pensaba pasar allí un segundo más de lo necesario.

—Le dan miedo los fantasmas —dijo Harriet con un suspiro—. Cree que este sitio está encantado.

—Yo no he dicho eso —protestó Elitha—. No he dicho en ningún momento que hubiera fantasmas. —Vacilante, pasó la mirada de Harriet a Mary—. El señor Bryant dice...

Harriet interrumpió con un bufido.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Uno de los cuentos chinos del señor Bryant? En serio, deberías tener seso para no escucharlo.

—Sabes que no es así —dijo Elitha—. Es muy listo; tú misma lo dijiste. Ha venido a escribir un libro sobre los indios. Dice que le dijeron que aquí hay espíritus: espíritus de los bosques, las colinas y los ríos.

—Oh, Elitha, no hagas caso de las cosas que dice el señor Bryant —dijo Mary. No sabía muy bien qué pensar de él. Era muy culto, de eso no cabía duda, y había demostrado su habilidad al entablillar la pierna a Billy Murphy, que se la había roto cuando se le encabritó el caballo, pero había algo desconcertante en la forma en que vagaba por ahí como si estuviera concentrado en otra cosa, como si siempre estuviera escuchando una voz que solo oía él.

—Pero los he oído. —Elitha tenía el ceño fruncido—. Por las noches oigo que me llaman. ¿Vosotras no?

—¿Que te llaman? —preguntó Mary.

—Es muy impresionable. Su madrastra le deja leer novelas, y todas esas historias la tienen hecha un manojo de nervios —le dijo Harriet a Mary por encima de la cabeza de Elitha.

Mary sintió una punzada de irritación. A lo largo de los años había conocido a muchas mujeres como Harriet, de rostro enjuto y afilado como si se lo hubieran comprimido lentamente entre las páginas de una Biblia. Alargó un brazo para dar unas palmaditas a Elitha en la mano.

—Seguro que no era nada. A lo mejor oíste a gente hablar en otras tiendas.

—No sonaba a conversación. No se parecía en nada. —Elitha se mordió el labio—. Sonaba como... Como un susurro muy agudo, pero muy débil, como si

el viento lo transportara desde muy lejos. Era extraño, y triste. Lo más terrorífico que he oído en mi vida.

Un escalofrío recorrió la columna de Mary. Ella también había oído cosas raras por la noche desde que empezaron a seguir el San Lorenzo, pero siempre se decía que sería algo normal. Algún animal que no había visto nunca, o el viento que cruzaba un desfiladero. Los sonidos se propagaban de forma distinta en campo abierto.

—Te estás dejando llevar por la imaginación —dijo Harriet—. Creo que deberías tener cuidado y no hablar de espíritus, indios y esas cosas, o la gente empezará a pensar que tienes inclinaciones paganas como el señor Bryant.

—Oh, Harriet, por favor —dijo Mary.

—En serio —continuó Harriet, impertérrita—. Puede que en esta caravana ya haya un hombre que te ha echado el ojo, pero no se casará contigo si te toma por una tonta asustada.

Mary retorció la última prenda con ahínco, imaginando que era el cuello de Harriet, y después la lanzó al barreño para volver a la caravana.

—Solo tiene trece años —dijo, intentando hablar con desenfado—. Es un poco joven para preocuparse por el matrimonio, ¿no crees?

—No creo. —Harriet parecía ofendida—. Yo me casé a los catorce. —Dedicó una sonrisa fría a Mary—. ¿Y tú? ¿Has tenido algún novio? Me resulta raro que sigas soltera.

—Estuve prometida hasta hace poco —dijo Mary con voz tajante, mientras se enjuagaba las manos—. Pero él murió inesperadamente antes de que pudiéramos casarnos.

—Lo siento mucho —murmuró Elitha.

—El destino es caprichoso —dijo Mary, tan alegremente como pudo—. Nunca se sabe qué nos depara la vida.

Harriet volvió a ponerse en pie y las miró desde detrás de su larga nariz.

—Me sorprendes, Mary. Eres una buena cristiana. Dios decide qué ocurre en nuestra vida, todo según su plan. Seguro que tuvo un motivo para arrebatarte a ese hombre. —Aquellas palabras no alteraron a Mary, pero sí a Elitha.

—No puedes decir eso en serio, Harriet. Dios no sería tan cruel con Mary.

—No digo que fuera culpa de Mary —afirmó Harriet, aunque el tono desmentía las palabras—. Lo que digo es que esas cosas no pasan porque sí. Dios le estaba diciendo a Mary, simplemente, que ese matrimonio no debía celebrarse.

Mary se mordió la lengua. A Harriet le gustaba hablar con crueldad, aunque en una cosa acertaba. Mary no lo reconocería jamás ante nadie, mucho menos ante sus padres, pero en el fondo sabía que no estaba preparada para el matrimonio. Su hermana mayor, Sarah, había sido feliz al casarse con Jay Fosdick a los diecinueve años, pero Mary no era como ella, cosa que saltaba más a la vista cada día que pasaba. Cuando su padre anunció que se mudaban a California, le costó disimular la euforia. Estaba harta del pueblo en el que había vivido desde que nació, donde todo el mundo estaba al tanto de los humildes orígenes de su familia, que estuvo calentándose con estiércol seco para poder vender la leña hasta que arraigaron las plantas y mejoraron las cosechas. La gente siempre esperaba de ella que se atuviera al papel asignado y no llegara nunca a nada más. Era como intentar caminar hacia delante y encontrarse con la cabeza sujeta por un yugo.

Cuando murió su prometido sintió sobre todo alivio, por mucho que se avergonzara. Sabía que su padre tenía grandes esperanzas en el matrimonio que le había concertado y las circunstancias mejores que les habría proporcionado a todos ellos.

Su hermana se había casado por interés, pero también por amor; en el caso de Mary, Franklin Graves tenía otros planes. Siempre había pensado que su hija menor sería quien contrajera un matrimonio ventajoso que los salvara a todos. No recordaba cuántas veces le había oído decir que era su única esperanza.

Tampoco recordaba cuántas veces había deseado que la guapa hubiera sido Sarah y no ella, para no tener que cargar con el peso de la felicidad ajena.

Harriet se puso en pie y se apoyó el barreño en la cadera.

—Dios tiene un plan para cada uno de nosotros, y no nos corresponde cuestionarnos la sabiduría de sus métodos, sino escuchar y obedecer. Voy al campamento. ¿Te vienes, Elitha?

—Aún no he terminado.

Mary apoyó una mano en el brazo de Elitha.

—No te preocupes. Te espero; podemos volver juntas.

—Muy bien —dijo Harriet mientras emprendía el camino de vuelta—. La cena no va a prepararse sola.

Elitha esperó a que Harriet estuviera suficientemente lejos antes de decir nada.

—No te importa que te hable de esto, ¿verdad, Mary? —De repente tenía los ojos enormes y muy redondos—. Porque es que tengo que contárselo a alguien.

Lo que me asusta no son las voces, como he dicho. —Miró furtivamente en derredor antes de continuar—. Siempre las he oído. Tamsen dice que soy sensible. Al mundo de los espíritus, quiere decir. Le interesan todas esas cosas. En Springfield, una mujer le leyó la mano, y también le echó las cartas, y le dijo que les gusto a los espíritus. Que les resulta fácil hablar conmigo.

Mary vaciló y después sujetó la mano de Elitha, fría por el agua.

—No te preocupes; puedes contármelo. ¿Pasó algo?

—Hace dos días —respondió Elitha, asintiendo lentamente—, cuando nos topamos con aquella cabaña abandonada...

—¿Ash Hollow? —preguntó Mary. Elitha cerró los ojos fuertemente.

Mary recordaba la pequeña construcción improvisada, con los tablones blanqueados por el implacable sol de la pradera. Un lugar triste y solitario, como la granja abandonada junto a la que pasaba todos los domingos de camino a misa. Maltratada por los elementos, con ventanas oscuras y vacías como las cuencas de una calavera, un atroz recordatorio del fracaso de otra familia. «Que te sirva de lección —le dijo una vez su padre mientras la miraban desde la carreta, no muchos años después de que también ellos hubieran estado a punto de perderlo todo—. De no ser por la gracia de Dios, podríamos haber sido nosotros».

El mundo era frágil. Un día crecían las plantas; al día siguiente estaban secas.

—Sí, Ash Hollow —confirmó Elitha—. ¿Entraste? —Mary negó con la cabeza—. Estaba lleno de cartas. Las había a cientos. Apiladas en una mesa, sujetas con piedras. El señor Bryant me dijo que los pioneros las dejan para que el siguiente viajero que se dirija al este las entregue en la primera estafeta de correos que se encuentre. —Miró a Mary con inseguridad—. ¿Te parecería mal si te dijera que leí algunas?

—Pero no eran para ti.

—Supuse que no haría mal a nadie —dijo Elitha, sonrojada—. Sería como leer novelas. Muy pocas estaban cerradas; casi todas las habían dejado dobladas en la mesa, así que quienes las escribieran tenían que saber que cualquiera podría leerlas. Pero resultó que no eran cartas.

Mary parpadeó varias veces, perpleja. Miró a Elitha, acuclillada ante ella, pálida como la luna que subía sobre ellas.

—¿Qué quieres decir?

—No estaban dirigidas a nadie. —La voz de Elitha se había convertido en un susurro—. Y no contenían nada personal. Leí una tras otra y todas decían lo

mismo, una y otra vez.

—Sigo sin entenderlo. —Mary se sentía como si una araña le recorriera la columna—. Si no eran cartas, ¿qué eran?

Elitha se metió una mano en el bolsillo del delantal, algo incómoda; sacó un papel doblado y se lo tendió a Mary.

—Me quedé con una. Pensé que tenía que dársela a leer a alguien, pero aún no me había atrevido. No sabía a quién enseñársela; nadie me creería. Igual pensaban que la había escrito yo para llamar la atención. Pero no fue así, Mary, no fue así.

Mary cogió el papel. Estaba frágil y quebradizo por el tiempo. Lo desplegó con cuidado, temerosa de que se le desintegrara en las manos. La tinta había perdido color, como si hiciera mucho que se había escrito, pero no le costó descifrar las palabras.

«Regresad —decía con letra apretada y puntiaguda—. Regresad o moriréis todos».

## Capítulo 4

Aquella misma noche, más tarde, encontraron al chico de los Nystrom, o lo que quedaba de él.

Un nudo de temor atenazaba la garganta de Stanton mientras, siguiendo a George Donner, atravesaba el círculo de carretas para salir a la llanura vacía y oscura.

Dos miembros de la expedición acababan de descubrirlo cuando recogían al ganado después del último pasto del día. Pese a la luz mortecina, vieron una depresión en la hierba alta y se acercaron a investigar. Los dos eran hombres curtidos, pero lo que encontraron conmocionó profundamente a uno de ellos.

Más adelante se veían puntos de luz flotantes. Al principio, Stanton pensó que sería una ilusión óptica, pero al acercarse vio que los puntos se convertían en llamas y después en antorchas. Ya había una docena de hombres alrededor de la escena, y las antorchas parecían formar halos alrededor de las cabezas. Stanton los conocía a casi todos: William Eddy, Lewis Keseberg y Jacob Wolfinger, además de Edwin Bryant. Pero también había unos cuantos de la caravana original, amigos de la familia del niño a los que solo había visto de pasada. Un extraño sonido, entre llanto y aullido, surgió a lo lejos y les llegó como una ola que recorriera la llanura desierta.

—Malditos lobos —murmuró alguien.

Cuando Stanton logró abrirse paso hasta el círculo, lo primero que vio fue a Edwin Bryant de rodillas. Lo que parecía un charco rojizo en la hierba resultó ser un cadáver. Cerró los ojos un momento. Había visto cosas horribles otras veces, pero no lograba recordar nada tan monstruoso como aquello. Volvió a abrir los ojos.

La cabeza estaba intacta. De hecho, si solo le miraba la cara, no parecía que hubiera nada raro. El niño tenía la boca y los ojos cerrados; las largas pestañas oscuras resaltaban contra las mejillas blancas como la nieve. Tenía el pelo rubio y fino, aplastado contra la cabeza. Parecía tranquilo, como si estuviera durmiendo.

Pero de cuello para abajo...

Junto a él, George Donner dejó escapar un gemido.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Lewis Keseberg. Golpeó la tierra, junto al cadáver, con la culata del fusil, como si fuera a darle respuestas. Keseberg y Donner eran amigos, aunque Stanton no tenía ni idea de por qué. Keseberg era malhumorado y violento, con límites muy definidos entre los suyos y los demás. Costaba creer que le alcanzara la paciencia para ser padre, aunque Stanton había oído que tenía una hija.

—Con el cuerpo tan destrozado, tienen que haber sido los lobos. —William Eddy se amasó la barba, como hacía cuando estaba nervioso. Era carpintero y se le daba bien reparar ejes rotos o ruedas desgastadas, por lo que gozaba de aprecio entre las familias de la expedición, pero también era intranquilo y propenso al sobresalto. Stanton no estaba seguro de confiar en él.

—¿Qué opina, doctor? —le preguntó Jacob Wolfinger con su ligero acento alemán.

—No soy médico —les recordó Bryant mientras se acuclillaba—. Y no sabría decirlo. Por si sirve de algo, no creo que hayan sido los lobos. Me parece demasiado pulcro.

Stanton se estremeció sin querer. Ni siquiera era un cadáver, en realidad; no quedaba casi nada, salvo el esqueleto: jirones de carne y huesos desperdigados en un círculo aplanado y ensangrentado en la hierba; los intestinos, apilados, ya estaban cubiertos de moscas. Otra cosa le resultaba preocupante: estaban a diez kilómetros, carretera adelante, del lugar donde había desaparecido el niño. Los lobos no arrastraban a sus presas antes de devorarlas.

—Fuera lo que fuera, tenía hambre —comentó Donner, muy pálido—. Deberíamos enterrar los restos, y mejor que no los vean las mujeres ni los niños.

—¿Y los padres? —dijo Eddy, y escupió—. Alguien tiene que decir si el niño es este o...

—Estamos en mitad de ninguna parte —objetó Wolfinger—. El asentamiento de blancos más cercano está a varios días de camino. ¿Quién iba a ser si no?

Wolfinger se había instituido en el líder de los emigrantes alemanes de la expedición, y hacía de intérprete para los que no hablaban inglés. Eran bastante reservados, y por las noches solían reunirse alrededor de sus hogueras para charlar en su apresurado idioma; aun así, Stanton había reparado en Doris, la guapa y joven esposa de Wolfinger, cuyas manos parecían hechas más para tocar el piano que para acarrear leña o tirar de riendas.

Al final, un par de hombres fueron a buscar palas; otros volvieron al campamento a ver a su familia, a despertar a sus hijos o, simplemente, a observarlos, solazados por su presencia.

Stanton se arremangó y se puso a cavar.

No necesitaron un hoyo demasiado grande para dar sepultura a los restos, pues quedaba poca cosa del niño, pero querían que fuera profundo para que ningún animal desenterrase los huesos. Además, a Stanton le apetecía el trabajo físico; quería estar agotado cuando se metiera en la cama.

Demasiado cansado para soñar.

Como cabía esperar, aunque George Donner se quedó, no hizo más que echar unas pocas paletadas de tierra a la tumba. Cuando al fin terminaron, recitó una breve plegaria sobre la tierra recién removida. Las antiguas palabras sonaban débiles en el aire de la noche.

Donner y Stanton volvieron juntos hacia las carretas, acompañados de James Reed y Bryant. Stanton no conocía bien a Reed y no estaba seguro de querer conocerlo; su fama entre los comerciantes de Springfield no era precisamente buena.

Reed sostenía una antorcha mortecina que no lograba hacer frente a la oscuridad que los rodeaba. Donner y él entraban y salían del círculo de luz; sus caras pálidas oscilaban en la periferia como fantasmas. El suelo era irregular y traicionero, interrumpido por túneles de perros de las praderas y haces de hierba alta. El aire caliente del verano, insoportable durante el día, era más fresco, pero seguía siendo seco y polvoriento.

—Nunca había visto nada parecido. —Fue Reed quien al fin rompió el silencio—. Estoy de acuerdo con su observación, señor Bryant. Si el ataque hubiera procedido de un animal, no habría sido tan pulcro. La respuesta es evidente: los indios. Han tenido que ser los indios. —Levantó una mano para impedir a Bryant que interrumpiera—. Sé que usted se considera una especie de experto en indios, señor Bryant; que le gusta vivir con ellos, hablar con ellos y tomar copiosas anotaciones en esa libreta que lleva. Pero nunca los ha combatido; nunca se ha enfrentado a su furia, como yo. Sé de qué son capaces. —Reed contaba a cuantos quisieran escucharlo que había luchado en la guerra de Halcón Negro, probablemente para que los viejos trabajadores del campamento dejaran de tratarlo como a un blandengue.

—Es cierto, señor Reed —respondió Bryant en tono suave—. Todo lo que sé sobre los indios lo he aprendido hablando con ellos, no disparando contra ellos



con una pradera de por medio. Pero no resolveremos nada con discusiones; hasta usted estará de acuerdo en que si dejamos que la gente crea que han sido los indios, las cosas se saldrán de madre muy deprisa. Estamos atravesando territorio indio, y lo último que necesitamos es que cunda el pánico. Además —añadió mientras Reed se disponía a objetar—, no conozco ninguna costumbre india consistente en despiezar y disponer así un cadáver.

Donner alargó el pescuezo para mirarlo.

—¿Despiezar y disponer? Ni que fuera obra de un carnicero.

Bryant no dijo nada. No hacía falta.

—Eso equivaldría a afirmar que fue deliberado —dijo Stanton, aunque las palabras le supieron amargas—. Pero si no fueron los indios, ¿quién fue?

—No podemos obviar la posibilidad —dijo Bryant, cariacontecido— de que el asesino del niño forme parte de la caravana. Alguien que ya se encuentra entre nosotros.

—Paparruchas —murmuró Reed tras un tenso silencio. Sacó el pañuelo, signo inequívoco de que estaba nervioso.

—Alguien así tendría que llamar la atención, ¿no? —Donner jugueteaba con los botones de la chaqueta—. Su conducta lo delataría.

Stanton sabía que no tenía por qué ser así. La visión del cadáver le había recordado una escena que presenció tiempo atrás en su localidad natal de Massachusetts, cuando perforaron el hielo para sacar del agua a la mujer que amaba y la depositaron en la nieve. Lydia. Quince años habían transcurrido y aún le resultaba insoportable el recuerdo. Parecía que acabara de quedarse dormida, con una expresión tan pacífica como la de aquel niño: mentira. Evocó las pestañas oscuras recortadas contra una piel que había adquirido un tono azul claro por la prolongada inmersión, con los labios morados como un cardenal. Algo terrible la había impulsado a cruzar la delgada capa de hielo que cubría el río aquel día de invierno, algo maligno que vivía entre ellos y que él no había acertado a ver. En aquello, al menos, su abuelo estaba en lo cierto. El mal era invisible y estaba por todas partes.

—A veces, un demente puede comportarse como un hombre normal cuando le hace falta —dijo Bryant—. Puede pasar bastante tiempo desapercibido; hasta puede ser capaz de ocultar indefinidamente su verdadera naturaleza.

—Una cosa está clara. —Reed se enjugó la frente—. Menos mal que el coronel Russell se retiró en su momento. Necesitamos un nuevo jefe.

Stanton echó un vistazo a Donner, cuya cojera habitual se le antojaba errática

a la luz tambaleante de la antorcha de Reed. Donner era uno de los lugartenientes de Russell, y evidentemente le encantaban su cargo y las tareas que conllevaba. Le gustaba tener algo que decir sobre la forma en que se hacían las cosas; sin duda, le gustaba que lo tuvieran en consideración y parecía ansiar la admiración ajena. Stanton le había perdido algo de respeto al darse cuenta.

—No pretenderá echar la culpa de esto a Russell, ¿verdad? —preguntó Bryant.

—Para empezar, fue un error nombrarlo jefe. Esto no habría pasado con un hombre más fuerte —dijo Reed, y se aclaró la garganta. Stanton juraría haber predicho sus palabras siguientes—: Mi reputación, creo yo, habla por sí misma.

—Yo en su lugar procuraría no crearme más de lo que soy —dijo Donner; su rostro grande y ancho brilló cuando se volvió hacia la antorcha—. Puede que sea un buen hombre de negocios, pero eso no sirve de gran cosa aquí, en la ruta.

—Ya soy uno de los responsables de esta expedición, en la práctica, si bien no en teoría —dijo Reed, altanero. Stanton tuvo que mostrarse de acuerdo; siempre que había que tomar una decisión importante, la gente se volvía casi instintivamente hacia James Reed.

—Con usted mataríamos a cualquier indio que viéramos —espetó Donner—. Nos llevaría a la guerra, cuando no tenemos ni la más mínima prueba de qué o quién ha matado a ese niño.

—Ya veo —dijo Reed en tono tajante—. Y supongo que se considera más apto que yo para ser jefe.

—La verdad es que sí —replicó Donner, y pese a que la antorcha estaba casi apagada, Stanton lo vio enrojecer—. Tengo experiencia en la dirección de la caravana. La gente me conoce... y me aprecia. Eso es importante, James; no hay que subestimar el valor de ser apreciado.

—Prefiero que me respeten a que me aprecien —dijo Reed, desabrido. Donner le dedicó una débil sonrisa falsa.

—Por eso no votarán por usted. No puede esperar presentarse y ponerse a mangonear. El respeto hay que ganárselo, y no se lo ha ganado aún.

Reed se paró en seco. Daba la impresión de que la cabeza, hinchada por la rabia, le iba a estallar.

—¿Y cree que por usted sienten respeto? Todo el mundo sabe que no puede plantar cara ni a su propia mujer.

Al oír aquello, el resto del grupo también se detuvo. Stanton se agitó, incómodo, en el aire polvoriento, mientras veía palidecer la cara de George

Donner en la oscuridad, hasta que pareció quedarse sin sangre. Inmóvil, con los puños apretados a los lados, se cernía sobre James Reed. Pero Reed no se dejó amilanar y en aquel momento parecía el más fuerte.

Bryant se interpuso entre ellos y rompió el silencio.

—Caballeros, es tarde y todos estamos impresionados.

Stanton se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento, aunque no parecía tan probable que Reed y Donner llegaran a las manos. James Reed era temperamental, sin duda, pero también era demasiado soberbio para rebajarse a una trifulca. Stanton había observado la atención que prestaba a su aspecto, su obsesión por limpiarse las uñas y recortarse la barba, el detalle de que no paraba de cepillarse la chaqueta a pesar de que en unos minutos volvería a estar llena de polvo. En cuanto a Donner, por mucho que se jactara, tenía los pies de barro, demasiado propenso a hacer y opinar lo que la mayoría; era de los que dejaban el trabajo sucio a los demás.

Aun así, a Stanton no le gustaba la tensión que se masticaba, ni siquiera después de que Reed siguiera andando sin decir una palabra más.

—Qué locura —murmuró Donner, sacudiendo la cabeza. Después les dio las buenas noches y partió hacia el campamento.

Brevemente, mientras lo observaba perderse en la oscuridad, Stanton envidió a Donner por tener una familia que lo esperaba, la compañía de una bella mujer, niños que dormían exhalando su dulce aliento nocturno al aire del verano.

—Espero que se presente alguien más para guiarnos —dijo Bryant con un resoplido. Stanton señaló con la cabeza el lugar por el que habían perdido de vista a uno y otro.

—Si no tuvieras más remedio, ¿votarías a alguno de los dos?

—Preferiría a Reed antes que a Donner; tiene más madera de jefe. Aunque si quieres que te diga la verdad, tú serías mi primera elección.

—¿Yo? —Stanton estuvo a punto de reír—. No creo que encuentres a nadie que secunde mi nombramiento. Los hombres de familia no se fían de mí porque no tengo mujer ni hijos. Además, no necesito los dolores de cabeza, y me gusta ir a mi aire. Si tantas ganas tienes de un buen jefe, ¿por qué no te presentas tú?

—No te va a resultar tan fácil convencerme para que me quede —respondió Bryant con una sonrisa intranquila.

—Entonces, ¿aún estás dispuesto a marcharte? —preguntó Stanton—. Viajar en un grupo pequeño, mientras lo que fuera que mató al chico sigue suelto, podría ser peligroso.

—Sí. —Bryant ladeó la cabeza, como si escuchara algo a lo lejos—. ¿Sabes? Todo esto me recuerda una vieja historia que oí hace mucho.

—¿Algo que te contaron los indios?

—No. —La sonrisa de Bryant tenía algo de rictus—. Algo muy raro que me pasó cuando estudiaba. Tan raro que parece sacado de un cuento de hadas. Si consigo encontrarle sentido, te lo contaré —añadió mientras giraba y levantaba una mano para despedirse—. Cuídate, Stanton. Te mandaré noticias cuando pueda.

«Sacado de un cuento de hadas». Por algún motivo, Stanton no lograba quitarse esas palabras de la cabeza.

Stanton siempre acampaba apartado de sus vecinos; le gustaba la soledad de la noche. Podía ver las caravanas entre los árboles, las tiendas dispuestas para dormir, las hogueras que combatían la oscuridad con sus ascuas; podía oler el resto de las cenas que impregnaba el aire. Pero el campamento estaba desierto. Los padres habían congregado a las familias en las tiendas. Cuando las cosas marchaban mal, los círculos se estrechaban. Cada cual quería proteger a los suyos.

Sabía que el cuerpo mutilado de un niño debería tenerlo intranquilo... y así era. Pero algo más lo inquietaba, persistente como el olor de la sangre. Era la insidiosa sensación de que algo de importancia crucial, algún hilo invisible, estaba a punto de revelarse. Nunca le había gustado el conflicto, pero las palabras de Donner lo acosaban con insidiosa claridad. «No hay que subestimar el valor de ser apreciado», había dicho. Stanton no se había desvivido por hacerse apreciar; Bryant era su único aliado de verdad, y se marchaba.

Además, la idea de que el asesino estuviera entre ellos lo tenía en vilo. En la expedición había muchos hombres que podrían contar la violencia, incluso la perversidad, entre sus cualidades. Recordó lo que había dicho Bryant sobre la ocultación de las tendencias peligrosas. Se rumoreaba que Keseberg pegaba a su joven esposa cuando creía que nadie miraba, y Stanton lo creía. Era un tahúr autodidacta y no olvidaba; no costaba imaginarlo albergando rencores y ejerciendo venganzas.

Después estaba John Snyder, empleado de la familia Graves; un matón que hacía la vida imposible a los más jóvenes, obligándolos a cederle la ración de cerveza nocturna o a montar guardia en su lugar. Todos ellos despreciables y

brutales, pero de forma convencional. Cientos de hombres como ellos se habían dirigido al Oeste; quizá miles. A Stanton le costaba pensar en alguno de ellos como en un monstruo capaz de mutilar a un niño. Para eso hacía falta una clase de salvajismo distinta que le dejaba una comezón, una pregunta sin respuesta.

Sabía que no iba a dormir.

Lo único que quedaba de su hoguera abandonada eran unas ascuas mortecinas. Era muy tarde para hacerse la cena, pero no tenía hambre después de lo que había visto en el campo. Preferiría meterse en el saco con lo que le quedaba de bourbon para intentar ahuyentar la pertinaz visión. Intentó recordar dónde había escondido la botella, pero al acercarse a su carreta oyó un movimiento entre las sombras. No estaba solo.

Acercaba la mano al revólver que llevaba al cinto en el momento en que surgió una figura. Tamsen Donner se retiró el echarpe con que se cubría la cabeza, y la visión lo atravesó como una puñalada. Era demasiado bella para su propio bien.

Para el bien de nadie.

—¿Puedo hacer algo por usted, señora Donner? —Apartó la mano de la cartuchera y pronunció el nombre con sumo cuidado.

Llevaba un moño con mechas sueltas. Stanton intentó recordar la última vez que había tocado un pelo de mujer. En Springfield había una joven viuda que trabajaba en la sombrerería de la misma calle que su tienda, una mujer tranquila que dos veces por semana subía a visitarlo a su alcoba, situada encima de la mercería. El pelo de la viuda era una maraña de rizos que domeñaba a conciencia con horquillas como si se avergonzara de su tenacidad indómita. Tamsen Donner tenía un pelo oscuro que fluía como el agua. Lo miró a la cara.

—La noticia ha corrido como la pólvora. Mi marido no estaba, y no sé dónde se había metido. Supongo que estaba confusa, pero solo podía pensar que necesitaba a alguien... y he pensado en usted.

Stanton sabía que los Donner tenían otros hombres en su expedición: Jacob, hermano de George, y unos cuantos arrieros contratados. Suficientes para proteger a las mujeres y los niños. Pero ella había acudido allí, dejando atrás a sus hijas para buscar consuelo en alguien a quien prácticamente no conocía.

Se le acercó, bajándose el echarpe hasta que Stanton pudo verle la clavícula y la parte superior del pecho, de un blanco inmaculado, comprimida por el escote del vestido.

—Espero que no le moleste que haya venido a verlo.

A Stanton se le secó la boca. Tuvo que obligarse a apartar la vista.

—Su marido va a llegar de un momento a otro.

—¿Mi marido? —Tamsen ladeó la boca. Hablaba con la facilidad con que una roca rueda ladera abajo—. Ya conoce a George. Se le da bien consolar a los demás. Ahora mismo lo necesitan más que yo.

Lo decía como si estuviera sacrificándose al acudir allí. Stanton sentía sus dedos fríos en la mejilla, y el olor de un perfume salvaje al que no sabía poner nombre, como pétalos de flores aplastados y el viento que surcaba la pradera. Recogía hierbas y se decía que elaboraba pócmas, y algunos rumoreaban que era una bruja capaz de hacerse irresistible ante los hombres. Tal vez lo fuera.

La besó.

No era ningún santo; ni siquiera era un buen hombre. Era fuerte físicamente, pero siempre había sospechado que en el fondo era débil. La curva de los labios de Tamsen. Debilidad. El tenue contacto de su cabello en la mejilla. Debilidad. Su olor. Debilidad.

Sintió que las manos frescas se le colaban bajo la chaqueta buscándole el pecho, y de repente cayó en la cuenta. Tamsen Donner había acudido allí con las ideas muy claras. Sabía lo que se hacía.

Logró apartar la cabeza a duras penas.

—No debería tentar así a un hombre, señora Donner.

—Tienes razón —dijo acercándole la boca a la oreja—. No quiero causar problemas. —Las palabras le cosquillearon el cuello.

El hilo invisible se desenrollaba.

Llegaron a la carreta antes de que Stanton supiera cómo; de algún modo habían saltado el tablero del extremo y estaban ocultos bajo la tela. No había sitio en la carreta, cargada hasta los topes, y acabó presionando a Tamsen contra una cómoda. Bajo ellos, el suelo oscilaba como la cubierta de un barco mientras la tomaba, agarrando y aferrando, casi ciego en la oscuridad del vehículo.

Cuando terminaron, Tamsen soltó un grito agudo, prácticamente el único sonido que emitió; en aquel momento, Stanton no tuvo una sensación de libertad y desahogo, sino de caer hacia atrás. Tuvo que pasarse la mano por el pelo y respirar a fondo para mantener el equilibrio, mientras veía a la mujer recomponerse de inmediato, devolver el pecho a los confines de la saya y el corsé, alisarse las faldas y recogerse los mechones sueltos. Era preciosa. Preciosa y lejana; le parecía más desconocida que antes. Sacudió la cabeza.

—No deberíamos haber hecho esto. —Empezaba a procesar la gravedad de lo

ocurrido. La esposa de Donner.

Durante un instante, algo cruzó el rostro de Tamsen, y la palabra que mejor podría definirlo era *miedo*. Pero la expresión desapareció tan deprisa que Stanton la atribuyó a un juego de luces. Tamsen parpadeó.

—Hay muchas cosas que no se deberían hacer, señor Stanton.

Sintió la punzada del recuerdo de su abuelo, que le decía «No tientes al diablo, chico», y casi pudo sentir el golpe de la hebilla del cinturón en la cara cuando el anciano lo sorprendió, a los nueve años, besándose en el cementerio de la iglesia con la hija de unos vecinos. Había tenido una niñez horrible, en casa de su abuelo. Y estaba furioso con su padre por haberlos dejado allí a su madre y a él.

Ahora que se le despejaba la cabeza, se daba cuenta de que sentía un dolor punzante en la parte superior de la espalda. Se llevó la mano al cuello y tocó sangre.

Ella lo miró con unos ojos tan oscuros que casi resultaban inexpresivos. Imposibles de interpretar. Le acarició la cara como quien no quiere la cosa.

—Espero que no sea ningún problema. —Lo dijo con un tono muy distinto del anterior.

—¿Es una amenaza?

Pero en vez de contestar, saltó el tablón con elegancia. Stanton escuchó sus pasos hasta que se perdieron en la distancia. Demasiado tarde, se dio cuenta de que era una de esas tentaciones en las que era mejor no caer, como un bourbon tan potente que deja ciego.

Debería intentar razonar con ella. Bajó de la carreta y, al tocar el suelo, se sobresaltó ante la visión de una jovencita que lo miraba desde los matorrales. Parecía asustada y perdida. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? La llamó antes de que saliera corriendo.

—¡Espera! ¡Tú, chica! ¿Quién eres? ¿Una de los Breen? —Había tantos niños en la caravana que era imposible llevar la cuenta.

La niña se quedó paralizada, como si se hubiera olvidado de correr.

—No. Soy Elitha Donner.

De mal en peor.

—¿Qué haces aquí?

—Me... Me habían mandado a recoger leña. Estaba volviendo con mi familia, lo juro. —Tenía el semblante congestionado y el ángulo del labio le acentuaba la cara de caballo. Pero lo más revelador era que no transportaba madera.

—Dime qué has visto, Elitha —dijo, y dio un paso hacia ella—. Vamos. Sin mentiras.

No pretendía asustarla, pero Elitha dio media vuelta y salió corriendo hacia el bosque como un cervatillo asustado. El primer impulso de Stanton fue correr tras ella, pero se contuvo; no estaba bien que un hombre adulto persiguiera a una niña por el bosque, y menos después de lo que habían encontrado aquel día.

Volvió a la carreta, dispuesto a dar con esa botella de bourbon. Sabía qué le esperaba aquella noche: una visita de Lydia. Entre lo del niño y lo de Tamsen, era inevitable. La pobre Lydia aparecería en sus sueños, con la ropa pegada al cuerpo teñido de azul, para rogarle que la salvara. «Te necesito, Charles»; unas palabras que jamás había pronunciado en vida, pero que leía en sus ojos siempre que se le aparecía en sueños. ¿Cómo podía haberla conocido tan bien y no haber sabido la terrible verdad?

«Ayúdame, Lydia. —Se volvió hacia su tienda, hacia la hoguera humeante—. Ayúdame a ver los monstruos esta vez».



## Capítulo 5

Fuerte Laramie, territorio indio

Querida Margie:

Al fin hemos llegado al fuerte Laramie, en pleno territorio indio. Después de vivir seis semanas de lo que llevaba en las alforjas, estaba más emocionado de lo que creía posible, tanto por la promesa de un afeitado y un baño caliente en una bañera como Dios manda como por la posibilidad de que me esperase una carta tuya.

Tal vez te guste saber que, después de partir de Independence, me pasé una semana completa preguntándome si no habría cometido el peor error de mi vida. Después de esperar cuarenta y dos años a casarme, ¿cómo podía haberme alejado a propósito de la mujer con la que había decidido pasar el resto de mis días? Sin embargo, cuando pasó la conmoción, decidí acercarme a una expedición que se había unido a la caravana a las afueras de Independence. Los recién llegados eran unas seis familias, algunas de ellas bastante adineradas a juzgar por los muebles que transportaban, los criados y hasta los rumores de monedas de oro y plata. Habían salido de Springfield, en Illinois. También se nos unieron unos cuantos solteros deseosos de hacer fortuna en el Oeste.

El miembro más destacado de esa expedición es, sin lugar a dudas, George Donner. Es el cabeza de todo el clan Donner, compuesto no solo por su familia, sino también por la de Jacob, su hermano menor. Parecen hombres sencillos, pero deben de ser astutos, ya que se dice que contaban con unas propiedades considerables en Illinois. A Donner le gusta citar la Biblia, pero suele confundir los pasajes. No estoy seguro de que tenga seso para el mando, aunque todos parecen confiar en él, precisamente porque sabe no ofender a nadie. Lo más notable en él, además del tamaño (voluminoso), es su mujer, Tamsen. Tiene embelesados a casi todos los hombres de la expedición; sin embargo, he observado en ella cierta dureza rayana con la crueldad. Le he visto hacer llorar a los criados, y tratar con frialdad a los hijos ajenos. Desdeña a las mujeres que no la igualan en belleza y tiene fama de practicar la brujería, aunque probablemente

son hablillas de las envidiosas.

También está James Reed, propietario de un gran negocio de muebles en Springfield. Físicamente es opuesto a George Donner: más bajo y enjuto, con una cara estrecha y chupada. Tiene por costumbre estrujar el pañuelo entre las manos, y no puedo evitar que me recuerde a lady Macbeth (*¡Lejos de mí esta horrible mancha!*). Pero por antipático y pendenciero que resulte, parece un ciudadano ejemplar y no pierde ocasión de jactarse de ello. Su esposa es mayor que él, una viuda con varios hijos de su difunto marido. La gente de Springfield dice que el matrimonio fue la salvación de Margaret Reed, que es delgada y enfermiza y, sinceramente, podría pasar por su madre. Nada se asemeja más a la comitiva de los Reed que un circo ambulante, con sus tres grandes carretas cargadas de muebles de lujo (productos de su empresa, cabe esperar) y toda clase de comodidades. Llevan criados, incluida una joven que cocina y hace la colada, y hasta ponis para los niños.

Dejo para el final a mi favorito entre los recién conocidos del grupo de Springfield. Charles Stanton, un soltero que viaja solo con su propia carreta, pero que no se parece en nada a los otros solteros de la expedición, todos contratados o vagabundos sin blanca, y creo que por eso congeniamos tan pronto. A los dos nos criaron hombres de fe (aunque a diferencia de mi padre, un cura rural, su abuelo es un famoso pastor anglicano, tan famoso que hasta yo lo conozco), y los dos conservamos cicatrices que lo demuestran. Me sentí halagado cuando me dijo que había leído los artículos que escribí para el *Washington Globe* sobre el farsante restauracionista de Uriah Putney.

Para ser un hombre tranquilo, ha llevado una vida muy colorida: nació en Massachusetts y fue aprendiz de un abogado en Virginia hasta que se escapó para combatir en la batalla de San Jacinto a las órdenes del general Sam Houston. Dado que luchó por la independencia de Texas aunque no tiene lazos con ese territorio, puede que sea un romántico o un idealista. Por lo que he visto, yo diría que un poco de cada, lo que, me temo, lo ha condenado a una vida infeliz. Algo comenta de un hecho aciago que lo impulsó a dejar Massachusetts, pero se niega a hablar de ello. No sabe muy bien qué hará cuando llegue a California; otro indicio del espíritu inquieto que lo mantiene en marcha.

Una extravagante mezcla de almas; pese a las intrigas y el politiquero ocasionales, sentiré dejarla atrás cuando me separe de la caravana mañana por la mañana. He decidido seguir adelante con el plan del que te hablé, de partir a caballo con un grupo reducido de hombres sin familia para llegar antes. No he

conseguido convencer a Stanton de que parta conmigo, y sospecho que se debe a que cree que resultará útil en la expedición, que puede ser muy problemática. En cierto modo me siento aliviado, porque al menos contarán con un hombre sensato, y a la vez estoy impaciente por abandonar el grupo antes de que logre elegir a un jefe.

El fuerte Laramie es un fuerte fronterizo en toda regla, tal como los describen en la prensa. Da la impresión de estar al borde de la civilización, de que tras la muralla de adobe se extiende una tierra apenas tocada por el hombre blanco, donde reina la naturaleza. Me han dicho que, solo este año, varios millares de carretas han pasado por este puesto, y según todos los cálculos, ese número se disparará el año que viene, a no ser que se declare una guerra con México o surjan hostilidades con los indios. El fuerte muestra todos los signos de prosperidad: además de la pequeña guarnición aquí destinada, hay un puesto comercial de buen tamaño, una herrería, un establo y una panadería. Intramuros hay varias casas de dos plantas, supongo que para los propietarios del fuerte, sus familiares y el personal.

Aunque esta caravana es de las últimas de la estación, al llegar al fuerte nos encontramos con un gran bullicio. Un hatajo de tramperos desaseados, vestidos de cuero de cabra y con gorros de piel de mapache, descargaron los caballos frente al puesto comercial. Los niños corrían por las calles, riendo y chillando. Media docena de indios, montados en apalusas o pintos de un colorido espectacular, recorrían lentamente los caminos de tierra. Hombres de vestimenta típica del Oeste, complementada con las plumas y abalorios de su pueblo, descansaban al sol frente a los establos.

No es de extrañar que pronto corriera la voz de que el puesto comercial contaba con un bar, aunque a mí me interesaba más una comida caliente. Estoy más que harto de lo que me preparo. Acababa de sentarme a una de las destartaladas mesas del comedor, frente a un plato diminuto que rebosaba de estofado aguado, cuando me fijé en un hombre con atavío de trampero o montañero, con la típica chaqueta y pantalón de cuero de cabra, el pelo blanco y largo, y la cara surcada de arrugas y curtida como su vestimenta. Se llama Lionel Farnsworth y, a diferencia de todos los demás, se dirigía al este, no al oeste. Es más, viajaba solo, algo bastante arriesgado en un territorio tan despoblado. Me dijo que ya había viajado una vez a Oregón y dos a California, y que se conocía los caminos mejor que nadie.

En opinión de Farnsworth es un error tomar el atajo de Hastings, la ruta por la

que Donner pretende conducir la expedición. Dice que es un terreno demasiado escarpado para las carretas y poco apto para el ganado. Da la casualidad de que Donner estaba conmigo, y no le gustó oír a Farnsworth decir que esa ruta era una pérdida de tiempo. Se puso a insistir en lo erróneo de tal planteamiento, y a explicarle que el mismísimo Hastings iba a reunirse con ellos en el fuerte Bridger y había prometido guiarlos hasta California, pero el anciano siguió en sus trece e intentó convencer a Donner para que siguiera la ruta antigua. Habría tenido más suerte convenciendo a una tetera para que cantase un aria.

De hecho, cuando Farnsworth se enteró de que yo iba a tomar la misma ruta, aunque sin carretas y con un grupo mucho más reducido, también intentó disuadirme a mí. Me costó lo mío sonsacarle que el terreno escarpado no era el único motivo, ni siquiera el principal, por el que detestaba aquella ruta. Reconoció haber visto a otro grupo de indios, los anawái, en sus viajes por las inmediaciones del lago Truckee, pero añadió que no me convenía reunirme con ellos. Cuando le dije que nunca había oído hablar de los anawái me contestó que no era de extrañar, ya que era una tribu pequeña y bastante aislada. Afirmaba que eran particularmente salvajes y que, de hecho, practicaban una terrible tradición que él había presenciado con sus propios ojos: el sacrificio humano.

Estaba anonadado. El sacrificio humano es tremendamente infrecuente entre las tribus de la llanura. Se sabe de antiguas culturas del sur, como la maya y la azteca, en las que era parte integrante de su ritual, pero que tenga entendido, podría decirse que no se conoce al norte del río Grande. Le pedí que me describiera con pelos y señales lo que había visto; por motivos evidentes, presuponía que habría interpretado erróneamente lo presenciado.

Me dijo que había visto a una docena de guerreros anawái llevar al bosque a uno de sus valientes. Se debatía para zafarse, pero lo tenían bien sujeto. Ya lejos del poblado, lo ataron a un árbol de pies y manos y lo abandonaron a su suerte, aunque se quedó gritando. Farnsworth supone que les rogaba que lo soltaran.

Una escena de lo más inquietante, sin duda; entendía la desazón de Farnsworth. Aun así, no me sonaba como un sacrificio ritual. Por lo que he leído del asunto, sabía que los elegidos para el sacrificio solían considerarlo un honor y se prestaban de buen grado.

Le dije a Farnsworth que lo que describía sonaba más bien a *castigo*; era muy probable que el valiente hubiera hecho algo para hacerse acreedor del destierro. Sin embargo, Farnsworth insistía en que no era así y hasta afirmaba conocer el motivo: los anawái temían al «demonio que vive junto al lago Truckee» y le

presentaban un sacrificio para que dejara en paz a los demás.

Farnsworth no sabía mucho más sobre aquellas leyendas, pero el año anterior había oído anécdotas sobre indios que desaparecían de sus poblados, no muy lejos del de los anawái; normalmente eran enfermos, ancianos y niños, arrancados de la cama o que iban a buscar leña o bayas y no volvían. Por supuesto, esas supersticiones son recurrentes en casi todas las culturas, pero me impresionó más de lo que esperaba, quizá por lo ocurrido con el pobre niño de los Nystrom, también arrancado de la cama.

Farnsworth no acababa de atreverse a contármelo, temeroso de que lo tomara por loco; no accedió hasta que dejé patente mi sed de conocimiento, el motivo por el que me dirigía al territorio indio a investigar sus curiosas y míticas creencias e intentar asociarlas a la realidad observable. Al fin asumió que yo estaba decidido a ir al lago Truckee, pero me rogó que convenciera a Donner y a los demás de que no siguieran esa ruta.

Sin embargo, me temo que Donner nunca me ha prestado oído y dudo que vaya a escucharme en esto. En cuanto a mí, debo reconocer que las advertencias de Farnsworth han obrado el efecto opuesto; ahora no pienso más que en conocer esa tribu ignota e informarme sobre su leyenda del espíritu, del demonio, del lago Truckee.

En eso y en ti, querida mía. Y así pongo fin a mi carta, antes de que reconsideres tu apresurada decisión de casarte con este viejo parlanchín. A veces me cuesta creer mi buena suerte, que una mujer como tú, tan inteligente, sabia y bella, haya accedido a contraer matrimonio con este loco extravagante y obstinado. Porque por mucho que te ame, te eche de menos y desee estar a tu lado, también sé que ahora que he oído hablar de este supuesto monstruo del lago Truckee no cejaré hasta ir y averiguar qué está pasando exactamente. Sin duda no te complacerá leer sobre mis intenciones, pero sabes que esta incógnita me acosará hasta el fin de mis días si no intento resolverla. No te preocupes por mí, querida Margie; debes saber que espero volver a tu lado cuanto antes.

Afectuosamente,  
Edwin





JULIO DE 1846

## Capítulo 6

*Adiós, adiós.*

Las despedidas seguían resonando en los oídos de Stanton, aunque el resto de la caravana, que se dirigía a Oregón, había partido horas atrás, dejando al grupo menor a orillas del Little Sandy. Las carretas, más de cien en total, dejaron tras su partida una asfixiante nube de polvo. ¿Serían imaginaciones suyas, o estaban ansiosos por partir? ¿Ansiosos por dejar atrás la mala suerte y el recuerdo del pequeño Nystrom destrozado? ¿Ansiosos por separarse de la quisquillosa expedición Donner, como llamaban al grupo que se dirigía a California? Unos días atrás, en el fuerte Laramie, se habían despedido de Edwin Bryant y el pequeño grupo de hombres que había decidido acompañarlo, y Stanton ya echaba de menos a su único amigo.

El cielo estaba tachonado de nubes algodonosas, inmóviles y tan bajas que parecía que se podían tocar. La pradera se extendía hasta el horizonte, grandes parches verdes y marrones por los que serpenteaba el Little Sandy. Era un río tranquilo y, fiel a su nombre, no muy caudaloso. Costaba imaginar que allí pudiera ocurrir nada malo.

El resto de la caravana se preparaba para un banquete, una especie de pícnic comunitario. Lo había propuesto Donner, faltaría más, para celebrar que emprendían el último tramo del trayecto. Apeló al ego de los viajeros y les aseguró que la valentía que habían demostrado al decidir tomar el atajo de Hastings se vería recompensada. Eran intrépidos pioneros, dispuestos a horadar una nueva ruta por terreno indómito; sus nombres pasarían a la historia. Stanton sospechaba que el pícnic no era sino una distracción para evitar que la gente se cuestionara la decisión. Corrían rumores sobre la fiereza de los lobos, que causaban innumerables problemas a los indios del terreno que quedaba por delante. El origen estaba en un buscador de oro de fiabilidad cuestionable, pero dado que seguían sin explicaciones sobre la muerte del pequeño Nystrom, todo el mundo estaba en vilo.

—¿No deberíamos seguir recto, como la expedición principal? —había



preguntado Stanton a Donner cuando se enteró de los planes de organizar un pícnic.

—Es *sabbath*, el día de descanso —repuso Donner en tono paternalista—. Dios cuidará de nosotros.

—Con un poco de esfuerzo, podemos llegar al fuerte Bridger en una semana. No podemos dar por supuesto que no encontraremos obstáculos en el camino.

—Dicen los arrieros que los bueyes necesitan descanso —dijo William Eddy, y lo miró con un ojo entrecerrado. Stanton se daba cuenta de que era mentira; el día anterior no habían recorrido ni diez kilómetros.

—¿Sabe qué problema tiene, Stanton? Es demasiado precavido. —Lewis Keseberg también sonreía con desdén mientras se toqueteaba el cinturón, con la mano muy cerca del revólver.

—Precavido como una maestrilla —dijo Eddy, y se echó a reír. Stanton sabía que normalmente no se reiría de él, pero como Bryant se había marchado y Donner se había autoproclamado jefe, se estaba redefiniendo el equilibrio de poder. Eddy y Keseberg, pertenecientes a la manada de hombres con los que Donner se había propuesto trabar amistad, se comportaban como sus lugartenientes extraoficiales. Stanton no era de los que respondían a hombres que buscaban pelea, y menos cuando estaba en desventaja.

A lo lejos empezó a oírse el violín de Luke Halloran. A Stanton le sonaba quejumbroso, como la voz de un niño en apuros. Todo parecía fuera de lugar: la separación de la mayor parte de la caravana; que tomaran aquella ruta desconocida; la parada del pícnic, como si fuera una reunión de la iglesia, cuando tendrían que estar dándose tanta prisa como pudieran.

Y por supuesto, aunque ya llevaba tiempo enterrado, seguía sin poder sacudirse la nauseabunda imagen del cadáver del niño, con la carne arrancada de los huesos. Hacía aún más grotesca la idea del pícnic.

Aun así, se obligó a cruzar el campamento. Le daba miedo ver a Tamsen y a la vez quería verla; de lejos le parecía aún más bella, pero también aterradora, como un cuchillo recién afilado. A oscuras se suavizaba bajo sus dedos; llegaba a él como uno de esos humos que se adhieren al pelo, a la ropa, al interior de los pulmones. Dos noches atrás le había preguntado si era bruja, porque lo tenía embrujado, pero ella se había limitado a reírse.

Los tablones traseros de las carretas, apoyados en barriles y cubiertos de vichí, hacían de mesas. Las familias asaltaban sus despensas para preparar empanadas y cortar jamón. Más tarde bailarían y contarían historias. Aceptó un

plato del estofado de pollo de Lavinah Murphy, porque estaba tan harto de jamón que seguramente no sería capaz de tragar otro bocado, y rebañó la salsa con unos trozos de galleta.

—Cualquiera diría que lleva una semana sin comer —bromeó Lavinah Murphy. Era una viuda mormona que conducía al Oeste a su prole, que incluía desde hijas que viajaban con sus maridos hasta un hijo de ocho años, en busca de un nuevo hogar donde se profesara su fe—. Aunque puede que sea así, ya que no tiene una mujer que le cocine. ¿No está cansado de estar solo, señor Stanton?

—No he tenido ocasión de encontrar a la mujer adecuada —respondió, combatiendo la impaciencia. No había otra forma de hacer amigos, y no podía aspirar a plantar cara a Donner sin nadie de su lado.

La respuesta solo hizo reír a las mujeres.

—Me parece difícil de creer, señor Stanton —dijo Peggy Breen, haciendo visera con la mano. Doris Wolfinger estaba a su lado, como un agraciado patito a la sombra de su madre. Peggy era una mujer grande, corpulenta como un caballo de tiro, que había dado a luz a media docena de niños. Doris, en cambio, acababa de salir de la adolescencia, casi no hablaba inglés y dedicaba una sonrisa de incompreensión a cualquiera que le dirigiese la palabra. Stanton se preguntaba qué pensaría en realidad.

—¿Sabe qué se dice de los hombres que pasan mucho tiempo solteros, señor Stanton? —dijo Peggy Breen con una mirada traviesa—. Que empiezan a hacer cosas raras.

—¿Insinúa que soy poco sociable? —preguntó afectando ofensa—. Y yo que me consideraba el no va más de la amabilidad.

—Lo que digo es que corre peligro de convertirse en uno de esos solterones amargados —dijo Breen, mientras las otras mujeres reían—. Es mejor llevarse bien con los vecinos, ¿no le parece? —Stanton creyó percibir un cambio de tono, como si la observación se convirtiera en advertencia.

Lavinah Murphy decidió intervenir, aparentemente ajena a lo que intentaba transmitir Breen.

—Yo he estado casada tres veces. ¿Qué tiene de divertido estar solo? Es lo que digo siempre. Mejor tener a alguien con quien compartir el viaje. Peggy tiene razón, señor Stanton; sería una pena que se echara a perder un hombre como Dios manda.

Más risas; hasta se dio cuenta de que Doris Wolfinger lo miraba tímidamente.

—No creo que haya muchas mujeres dispuestas a soportar a un hombre como

yo —dijo para hacerlas reír, aunque en el fondo sabía que era cierto. No merecía a una buena mujer después de lo que había hecho o, mejor dicho, lo que no había hecho.

—Seguro que hay muchas, hasta en nuestra caravana, que no están de acuerdo —dijo Lavinah Murphy—, y se lo demostrarían si les diera la menor oportunidad. Pase menos tiempo a solas y más con sus compañeros de viaje.

A Stanton no le gustó la sutil insinuación de sus palabras, la forma en que lo miraba con los ojos entrecerrados, como si lo examinara tras sus largas pestañas. Sabía que las mujeres tenían su propia forma de poder; bastaría con una acusación para que todo el mundo se volviera en su contra. Ya le había pasado; en su localidad nadie dudó lo que dijo de él el padre de Lydia, por mucho que fuera el nieto de uno de los párrocos más afamados de la Costa Este. Habían transcurrido doce años, pero algo parecido al pánico seguía atenazándole el corazón.

—Intento no acercarme a las mujeres a las que no puedo tener. —Se puso en pie, consciente de la hipocresía de sus palabras, y se alegró de que no estuviera Tamsen para oírlas.

—Puede que encuentre novia durante el viaje —dijo Lavinah Murphy—. El Señor quiere vernos a todos emparejados.

—Tardarán poco en quedarse a las mejores —intervino con cierto deje étlico Sarah Frosdick, una de las más jóvenes, que se había casado recientemente—. Tendrá que conformarse con una solterona. —Se echó a reír.

—Disculpe a mi hermana, señor Stanton —dijo una voz a sus espaldas—. Creo que se ha pasado un poco con el licor.

Se volvió y vio a una joven a la que reconoció vagamente como Mary Graves. Era de rasgos marcados, muy alta para su sexo. Hasta entonces no la había visto de cerca. Tenía unos ojos extraordinarios, del gris del principio del amanecer.

—Entonces, ¿usted es la hija de Franklin Graves? —preguntó, aunque ya lo sabía. Ya se había fijado en ella, pero parecía estar siempre con su familia, acompañada de sus padres o rodeada de una horda de niños que competían por su atención.

—Así es. Bueno, una de ellas.

La cháchara de las mujeres se apagó cuando los dos se pusieron a caminar juntos casi sin darse cuenta; simplemente, se apartaron del grupo en dirección a unos pinos que había al borde del campamento.

—Espero que no me tome por presuntuosa por aconsejarle, señor Stanton, pero no debería hacerles caso. —Sus faldas revoloteaban mientras andaba, agitadas por la indómita hierba de la pradera. Caminaba a pasos largos y decididos que evocaban los de una yegua joven, atlética y de buena raza—. Solo le están tomando el pelo. A las mujeres casadas no les gusta ver a un hombre solo; creo que las pone nerviosas.

—¿Por qué van a ponerlas nerviosas los solteros?

—Uno de los muchos misterios del mundo, supongo —respondió riendo.

—Edwin Bryant, no sé si lo conoció, tenía una teoría sobre eso. Opinaba que decidir no casarse les parecía una especie de rechazo.

Mientras se alejaban, el pícnic se iba convirtiendo en un circo en miniatura, una mancha de movimiento y color, hasta que solo quedaron el débil sonido del violín de Halloran, transportado por el viento, y alguna que otra risa infantil. La gente hablaría, por supuesto, si se alejaban demasiado a solas, pero a él no le importaba y, de todas formas, quería apartarse de las otras mujeres antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

Al parecer, a Mary Graves tampoco le importaban las habladurías. Frunció el ceño, pensativa.

—¿Un rechazo de las mujeres o de la institución del matrimonio?

Stanton vaciló mientras le daba vueltas. Le gustaba la rapidez y facilidad con que hablaba su acompañante. Muchas mujeres parecían desgastar las palabras en la boca como terrones de azúcar, hasta dejar irreconocible la forma del pensamiento original.

—Creo que de las dos cosas.

—Algunas podrían encontrarlo insultante, pero yo no. No todo el mundo está hecho para el matrimonio. ¿Sabía que Lavinah Murphy casó a su hija de catorce años con un hombre al que había conocido cuatro días atrás? Pero mi hermana tenía razón en una cosa: no quedan muchas mujeres adecuadas en la expedición.

—¿Eso significa que usted no está libre? —Lo dijo en tono de broma, pero cuando el rostro de Mary se ensombreció, las palabras adquirieron repentinamente tintes sombríos.

—Mi prometido murió hace poco. Por eso va al Oeste mi familia.

—Lo siento. —Stanton se sentía como si lo hubieran arrastrado de improviso tras un velo—. ¿Dejando atrás los malos recuerdos?

—Algo así. —Mary seguía hablando con despreocupación, pero él logró ver lo que ocultaba su tranquilidad minuciosamente compuesta y supo que se sentía

infeliz—. Probablemente se podría decir lo mismo de toda la caravana.

—En eso tiene razón... Pero lo siento, de verdad —insistió. Sentía el impulso impropio e irresistible de cogerla de la mano.

—No se preocupe. No lo conocía muy bien. —Así pues, su infelicidad tenía otro motivo. Se tapó la boca rápidamente—. Eso suena peor aún, ¿no? Siempre digo lo que no debo.

—Ya somos dos —respondió Stanton, sonriendo—. Ahora tiene que contarme toda la historia.

Mary bajó la cabeza para pasar bajo una rama de un pequeño pino.

—Me temo que no es muy interesante; de hecho, es terriblemente normal. Seguro que ya la había oído: hija obediente accede a matrimonio de conveniencia con un hombre rico para pagar las deudas de su padre.

—Entonces, quizá fuera una suerte que ocurriera lo que ocurrió —dijo Stanton, y al darse cuenta de cómo sonaba, se apresuró a seguir—. Espero que al menos le hubieran elegido un buen hombre.

—Me trataba bien, y todo el mundo dice que habríamos sido felices juntos. Aun así, ¿quién sabe? —Tenía una voz grave y melodiosa que hacía desear a Stanton que no parase de hablar nunca.

—¿Qué ocurrió? —Al verla vacilar, añadió—: Si no quiere contármelo...

—No, no pasa nada. —Arrancó unas agujas de pino de la rama más cercana y las aplastó entre los dedos con gesto ausente, liberando el olor a resina—. Dos semanas antes de la boda fue a cazar ciervos con sus amigos y le pegaron un tiro por accidente. Lo llevaron al médico, pero ya no había nada que hacer. Murió al día siguiente.

—Qué horror.

Mary se volvió, y Stanton reconoció la expresión de su cara. Era culpa.

—¿Sabe qué fue peor si cabe? El amigo que le disparó estaba destrozado; se podría decir que enloqueció. Yo estaba conmocionada, sí, pero casi no lloré. ¿Quiere saber la verdad, señor Stanton? Me sentí aliviada. ¡Aliviada! —Acertó a sonreír débilmente—. Soy un monstruo, ¿no le parece? Debería haber sentido tristeza, aunque fuera por mi padre, ya que no por el pobre Randolph o por su familia. Sin el dinero que habría aportado al matrimonio, estábamos en la ruina. Tuvimos que venderlo todo, y mi padre no soportaba la idea de volver a empezar en el mismo sitio, de tener que demostrar de nuevo su valía a las mismas personas. Yo le metí en la cabeza la idea de que nos trasladáramos a California; por tanto, nos pase lo que nos pase, sea lo que sea lo que espera a mi familia en

el Oeste, la prosperidad o la pobreza, yo seré responsable.

—¿Usted, un monstruo? Tonterías. Creo que es una persona extraordinariamente sincera. —Volvió a sonreír.

—Puede. O puede que tenga la necesidad de confesar a alguien mis pecados. —Se volvió y continuó caminando.

—¿Siempre es tan comunicativa con los desconocidos? —preguntó Stanton mientras la seguía. Ya habían dejado muy atrás el campamento; prácticamente no se oían las voces ni la música.

—Aún estoy de luto. A la gente de luto se le deja decir prácticamente cualquier cosa, ¿no se ha fijado? —Se volvió levemente y levantó una ceja; tenía un perfil alargado que parecía cincelado con un bisturí—. Le toca. ¿Hay algún motivo por el que no esté ya casado, señor Stanton? ¿Va a contármelo?

—Tal como ha dicho usted —dijo mientras aceleraba para ponerse a su lado—, es terriblemente normal. No vale la pena ni repetirlo.

—Yo le he contado mi historia, así que es lo justo.

—Estuve enamorado una vez —confesó, aunque no estaba seguro de poder mostrar tanto aplomo como ella.

—¿Estaban prometidos?

Pese al tiempo transcurrido, cuando pensaba en Lydia sentía un dolor en el pecho, como la primera bocanada de aire frío.

—Su padre no me soportaba. Y resulta que tampoco soportaba perderla.

Mary lo miró con sus grandes ojos grises. Como el cielo cargado de nubes, o el color plomizo del mar de Boston.

—¿Quería que se quedara para vestir santos?

—No sé qué planes tenía para ella —respondió Stanton mientras se daba cuenta, ya tarde, de que se adentraba en terreno peligrosamente cercano a la verdad—. Pero no tuvo oportunidad de averiguarlo, en cualquier caso. Ella murió a los diecinueve años, demasiado joven.

Mary contuvo la respiración.

—Lo siento —dijo después.

La conciencia no permitía a Stanton continuar. De joven había prometido no relatar nunca a nadie el secreto de Lydia. Aunque no encontraba sentido a mantener una promesa realizada quince años atrás, y por añadidura a alguien que había muerto, no era capaz de romperla. Además había hecho cosas de las que se arrepentía, una larga y enmarañada cadena de falsedades que había arrastrado desde entonces; imposible explicárselo a nadie sin quedar como un monstruo.

Tenía la impresión de que el corazón le latía a cinco veces el ritmo normal.

—Fue horrible. Me temo que aún no puedo hablar de ello.

—No pretendía causarle dolor. —Mary parecía preocupada. Le rozó el brazo con la mano, como un aleteo de pájaro.

—No pasa nada —mintió. Tenía un nudo en la garganta; el recuerdo lo asfixiaba. Mary lo miraba muy de cerca.

—¿Qué es esto? —preguntó, y subió la mano del brazo al cuello para posar los dedos brevemente en los arañazos: las marcas más recientes de Tamsen—. Está herido. Parece que lo atacaron...

En aquella ocasión, el contacto no fue agradable. Ardía. Sin pensarlo, le apartó la mano.

—No es nada. Por favor...

Ella dio un paso atrás rápidamente, como si acabara de erigirse un muro entre ellos. Antes de que Stanton pudiera hablar, antes de que pudiera decir una palabra, el nombre de Mary sonó en el aire, claro y nítido como una campanada.

Mary giró hacia el sonido y, tras volver la cabeza para dedicar una última mirada a Stanton, salió disparada hacia el campamento. Avanzaba con una rapidez sorprendente; pasando entre los árboles como un haz de luz, hasta que desapareció.

## Capítulo 7

Cuatro barriles de harina.

James Reed abrió el que mostraba huellas de manos enharinadas y miró dentro. Medio lleno. Unos golpes en el lateral de los otros tres le confirmaron que estaban sin abrir. Doscientos cincuenta kilos de harina, más o menos. La ansiedad le encogió el estómago. Habían partido dos meses atrás con casi cuatrocientos kilos.

Hizo una anotación en el papel que llevaba en la mano.

Abrió el barril siguiente. Azúcar, casi por la mitad. Eliza Williams, la chica contratada, hacía demasiadas tartas y pasteles para los niños.

Cuando terminó con el inventario, saltó el tablón trasero de la carreta. Ya en el suelo, cogió el pañuelo para desempolvase las manos, pero tras dudar un momento, se las frotó a conciencia. Olisqueó el pañuelo antes de guardárselo.

Fue entonces cuando examinó detenidamente las cifras, esforzándose por contener el temblor de las manos. Desde que partieron de Springfield había estado comprobando de tanto en tanto las reservas de su familia, y las consumían a una velocidad alarmante. Pero era inútil preocuparse si no se hacía nada.

Así pues, en primer lugar hablaría con Eliza. Nadie podía repetir; ni siquiera los niños, y mucho menos los arrieros, que desperdiciaban la comida alegremente. Estudió los números por segunda vez, preguntándose si habría calculado mal las necesidades de una familia de siete miembros. Eran los seis sirvientes los que daban al traste con su previsión: los hombres eran unos glotones que comían por comer, sin pensar en lo que le costaba a su jefe.

De todas formas, sabía que estaban mejor aprovisionados, y de lejos, que muchas familias de la expedición. De puertas afuera, todo el mundo se comportaba como si no hubiera ningún problema, pero sospechaba que algunos empezaban a aterrarse en secreto. Hasta los que más comida habían adquirido en el fuerte Laramie contaban con que hubiera más caza por el camino. Después del fuerte Laramie parecía haber desaparecido todo, desde los conejos hasta los perros de las praderas. Estaban a finales de la temporada de viaje, y quizá los



pioneros anteriores hubieran esquilado la zona circundante.

Era probable que esperasen contar con la amabilidad de sus compañeros si se quedaban sin provisiones, pero se llevarían una decepción si pretendían que James Frazer Reed les echase una mano; la caridad cristiana tenía sus límites.

La noche anterior había intentado convencer a Donner de que lo pusiera al cargo de las provisiones de toda la expedición; por supuesto, nadie le hizo caso. Nadie entendía el peligro que correrían si se quedaban sin alimentos en lo alto de un paso de montaña. Tenían todos los indicios, pero no se molestaban en considerarlos.

—¿Que le dé autoridad sobre mis suministros? —William Eddy se echó a reír y escupió el tabaco a unos centímetros de la bota de Reed—. Ni hablar. Si le dejamos decirnos qué podemos comer, cuánto y cómo, acabaremos todos flacos como esqueletos. Igual que usted.

Reed hizo caso omiso de Eddy, pero sintió la tentación de agitar el papel delante de las narices de Donner.

—Tenemos veinticinco cabezas de vacuno menos que al salir del fuerte Laramie, y hace menos de tres semanas. Si no nos las hemos comido todas, es que nos las están robando. A este paso no tendremos ni dos docenas cuando llegemos a California.

Hacer el tonto y pasarlo bien; era lo único que querían los miembros de la caravana. Estaba, por ejemplo, la carreta descomunal de los Donner, llena de colchones de plumas y toda clase de comodidades innecesarias. Todas las noches, alrededor de las hogueras, los arrieros contratados se jugaban el sueldo a las cartas antes de habérselo ganado. La gente bailaba alrededor de los animales que se asaban mientras Luke Halloran tocaba el violín. ¡Y nada menos que un pícnic! ¿Con qué motivo? Una excusa para que George Donner se encaramase a un tocón y pronunciara un discurso para que lo eligieran jefe de la expedición. Dos cabezas de ganado sacrificadas solo por eso, para asegurar a todo el mundo que no había por qué preocuparse: mirad cuánto hay, de sobra para todos.

Reed sospechaba que también era una distracción: por la caravana circulaba el rumor de que Tamsen Donner salía por las noches, y la veían en lugares donde no debería estar. Era una bruja, decían algunas mujeres; podía desvanecerse de un sitio y aparecer en otro, volar en las corrientes de aire como los vilanos, hechizar a un hombre con solo echarle el aliento. Reed no daba crédito a esos cuentos chinos, pero una cosa estaba clara: le ponía los cuernos al marido, y lo dejaba en ridículo cuando necesitaba el apoyo de toda la expedición.

Se estiró, dolorido de agacharse en la carreta a examinar los barriles, los sacos de arpillera llenos de salvado y judías secas, los bidones de vinagre y melaza. En aquel momento pasó Donner montado a caballo, agitando el sombrero.

—¡Carguen las carretas! —gritaba, con la cara roja por el esfuerzo—. ¡Tenemos que salir!

Cómo odiaba el sonido de la voz de Donner.

Pero justo cuando se volvió para decir algo vio a dos de los niños de los Breen que salían a gatas de debajo de una galera. Estaban pálidos; al ponerse de pie se tambalearon, y gemían como si les hubieran dado una paliza.

Le dio un vuelco el corazón al recordar al niño al que habían matado un mes atrás, aquella cara pálida inmóvil como si estuviera durmiendo, la espantosa imagen del cuerpo destrozado. Se preguntó si los Breen estarían enfermos. De repente, primero uno y luego otro, bajaron la cabeza y se pusieron a vomitar violentamente. El olor era medicinal, apabullante e inconfundible.

—Eh, vosotros. —Se les acercó antes de que pudieran escapar—. Habéis estado bebiendo, ¿verdad? No intentéis negarlo; puedo olerlo.

Los dos niños, que no podían tener más de diez años, se volvieron hacia él con gesto huraño.

—No es asunto suyo —dijo uno.

El olor del vómito y el bourbon era tan repugnante que Reed combatió el impulso de taparse la nariz con el pañuelo. Dudaba que el alcohol se lo hubiera facilitado su padre; Patrick Breen iba a darles una paliza de muerte.

—Habéis robado ese bourbon, ¿no es así? ¿A quién? Y ¿con quién?

—No vamos a decir nada —contestó el más flaco y sucio mientras los dos lo fulminaban con la mirada.

Reed tuvo la tentación de darle un revés, pero se lo pensó mejor. La gente empezaba a mirar.

—¿Por qué molesta a los niños? —dijo Milt Elliott, empleado de los Donner, sacudiendo la cabeza.

—Métase en sus cosas —replicó Reed.

—No es su padre —dijo Samuel Shoemaker, otro de los hombres de Donner.

—Probablemente su padre está tumbado boca abajo en una zanja —contestó Reed antes de pensarlo. Maldijo su lengua afilada. Sabía cómo podía sonar a aquellos hombres, muchos de ellos con resaca después de bailar hasta las tantas. Empezaron a hormigearle las palmas de las manos. Sentía la mugre que se le

amontonaba en los tímpanos, en las ventanas de la nariz, bajo las uñas. Tenía que bañarse—. Solo intento averiguar de dónde han sacado el alcohol los niños.

—¿Quiere decir que tenemos la culpa de que estén borrachos? —preguntó Elliott, levantando una ceja.

—No. Solo digo que tenemos que vigilar mejor las provisiones. —Sacudió la cabeza y decidió volver a intentarlo—. Por ejemplo, podríamos guardar bajo llave las bebidas alcohólicas.

Alto y anguloso, destacando como un infausto espantapájaros, Lewis Keseberg se abrió paso a empujones. Reed debería haberlo visto venir; Keseberg siempre parecía andar en busca de pelea.

—Le gustaría quitarnos el licor, ¿verdad? Probablemente lo tiraría al Little Sandy cuando no mirase nadie, hasta la última gota. —Hundió un dedo en el pecho de Reed—. Como intente siquiera tocar una de mis botellas, juro por Dios...

El sudor empezaba a perlar el labio superior de Reed. Miró a su alrededor, pero no vio por ningún lado a la mujer ni a la hija de Keseberg; al parecer tenía a buen recaudo a su familia, y no había nadie que pudiese imbuirle un poco de decencia. Aun así, no podía dejarse empujar delante de tanta gente; lo tomarían por cobarde. Pero Keseberg tenía fama de rencoroso. Nadie jugaba ya con él, porque nunca olvidaba quiénes habían hecho trampas, a quiénes les gustaba echarse faroles o quiénes preferían no descartarse. Recordaba qué cartas de la baraja habían salido y calculaba cuáles era probable que salieran. Al parecer tenía una memoria afilada como un cuchillo. También le sacaba quince centímetros y quince kilos.

Reed tenía a Keseberg tan cerca que estaba seguro de que notaría *algo raro*. Tenía la convicción de que su secreto, el mal que habitaba en él, era tan fuerte que de cerca podía verse u olerse. Era como el polvo de la ruta, del que nunca lograba desprenderse; rastros de sus pecados en las manos o la cara, asomando por debajo de la ropa, por mucho que intentara limpiarlos.

Volvió a sacar el pañuelo.

—Quíteme las manos de encima —dijo, esperando que no le temblase la voz—. O...

—O ¿qué? —Keseberg se acercó más aún. *Afilado como un cuchillo*.

Antes de que Reed pudiera contestar, un hombretón se interpuso entre ellos: John Snyder, el arriero contratado por Franklin Graves. Probablemente el último al que querría enfrentarse cualquier persona razonable. Entrecerró los ojos, pero

su sonrisa de superioridad mostraba algo de diversión.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Este hombrecillo va diciendo a todo el mundo lo que tiene que hacer? ¿Otra vez? —Snyder lo había llamado «hombrecillo», para recordarle que podía zarandearlo a voluntad—. ¿No le dijeron anoche que no tiene que andar mangoneando?

Snyder se volvió hacia Reed, que creyó observar una expresión de conocimiento en sus ojos. A Reed se le heló la sangre. ¿Habría visto alguien más la cara de Snyder?

Pero los demás siguieron a lo suyo; nadie se había dado cuenta. Nadie podía saberlo.

—Eso es —dijo Keseberg—. El jefe es George Donner, no usted.

—Solo pretendo que entren en razón —insistió Reed. Aquello era importante. A pesar de su incomodidad, estaba dispuesto a intentar hacerse escuchar una vez más—. El fuerte Laramie era el último puesto avanzado antes de California. Ya no encontraremos más tiendas, más silos de trigo, más agricultores dispuestos a vender un saco de harina de maíz. Quien haya perdido el bourbon a manos de estos críos —dijo señalando a los hermanos, aún tumbados en la tierra—, dentro de un par de semanas deseará haber sido más cuidadoso, cuando no le quede ni una gota.

La multitud guardó silencio. Reed consideró que había obtenido una pequeña victoria.

—Amigos —continuó—, a todos los efectos, ya hemos dejado atrás el tramo fácil del viaje. En el fuerte Laramie hablé con hombres que han pasado por ese atajo, y dicen que el terreno es más inhóspito que nada que hayamos imaginado. Deberían aprovechar este tiempo para tomar las decisiones difíciles. —Todos, en un silencio inquieto, esperaban a que continuara. Hasta Snyder lo miraba, con unos ojos que, al sol, parecían dorados—. Para muchos, las posesiones son una carga excesiva; al partir nos llevamos cosas de las que no creíamos poder prescindir. Consideren deshacerse ahora de ellas. Déjenlas aquí, en esta pradera; de lo contrario, matarán a sus bueyes en las montañas que tenemos por delante.

Nadie decía nada. Reed se dio cuenta, demasiado tarde, de que había aprovechado en exceso la ventaja, aunque sabían, tenían que saber, que estaba en lo cierto. Durante los últimos kilómetros, el terreno estaba sembrado de objetos que otros pioneros habían abandonado por el camino. Muebles, baúles de ropa, juguetes y hasta un piano colocado en campo abierto, como esperando a que llegara alguien a tocarlo. Había observado a Doris Wolfinger, la joven alemana,

pulsar las teclas rígidas con añoranza, y la visión le había provocado un profundo dolor al que no sabía poner nombre.

Pero, como suele suceder con las verdades, nadie quería oírlo.

—Quién fue a hablar —dijo Keseberg—. Con esa carreta especial que tiene. Hacen falta cuatro bueyes para tirar de ella, y estamos en terreno llano.

—Lo suyo no es predicar con el ejemplo, ¿eh? —comentó Snyder como quien no quiere la cosa, mientras se limpiaba las uñas sin siquiera mirarlo. Aun así, Reed no pudo evitar fijarse en lo grandes y fuertes que tenía las manos; no pudo evitar preguntarse cómo sería que le atenazaran el cuello—. No necesitamos que un hipócrita nos diga qué hacer.

Antes de que Reed pudiera contestar, George Donner atravesó la multitud, con el caballo de las riendas.

—Tenemos que aprovechar la luz del día, vecinos. Terminen de preparar las carretas y en marcha. Quiero que estemos de camino en un cuarto de hora.

La gente se dispersó mientras Donner montaba, muy pagado de sí mismo en opinión de Reed. Suponía que debería estarle agradecido por la interrupción, pero no era capaz de sentir nada más que resentimiento, aunque los lúgubres pensamientos sobre John Snyder, con esa mandíbula decidida y esas manazas aterradoras, empezaban a remitir.

Cuando la gente se hubo dispersado, Reed divisó a Margaret, su mujer. Iba envuelta en un chal de punto; la brisa agitaba los largos flecos de hilo de bordar. Al verla inesperadamente, se sorprendió de lo vieja que parecía.

Margaret se volvió, pero él tuvo tiempo de ver su expresión de lástima, o tal vez de disgusto. Corrió hasta alcanzarla y la sujetó del codo.

—¿Qué te pasa, Margaret? ¿Quieres decirme algo?

Ella se limitó a negar con la cabeza y siguió caminando hacia su campamento, muy despacio, como si le doliera. Parecía estar sufriendo más que en Springfield, si tal cosa era posible, como si su salud estuviera empeorando. Sin embargo, Reed estaba razonablemente seguro de que solo intentaba hacerlo sentir culpable.

—Vamos, Margaret, dime qué te pasa ahora. Quítatelo de encima. ¿Qué he hecho para decepcionarte tanto?

La mujer se estremeció, y Reed se dio cuenta entonces de lo mucho que se esforzaba por controlar las emociones. La *cólera*. Recordó cómo era cuando se casaron: una viuda con experiencia en el matrimonio que entendía los papeles del esposo y la esposa, sus distintos cometidos. La consideraba digna, diligente y

disciplinada. Siempre dejaba que él tomara las decisiones en la familia, y siempre lo apoyaba delante de los niños, el servicio y los vecinos.

—No te entiendo, James. ¿Por qué te empeñas en discutir con nuestros compañeros de viaje?

—No me empeño en discutir. Esos críos han salido gateando de debajo de una carreta y prácticamente me han vomitado en las botas.

—¿Por qué? —interrumpió, con exasperación palpable—. ¿Por qué te comportas con esa superioridad? Das a entender a todo el mundo que te consideras por encima. Me has convertido en el hazmerreír delante de... —Dejó de hablar de golpe y cerró los ojos fuertemente—. De verdad que no lo entiendo. Para empezar, ¿por qué te empeñaste en dejar Springfield y en vender un buen negocio y una casa preciosa? —Contuvo la respiración; era como si se ahogara rodeada de aire—. Si lo hubiera sabido, puede que no me hubiera casado contigo.

—No digas eso, Margaret —respondió mecánicamente. Su mujer ni siquiera levantó la vista. Ninguno de los dos albergaba grandes ilusiones hacia su enlace; no se habían casado por amor. El suyo era un matrimonio de conveniencia al uso, y en muchos aspectos se parecía más a la relación de hermano y hermana que a la de marido y mujer. Pero ¿cuántos de los demás podían afirmar otra cosa?

—¿Y los niños? ¿Te has parado siquiera a pensar en lo que les hiciste al apartarlos de sus amigos, de sus vecinos, de toda la gente que conocían? Cuando me pediste en matrimonio, me dijiste que cuidarías de nosotros.

—Y eso hago. Por eso estamos aquí. —Había vuelto a sacar el pañuelo y de nuevo estaba frotándose; ni siquiera se había dado cuenta. Se lo guardó en el bolsillo.

La verdad, sin embargo, era más complicada.

La verdad era que no había hecho cuanto estaba en su mano para protegerlos a los niños y a ella. Había cometido errores.

Un error en concreto.

Su mujer había conocido a Edward McGee en una ocasión en que lo visitó inesperadamente en el almacén. Reed pensó que había oído rumores y se había acercado a comprobarlo por sí misma. Pero jamás dijo una palabra sobre ello ni expresó la menor sospecha. Incluso había tendido la mano a Edward. Reed aún podía ver la extraña sonrisa de Edward, medio burlona, cuando estrechó la mano de Margaret.

Pero ya estaba hecho. Tenía que dejar atrás el pasado. Tenía que dejar atrás los miedos y la culpa. Tenía que quitarse de la cabeza para siempre la idea de las manos de Snyder alrededor del cuello, o de las muñecas. Tenía que ser mejor. Aunque era irracional, imposible, una minúscula parte de él creía que era su pecado lo que había hecho que mataran al niño de los Nystrom, lo que había atraído al diablo al campamento.

Pero no. Tenía que conservar la cabeza sobre los hombros. Todo sería distinto cuando llegaran a California. Miró al cielo. El sol estaba subiendo; pronto partirían una vez más.

Sacó el inventario y se puso a recontarlo todo, pero por muchas vueltas que le diera, siempre se imponía la verdad. No tenían suficiente.

Había que hacer algo.

## Capítulo 8

### Territorio indio

Querido Charles:

Escribo esta carta perdido en el territorio indómito de más allá del fuerte Bridger; tal vez desde las montañas Wasatch. No estoy seguro, y no tengo ni idea de si llegarás a leer esto. Tras las dificultades de las últimas semanas, lo único que sé es que tengo que dejar constancia de lo que he averiguado. Si te llega esta carta, no intentes seguirme. Lo que hago, lo hago en aras de la ciencia y la verdad.

Justo antes de salir del fuerte Laramie contraté a un joven guía, un payute de diecisiete años de edad llamado Thomas. Lo convirtieron unos misioneros, que le dieron el nombre cristiano, hace seis años, y desde entonces ha vivido entre blancos. Me dijo que sabía de los washo, asentados cerca del lago Truckee, a los que ando buscando, y que, dado que un huérfano de esa tribu vivía con los misioneros que lo habían criado, podía comunicarse con ellos. También había oído hablar de los anawái, aunque no parecía que le gustara hablar de ellos.

Puedes imaginar la ilusión que me hizo conseguir un guía que conocía la zona y la tribu, y hasta hablaba su idioma. No hacía ni cinco días que habíamos salido del fuerte Laramie y Thomas demostró su valía por primera vez, cuando nos cruzamos con una partida de caza de los payutes. Estos eran amistosos y esa tarde compartieron una comida con nosotros alrededor de una hoguera. Respondieron a mis preguntas sobre los anawái; de hecho, mi interés los animó bastante. Intentaron disuadirme de ir a su encuentro; afirmaban que eran particularmente peligrosos.

Por lo que saqué en claro de lo que me traducía Thomas, los anawái se habían apartado de sus dioses tradicionales y adoraban a un espíritu lobuno originario del valle en el que vivían. Según los payutes, podían volverse muy feroces, imbuidos de una insaciable ansia de sangre. Relataron incontables atrocidades, pero llegó un momento en que la historia se hizo demasiado difícil de seguir y sobrepasó la capacidad de interpretación de Thomas.



Esta desconcertante información, curiosamente parecida a la que me había dado Farnsworth sobre el sacrificio humano, aumentó mi determinación. El resto del grupo, como cabía esperar, se mostraba reticente a seguir. Ya conoces a esos tipos: Newell, Anderson, los hermanos Manning... Hombretones fornidos a los que nadie podría acusar de cobardía. Conseguí convencerlos para seguir conmigo hasta el fuerte Bridger, señalándoles que la caravana pasaría por ahí y siempre podían volver a unirse a la expedición.

Cuando hube tranquilizado a los demás, Thomas me llevó a un aparte. Se notaba que también estaba impresionado. Me dijo que quería regresar. Le recordé que había contratado sus servicios y que era todo o nada; si quería ver aunque fuera un centavo, tendría que quedarse hasta el final. No le hizo gracia, como puedes imaginar, y dijo que, dado el peligro, quería una pistola. Pero lo veía tan asustadizo que no estaba seguro de que no fuera a ponerse a disparar contra lo primero que viera, yo incluido. Además, debo confesar que había oído demasiadas anécdotas de indios que se volvían contra la gente a la que guiaban, por mucho que Thomas pareciera un buen chico, de modo que me negué. Le hice notar que estaba rodeado de hombres con armas de fuego y que velaríamos por su seguridad; aun así, siguió receloso hasta que llegamos al fuerte Bridger.

En toda mi vida me había alegrado tanto de ver un chamizo destartado como cuando llegamos al fuerte Bridger. Como observarás, no se parece en nada al fuerte Laramie. Jim Bridger, uno de los propietarios, me dijo sin tapujos que su prosperidad había menguado desde que, el año pasado, las caravanas empezaron a tomar el atajo de Greenwood; ahora, las expediciones con rumbo a Oregón no pasan siquiera por su puesto avanzado. Es como una ciudad fantasma.

Supe hasta qué punto es desesperada su situación a la tarde siguiente, cuando nos invitó a su despacho a tomar una botella de aguardiente casero. Bajo los efectos del alcohol, nos relató un incidente sucedido hace seis años, cuando un grupo de buscadores de oro se perdió mientras viajaba por la zona que ahora se conoce como el atajo de Hastings. Algunos dicen que murieron de hambre; otros, que los masacraron los imprevisibles anawái. Bridger había conocido a los buscadores de oro cuando pasaron por el fuerte, y se propuso dar con ellos. No parecía probable que lo lograra; el territorio era amplio, y sus recursos, escasos. Estaban a punto de abandonar cuando un buscador de oro apareció dando tumbos en el campamento de la partida de rescate; el desgraciado había perdido la cabeza después de vivir en el bosque como un animal, y fue incapaz de decir qué había sido de los demás.

La anécdota me resultó alarmante; me recordó una cosa que me había dicho Lewis Keseberg en una ocasión: que su tío desapareció en ese territorio hace unos años.

En cualquier caso, Bridger no me causaba muy buena impresión. Sus precios eran desorbitados; sus provisiones, de mala calidad: harina agusanada, carne podrida, alcohol aguado... Hace meses que destinaron a su guarnición al fuerte Hall, más concurrido, por lo que Bridger y su socio, Luis Vázquez, están desprotegidos y yo diría que desmoralizados.

Entre la experiencia con los cazadores payutes y las historias de Bridger, estaba incómodo. Me fui a la mañana siguiente, sin más compañía que la de Thomas, y pronto averiguamos que el camino es espantoso. Bridger me dijo que Lansford Hastings había estado en el fuerte, pero se marchó para guiar una caravana por el atajo. Nos llevaban aproximadamente una semana de ventaja, de modo que intentamos seguir el rastro de su paso, pero todo estaba lleno de bosques y maleza. De vez en cuando dábamos con un viejo sendero indio y después descubríamos que acababa en un cañón o un acantilado. Era difícil avanzar a caballo, y con una carreta sería prácticamente imposible. Es importantísimo que impidas que la expedición tome esta ruta. Aquí solo encontraréis penurias e infortunio.

Tardamos una semana, pero Thomas y yo logramos cruzar las montañas. Habíamos perdido la pista de la caravana de Hastings, y estábamos alerta en todo momento, con la esperanza de encontrar algún indicio u oír una voz humana; cualquier cosa que nos indicara que no estábamos solos. Pero cuanto más nos adentrábamos en el bosque, más aislados nos sentíamos. Paradójicamente, no podía dejar de sentirme observado.

A esas alturas, Thomas estaba más agitado que un gato y yo empezaba a preocuparme por su estado mental. Cuando intenté indagar, la última noche que estuvimos sentados alrededor de la hoguera, me confesó que no me había traducido todo lo que decían los payutes. Nos habían aconsejado que no nos acercáramos a los anawái del lago Truckee, eso era cierto, pero había un motivo: secuestraban forasteros para sacrificarlos a su espíritu lobuno.

Sentía no habérmelo dicho antes, pero temía que insistiera en ir a verlo personalmente y acabaran matándonos. Es evidente que me consideraba un loco con el que no se puede razonar. Estaba tan nervioso que empecé a lamentar haberlo puesto en esa situación. Solo era un chico de diecisiete años que temía por su vida.

Estaba a punto de pagarle lo acordado y liberarlo del contrato cuando oímos algo en la maleza. Los dos nos volvimos hacia el sonido. Yo saqué el fusil, y Thomas cogió una rama de la hoguera.

Toda la vegetación crujía a nuestro alrededor. Thomas sujetaba la rama en alto, como una antorcha. Sonó un ruido justo delante de nosotros, como el de un trozo de madera que se partía por la mitad. Apunté en esa dirección.

—¡Déjense ver! —grité al vacío.

Unos pasos avanzaron hacia mí, aunque no veía nada. Estaba a punto de disparar cuando Thomas giró en redondo y echó a correr bosque adentro. Estaba desarmado; hasta había tirado la antorcha, llevado por el pánico. Sentí que era mi deber protegerlo y seguí el sonido de su huida entre los árboles, sin dejar de oír que alguien me seguía. En unos minutos había perdido a Thomas en la oscuridad, pero, a mis espaldas, el sonido se hacía más alto y cercano, hasta que al fin, por instinto de supervivencia, giré y disparé a ciegas. El destello del fusil iluminó algo; volví a disparar y oí un gemido de dolor, claramente animal. Como ya me había hecho a la oscuridad, vi el resplandor de unos ojos amarillos y unos dientes; fueran lo que fueran, desaparecieron en el acto. Centré toda la atención en el oído, intentando averiguar si el animal estaba rodeándome para atacar desde otro ángulo, pero todos los sonidos cesaron de repente.

No había ni rastro del ruido, y tampoco de Thomas. No volvió al campamento, y no sé qué habrá sido de él.

Sabes lo cabezota que soy, por lo que no te sorprenderá saber que pienso seguir hacia el lago Truckee. Ya he llegado demasiado lejos para volver ahora. Puede que lo consideres imprudente y peligroso, y estás en lo cierto, pero he pasado por situaciones parecidas y he sobrevivido. Tengo que buscar a Thomas, pero también tengo que buscar verdades.

Dios te bendiga y buen viaje  
tu amigo Edwin

## Capítulo 9

Tenían que estar en el tramo más seco y caluroso del verano cuando la caravana atravesó al fin el paso del sur y llegó a la zona que se extendía por encima del fuerte Bridger. El terreno era más árido de lo que esperaba Stanton. El verde de las praderas daba paso de golpe a los marrones, con hierba quebradiza y una tierra polvorienta, y el río Big Sandy convertido en un arroyuelo. El ganado olfateaba con desinterés la escasa hierba. La expedición tendría que atravesar rápidamente esa zona y cruzar los dedos para encontrar pastos mejores; en aquellas condiciones no podrían sobrevivir mucho tiempo. Pero la llanura se extendía ante ellos a lo largo de lo que parecía mucho más de un centenar de kilómetros: un lugar torturado.

Los músculos de Stanton se tensaron; el sudor se le acumulaba en la frente y le corría por la espalda. Le dolía la cabeza de fiebre y agotamiento. Las últimas noches se había presentado voluntario para vigilar el ganado, con tal de no estar en la tienda en caso de que Tamsen acudiera en su busca. Era una solución provisional, ya que tendría que plantarle cara más tarde o más temprano, y además lo dejaba agotado durante el día. Aun así, le parecía peor enfrentarse tanto a la tentación como a las consecuencias de la cólera de su amante.

No se quitaba de la cabeza lo sucedido tres noches atrás, cuando Donner le confesó que sabía que Tamsen se traía algo entre manos. Añadió que no sería la primera vez; Tamsen era una mujer débil, y ciertos «acontecimientos» del pasado formaban parte del motivo por el que se trasladaban al Oeste. Su última aventura había estado a punto de salir a la luz, un escándalo que lo habría convertido en el hazmerreír, y también a ella. Mientras volvían al campamento, con Donner tan borracho que tenía que apoyarse en Stanton, juró que esta vez mataría a quien fuera que se veía con ella. Stanton se sorprendió por la fiereza con que, a pesar de todo, parecía defender a su esposa. Aunque, por lo general, Donner parecía bastante inofensivo, a Stanton no le cabía duda de que cumpliría su palabra.

Así pues, estuvo montando guardia por las noches, aunque eso significara que

le costaba mantener los ojos abiertos durante los largos, tórridos y polvorientos días.

Cuando vio el fuerte Bridger le pareció un espejismo. Atisbaba los tejados de unas cuantas cabañas de troncos, y edificios que amenazaban con derrumbarse. No se había dado cuenta de lo impaciente que estaba por llegar, por encontrar algo que lo distrajera de sus pensamientos, hasta que la expedición empezó a aproximarse al fuerte; entonces se sorprendió por lo intenso de su desilusión. No sería difícil tomarlo por un lugar abandonado.

La intranquilidad crecía y se extendía; Stanton podía sentirla como un viento que recorría el grupo. Aquello no podía ser el fuerte Bridger, se decían unos a otros. ¿Dónde estaban la empalizada, el sólido portón, el cañón? A lo lejos se apelotonaba un puñado de construcciones menores. Dos indios que cortaban leña en un patio embarrado alzaron la vista al paso de la caravana, pero volvieron rápidamente a su tarea.

Encontraron a Jim Bridger, el propietario, en una de las destartaladas cabañas; el interior estaba tan oscuro y lleno de humo que costaba ver nada. Las cabañas eran bajas y alargadas, con pocas ventanas, aunque las grietas dejaban pasar el viento entre los troncos. Los suelos eran de tierra batida, cubierta aquí y allá por pieles ajadas. Había dos indias en una esquina, inclinadas sobre unos cestos y aparentemente ajenas al humo de la chimenea. Un niño jugaba a sus pies, hundiendo el pulgar en la tierra.

Stanton había oído hablar de Bridger en el fuerte Laramie; anécdotas sobre su mal genio y su impaciencia, que se atribuían a los muchos años que había pasado a solas en tierra indómita. Había recorrido la zona como explorador durante un decenio, hasta que instauró el fuerte con su socio, un inquieto mexicano llamado Luis Vázquez. Paranoico y propenso a tomarse la justicia por su mano: así lo había descrito un hombre en el fuerte Laramie.

Era posible que Bridger hubiera sido fuerte, incluso imponente, pero por aquel entonces estaba arrugado, con las mejillas chupadas, encogido, como si le hubieran extraído gran parte del interior. Llevaba ropa de cuero de cabra sucia y desgastada. Tenía el pelo largo, ralo y canoso. Cuando levantó la vista, el extraño brillo de sus ojos resultó inconfundible: estaba loco.

Donner era tan alto en comparación con Bridger que, cuando extendió la mano, estuvo a punto de darle en la cara.

—Tengo que hablar con el propietario de este establecimiento —dijo con ese animado tono de confianza que Stanton ya reconocía como falso.

—Aquí lo tiene —respondió Bridger sin mirarlo. Junto a él, tras el mostrador, había un joven de reducida estatura con la piel color caramelo y un delantal sucio a la cintura. Parecía que estaban haciendo inventario.

—Vamos a pasar aquí un par de días para que descansen los animales —explicó Donner tras las presentaciones.

—Muy bien. Avísennos si necesitan algo. Estamos bien aprovisionados —dijo Vázquez, limpiándose las manos en el delantal grasiento con manchas rojizas y marrones, como el de un carnicero—. ¿Hacia dónde se dirigen? ¿Al norte o al oeste? —Los dos hombres parecían muy interesados en la respuesta.

—Al oeste, por supuesto —dijo Donner—. Hemos venido a reunirnos con Lansford Hastings; dijo que estaría aquí esperando para guiar a los colonos por el atajo.

Bridger y Vázquez cruzaron una mirada que Stanton no acertó a descifrar.

—Estuvo aquí, pero ya se marchó —dijo Vázquez—. Hace dos semanas pasó una caravana y se unió.

—¡Hace dos semanas! —repitió Donner—. Pero prometió esperarnos.

Stanton se refrenó para no señalar a Donner que se lo habían advertido. Donner había convencido a la expedición para viajar por el atajo, ya que Hastings haría de guía. Todos se darían cuenta de que habían lanzado los dados y era probable que hubieran perdido.

—Que no cunda el pánico —dijo Bridger, con un rictus que, supuso Stanton, pretendía ser una sonrisa—. Hastings dejó instrucciones y dijo que cualquier caravana que pasara después podía seguir su ruta. La van señalizando para que nadie se despiste.

—¿Qué opina usted de esa ruta? —preguntó Donner, con el ceño fruncido—. En nuestra caravana hay noventa personas, en su mayoría mujeres y niños.

Stanton no sabía muy bien por qué se había molestado en preguntar. Las finanzas del fuerte Bridger dependían del éxito de esa ruta. Esperaba que la decencia cristiana, aunque ya había aprendido a no confiar en ella, impidiera a aquellos hombres mentirles a la cara. Pero pocos anteponían la vida de los desconocidos al beneficio económico.

Tanto Bridger como Vázquez vacilaron.

—Bueno, es una ruta bastante nueva... —dijo Vázquez al cabo.

—Y tanto —interrumpió Bridger en tono más alegre—. Pero Hastings habla bien de ella. La ha recorrido con Bill Clyman, ¿les suena? Probablemente, el viejo Bill es el montañero más famoso de estas tierras, y dio su aprobación.

Donner sonrió como un idiota. Sin duda, repetiría aquellas palabras a todos los miembros de la expedición.

—¿Saben qué? —dijo Bridger—. Yo mismo montaré a caballo y los llevaré hasta el principio del paso. Pero será mejor que descansen unos días, y que se aseguren de que sus animales están bien alimentados y en buenas condiciones. Tenemos copos de avena y maíz para el ganado. No hay nada de aquí al fuerte de John Sutter, en California. Esta es su última oportunidad de engordar a los animales antes de subir a las montañas.

—Y la aprovecharemos al máximo; pueden contar con ello —dijo Donner, y dedicó una amplia sonrisa a cada hombre antes de salir.

Stanton dejó marcharse solo a Donner y se volvió hacia Vázquez.

—¿Tienen carta para mí, de Edwin Bryant? Debería haber pasado por aquí hace una semana más o menos.

Le pareció ver un brillo en los ojos oscuros de Vázquez antes de que Bridger respondiera.

—¿Cómo dice que se llamaba ese hombre?

—Bryant. Unos años mayor que yo; casi siempre lleva gafas. Es periodista.

Bridger negó con la cabeza.

—No recuerdo que haya pasado ningún Bryant por aquí. En cualquier caso, no hay ninguna carta para usted.

—Iba por delante de nosotros —dijo Stanton, con una punzada de temor; como Bridger no respondía, continuó—: Tenía intención de pasar por aquí; él mismo me lo dijo. —No quería pensar en lo que podría haber pasado, ni en Bryant herido, moribundo o muerto.

—No, no, tiene razón. Estuvo aquí, ahora lo recuerdo —dijo Vázquez lentamente.

Stanton sintió alivio al enterarse de que Bryant había pasado por el fuerte, pero había algo que le parecía falso en el comportamiento de los dos hombres.

—Iba a dejarme una carta. ¿Están seguros de que no hay nada?

—Nada —afirmó Vázquez. Stanton supo que mentía.

—Bueno, ya han oído a Donner. Pasaremos unos días aquí. Volveré a preguntar, por si encuentran algo.

Antes de que diera media vuelta y saliera de la cabaña, Bridger se limitó a dedicarle una sonrisa rígida, mostrando todos los dientes.

Durante los dos días siguientes, el cielo estuvo plomizo y lluvioso. Aplacaría la sequía, por lo que nadie se quejaba, pero era suficientemente molesto para que todo el mundo estuviera a disgusto. Las hogueras chispeaban y soltaban mucho humo; las familias se apelotonaban en sus tiendas y pasaban las veladas tiritando con la ropa y las botas embarradas, rascándose los piojos y otras plagas que parecían haber infestado media caravana. Era más duro para los ancianos, como Mathis Hardkoop, un belga que viajaba solo. Hardkoop, no muy ducho en conocer a la gente, había dado (inexplicablemente en opinión de Stanton) en depender de la ayuda de Keseberg, pero Keseberg se había hartado del viejo y, en contra de los deseos de Philipinne, su apocada esposa, lo había echado de la carreta. Debilitado por las exigencias de la ruta, Hardkoop contrajo rápidamente una tos insidiosa y era frecuente verlo deambular por el fuerte con su petate casi vacío y su bolsa de dormir, buscando un lugar seco donde tumbarse.

Un par de familias habían escapado del lodo y la humedad alquilando habitaciones a Bridger y Vázquez. James Reed trasladó a su numerosa partida a un barracón que no se había usado desde que se trasladó la guarnición, el año anterior. George y Jacob Donner estaban mejor aún; habían pagado a Vázquez lo suficiente para que su familia abandonara la cabaña de troncos. Los dos clanes de los Donner podrían evadir la llovizna, disfrutar de comidas calientes y hervir agua en el gran caldero de cobre de Vázquez para tomar baños calientes. Stanton seguía teniendo mucho de yanqui para gastarse sus buenos dineros cuando tenía una tienda resistente.

Al final, a la tercera mañana de su estancia, escampó. Stanton se arrodilló junto al río, desnudo de cintura para arriba, con la muda limpia a mano. El agua estaba tan fría que le cortó el aliento. Espantosamente fría, aunque le suscitaba cierta atracción perversa, sin duda gracias a su abuelo. Se lavó rápidamente, solo la parte del cuerpo que tenía al aire. Donner había asegurado que aquel era el último día que pasaban en el fuerte, y todo el mundo realizaba sus últimas tareas apresuradamente. Stanton tenía una buena lista: inspeccionar los ejes y las ruedas de la carreta en busca de indicios de desgaste o debilidad; limpiar los aparejos, rígidos de sudor; comprobar los herrajes de los bueyes y el caballo de montar. Un animal de tiro no servía de nada sin pezuñas, y nadie podía permitirse perder uno.

Sintió el grito tanto como lo oyó. Conocía la voz; la percibió con el cuerpo, como si fuera un mensaje destinado a él. Echó mano de la pistola que tenía encima de la ropa, pero no se detuvo para nada más y salió disparado en



dirección al sonido.

Mary Graves.

Estaba tendida de espaldas en la tierra, retrocediendo. La sorpresa de encontrarla así no fue nada en comparación con la de ver a un hombre que se cernía sobre ella. Estaba sucio, tan descuidado que casi parecía un leproso, con los ojos acuosos e inyectados en sangre. El hedor que desprendía era tan intenso que daba arcadas.

Aquellas ideas pasaron fugazmente por la cabeza de Stanton. Más adelante no recordaría nada, salvo una visión de dos manos ásperas que aferraban a Mary por los hombros, hasta que apuntó y apretó dos veces el gatillo de forma automática.

Las balas acertaron al hombre, si podía llamarse así, en la espalda. Soltó a Mary y cayó de bruces. Mary tuvo que darle un fuerte empujón para evitar que se le desplomase encima. Intentó ponerse en pie, pero volvió a dar con la espalda en el suelo. Estaba muy pálida, y Stanton se daba cuenta de que hacía cuanto podía por no llorar.

Le sorprendía que el atacante siguiera con vida; estaba razonablemente seguro de haberle pegado dos tiros. Se agachó junto a él para ver si podía hacer algo.

—No se debata o solo sangrará más —le ordenó, pero cuando alargó una mano para sujetarlo, el desconocido se lanzó hacia él y estuvo a punto de arrancarle los dedos con unos dientes del color del óxido. Stanton lo golpeó en la cara; los huesos le parecieron esponjosos, como podridos.

El hombre quedó inmóvil y Stanton, conteniendo el impulso de volver a disparar, se volvió hacia Mary, que seguía en el suelo.

—¿Cómo se encuentra? No está herida, ¿verdad?

Mary negó con la cabeza. Se había quedado tan blanca que se le veían las venas de las mejillas.

—Estoy bien.

—¿Qué es eso? —preguntó Stanton, señalándole una marca de un rojo intenso que tenía en el hombro. Ella se la tocó con una mano temblorosa.

—Nada. Un rasguño. —Lo miró con la cabeza más alta—. Venía a ver por qué tardan mis hermanos, porque los habíamos mandado a por un cubo de agua, y ese hombre ha salido del bosque. Antes de que me diera cuenta, se me ha abalanzado encima y... —Se le quebró la voz y respiró a fondo; de nuevo, Stanton se dio cuenta de que se esforzaba por no llorar.

—Ya no puede hacerle nada. Como intente levantarse, le meto un balazo

entre ceja y ceja. —El hombre ya empezaba a moverse, de modo que no estaba inconsciente.

—Mis hermanos... —Mary, sin prestar atención a su atacante, intentaba ponerse en pie—. ¿Ha visto a mis hermanos?

—Tranquila. Saldré a buscarlos en cuanto la haya acompañado al fuerte.

Empezaba a ayudarla a levantarse cuando oyó unos gritos. En ese momento, varios hombres del campamento salieron de entre los árboles.

—¿Qué está pasando aquí? —George Donner había sido el primero en llegar; se sujetaba el sombrero con la mano para que no se le volase. William Eddy y Jim Bridger lo seguían de cerca. Bridger llevaba de la correa un perro de aspecto fiero, que gruñía hacia la sangre de la tierra—. ¿Quién ha disparado? —Se detuvo en seco al ver al hombre tendido—. ¡Dios mío! Por todos los cielos, ¿qué...?

A Bridger le costaba contener al perro mientras se acercaba al desconocido. A Stanton le resultó curioso que no pareciese sorprendido por la escena.

—He oído gritar a Mary —dijo Stanton. Mary se apoyaba en él, y Stanton era plenamente consciente de que Eddy los miraba con el ceño fruncido—. Y me he encontrado con que este hombre la estaba atacando.

—Esa cara... —Donner sacudió la cabeza, con expresión de asco—. ¿Qué le pasa?

—Ante todo, mucha calma —dijo Bridger con tono cordial. Tendió a Eddy la correa del perro, se acuclilló junto al caído y le ató las manos con una cuerda. Stanton se fijó en que el hombre tenía las muñecas magulladas, casi en carne viva. Se había incorporado, pero no se resistía; saltaba a la vista que le daba miedo el perro de Bridger, pero Bridger lo trataba con precaución de todas formas—. Es el cautivo del que les hablaba. Se habrá escapado.

—¿Un cautivo? —Evidentemente, Donner no sabía nada de lo que Bridger había estado relatando a los recién llegados durante las noches lluviosas. A Stanton solo le sonaba—. ¿Qué hizo?

—Nada. —Bridger se encogió de hombros—. Al menos como usted piensa. Era uno de esos buscadores de oro que se perdieron en el bosque hace unos años. Unas fiebres le atacaron la sesera y perdió el norte. Ya ven las cosas que hace. Lo tenemos encerrado por su propio bien, para que no se haga daño. —Miró a Stanton con desprecio—. Lo tengo por caridad, ¿sabe? Podría dejarlo vagar por esos bosques para siempre.

—Sin duda, su caridad cristiana es una inspiración para todos nosotros —dijo

Stanton, sin molestarse por contener el sarcasmo; lo que había dejado las muñecas de ese hombre en carne viva no podía ser la bondad del corazón de Jim Bridger. ¿Por qué insistiría en tener encerrado a un hombre peligroso cuando había mujeres y niños cerca? Y no durante semanas, ni siquiera meses, sino ¡durante años! La idea de que ese monstruo fuera una especie de animal doméstico de Bridger le provocó un escalofrío.

Donner y Eddy se ofrecieron a acompañar a Mary Graves a las carretas. Mientras Bridger obligaba al cautivo a ponerse en pie, Stanton se enderezó, angustiado por motivos que no sabría explicar, aún alterado por el recuerdo del grito. Mientras se desplazaba torpemente entre sus escoltas, Mary volvió la cabeza para mirarlo. El gris claro de sus ojos era igual que el del cielo.

Cuando iba a ponerse el sol, Stanton empaquetó sus cosas. Estaba deseando dejar atrás el fuerte Bridger, con sus locos y sus secretos, y cuanto antes, mejor.

Sin previo aviso, Lewis Keseberg introdujo la cabeza en la tienda de Stanton.

—Dice Donner que me acompañe.

Poco tiempo atrás, si Donner hubiese querido hablar con él, habría ido a verlo directamente, y puede que con una botella de bourbon. Stanton no sabía muy bien cuándo habían cambiado las cosas entre ellos, ni por qué. Con la piedra de amolar en el regazo, levantó la vista del cuchillo que estaba afilando.

—¿No puede esperar hasta mañana?

—Le conviene venir. Está interrogando a un chaval indio que ha salido del bosque. —Los dientes podridos de Keseberg desprendían brillos de humedad—. Dice que viajaba con Edwin Bryant.

En cuestión de segundos, Stanton había salido de la tienda. En la cuadra, varios hombres formaban un círculo alrededor de un joven flaco y cetrino, sentado en una bala de heno y envuelto en una sucia manta de montar. Solo se le veía la cabeza; el pelo oscuro le colgaba en sucias guedejas. Tenía que ser el guía indio al que había contratado Bryant antes de abandonar el fuerte Laramie. Había oído hablar de él, un huérfano payute convertido por los misioneros. Le parecía demasiado joven para guiar a gente por territorio sin cartografiar.

—¿Dónde está Edwin? —preguntó Stanton antes de darse cuenta. Por los pelos, consiguió no agarrar al chico de los hombros y zarandearlo al ver que negaba con la cabeza por toda respuesta.

—Nos ha explicado que Bryant decidió seguir por su cuenta y lo liberó del

compromiso —dijo Donner, mientras caminaba de un lado a otro con las manos en los bolsillos; Stanton notó que a él también le parecía improbable.

Reed se acercó al muchacho y le levantó el rostro.

—Bryant no te habría despedido si no le hubieras dado motivos. ¿Le robaste? ¿Qué pasó, chaval?

—No he robado nada, lo juro. —El indio se apartó el pelo de los ojos.

—Pero no te dijo que pudieras marcharte. Eso es mentira, ¿eh? Te escapaste. Eres un cobarde. —El chico volvió a bajar la cabeza y murmuró algo indescifrable; Reed miró a los demás—. Queda por decidir qué hacemos con él.

—Dejarlo aquí, claro —dijo Donner; paró de caminar y miró a Reed—. ¿Qué otra cosa vamos a hacer? No podemos llevárnoslo.

Stanton pensó en el cautivo del destartalado fuerte de Bridger, en sus muñecas en carne viva. ¿Deberían confiarle al muchacho?

—¿Por qué no? —dijo Keseberg—. Cobarde o no, se conoce la zona y necesitamos un guía. Puede conducirnos hasta Hastings. Ese será su castigo por haber abandonado a un hombre blanco en mitad de ninguna parte. —Era una de las cosas más razonables que Stanton le había oído decir jamás.

—No pueden obligarme a trabajar para ustedes —dijo el joven.

—No vamos a engañarte —dijo Reed; aunque Keseberg y él se despreciaban, en aquello estaban de acuerdo—. Pero ya has oído a esos hombres: aquí no puedes quedarte. No tienes ningún otro sitio al que ir. O te vienes con nosotros o te vas andando al fuerte Laramie.

El payute miró a sus captores uno por uno. Stanton pensó durante un momento que iba a saltar e intentar huir.

—No pueden hacerme ir. Ese camino... Ese camino es malo. Acechan los malos espíritus. No pueden ir. No estarán a salvo.

*Malos espíritus.* Stanton pensó en mensajes transmitidos mediante sueños, en los talismanes de palitos atados con encaje que sacaba Tamsen cuando creía que nadie miraba. Cuando él no debería estar mirando.

Una semana atrás, después de haber estado con ella por última vez, se había encontrado un saquito de hierbas secas bajo la almohada. Cuando lo quemó, liberó un denso humo dulzón y mareante.

Se agachó para mirar al joven a la cara.

—Escúchame. ¿Cómo te llamas?

—Thomas —contestó con aprensión.

—Thomas. —Le sonaba; igual había oído hablar de él en el fuerte Laramie

—. Mañana a primera hora me llevarás al sitio en el que te separaste de Edwin Bryant.

—No puedo —dijo el chico, rígido de terror—. Han pasado días y días. Ni siquiera sé dónde está. —No estaba dispuesto a volver allí bajo ningún concepto; eso estaba claro.

—No pierda el tiempo preocupándose por Bryant. —Donner apoyó la mano en el hombro de Stanton—. Seguro que está bien. Sabe mucho de los indios y sus costumbres; es quien tiene más posibilidades de sobrevivir en esas montañas, más que cualquiera de nosotros.

Stanton se puso en pie y giró para apartar la mano de Donner.

—Edwin está solo ahí fuera, probablemente perdido —dijo—. No podemos abandonarlo a su suerte.

—Él nos abandonó a nosotros, por si no lo recuerda, cuando se marchó a caballo —dijo Donner—. Yo diría que ya tomó su decisión, y tengo más cosas por las que preocuparme que un hombre solitario. Hay ochenta y ocho personas en la caravana, y todas dependen de mí. Puede partir en busca de Bryant si lo desea, pero el indio se queda con nosotros.

Stanton sabía, en el fondo, que Donner tenía razón. Aunque consiguiera reunir una partida de rescate, la caravana no podía permitirse la espera; ya habían perdido demasiados días.

Y no tenía carta de Bryant. Nada en absoluto.

Pensó en Mary Graves, arrastrándose hacia atrás por la tierra; en el retroceso del revólver cuando disparó al atacante; en lo que habría ocurrido si él no hubiera estado allí.

Pensó en Tamsen, en la fina línea de su boca.

Pensó también en la escandalosa de Peggy Breen, que había estado tomándole el pelo todo el viaje, y en la pequeña Doris Wolfinger, con sus manos pálidas y delicadas.

Pensó en los innumerables niños con cuyos nombres no había logrado quedarse, ni siquiera después de todo ese tiempo.

Se dio cuenta entonces de que no podía ir en busca de Bryant. No podía correr el riesgo de lo que pudiera ocurrir a los demás si no regresaba.

## Capítulo 10

*Springfield (Illinois)*

*Marzo de 1846*

—*Vertraust du mir?* —«¿Confías en mí?», preguntó Jacob Wolfinger a Doris, su reciente esposa, tendidos en la estrecha cama la noche anterior a su partida.

Doris había sentido inquietud ante la idea de viajar desde Alemania al encuentro de un marido al que no conocía, con el que solo se había comunicado por carta, pero se sintió aliviada al descubrir que, aunque le sacaba muchos años, Jacob Wolfinger era bien parecido, y aunque solo trabajaba para un señor acaudalado de la ciudad, ayudándolo en la gestión de sus numerosos negocios, era más rico de lo que le había dado a entender y, lo mejor de todo, tenía un sueño.

Y aunque California parecía estar muy lejos de Boston, Nueva York y Filadelfia, las ciudades estadounidenses de las que había oído hablar, también le sonaba increíblemente exótica. No le daban miedo los viajes. Solo contaba diecinueve años; tenía toda la vida por delante.

—*Ja* —respondió, y tomó la mano de Jacob entre las suyas. Lentamente, se la colocó bajo el borde del camión y sintió los dedos rozarle la rodilla. Se sonrojó por su atrevimiento.

Aunque mostraba recato cuando se casaron, se había ido acostumbrando a los afectos de su marido. Tenía la impresión de que los casamenteros estaban en lo cierto, de que sabían más que ella del amor. El contacto de Jacob le hizo hormiguitar las piernas y el torso; sentía una agitación en el estómago por lo que iba a ocurrir. Se había lanzado a lo desconocido, había confiado en el futuro, se había dejado transportar por las olas del mar a occidente y a la vida de aquel hombre. Y la confianza se había visto recompensada.

Pero aquella noche, después de que él le hundiera las manos en el pelo y le jadeara quedamente al oído, ninguno de los dos podía conciliar el sueño.

—*Du solltest dies über mich wissen* —dijo Jacob, volviéndose hacia ella. «Deberías saber esto de mí».

Doris se quedó paralizada al oírlo. No le gustaban los momentos como aquel, cuando recordaba de pronto lo poco que sabía de él. Y menos entonces, cuando estaban a punto de adentrarse juntos en tierra de nadie.

Él ya había invertido sus ahorros en la fabricación de una carreta con su gran toldo de lona, dos yuntas de bueyes y dos juegos de complicados aparejos. Ya había entregado en la tienda una lista de las provisiones que necesitarían. El dinero ya estaba gastado; no había vuelta atrás.

Pero Jacob insistía en que no podía llevarla de viaje hasta haberle confesado todos sus pecados. Se enderezó, sacó una botella de *Obstwasser* local de un cajón cercano a la cama y se puso a relatarle, con voz entrecortada, la historia de Reiner. Doris no había oído hablar de él hasta entonces.

Habían pasado seis años, casi exactamente. Conoció a otro inmigrante alemán que estaba de paso en Springfield, un tal Reiner, que había acudido a visitar a su sobrino, al que llevaba mucho tiempo sin ver. Le dijo a Jacob que sabía preparar remedios tradicionales de su país. Tenía algo de charlatán, suponía Jacob, pero vio una oportunidad. Lo único que necesitaba Reiner eran los ingredientes, y si lo ayudaba a conseguirlos, le prometió, se llevaría una parte considerable de los beneficios.

Era fácil, explicó Jacob, ya que su jefe le había confiado las llaves de todos sus establecimientos, incluida la botica.

—Le robaste —dijo Doris. La verdad cayó como una losa. Aquel era el pecado de su marido, y quizá la explicación de su inesperada fortuna.

—Cogimos muy poco —le aseguró—. Unos pocos paquetes de polvos y unas docenas de frascos. Nada que se fuera a echar de menos.

—Entonces, ¿cuál fue el pecado?

Jacob tardó en contestar; no la miraba a los ojos.

—Reiner vendió los tónicos en Springfield y desapareció. Hay quien dice que se fue a buscar oro al Oeste; el caso es que las personas que tomaron el tónico empezaron a enfermar. Una de ellas murió, una jovencita.

—Bueno —dijo Doris con voz temblorosa—. Estaba enferma de entrada, ¿no? Igual la mató la enfermedad y no la medicina.

—Puede —convino Jacob—. Puede. Pero su familia estaba furiosa. Se pusieron a buscar al estafador que le había vendido el remedio, pero no dieron con él. Por supuesto, nadie sabía de mi participación.

—Y nadie lo sabrá —dijo Doris, mientras volvía a cogerle la mano para apretársela.

—Salvo porque... —dijo Jacob en voz baja—. Salvo porque creo..., creo que una de las familias que viajan con nosotros al Oeste guarda cierta relación con la joven que murió. Me aterroriza que puedan descubrirlo durante el viaje.

—¿Cierta relación?

—Puede que George Donner no la conociera, pero estoy casi seguro de que Tamsen, su mujer, sí.

Doris contempló al hombre que tenía al lado. De pronto se sentía profundamente decepcionada. Y que fueran a viajar con una familia a la que su marido había causado mal le parecía un mal augurio, un augurio funesto.


—No te preocupes —dijo, aunque tanto para tranquilizarlo como para tranquilizarse—. Intenta no pensar en eso. —Pero ella no podía quitárselo de la cabeza. Siempre le habían enseñado que el castigo de los pecados llegaba por derroteros misteriosos; que en ocasiones, hasta las faltas menores podían tener enormes consecuencias imprevistas. Una mentira, y la muerte de una persona, pendían sobre la cabeza de su marido como una lúgubre espada. Sin duda era muy mal augurio.

Pero hasta entonces, en su corta vida, la fe completa se había visto recompensada. Así que pasó la noche en vela, contemplando por última vez las estrellas desde la ventana de su casita, y se decidió a conservar la fe.

A fin de cuentas, ¿qué otra opción le quedaba?







AGOSTO DE 1846

## Capítulo 11

Galletas. Seguro que quería galletas. A todo el mundo le gustaban las galletas.

Elitha Donner se detuvo, con la mano apoyada en la marmita fría. ¿Cuántas podría llevarse sin que nadie lo notase? ¿Dos? ¿Tres? Siempre que faltaba comida, su padre echaba la culpa a los empleados, a los que tachaba de bucheros con patas, de modo que, probablemente, no tenía por qué preocuparse. Se conformó con dos y las colocó en el centro del cuadrado de percal. Junto a ellas puso un huevo cocido del desayuno y unos recortes de jamón, algo mohosos pero aún comestibles si se tenía suficiente hambre, y no le cabía duda de que el pobre Thomas estaría hambriento.

Anudó la tela formando un pulcro hatillo. Le habría gustado llevarle también algo bueno de beber, pero se les había acabado la sidra unos días atrás. Echó un vistazo al odre de cerveza y se preguntó si podría llevar una jarra hasta el cobertizo donde estaba encerrado.

Entonces oyó unas voces procedentes del exterior. No distinguía las palabras, pero sí a quienes las pronunciaban: su padre estaba hablando con Tamsen, y su tía Betsy, como de costumbre, hacía de conciliadora.

Cruzó el umbral para ir a la sala. Era curioso vivir en una casa ajena. Al parecer, a todos los demás les resultaba normal sentarse en los muebles de los Vázquez, usar sus sábanas y jergones, comer de sus platos y escudillas de hojalata. Se comportaban como si todo aquello fuera suyo, mientras los verdaderos propietarios estaban al otro lado del fuerte. Según tenía entendido Elitha, el señor Vázquez se había llevado a su familia a un cobertizo vacío. Todos aquellos niños dormían en un gallinero y allí estaban ellos con sus ínfulas.

Tenía la impresión de que llevaba décadas en el fuerte Bridger, aunque en realidad solo habían sido unos días, ni siquiera una semana. Pero en aquel tiempo habían pasado de julio a agosto y las noches eran más calurosas que nunca. Las dos familias Donner se apelotonaban bajo el mismo techo. Siempre estaba chocando con alguien, apretándose para cruzar umbrales; dormían cuatro en una cama y se despertaban bañados en sudor. Le faltaba sitio para respirar.

Era peor que durante la ruta; en las tiendas, al menos, podía desplazarse como quisiera y dejar que el aire seco le refrescara la piel al atardecer.

Además, cómo no, estaban las voces. Siempre las había oído, pero se habían hecho más apremiantes los últimos meses, primero en el fuerte Laramie y después allí. No eran las voces de los otros miembros de la expedición, que reían y discutían a todas horas, sino las que nadie más podía oír; las que le habían dicho que leyera aquellas cartas en Ash Hollow; las que le decían que evitara al loco del gallinero, encadenado como un perro, el que había atacado a Mary Graves.

Pero hasta de lejos lo oía también a él. Oía una voz, igual que las otras voces invisibles, que le llegaba en los momentos de calma y la dejaba conmocionada.

«Cosita tierna —le susurraba mentalmente el hombre desde allí—. Ven conmigo».

Aunque sentía curiosidad, mantuvo las distancias. Puede que los demás la tomaran por tonta, pero no lo era.

Nadie se dio cuenta de que se escabullía; a nadie le importaba lo que hicieran «las hijastras», como hasta su padre las llamaba a Leanne y a ella. Mientras no avergonzaran a George ni a Tamsen y realizaran sus tareas, podían hacer lo que gustasen. Se esperaba de ellas que fueran invisibles, y a Elitha se le daba muy bien.

Tanto que era capaz de pasar desapercibida entre las carretas, entrar y salir del bosque y hasta pasear con el ganado que dejaban pastar por las noches, toqueteando hocicos húmedos y suaves pelajes. Probablemente sabía más que nadie sobre los otros miembros de la expedición. Sabía que Patrick Breen se emborrachaba y se peleaba con su mujer casi todas las noches, y que la viuda Lavinah Murphy prestaba un montonazo de atención a sus yernos, hasta el punto de hacer que Elitha se sintiera incómoda. Sabía qué jornaleros perdían más dinero a las cartas y cuáles iban solos al bosque por las mañanas, a rezar por su seguridad antes de que partiera la caravana.

Había visto a Tamsen bajar a solas de la carreta de Stanton, sin que su marido estuviera cerca.

Aún no se lo había dicho a su padre; a fin de cuentas, podía decidir no creerla, y no podía evitar que le diera miedo su madrastra. Además, daba igual; no hacían falta demasiadas luces para percatarse de que el señor Stanton estaba enamorado de Mary Graves.

Era una noche clara. La luna bañaba el patio con su luz azul grisácea. Un

barullo de susurros le cosquilleaba la mente, y sabía que en realidad no eran susurros, sino voces. Intentó despejar la cabeza y concentrarse. De los edificios le llegaba el sonido de voces apagadas, pero reales, y alguna que otra se alzaba con furia. Otra discusión, quizá entre los Eddy y los Reed.

Se dirigió rápidamente a las cuadras, donde casi todos los hombres se refugiaban de la lluvia. Vio el resplandor de las lámparas por las grietas de entre los troncos y oyó las carcajadas. Basta con juntar a dos hombres jóvenes para que al poco estén cuestionándose la agudeza del otro, las chicas con las que habían estado, el tamaño de sus partes.

Eso también lo había observado.

Tenían cautivo al indio Thomas en la construcción contigua, poco más que un cobertizo oscuro y de aspecto solitario. Lo había encerrado ahí Jim Bridger, el propietario del fuerte. Cabría esperar que el señor Bridger estuviera impresionado por lo que había sufrido el muchacho al regresar él solo, pero no; había montado en cólera, como si hubiera sorprendido a Thomas tratando de quemarlo todo. Lo golpeó fuertemente en la cabeza un par de veces, antes de que el señor Stanton se interpusiera entre ellos. El chico estaba muy flaco, casi quebradizo; el largo pelo liso le caía por los ojos. Pero cuando alzó la vista y sus miradas se cruzaron, Elitha se dio cuenta de que no tenía nada de frágil. La intensidad de sus ojos, la forma en que mantenía firme la mandíbula, la tensión de sus músculos, la dejaron paralizada, como si los golpes los hubiera recibido ella.

Le evocó una tormenta en verano, y aunque otros podrían decir que era una estupidez, quería adentrarse en esa tormenta, sentir las gotas de lluvia que, tenía la impresión, le acariciarían la piel.

Asomó la cabeza por la esquina. William y George, dos de los hijos de su tío Jacob, custodiaban la choza. Su único cometido era dar la voz de alarma si Thomas trataba de huir, pero William, de doce años, y George, de ocho, se tomaban en serio su trabajo e iban armados con varas. Elitha sabía que le resultaría fácil deshacerse de ellos: William empezaba a sentir interés por las chicas, hasta por sus propias primas, y se podía contar con que George fuese adonde fuera su hermano.

Así pues, caminó directamente hacia ellos sin molestarse por ocultar el hatillo de percal.

—Hola —les dijo—. Mary Graves está bañándose en la alberca y se ha quedado en enaguas.

No hizo falta nada más; se marcharon casi sin mirar atrás.

Estaba a solas con el joven, y el pulso le retumbaba en los oídos. Empujó la estrecha puerta y se quedó en el umbral mientras se le acostumbraban los ojos a la oscuridad. Olía a heno añejo y a plumas de gallina.

—¿Hola? —La negrura seguía imperturbable, como la superficie de un lago—. Te traigo algo de comer.

Hubo un movimiento. Elitha parpadeó lentamente y Thomas salió de las sombras, aunque seguía medio escondido y la miraba con una mezcla de curiosidad y aprensión. Algo revoloteó en el pecho de Elitha.

—Me llamo Elitha Donner. —Le tendió el paquete—. He pensado que igual tenías hambre.

Thomas no hizo nada. Elitha dejó el hatillo en una bala de heno y retrocedió un par de pasos. Tras un interminable minuto de inmovilidad, Thomas se acercó a la comida, pero no se abalanzó sobre ella, como había imaginado Elitha, sino que desanudó la tela cuidadosamente con dedos diestros, tan recto como una gobernanta.

—Las galletas las he hecho yo. Te habría traído miel para acompañarlas, pero no sabía cómo...

El chico ya había empezado a comer, lentamente, aunque el temblor de sus manos delataba el hambre que debía de tener. Su educación la sobrecogía. Tal vez algún día, pensó, lo invitaría a comer con su familia. Ni a su padre ni a su tío Jacob les gustaba escatimar comida, aunque con el servicio cambiaba la cosa. En su granja, las cenas de los domingos incluían estofado de pollo con empanadillas, judías verdes y pan de maíz con mantequilla, leche fresca y, de postre, bayas con nata.

Pero sabía que era una fantasía. Tamsen lo había tachado de sucio salvaje. Nunca sería uno de ellos.

Sin embargo, al mirarlo le parecía lo contrario. Thomas dejó de comer y alzó hacia ella unos ojos como dos lagunas negras. Algo destelló en sus profundidades y, de pronto, Elitha se sintió cohibida por haber estado mirándolo fijamente. Estaba tan acostumbrada a mirar a la gente, a que nadie le hiciera caso... Le resultaba inquietante que la mirasen a ella.

Inquietante y maravilloso.

Se sonrojó y le dedicó una sonrisa; él hizo un ligero movimiento con la cabeza. Cogió la jarra cuando Thomas se acabó la cerveza; había intentado no mirar la forma en que se le movía la garganta al beber. Estaba razonablemente

segura de que Thomas había sonreído, solo un poco, al entregarle la jarra. Esa era su recompensa.

Era suficiente.

Eso y darse cuenta de que, durante unos instantes, las voces de su cabeza habían guardado silencio.

## Capítulo 12

Encontraron la nota bajo una piedra, en lo alto de una roca, aleteando como una bandera blanca de rendición. Stanton sintió que, en respuesta, algo le subía y después le bajaba en el pecho.

Donner la leyó en voz alta: «Mucho más duro de lo esperado. No nos sigan al cañón de Weber. Letrado Lansford Hastings». El viento tiraba del papel, como si un fantasma intentara arrebatárselo.

—¿Qué demonios quiere decir eso? —rugió Keseberg—. Se suponía que este hombre se conoce la ruta. ¡Si hasta le puso su nombre, por el amor de Dios!

Un extraño estado de ánimo se había adueñado de la expedición desde el fuerte Bridger. Era comprensible, dado el escabroso incidente con el prisionero de Bridger y las historias que contaba Thomas, el joven payute; aun así, Stanton se sentía intranquilo. Todo el mundo estaba a la que saltaba, y temía que, sin la ayuda de Hastings, no tardarían en enfrentarse abiertamente. La impaciencia crepitaba en el aire. A nadie le cabía ya duda de que iban contra reloj.

El tiempo no tardaría en cambiar, por mucho que en aquel momento hiciera un calor tan asfixiante que costaba creer que pudiera remitir. Examinó el suelo.

—Las huellas se ven bastante bien. Diga lo que diga, no debería costar mucho seguirlas.

Conducían a un paso oculto por el bosque, oscuro e impenetrable; un muro de vegetación se tragaba el sendero. Más allá del denso bosque se alzaba un muro de imponentes montañas de cumbre nevada. La mayoría de los colonos eran de zonas llanas y jamás habían visto montes semejantes.

—California tiene que estar al otro lado —dijo Patrick Breen sin aliento, incapaz de imaginar que la tierra indómita se extendiera mucho más allá. Stanton sabía que los pocos mapas existentes, por toscos que fueran, lo desmentían, pero no sería él quien se lo señalara.

—¿Es prudente? —preguntó Franklin Graves, y todas las caras se volvieron instintivamente hacia él. La gente parecía escucharlo, quizá por su impresionante tamaño; aparte de su altura, las largas horas pasadas en los campos,



estableciendo su granja, le habían ensanchado los hombros—. No lo creo, si Hastings dice que no es seguro. Debe tener un buen motivo para advertirnos de que no sigamos.

—No podemos quedarnos cruzados de brazos esperando a que nos dé permiso. —Había hablado Snyder, el carretero de la familia Graves. Stanton se fijó en que Reed se encogía al sonido de su voz. Curioso.

Donner, nervioso, pasaba la vista de Keseberg a Eddy y de este a las huellas de las carretas.

—Tenemos a un indio que conoce esta zona. Podríamos seguir —dijo para sopesar las reacciones. A Stanton no le hizo gracia su expresión, como si se hubiera tragado un guijarro pero prefiriese ahogarse a toser para expulsarlo y revelar su error. Donner había luchado enconadamente por llegar a jefe de la expedición, al parecer sin pensar en las decisiones difíciles que conllevaba el cargo.

—Por el camino que hemos seguido hasta ahora ya he tenido problemas con el eje de una carreta —dijo Graves—. No puedo arriesgarme.

—Deberíamos enviar a un par de hombres por delante, para que vayan a buscar a Hastings y lo traigan —propuso Reed—. Él nos metió en este lío, así que bien podría sacarnos de él. —Se puso muy firme, sudando bajo el sol. Stanton no sabía por qué siempre se arreglaba como si fuera a los juzgados—. Me presento voluntario.

—¿Usted? ¿Qué le hace pensar que va a hacerle caso? —dijo Keseberg en voz alta—. ¡Pero si nadie se lo hace! —La pulla cosechó unas risas fáciles. A Stanton le recordaba a los matones del colegio, que se divertían arrancando las alas a las libélulas o aplastando hormigas con los pies.

—Conseguiré que me escuchen —dijo Reed, haciendo lo posible por sonar confiado—. Aunque me gustaría que me acompañase otro hombre. Cuantos más, mejor. —Nadie necesitaba que le recordasen por qué.

En el silencio que siguió, el viento agitó las hojas secas. La noche anterior habían estado jugando al póker, bebiendo y contando anécdotas, y a saber qué había pasado dentro de las tiendas. Pocos hombres querían abandonar esas comodidades para adentrarse a ciegas por territorio desconocido.

Menudos cobardes; estaban encantados de que Reed corriera todo el riesgo. Stanton no podía permitir que fuera solo, sin nadie que le cubriera las espaldas.

—Voy yo. —Evitó deliberadamente los ojos de Keseberg; sabía de sobra qué pensaba de él—. Yo acompaño a Reed.

Ese mismo día, a última hora de la tarde, Stanton maneó el caballo en su campamento y dispuso la hoguera. Después desyuntó a los bueyes y los llevó a la pradera, para que pastasen con el resto del ganado, y saludó con un gesto a los hombres que montarían guardia durante la noche. A lo lejos, Franklin Graves y uno de sus chicos conducían a los bueyes por la llanura, y cuando Franklin se volvió y lo vio, la expresión de su cara le recordó los rumores que le habían llegado allá en el fuerte Bridger, las desagradables conjeturas relacionadas con él. Keseberg le había dicho la verdad; se podía contar con que Keseberg la dijera si era incómoda: en la caravana, algunos se preguntaban si Stanton no estaría un poco «perturbado», un poco loco, un poco solo, si no sería un peligro en potencia para los demás. Cuando Bryant comentó que el asesino del niño de los Nystrom podría ser algún demente que viviera entre ellos, poco imaginaba Stanton que era sospechoso. Nadie había llegado al extremo de acusarlo, al parecer porque nadie estaba tan seguro; aun así, Stanton sabía que la mente humana era susceptible a las influencias insidiosas, sobre todo cuando la gente tenía hambre y estaba cansada y asustada. Recordó que sus vecinos habían estado más que dispuestos a pensar lo peor de él cuando murió Lydia... ¿Sería que los colonos, los que lo conocían de Springfield, habían averiguado por fin lo ocurrido? Y en tal caso, ¿cuánto tardarían en volverse en su contra?

Edwyn Bryant le había dado un buen consejo y no le había hecho ni caso. Debería haberse hecho con más aliados mientras podía. Los otros solteros habían logrado hacerse útiles para una familia u otra; se habían hecho un lugar en las hogueras y carretas, como el enfermizo Luke Halloran o Hardkoop, el viejo belga. Ahí fuera, nadie podía permitirse el lujo de la soledad.

Y además, por supuesto, estaba aún el problema de Tamsen, cuya sonrisa esbozada le provocaba escalofríos siempre que se cruzaba con ella, cuando el poder indefinido que tenía sobre él seguía en el aire mucho después de que se hubiera marchado.

El sendero estaba bordeado de álamos jóvenes; los más lejanos llegaban al denso bosque en el que había desaparecido la caravana anterior. Stanton imaginaba las carretas tragadas, como cuando las hojas bloqueaban la luz del sol. Se adentró en la arboleda lo suficiente para buscar leña seca con que mantener encendida su hoguera toda la noche.

Pero solo había dado unos pocos pasos cuando se llevó un sobresalto: Mary

Graves caminaba entre los árboles, evidentemente con la misma intención, y se sintió tan contento de verla que casi dudó que fuera cierto, pero un palo crujió bajo su bota y ella se volvió. En la penumbra no podía distinguir su expresión, pero vio que casi se le cayeron las ramas.

—Señorita Graves. —Respiró profundamente—. Qué agradable sorpresa. Espero no haberla asustado. —En realidad, se sentía alarmado por la frecuencia con que pensaba últimamente en Mary Graves, como si todos sus otros pensamientos fueran hojas fáciles de dispersar.

Aún no habían hablado desde que atacaron a Mary en el fuerte Bridger, pero estaba seguro de haberla visto mirar en su dirección más de una vez.

—Solo un poco —reconoció—. Me temo que, desde aquello...

—Me alegro de verla bien —se apresuró a decir Stanton. Mary había palidecido, y no le gustaba la idea de evocarle el recuerdo del monstruoso cautivo del fuerte Bridger—. Siento no haber podido visitarla. —Iba acompañada de su padre día y noche.

—No tiene por qué disculparse. —La sonrisa de Mary era tensa, pero parecía sincera—. Lo entiendo.

—¿Tiene mejor la herida del hombro? —Era superficial, pero el hombre que la había atacado estaba tan sucio que no sería extraño que la laceración se hubiera infectado.

—Sí, gracias. Solo fue un rasguño. Cuando mi madre vio el estado de ese hombre horrible, me hizo bañarme con vinagre y barrilla. Fue como si me estuvieran desollando. —Se echó a reír y se pasó las manos por los brazos, algo cohibida—. En realidad, me alegro de que nos hayamos encontrado, señor Stanton. Soy yo quien debería disculparse. Habría ido antes a verlo, pero mi padre... —Dejó de hablar y parpadeó; un sabor agrio subió a la garganta de Stanton: era lo que sospechaba—. Le agradezco lo que hizo ese día, cuando corrió a mi rescate. Fue muy valiente por su parte.

—No fue nada. —Había pasado varios días pensando en los ojos de Mary y de pronto era incapaz de mirarlos—. Casi lo siento por él. Había algo en la forma en que lo trataba Bridger, en su forma de hablar de él, que me hacía pensar en un animal de casa de fieras. Me hacía pensar... —Se le aceleró un poco el pulso. Recordó la noche en que el padre de Lydia, borracho de bourbon, bromeó sobre mirar por el ojo de la cerradura de su hija para verla desnudarse. Stanton no supo a qué se debía la asociación de ideas; quizá fuera solo porque tenía la impresión de que a Bridger le gustaba tener poder sobre su cautivo, le gustaba

verlo encadenado en aquel cuarto oscuro, enloqueciendo lentamente.

Fue una impresión tan fuerte y repulsiva que, durante un momento, tuvo miedo de poder transmitírsela a ella, como en una especie de contagio.

—¿Qué pasa? —preguntó Mary—. ¿Qué le ocurre?

Antes de que pudiera idear una excusa, se oyó un grito. Al volverse vieron a Franklin Graves, que avanzaba por la maleza. Primero miró a Stanton, pero después se volvió hacia su hija.

—Te tengo dicho que no quiero que hables con él.

Aunque su padre se cernía sobre ella, Mary no se amilanó.

—Y yo a ti que no hizo nada malo —dijo con calma—. Además, quería darle las gracias por haberme salvado. Me salvó, como tal vez recuerdes.

—Créeme, Mary —dijo Graves con el rostro oscurecido por la furia—, este hombre no es el salvador de nadie. Ahora llévale esa leña a tu madre, que la está esperando. Vamos. —Levantó una mano como si fuera a golpearla, pero lo que hizo fue señalar con ella hacia la caravana—. En marcha.

Stanton sintió que la cólera se acumulaba en algún lugar profundo y afilado, como si corriera por la hoja de un cuchillo. Otro padre que lo odiaba, sentía recelo hacia él y quizá hasta lo envidiara.

—No sé qué he hecho para provocar su antipatía...

—Que no vuelva a pillarlo hablando con mi hija. —dijo Graves, sin dejarle terminar la frase—. ¿Entendido? Lo sé todo sobre usted. Sé lo que hizo en Massachusetts.

Massachusetts. Una palabra como la primera llama, dispuesta a propagarse y consumirlo todo en cualquier momento. Al menos Mary ya estaba demasiado lejos para oírlo.

—Veo que sabe de qué hablo —dijo Graves con una sonrisa taimada—. Conmigo no puede escabullirse a base de embustes. George Donner conocía al padre de esa chica, ¿sabe? Esa chica a la que dejó embarazada y abandonó. Dice que usted huyó avergonzado cuando la pobre se mató.

Stanton se sintió como si lo hubieran golpeado. Aquel era el momento que había estado temiendo y, tal vez, esperando, desde que partieron de Springfield. En ocasiones se preguntaba si los rumores lo seguirían al fin del mundo. Puede que siempre tuviera que arrastrarlos, como una sombra. Una mentira horrible y retorcida con cuyo peso tendría que cargar hasta el fin de sus días.

A fin de cuentas, era culpa suya. Sabía que Donner y Knox tenían intereses comerciales comunes. Así había acabado donde estaba, para empezar, atrapado

en una espiral interminable que parecía decidida a mantener con vida su pasado. Pero no esperaba que George Donner hablase a nadie de Lydia. Ni que decir tiene que Donner no lo sabía todo; solo sabía lo que le había dicho Knox y, por supuesto, ese era el problema.

Alentado por el silencio de Stanton, Graves dio un paso al frente. Stanton podía olerle el aliento, cercano, húmedo y pútrido.

—Por cierto —dijo Graves—, ¿qué edad tenía esa chica cuando se la llevó al huerto?

Quería darle un puñetazo, pero consiguió refrenarse. No podía hablar. Las palabras se le acumulaban en la garganta hasta cerrársela, hasta que pensó que iba a asfixiarse. Mucho tiempo atrás, cuando le hizo aquella promesa a Lydia, se había acostumbrado a tragarse la verdad. No dijo nada cuando ocurrió; no se dejó empujar por las crueldades que decían de él sus vecinos de Massachusetts.

—¿Así que ni siquiera va a intentar negarlo? —Durante un instante, Graves pareció decepcionado, como si anduviera buscando pelea—. Que no lo vea cerca de Mary. No va a echarse a perder por un desgraciado como usted. Como vuelva a verlo hablar con ella, le digo lo que sé.

Así que no se lo había dicho ya. Algo era algo.

Y en aquel mundo, pensó, pocas alegrías más iba a llevarse.

La ruta que había abierto Hastings era espantosa; cabía una carreta por los pelos. Mientras Reed y él la seguían, por un paisaje de árboles derrumbados y tocones de bordes dentados, Stanton se dejó llevar por la oscilación rítmica del lomo de su caballo e intentó evitar que su mente volviera a Mary, a la discusión con Franklin Graves y a los recuerdos de Lydia que había sacado a la luz. Quizá, a fin de cuentas, Graves no anduviera errado con él; no se podía decir que fuera el pretendiente ideal. Probablemente no tenía ni idea de cómo complacer a una jovencita. Después de lo de Lydia no parecía capaz de evadirse de las viudas recientes y las esposas desdichadas. Ni siquiera estaba seguro de ser capaz de contenerse alguna vez, como si la necesidad de hundir en ellas su desesperación, una y otra vez, fuera la única forma en que pudiera sobrevivir.

Además, era indudable que no podía proporcionar a Mary la clase de riqueza y perspectivas que parecía buscar su padre.

Se acordó de cuando Lavinah Murphy bromeaba con él en el pícnic sobre su soltería. *¿No está cansado de estar solo, señor Stanton?*

Si supiera... La soledad lo vaciaba por dentro. A veces pensaba que se lo había llevado todo, que no quedaba nada de él en el interior.

La primera noche acamparon cuando el sol se ponía tras las colinas. Stanton se sorprendió cuando Reed volvió con un conejo; era pequeño y flaco, pero era carne.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó, impresionado por que Reed fuera capaz de cazar algo y mucho menos tan deprisa, cuando habían visto tan pocos animales tras partir del fuerte Laramie. Ni siquiera se oían muchos pájaros bajo la densa cubierta del bosque; era como si la vegetación fuera un tablón pintado, una representación convincente de la vida hecha con pintura y aglomerado.

Reed sonrió débilmente mientras lo desollaba, separando la piel de un par de tirones.

—Supongo que he tenido suerte. También he encontrado un manantial, donde esas rocas. Iré a buscar agua para los caballos en cuanto tenga este conejo en la hoguera.

A Stanton no le hacía mucha gracia viajar con Reed, de quien sospechaba que tenía sus propios motivos para querer distanciarse de la expedición. Sabía identificar a los hombres con secretos. Pero ahora que estaban lejos de todo se relajó un poco.

Alcanzaron la caravana de Hastings al día siguiente, siguiendo su camino serpenteante entre los árboles. Parecía trazado por un borracho, con sendas y más sendas que acababan inesperadamente en precipicios. Desde uno de ellos había divisado el cañón, por debajo, que les prometía un paso entre las montañas, pero no veía la forma de alcanzarlo.

Se acercaron a la comitiva, que se había detenido en el bosque. Lo primero que observaron fue un trabajo frenético: los hombres blandían hachas para abrirse paso o empleaban los bueyes en apartar los árboles abatidos. Las carretas formaban una hilera en el camino, incapaces de avanzar. Curiosamente, había pocas mujeres y ningún niño a la vista. No ardían hogueras; no había nadie cocinando ni haciendo la colada. Un par de hombres montaban guardia fusil en mano, encaramados a salientes rocosos. Quizá, pensó Stanton, hubieran tenido problemas con los indios por el camino.

Un hombretón de rostro congestionado, desnudo de cintura para arriba, detuvo el hacha a mitad de un golpe cuando Stanton y Reed aparecieron en el claro. A Stanton no le gustó que los vigías se apoyaran la culata del fusil en el hombro.

—Buscamos a Lansford Hastings —proclamó Stanton cuando aún estaban bastante lejos para no presentar un blanco fácil—. ¿Va con ustedes?

Los hombres se miraron con aprensión y no respondieron. Reed tomó la palabra para llenar el silencio.

—Nuestra caravana está más atrás, a un par de días. Hemos tomado el atajo, como ustedes, pero solo hemos encontrado una nota de Hastings que nos advertía de que no siguiéramos.

—Entonces les hizo un favor, amigo —dijo un hombre con una risotada lúgubre—. Considérense afortunados y den media vuelta.

—Tenemos a casi cien personas esperándonos —dijo Stanton—. Necesitamos que nos guíe.

—Miren. —El hombre de rostro congestionado levantó el hacha—. No sirve de gran cosa, pero necesitamos que nos saque de este maldito bosque y no vamos a cedérselo.

Sonaba raro. Stanton y Reed cruzaron una mirada.

—Solo queremos hablar con él, eso es todo —dijo Reed.

Al fin, los hombres les indicaron con gestos que se aproximaran, y los centinelas apartaron los fusiles. Caminaron en fila junto a la larga hilera de carretas. Stanton atisbó, por las grietas de la lona, caras pequeñas y asustadas, niños apelonados que lo miraban a su vez en silencio. Saltaba a la vista que algo había ocurrido.

—¿Y esos vigías? —preguntó Reed con voz afable—. ¿Han tenido problemas con los indios?

El hombre congestionado se enjugó la frente con un pañuelo.

—Hemos tenido problemas, pero no con los indios. Nos sigue un animal, puede que más de uno. No ha dejado de acosarnos desde que salimos del fuerte Bridger.

—No esperarán que ataque a plena luz del día —dijo Stanton, pero casi de inmediato se dio cuenta de que las copas de los árboles estaban tan apretadas que todo quedaba sumido en la penumbra.

—Sobre todo han estado atacando al ganado de noche, y no podemos perder más cabezas, pero ahora también desaparecen perros. Aunque igual se han escapado, ¿quién sabe?

Stanton, incómodo, observó los árboles que se alzaban a sus lados. Reed se aclaró la garganta.

—Ha dicho que Hastings no sirve de gran cosa... ¿A qué se refería?

—Se ha venido abajo, ya está —dijo el hombre del hacha—. Puede verlo usted mismo. —Señaló con la cabeza una carreta apartada de las demás. La apertura de la lona estaba cerrada con tiras de cuero; era como si Hastings la hubiera cosido para quedarse dentro. Stanton nunca había visto nada parecido. Miró a Reed con gesto de interrogación, pero Reed se limitó a encogerse de hombros. Saltaba a la vista que sus acompañantes no estaban dispuestos a acercarse más. El hombre se puso el hacha entre los pies y se apoyó en el mango; parecía vagamente divertido.

Stanton se adelantó, deseoso de poder sacudirse la sensación de que lo observaban, no solo los otros hombres, sino el mismísimo bosque.

—¿Lansford Hastings? —Stanton se encaramó al pescante, y del interior de la carreta llegó un sonido de roce—. No dispare. Mi amigo y yo venimos a hablar con usted. Solo queremos que nos dedique unos minutos. —No hubo respuesta, pero tampoco se oyeron más sonidos, cosa que Stanton interpretó como una muestra de conformidad. Tuvo que desatar las tiras de cuero para entrar en la carreta. Reed lo siguió.

Lo primero que notó Stanton fue que olía a humo, pero no de madera. Era como si Hastings hubiera estado quemando hierbas o flores, y el olor le evocó un vívido recuerdo de Tamsen, del aroma de su pelo y sus dedos, del sabor de su piel. De los ganchos de madera colgaban innumerables amuletos indios de plumas, ramitas y cordel. La carreta parecía saqueada; el suelo era un barullo de barriles, cofres y odres. Mientras se le acostumbraban los ojos a la oscuridad divisó una voluminosa figura que se encogía ante ellos, acurrucada tras un baúl con correas de cuero. El cañón de un fusil brillaba a la escasa luz.

En circunstancias distintas, en una época distinta, Lansford Hastings podría haber sido agraciado; tenía una mandíbula firme, una frente amplia y unos penetrantes ojos oscuros. Pero tenía el rostro cubierto de polvo del camino, y el pelo, apelmazado en sucias guedejas.

Stanton se aproximó con precaución, sin perder de vista el fusil que lo apuntaba.

—¿Lansford Hastings? Venimos en representación de otra caravana. Vimos su anuncio y esperábamos que estuviera en el fuerte Bridger para guiarnos por el atajo, pero al tomar el camino encontramos su nota.

Los ojos de Hastings cobraron vida y se clavaron en Stanton.

—¿Por qué no me hicieron caso? No deberían haber venido.

—Mire, Hastings, hemos llegado hasta aquí después de leer su libro —dijo



Reed bruscamente, haciendo caso omiso de la mirada que le clavó Stanton—. Debo decirle que nos sorprendió llegar al fuerte Bridger y encontrarnos con que ya se había ido. Y esa nota... Me da que usted no es más que un charlatán. ¿Cómo pudo escribir esas cosas en su libro si la ruta...?

—El problema no es la ruta —interrumpió Hastings—. El atajo es duro, pero se puede recorrer. Yo lo he recorrido. —Sacudió la cabeza—. El problema es distinto: hay algo que nos sigue.

Los amuletos colgantes se agitaron débilmente, como si una mano fantasmal hubiera pasado por ellos. Stanton frunció el ceño.

—Ya lo sabemos; nos lo han dicho los hombres. Animales...

—¡No tienen ni idea! —Hastings se puso en pie, y a Stanton le llegó una vaharada; olía a algo enfermo y aterrorizado, a bestia herida—. No es ningún animal, o por lo menos, no se parece a ninguno que conozca. —Su voz era cada vez más aguda—. En estos bosques no hay caza, ¿no se han fijado? Eso es porque no queda nada. Nada. Ahí fuera hay algo que se está comiendo cualquier cosa con vida.

—Una manada de lobos —dijo Reed, pero sonaba inquieto—. Es lo que llevamos oyendo todo el tiempo, nada menos que desde el fuerte Laramie.

—No —insistió Hastings—. Conozco a los lobos y sé cómo cazan. Esto es distinto. Los indios también lo saben. —Soltó una carcajada que sonó como si estuviera atragantándose—. Se llevaron a un chaval, que no tendría más de doce años, se lo juro, y lo dejaron en el bosque atado a un árbol, allá por ese risco. Se marcharon y lo abandonaron. Se lo dejaban a lo que sea que vaga por ahí, comiéndoselo todo. Aún puedo oír sus gritos.

Stanton había oído hablar de hombres asilvestrados tras pasar demasiados años combatiendo las penurias de la naturaleza. Se preguntó si Hastings no habría perdido la razón, simplemente. Pero a pesar de la mugre y de la forma en que le temblaban las manos, no parecía un demente.

Aterrorizado, sí; loco, no.

—Justo después de que dejáramos el fuerte Bridger desapareció una niña —dijo Hastings. Hablaba en voz más baja, casi un susurro—. Todos los hombres de la expedición estuvieron buscándola, pero no hubo manera. Y después, unos kilómetros bosque adentro, encontramos su cadáver destrozado; no quedaba más que el esqueleto.

Stanton pensó en el pequeño Nystrom y en la masa horripilante en que se había convertido su cuerpo. Con la cara de lado, como si se hubiera tumbado a

descansar. Aquella niña había aparecido varios kilómetros por delante de la caravana, igual que el niño. Se le erizó el vello. Los amuletos volvieron a agitarse en el aire inmóvil. Estaba sudando. Los talismanes de Hastings lo inquietaban; le recordaban a Tamsen. *Estas baratijas no pueden protegerte; nada pudo protegerlos a ellos.* No sabía de dónde había salido ese pensamiento. Pero era verdad.

—Tienen que decir a su caravana que dé media vuelta. Diríjense al fuerte Hall y sigan la ruta norte mientras puedan. Estos hombres no me dejan marcharme; de lo contrario les rogaría que me llevaran con ustedes. Pónganse a salvo.

Reed no habló hasta que Stanton y él se hubieron alejado de la caravana varada.

—Al diablo con Lansford Hastings. No volveré a fiarme de un leguleyo en lo que me queda de vida. —Escupió en el suelo—. Ha perdido la cabeza, ¿no cree?

—No —dijo Stanton lentamente—. No, no lo creo.

—Entonces, ¿se traga eso de los monstruos del bosque? —Reed lo miraba de hito en hito.

—No creo en los monstruos —dijo Stanton—. Solo en los hombres que se comportan como tales.

## Capítulo 13

Tres días después de hablar con Hastings se toparon con los restos del muchacho del que les había hablado, el indio de doce años, atados a un árbol.

Reed tenía las manos en carne viva, al igual que la paciencia. Había sido un camino difícil. Stanton y él volvieron al grupo y, pese a las advertencias que transmitieron, los colonos tomaron la decisión de proseguir de todas formas. Patrick Breen y Franklin Graves, contrarios desde el principio a aquella ruta, se quejaron a todo aquel que quisiera escucharlos, y pronto, Wolfinger y Spitzer, seguidos por el resto de los alemanes, se sumaron a la cantinela. Reed sospechaba que se debía en parte a que, simplemente, no les hacía gracia tenerlo de jefe.

Pero no tenía más remedio que presentarse; las nuevas sobre Lansford Hastings habían desinflado a George Donner de un plumazo. Cuando lo informaron, se limitó a mirar inexpresivamente de Reed a Stanton, como si no los entendiera.

—Hemos cometido un terrible error —dijo Reed, prescindiendo de rodeos—. Confiábamos en ese hombre y nos ha dejado en la estacada. Nos mintió. Vamos a morir aquí fuera...

Pero Donner negó con la cabeza y dijo:

—No sé cómo llegar al río Humboldt desde aquí; ninguno de nosotros sabe. Igual deberíamos dar media vuelta. Podríamos tomar la ruta norte...

—No hay tiempo para eso —repuso Reed—. Si intentamos ir a la ruta norte a estas alturas, tendremos que pasar el invierno en el fuerte Hall. —Sería ruinoso para la mayoría de las familias. Pocas tenían suficiente para mantenerse durante una estación, y menos con los elevados precios que cobraba el puesto comercial: un dólar y medio por medio kilo de harina, y una familia podía consumirla fácilmente en un día. La mitad de las familias se morirían de hambre antes de la primavera.

Donner se alejó de ellos, sudoroso y tembloroso, negándose a decidir. Desde entonces no había hablado más que con sus parientes. Reed estaba convencido

de que su desmoronamiento era provisional y consiguió que Stanton accediera a no decir ni pío. Jacob Donner quedó en mantener a su hermano fuera de la vista, y en la caravana corrió la voz de que había caído enfermo.

Así pues, Reed tomó el mando de la expedición. En un día, el bosque se cerró a su alrededor, asfixiante, tal como había hecho con el grupo de Hastings, y de pronto, el terreno se elevó pronunciadamente. En su segundo día como jefe se encontró con que uno de sus bueyes cojeaba, lo que le puso los nervios a flor de piel. Acabó tratando con demasiada brusquedad a Keseberg, el hombre al que menos convenía provocar, y se enzarzaron en un concurso de gritos que acabó cuando Keseberg sacó una navaja y tuvieron que apartarlo tirando de él.

A lo largo de la línea de carretas, la tensión se podía cortar con un cuchillo. Reed envió por delante a William Foster y William Pike, sus cuñados, para que explorasen el terreno, y puso a todos los demás a cortar árboles, aterrizado ante la posibilidad de que acabaran atrapados en el bosque como la otra expedición. Reed sugirió que empezaran a reunir y racionar las reservas de comida, pero tardaron poco en hacerlo callar a gritos, y unos hombres amenazaron con colgarlo si volvía a plantear algo así.

Cuando la caravana se detuvo para pasar la noche se organizó una partida de caza, con el fin de aprovechar al máximo la última hora de luz antes de que fuera demasiado peligroso. Escaseaba la carne fresca y nadie estaba dispuesto a sacrificar ganado, por lo que todos los hombres que estaban en buena forma y poseían un fusil, e incluso algunos que no estaban en tan buena forma, como Luke Halloran, se aventuraron en busca de presas.

Reed iba al final de un grupo reducido, detrás de Milt Elliott; lo encabezaba John Snyder. Le pesaba horriblemente el fusil, y tenía los brazos doloridos de dar hachazos durante todo el día. Seguía perplejo por lo que le había dicho Snyder la noche anterior; lo había seguido al bosque para hablar con él.

*¿Sabes qué problema tienes, Reed? No entiendes a la gente, ni un poco.*

*Solo las ovejas te seguirán sin protestar. Los demás no creen que necesitan tu ayuda.*

*No van a hacerte caso a no ser que los obligues.*

Snyder era una bala perdida de veinticinco años; lo más difícil que había hecho en su vida era comportarse como un gallito y conducir el ganado. Reed había erigido un negocio de mobiliario a partir de la nada; al mando de una compañía, había combatido a los indios sauk y kikapú en la guerra de Halcón Negro.

Sin embargo, Snyder estaba en lo cierto: Reed no entendía a la gente. Ya casi no quedaba luz y no habían visto nada en todo el tiempo, ni siquiera una ardilla o una codorniz, pero nadie se atrevía a decirlo en voz alta para no gafarse más aún. Reed escuchaba con aprensión la charla insustancial de los hombres que iban por delante, preocupado por la posibilidad de que la conversación entre Snyder y Elliott se hiciera cada vez más arriesgada. Snyder sabía que Reed no podía distinguir las palabras y le gustaba picarlo, como buen matón. Reed se preguntaba si lo de la noche anterior habría sido una advertencia.

*Los hombres se dividen en dos: las ovejas y quienes las sangran. No olvides qué clase de hombre soy yo.*

Si algo se le daba bien a Snyder, era conseguir que la gente se plegase a su voluntad. Bastaba con una mirada de esos ojos de párpados caídos, una flexión de la mano.

Si Reed pudiera retroceder en el tiempo, no habría empezado con lo de Snyder. Había sido una imprudencia. Pero no podía sacudirse de la cabeza la sensación de las manos de Snyder, y a base de pensar en ellas, grandes, burdas y fuertes, de algún modo había pasado del miedo a una intensa necesidad.

Era una estupidez. Peor que una estupidez: era mortal.

«Dile la palabra incorrecta al hombre inadecuado y puedes verte en un calabozo, esperando al juez del circuito». Reed se lo había oído decir a Edward McGee. Había que estar dispuesto a actuar cuando se presentaran ofertas.

—¡Por todos los demonios! —gritó de improviso Stanton, airado, y a continuación soltó una sarta de improperios. El perrito de Halloran se puso a ladrar. Reed apretó el paso; a lo mejor habían encontrado caza.

Lo que vio al girar le revolvió el estómago. Los restos de un cadáver colgaban entre dos árboles, con las muñecas fuertemente atadas, los brazos en cruz y la cabeza caída, pero por debajo no había prácticamente nada. La columna terminaba abruptamente en el aire, con las vértebras engarzadas como cuentas en un collar. Le habían arrancado casi toda la carne. En el suelo se veían los largos huesos de las piernas y trozos de costillas. Bajo el cadáver, la tierra estaba levantada y llena de sangre ennegrecida por el tiempo.

—¿Qué diantres significa esto? —dijo Milt Elliott, y estuvo a punto de tropezar con el terrier de Halloran, que olisqueaba los huesos.

Reed no podía apartar la vista de la cabeza, que los insectos habían convertido en un amasijo sanguinolento. Algo, quizá los pájaros, le había sacado los ojos. Tenía que haber sido una muerte monstruosa, aunque no podría decir si

peor que morir de hambre o sed en las montañas. Tenía que decir algo antes de que Snyder, Elliott y Halloran volvieran a la caravana con la noticia y se desatara un infierno.

—Hastings nos habló de esto —dijo—. Lo hicieron los indios. Alguna ceremonia suya.

—¿Una ceremonia? —gruñó Snyder. Sacó el machete de caza para cortar una cuerda. El cadáver cayó hacia la izquierda, y una mano quedó rozando el suelo—. ¿Qué coño de ceremonia es esta?

Reed no dijo nada. Stanton y él habían convenido no hablar al resto de la expedición de los temores de Hastings: «Algo acecha la caravana». Solo asustaría más a la gente. De todas formas, Snyder no parecía esperar respuesta; como muchos, tenía miedo a los indios y no intentaba encontrar sentido a nada de lo que hicieran.

—¿No se parece al chaval que encontramos en la llanura, antes de ir al fuerte Laramie? —preguntó Snyder, y le dio una patada al terrier de Halloran cuando se puso a mordisquear un hueso de la muñeca—. ¡Para ya! Eso no está bien. No puedes dejar al perro comer carne humana, o le cogerá el gusto.

—Ven aquí, Quincy. —Halloran se había puesto verde. La tisis se le había agarrado a los huesos; sería un milagro que viviera un mes más.

Snyder se agachó para quitarle el hueso al perro, que, de repente, dio un salto y lo mordió. La sangre corrió de inmediato.

—¡Perro estúpido! —Por reflejo, Snyder se llevó la herida a la boca. Lanzó una patada al perro, pero este la esquivó y se le aferró a la bota. Sin previo aviso, Snyder apuntó al perro y lanzó una bala que le dio en el estómago. El sonido que emitió fue lo más sobrecogedor que Reed hubiera oído nunca, una nota aguda y modulada de sorpresa y dolor que casi pareció humana.

Halloran era un hombre apocado, una oveja en los términos de Snyder, y estaba consumido por la enfermedad, pero la furia lo lanzó contra Snyder. Sus manos encontraron la pechera de la camisa del hombretón, que lo apartó sin dificultad.

—¿Qué demonios...? ¿Por qué demonios has hecho eso? —Miró a los demás en busca de apoyo, pero Reed apartó la vista; nadie iba a plantar cara a Snyder, y él, menos que nadie. Sabía cómo podía ponerse, lo fuertes que eran esas manos, y tenía magulladuras que lo demostraban.

—Ese chucho me ha mordido —dijo Snyder—, y estaba en mi derecho. Si un perro me muerde, le pego un tiro.

—Solo ha sido un rasguño —protestó Halloran. Le caía sangre por la barbilla, del último ataque de tos—. A ver si te pego un tiro a ti...

La bofetada de Snyder, con la mano abierta, dio a Halloran en la mejilla y lo lanzó contra la tierra. Reed se encogió. Snyder se limitó a reírse.

—Deja de lloriquear —dijo—. Solo te va a traer líos.

¿Qué más le había dicho Snyder la noche anterior? *Crees que sabes cómo funciona el mundo, pero no tienes ni puta idea. Los hombres como tú me sacan de quicio. Eres tan gilipollas que ni siquiera sabes lo gilipollas que eres.*

Halloran se puso a cuatro patas, preso de un ataque de tos que le convulsionaba todo el cuerpo. De la boca le colgaban hilillos de flema sanguinolenta. Reed estaba asqueado, también consigo mismo; debería haber dado la cara por Halloran, pero tenía demasiado miedo.

Snyder y Elliott emprendieron el camino de regreso. Reed se quedó en el sitio, mirando a Halloran, que se arrastraba hacia su perro.

—Vamos, Luke, déjalo —le dijo. Casi había anochecido, y no tenía intención de quedarse atrás. Pero Halloran ni siquiera levantó la cabeza.

—Tenemos que enterrarlo. No podemos dejarlo aquí. ¿Me ayudas? ¿Harías eso por lo menos?

El asco de Reed se volvió cólera. La tierra estaba dura como la piedra y no tenían pala. ¿Halloran esperaba que cavaran con las manos? Y tenían que pensar en el día siguiente, otro día de trabajo agotador para abrir camino, y a saber cuántos días de esos tenían por delante.

—Deja al puto perro. —Reed se colgó el fusil al hombro—. O puedes quedarte tú solo a oscuras, a ver si es verdad que algo nos sigue.

Se sintió aliviado cuando Halloran se puso en pie, pero también sintió una intensa oleada de culpa que le dejó un sabor agrio en la garganta.

En el camino de vuelta al campamento hizo como que no oía llorar a Halloran.

## Capítulo 14

A todos les pareció un milagro. Era la gracia de Dios, prueba de que no los había abandonado.

Tamsen no los culpaba; la gracia andaba escasa, como todo lo demás. ¿De qué otra forma se podía explicar lo sucedido con Halloran? Si de verdad hubiera sido bruja, como decía todo el mundo, quizá habría tenido respuesta. Señales, augurios, amuletos para ahuyentar al diablo, formas de leer el futuro en el movimiento de las nubes: no había poder en sus prácticas; solo llamaban la atención, cada vez más y de la peor clase posible.

Pero algún poder había tocado a Halloran y lo había curado.

Durante una semana, desde que le pegaron un tiro a su perrito, apenas levantó cabeza. Lo del perro era una pena, pero Halloran le había cogido demasiado cariño; hasta dejaba que lo mordisqueara jugando, como un padre que no sabe meter a sus hijos en vereda.

Halloran tosía sangre con frecuencia, aunque intentaba ocultarlo, y a veces le costaba respirar durante horas.

Tamsen había estado atendiéndolo; hasta lo llevaba en su carreta, ya que estaba demasiado débil incluso para montar a caballo. No sabía por qué le daba pena; quizá solo porque era forastero y estaba solo, o porque lo despreciaban, como a ella. Le había dado en la boca caldo de las setas que recogían sus hijas, lo único que retenía en el estómago. Se había asegurado, desde que eran niñas, de que supieran distinguir entre los pliegues del delicioso rebozuelo y las láminas de la mortal seta de olivo, y sabían que no podían probar nada sin consultárselo antes. Los hongos venenosos los recogía ella misma cuando los necesitaba; tenía una buena provisión de setas de olivo, cuidadosamente limpiadas y secadas, para echárselas a su láudano casero; tenía sus existencias a buen recaudo y ocultas a la caravana.

No acertaba a comprender por qué había decidido Halloran viajar al Oeste. Al partir no había revelado lo enfermo que estaba, consciente de que no le permitirían unirse, y menos sin carreta, bueyes ni familia que lo cuidase. Por otro



lado, nadie había imaginado que el viaje fuera a resultar tan difícil. Tamsen no sabía si habían tenido una particular mala suerte o si mentían todos los que habían realizado la travesía antes que ellos: mentían en los periódicos y mentían en sus libros, como Lansford Hastings, un hombre maligno que, por añadidura, había resultado ser también un demente; otro motivo para estar resentida con su marido, que había creído a pies juntillas hasta la última palabra escrita por Hastings. Los tentaban para que viajasen al Oeste y muriesen en tierra de nadie.

Pero entonces Halloran empezó a respirar mejor, y se le secaron los sudores. Al final del primer día de su recuperación podía caminar sin ayuda, aunque no demasiado. Dejó de toser. A la noche siguiente, después de la cena, se pasó más de una hora tocando el violín. Anteriormente, cuando estaba más sano, a todo el mundo le encantaba escuchar su violín. La gente se arremolinaba alrededor y olvidaba brevemente cualquier rencilla o desavenencia. Nadie se peleaba; nadie discutía. Casi todos preferían las melodías animadas, las gigas y los reels, algo que pudieran bailar, pero a Tamsen le gustaban las canciones tristes; la melancolía encajaba mejor con el terreno que los rodeaba.

Pero aquella noche tocó un reel tan rápido que el arco del violín era un borrón; los bailarines acabaron agotados de intentar seguirle el ritmo.

—A este paso —dijo Halloran—, pronto podré sacar mis cosas de su carreta y volver a mi mula. Dejaré de ser una carga para su familia.

—No precipitemos las cosas —dijo Tamsen. Se alegraba de que estuviera mejor, desde luego, pero también le daba miedo por motivos que no acertaba a entender. No era como si hubiera recuperado la vida; era como si tuviera una vida nueva. Estaba más parlanchín, enormemente animado y rebosante de optimismo—. Antes debería asegurarse de que ha recuperado las fuerzas.

La verdad era, también, que se había acostumbrado a tener cerca a Halloran, bien en la carreta, arrebujado tras el tablón, bien envuelto en colchas frente a la hoguera, por las noches, echando un vistazo a lo que se cocinaba. George la había tomado por loca cuando insistió en que le hicieran sitio en la carreta, pero Halloran había resultado increíblemente fácil de cuidar. Agradecía con efusividad cualquier detalle, jugaba con los pequeños mientras le daban las fuerzas y, cuando no podía más, escuchaba a Tamsen hablar de sus tiempos de profesora en las Carolinas. No habían sido sus días más felices; era una viuda joven sin hijos que intentaba salir adelante. Pero eran tan distintos de su vida con George que a veces se sorprendía de que todo aquello hubiera ocurrido.

Halloran, de veinticinco años, le recordaba un poco a su hermano Jory, que

siempre había sido su norte. Llevaba años sin verlo, y en ocasiones pensaba que la mente le hacía jugarretas para que lo buscara en otros.

Incluso había momentos en que Halloran le parecía un amante obsequioso, con su sonrisa tímida y su cortesía, aunque suponía que también eran imaginaciones suyas.

Tenía unas manos bonitas y elegantes, por las que, en opinión de Tamsen, había que dar las gracias al violín. A veces, algunas veces, imaginaba cómo sería sentir las en su cuerpo.

¿Buscaba a aquellos hombres sombríos y pesarosos, cargados de secretos, o la buscaban a ella? Nunca se quedaban, pero sí el efecto que le producían; hacían que necesitara más, como cuando dejan de administrarse demasiado deprisa ciertas hierbas adictivas y se producen mareos y temblores.

La amabilidad de Halloran solo parecía avivar esa adicción, rejuvenecer el odio que sentía por George, la forma en que la mirada de su propio marido le provocaba picores y un nudo en la garganta. Sentía el impulso, que conocía bien, de hacer algo precipitado, de dejarse llevar, de liberarse.

Pero en cuanto estuvo mejor, Halloran sacó sus cosas de la caravana de los Donner. Por supuesto, hubo habladurías sobre su milagrosa recuperación; Tamsen se dijo que debería haberlo visto venir. Decían que lo había embrujado, que se había servido de un hechizo. Betsy Donner se lo comunicó como si le diera vergüenza, aunque saltaba a la vista que disfrutaba con la oportunidad de tratarla con prepotencia.

Sin embargo, a Tamsen la habían llamado cosas mucho peores.

Poca gente sobrevivía a la tuberculosis tras alcanzar el estado de Halloran. Aun así, muchas veces era el primero en adelantarse cuando tocaba sujetar al ganado y el último en irse a dormir por las noches. Iba a buscar agua y leña para sus vecinos después de haberse ocupado de sus cosas, como si le sobraran energías.

Tamsen debería haberse alegrado, pero tenía miedo.

Halloran estaba distinto. No sabía en qué, pero lo sabía.

Una mañana se había puesto a recoger sus cosas para cargarlas en la mula, decidido a seguir por su cuenta, y cuando ella le aconsejó que esperase un día o dos más, le respondió con brusquedad que sabía lo que se hacía. Halloran nunca le había levantado la voz, por mal que se sintiera. Tamsen se sorprendió tanto que no le dirigió la palabra durante el resto del día; solo lo observó corretear de un lado para otro, como una mosca contra un cristal, como si buscara

afanosamente la salida.

Desde entonces había ido de mal en peor. Halloran discutió con un empleado de los Reed cuando los adelantó para enfilear con la mula un paso estrecho, insistiendo en que la aparatosa carreta iba a quedarse atascada en la tierra blanda (sin embargo, tenía razón; tuvieron que llevar otra pareja de bueyes para sacarla).

Lo peor de todo: a la noche siguiente hizo astillas el violín contra una roca cuando le preguntaron si iba a tocar después de la cena. Estaba más que harto, les dijo, de que le dieran la lata para que tocara.

Todos, conmocionados, guardaron silencio durante largo rato, pero Tamsen, sin esperárselo, sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos. Luke Halloran adoraba ese violín como a un hijo. Le volvió a la cabeza la idea de que no era Halloran, de que Halloran había muerto y aquel hombre era otro.

Pero era una locura, por supuesto. Era mucho más probable que las semanas de enfermedad lo hubieran cambiado de algún modo. O quizá siempre hubiera sido así, aunque la enfermedad lo había ocultado.

Cuando Tamsen imaginaba el viaje pensaba en penurias, hambre y polvo que lo cubría todo como una segunda piel, y que nunca podía limpiarse por completo. Pero no imaginaba aquello: la gente, estar rodeada de tantas personas, incapaz de evadir sus extraños prejuicios y sus repentinos y violentos cambios de humor.

Llevaban una semana caminando a la sombra de las montañas Wasatch y hacía mucho calor, hasta cuando se ponía el sol. Tamsen quería bañarse; quería sentirse limpia, aunque sabía que por la mañana volvería a estar cubierta de polvo.

Esperó a que el resto de su familia estuviera en las tiendas, para tener algo de intimidad. Jacob estaba leyendo en voz alta a los niños; George fumaba su pipa con los ojos cerrados, como solía hacer por las noches en casa, en su sillón favorito. Pero en aquel momento, sentado en el suelo bajo un cielo inhóspito, el rito resultaba incongruente, casi desesperado. Como si al cerrar los ojos intentara imaginar que estaba en su antigua casa, o que ya había llegado a California.

Separada por una carreta del resto de la familia, llenó de agua la cazuela más grande y la puso a calentar sobre las ascuas. El viento transportaba sonidos del resto de la caravana, pero estaban muy lejos. Los Donner no eran parias, exactamente, pero habían dejado de ser la familia más eminente e influyente de la expedición, y pensaran lo que pensaran de ella, Tamsen sabía que solo una

cosa la haría sentir mejor: un baño. Dejó a un lado la blusa, la falda y las medias, hasta quedarse en corsé y pololos.

Con un paño empapado en agua caliente, se lavó con movimientos largos y lentos. La garganta, la nuca. Se levantó una pernera de los pololos, y luego la otra, para frotarse las piernas. Era un milagro lo que podía lograr un trapo húmedo. Estuvo a punto de llorar de alivio cuando la brisa le rozó muslos y pantorrillas. Empezaba a aflojarse el corsé cuando se quedó paralizada. Algo había cambiado.

Algo se había movido.

Se le puso carne de gallina. No sabía si la había alarmado un sonido o una alteración en la oscuridad, pero estaba segura de que alguien la miraba.

Escudriñó la maleza, la oscura silueta rasgada de los árboles. Nada.

Se relajó. Las historias de monstruos acechantes, de lobos del tamaño de caballos, también habían calado en ella. Continuó con la cinta del corsé; sentía los dedos torpes y resbaladizos. Reinaba el silencio. No podía ser que Jacob ya hubiera dejado de leer; no podía ser que los demás se hubieran ido a la cama.

Sin duda, no estaba sola. Solo hacía una hora de la puesta de sol, y la gente andaba por ahí, llevando al ganado a pastar en la pradera o recogiendo después de cenar.

Terminó de desatarse los lazos y se abrió el corsé, dejando el pecho al aire, pero esta vez la brisa era algo fresca, y se estremeció. Entonces lo vio: una silueta se movía entre las sombras de los árboles, a gran velocidad y ¡sobre dos piernas!

De forma instintiva echó mano de la blusa para cubrirse, pero con la otra mano cogió la lámpara y apuntó hacia arriba, de forma que la luz rebotó en los árboles y trazó un encaje contra las hojas superiores. El hombre echó a correr casi al instante, pero no antes de que la luz alcanzase su cara, pálida, estrecha y hambrienta.

Era Halloran. Mirándola.

Se vistió con manos temblorosas. Aquella expresión... No era deseo, sino algo más profundo, algo primordial y animalesco. Intentó pensar en dónde había visto por última vez a sus hijas, a sus hijas inocentes y confiadas que no recelaban de Luke Halloran. Leanne estaba sentada con los pequeños, chupando un trozo de azúcar piedra mientras Jacob hablaba. ¿Elitha estaba con ellos?

Volvió corriendo a la hoguera, sobresaltando a los que escuchaban a Jacob. George parpadeó, como si no acertara a explicarse de dónde salía.

—¿Qué tal el baño? —le preguntó.

Tamsen no contestó. Elitha no estaba con los demás.

Sabía que era una tontería. Paranoias. Probablemente, Elitha había perdido la noción del tiempo y vagabundeaba con la cabeza en las nubes, buscando renacuajos en el arroyo o trepando a árboles por si había algún nido abandonado. En una ocasión, no hacía mucho, Tamsen la había pillado murmurando para sí, y cuando le preguntó a qué jugaba, Elitha palideció y montó en cólera. «No estoy jugando», le había dicho. Sería mejor que abandonara esos hábitos, por su bien.

Aun así, no le gustaba que vagara por ahí aquella noche.

Se acercó en primer lugar a la maleza que crecía junto al arroyo; era un sitio de los que le gustaban a Elitha, un barullo de espadañas y juncos, con el aire endulzado por el canto de los pájaros.

—¡Elitha Donner! ¿Estás por ahí?

No hubo respuesta; solo un silencio sepulcral. Demasiado silencio, decía todo el mundo, y Tamsen estaba de acuerdo. Era como si todos los seres vivos hubieran huido, hasta los pájaros.

—¡Elitha! ¡Contesta ahora mismo!

Se oyó un rumor entre los juncos. El corazón le martilleó las costillas.

—¿Elitha? —En aquella ocasión no pudo evitar sonar temerosa.

—Me temo que solo soy yo. —Mary Graves se adelantó, con esas piernas como palillos—. ¿Elitha ha desaparecido?

—No ha desaparecido —espetó Tamsen; aunque ella estaba pensando lo mismo, no le había gustado que Mary lo dijera—. Seguro que solo ha ido a dar una vuelta.

Las dos mujeres se miraron. Era la primera vez que Tamsen prestaba atención a Mary Graves. Quizá fuera atractiva, pero tenía la mandíbula un poco demasiado cuadrada y, desde luego, unos ojos demasiado grandes para esa cara. Aunque solo era unos años menor que Tamsen, probablemente era virgen.

Igual eso era lo que le gustaba a Stanton; Tamsen no había pasado por alto su cambio de afinidad. Igual quería una mujer sin experiencia, fácil de impresionar. Era curioso que a los hombres les gustaran las aventuras con mujeres experimentadas, a las que consideraban ramerías, pero sentaran la cabeza con aquellas dispuestas a sometérselas como los terneros al yugo.

—Siento haberla sobresaltado —dijo Mary—. He visto que venía por aquí... Quería hablar con usted en privado.

—Ahora no tengo tiempo. —No dio más explicaciones; Mary Graves no las

merecía.

Sin embargo, cuando intentó seguir andando, Mary se interpuso.

—Por favor. Solo es un minuto. —Pareció que iba a sujetar a Tamsen por el brazo y se lo pensó mejor—. Solo quiero saber por qué me tiene inquina.

Durante un momento, Tamsen se quedó sin habla, y casi, casi, lo sintió por ella. Mary parecía desconcertada, como una niña que hubiera visto una manzana caer hacia arriba y no hacia abajo. A la vez sintió una oleada de furia ante la idea de que Mary creyera que le debía una respuesta; una chica menos ingenua se habría dado cuenta en el acto.

Si Tamsen hubiera estado de otro humor, tal vez se habría reído, y puede que hasta le hubiera explicado cómo funcionaban las cosas. Charles Stanton había elegido a Mary, pero eso no significaba que todos los demás tuvieran que adorarla también. Mary le había arrebatado a Stanton sin siquiera intentarlo, y para colmo de males no estaba claro que sintiera interés por él.

Tamsen tenía todo el derecho del mundo de odiarla.

Por supuesto, no podía decir nada de aquello. Se levantó las faldas para pasar por la hierba alta, rodeando a Mary Graves.

—No sé a qué se refiere —dijo con desenfado—, y estoy segura de que las dos tenemos cosas más importantes por las que preocuparnos.

Mary no se dio por vencida; fue tras ella, la alcanzó rápidamente y siguió andando a su paso.

—No le caigo bien —insistió—. Lo noto por la forma en que me evita. Solo quiero saber por qué. —Se mordió el labio—. ¿Tiene...? ¿Tiene algo que ver con el señor Stanton?

Tamsen no pudo evitar encogerse al oír aquel nombre de labios de Mary.

—¿Qué pinta en todo esto el señor Stanton? —preguntó, y oyó su propia voz fría y distante, como filtrada por una gruesa capa de hielo.

Mary vaciló. Tamsen ya pensaba que no tendría valor para decirlo, pero al final se aclaró la garganta y respondió:

—He oído historias.

*Historias.* Otra forma de llamar a los embustes, como los que contaban sobre ella en Carolina del Norte, antes de que se mudase a Springfield.

«Si está tan segura de que soy una bruja —había respondido Tamsen a la mujer del predicador, que la había hostigado de forma tan inmisericorde hacía tantos años—, ¿de verdad le parece prudente importunarme?» Sintió un estúpido y breve placer al ver cómo el miedo se le apoderaba del rostro. Aquel era el

problema de las mujeres como Peggy Breen y Eleanor Eddy: estaban asustadas, siempre asustadas, siempre de lo que no debían.

En aquel momento sentía la fuerte tentación de revelar la verdad a Mary. Podría darle datos sobre Stanton que no se esperaba, poner las cosas en su sitio. Era un hombre fuerte e inteligente, sí, pero descuidado con los sentimientos, tanto los propios como los ajenos. Estaba hecho para ser un solitario, para permitir que la gente solo se le acercara a medias.

*No te conviene perder el corazón por un hombre como ese, virgen.*

Pero Tamsen sabía que Mary acabaría por encontrar la desdicha, le dijera cómo identificarla o no. Una pequeña y ruin parte de ella se alegraba.

—No debería dar crédito a las historias —se limitó a decir.

Antes de que Mary Graves pudiera responder, gritaron el nombre de Tamsen.

Al principio le pareció la voz de George y se volvió, pero era Halloran. Apareció tambaleante entre los arbustos, sujetándose el abdomen, encogido como si le hubieran pegado un tiro.

Sus fuerzas, energías y salud se habían desvanecido. Tamsen se impresionó al verlo; se impresionó y se horrorizó. No había duda de que estaba muriéndose. Los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas; los labios, contraídos en un rictus, dejaban a la vista encías inflamadas y dientes podridos. Le sobresalían tendones en cuello, manos y brazos.

—Señora Donner —dijo, y alargó una mano hacia ella. De forma inconsciente, Tamsen dio un paso atrás, aunque los separaba el arroyuelo. Halloran tropezó en el suelo irregular y cayó de rodillas al agua, pero en vez de ponerse en pie, empezó a gatear—. Ayúdeme, por favor, ayúdeme.

En ese instante olvidó al hombre al que había visto observándola desde los árboles y respondió al hombre al que había cuidado junto a su fogata. Se metió en el arroyo, avergonzada de su primer impulso de huir de él, cogió agua con las manos y se la acercó a la boca.

—Vaya a buscar ayuda —dijo Tamsen a Mary—. Necesitamos gente para transportarlo.

Se vio obligada a reconocer a Mary el mérito de no chillar, protestar ni desmayarse; dio media vuelta y salió corriendo hacia la caravana.

Halloran se negaba a beber. Solo gemía, y no pareció oírla cuando le rogó que abriera los ojos. Tan cerca de él, tenía que contener las arcadas; ya olía a cadáver.

Sin embargo, en cuanto Mary se perdió de vista, Halloran abrió los ojos y

sujetó a Tamsen por la muñeca con una fuerza inesperada.

—Señora Donner... Tamsen... —La atrajo hacia sí, tanto que ella sintió el aliento en la mejilla—. Sigues siendo mi amiga, ¿verdad? Fuiste muy amable conmigo, la única que me ayudó cuando enfermé...

—Chsss. Tranquilo. Claro que soy amiga suya.

Los ojos de Halloran, grandes y brillantes, parecían resplandecer en la oscuridad. Tamsen volvió a pensar en una posesión, en algo que habitaba aquel cuerpo y hacía que se comportara como un desconocido.

Intentó zafarse, pero él le sujetaba el brazo con demasiada fuerza. No era la fuerza de un moribundo. Una oleada de miedo le bajó por la columna.

—Los demás dejarían morir de hambre a cualquiera, aunque tuviesen suficiente comida. Solo piensan en sí mismos. Si de ellos dependiera, ya estaría muerto.

—Por favor, señor Halloran. —La oleada se había convertido en un solo ritmo unificador. Estaba aterrada. Casi no podía respirar por el olor a podredumbre. ¿Qué le había pasado? Sabía de enfermedades que volvían, pero no así, no tan deprisa como para vaciar a un hombre en una hora—. No se encuentra bien. Tranquilícese; voy a buscar ayuda.

—Nadie más puede ayudarme. —La sonrisa acabó en una mueca de dolor—. Me muero, Tamsen. Por eso he acudido a ti. Antes fuiste mi salvadora, ¿volverías a serlo? —Parecía que le costaba respirar; Tamsen tuvo que esperar a que cogiese más aire—. ¿Harás una cosa por mí?

—Claro que sí —respondió con un hilo de voz. ¿Por qué había dejado la lámpara en la orilla? La oscuridad era tan densa que resultaba agobiante, como la presión de la mano.

Halloran cerró los ojos y aflojó los dedos, pero siguió intentando hablar. Susurró algo, en voz tan queda que Tamsen no logró entenderlo, y lo volvió a susurrar. Le costaba trabajo; se esforzaba por pronunciar aquellas palabras entrecortadas con sus últimas fuerzas.

Las preciosas manos, los suaves ojos marrones, el humor sosegado... Todo ello había desaparecido, barrido por la enfermedad que estuviera devorándolo. Tamsen se sorprendió al darse cuenta de que estaba al borde de las lágrimas.

Halloran seguía intentando hablar.

—No te oigo —dijo Tamsen en voz baja—. Tranquilo, Luke. —Pero veía que seguía intentando hacerse oír.

—Tengo hambre. —Una y otra vez, un susurro agónico—. Tengo hambre,



Tamsen.

Volvió a abrir los ojos; Tamsen no vio en ellos nada más que un profundo abismo. También vio que sonreía.

La derribó de espaldas. De un salto, se colocó sobre ella y la inmovilizó sin dificultad, y Tamsen supo instintivamente que todo lo demás había sido una trampa, tendida para conseguir que se acercase y bajase la guardia. Lo tenía encima, con un cuchillo en la mano. ¿De dónde había salido?

—No voy a pedir mucho.

—Por favor —gimió Tamsen. Se le quebró la voz. No podía pensar con claridad. Era un sueño, tenía que serlo, una pesadilla de la que se despertaría con un grito atrapado en la garganta. Aquel demente no era Halloran—. Por favor, déjame levantarme.

Pero solo la sujetó con más fuerza.

—No sabes lo que es estar muriéndose de hambre. Lo que duele. Te vacía por dentro. Tengo hambrienta hasta la sangre. —Se inclinó hasta ponerle la cara contra el cuello e inhaló, embebiéndose del olor de su cuerpo; le lamió el sudor, como un perro. Aquello terminó de hundirla, como si una barrera invisible se hubiera roto irremediadamente, como si con un solo movimiento aquel hombre hubiera deshecho la obra de Dios y hubiera convertido a una mujer en un trozo de carne.

—Podría cogerlo si fuera necesario, de ti o de alguno de los otros. Lo ves, ¿verdad? ¿Lo fácil que me resultaría cogerlo? —Estaba por todas partes, rodeándola. No acababa nunca, ni él ni su peso ni su hedor ni su hambre—. Pero no quiero. Prefiero que me lo des libremente, como haría una amiga.

El dolor en las muñecas, por donde la sujetaba, la ayudaba a centrarse. Mary había ido a buscar ayuda. Tenía que haber ido a buscar ayuda. Le bastaba con no contrariarlo, seguirle la corriente hasta que llegara alguien.

—Claro —dijo—. Como haría una amiga. —Ni siquiera estaba segura de que la hubiera oído—. ¿O no te he cuidado siempre?

Hablaba a duras penas. Halloran pesaba más, era más fuerte de lo que debería. Había oído que los perturbados podían poseer una fuerza sobrehumana. Estaba casi ciega de terror. Si conseguía liberarse, ¿podría correr más que él? Era un riesgo. ¿Y si la alcanzaba? Seguía teniéndola inmovilizada, aunque ya no le apoyaba un brazo en el cuello.

—Prométeme que me ayudarás —dijo Halloran al fin—. Prométeme que no me dejarás pasar hambre.

Tamsen solo fue capaz de asentir. Al cabo de un momento, él aflojó la presa, y ella aprovechó para arrebatarse el cuchillo.

Justo cuando cerraba los dedos en torno al mango oyó una conmoción a sus espaldas, el rumor de los juncos, la madera seca al troncharse y voces. Oyó gritar a Mary Graves:

—¡Aquí! ¡Por aquí!

Estuvo a punto de echarse a llorar de alivio. Estaba salvada.

Pero en aquel momento, Halloran se transformó, o esa impresión tuvo ella. Vio todo su cuerpo retorcerse, contorsionarse, como arrastrado por cuerdas desde dentro, amarrado al infierno. Destrozado y transformado en otra cosa. No era él mismo; ni siquiera era un hombre. Tenía los ojos negros por completo, tan inexpresivos e inescrutables como el fondo de un pozo. Su semblante parecía haberse estrechado. Tamsen le olió la sangre en el aliento; era como si un animal que acechaba en su interior hubiera salido, destrozando el cascarón humano.

Halloran mostraba los dientes.

—Dame lo que quiero o lo cogeré yo... Me muero de hambre.

La cara que miraba Tamsen había dejado de ser humana.

Justo cuando Mary irrumpió en el claro, justo cuando Halloran se echó hacia atrás exhibiendo los dientes y Tamsen supo, en un instante de calma, que iba a morir, le hundió el cuchillo en la garganta y tiró hacia un lado. Sintió la resistencia de los tendones y la tráquea mientras los seccionaba, y un cálido chorro de sangre le empapó la mano.

## Capítulo 15

Cambridge (Massachusetts)

Querido Edwin:

Te envió esta carta desde el fuerte Sutter, tal como sugeriste, con la esperanza de que te alcance al otro lado de la gran ruta de Oregón. No me sorprende que tomes parte en esta gran aventura estadounidense, amigo mío, puesto que encaja con tu naturaleza intrépida y curiosa. Siento envidia y me gustaría unirme a ti, pero soy realista y estoy demasiado acostumbrado a las comodidades de la civilización para afrontar semejante reto. Además, mi nuevo puesto en la Universidad de Harvard ya tiene bastante de aventura por sí mismo, de modo que me conformaré con ello.

Hace dos meses que llegamos a Cambridge, después de abandonar Kentucky. Tilly encontró unas habitaciones amuebladas en una casa preciosa de la calle Prince y ya se ha integrado en un grupo de esposas de catedráticos; no creo que eche mucho de menos el agreste Kentucky. Nos alegramos de leer en tu última misiva que te has comprometido. Soy de la firme opinión de que un hombre está mejor casado que solo en el mundo.

Pero el verdadero motivo de mi misiva es una experiencia que quizá encuentres muy interesante y acorde con las hipótesis que has formulado y que tan empeñado estás en demostrar. Hace poco tuve oportunidad de conocer a un médico inglés, de visita en Harvard con motivo de un intercambio. Se llama John Snow, y es un hombre apacible con una frente enorme, así como una mirada penetrante que irradia inteligencia. Nos conocimos en una merienda del departamento y, tras departir sobre un brote de viruela que se produjo recientemente al oeste de Boston, me confesó que no estaba convencido de que sea correcta la creencia común según la cual la mala calidad del aire es responsable de que se propague la enfermedad. Está investigando otras causas posibles, ya que encuentra demasiadas incoherencias en la teoría del miasma y cree que existe un culpable desconocido hasta la fecha. Ha llegado a cuestionarse la mismísima naturaleza de la enfermedad y la forma en que

diversas dolencias, muy concretas, pueden difundirse entre nosotros en silencio antes de cobrar vida repentinamente y, en algunos casos, como el cólera y las fiebres tifoideas, aflorar como epidemias. Hasta hablaba de la forma en que las enfermedades pueden viajar sin ser vistas, transportadas por personas o criaturas que no muestran el menor síntoma de padecerlas.

Fue una conversación tremendamente interesante, desde luego. Ese hombre estaba lleno de ideas nuevas y, sin embargo, no demasiado alejadas de algunas de las que planteaste cuando estuvimos juntos; tanto es así que empecé a pensar que si con alguien podía hablar de lo que experimentamos en Smithboro, era con él. Corría un riesgo, por supuesto; me cuestioné la prudencia de revelárselo, pero yo, al menos, llevaba tanto tiempo abrumado por lo de Smithboro que sentía la comezón de exteriorizarlo.

Así pues, me reuní a solas con Snow y le relaté hasta el último detalle de nuestra insólita experiencia, sin dejar nada en el tintero, por estrafalario que pudiera sonar. Cuando terminé de contárselo vi que estaba atónito. Le pregunté si alguna vez había oído algo parecido, y murmuró que no. Después le pregunté cómo era posible que hubiéramos presenciado lo que presenciamos; me miró muy serio y me dijo, con su marcado y extraño acento: «Lo que me describe no es sino una quimera pagana, ¿se da cuenta? Debo recordarle que somos hombres de ciencia. Le recomiendo que busque la explicación en el mundo natural, no en el sobrenatural».

Me temo que he cometido un tremendo error; si se lo cuenta al resto de los profesores, pensarán que soy horriblemente supersticioso, lo que sin duda dañará mi reputación.

Pero su rechazo me ha hecho ver la luz. Te aconsejo, Edwin, que abandones tu empeño, la búsqueda de historias de deidades indias que cambian de forma, hombres de día y animales de noche. Si la clave del misterio reside en el mundo natural, como sostiene Snow, no sé decirlo. Lo bello y lo desesperante de la naturaleza es que sus variaciones son infinitas. No deberías albergar falsas esperanzas; es sobradamente posible que nunca obtengamos respuestas.

Ya me he extendido bastante. Si no sigues mi consejo, y soy consciente de lo improbable que es, no corras riesgos innecesarios, por el amor de Dios. Haz caso a un viejo amigo que desea volver a verte: compra el mejor caballo que puedas permitirte, no te adentres a solas en territorio desconocido, ten bien provisionado el maletín de remedios y lleva siempre encima un arma de fuego cargada.

Tu amigo, que te aprecia,  
Walton Gow

## Capítulo 16

*No he sido yo, Elitha. Dile a tu madrastra que no ha sido culpa mía.*

El cadáver de Halloran no había llegado aún al campamento cuando empezó a oírlo, débilmente al principio, a trozos, como transportado por ráfagas de un viento imperceptible; después, más alto y apremiante.

*Por favor. Díselo. Dile que lo siento.*

Elitha se tapó las orejas con las manos. No le importaba quién la viera. Intentó negociar con Halloran cuando estaba sola, pero no parecía capaz de oírla.

No podía hablar a las voces. Solo podía escucharlas.

*Por favor. El monstruo que sujetó a Tamsen contra el suelo no era yo. No podía detenerlo, pero no era yo.*

Las voces habían empeorado desde el fuerte Bridger. La única que le llegaba claramente era la de Luke Halloran, que había pasado una semana languideciendo en la carreta, a caballo entre la vida y la muerte. Ahora sabía que los demás también estaban muertos, y casi todo lo que decían era incomprensible; solo de vez en cuando alcanzaba a distinguir una palabra. En ocasiones era como presentarse en plena conversación, como si ella fuera la intrusa en su propia cabeza y no al revés.

Había intentado decírselo a Tamsen. Sabía que creía en cosas raras, ajenas a la naturaleza. La había visto trenzar ramas de romero cuidadosamente para hacer amuletos de protección, y machacar acónito y lavanda para untar a los niños con la mezcla detrás de las orejas, a fin de evitar que los demonios se cebasen en ellos.

Pero cuando pronunció el nombre de Halloran, su madrastra endureció el rostro y la sujetó por los hombros.

—No puedes hablar de esto a nadie —le dijo—. No quiero volver a oír ni una palabra. Júralo.

Elitha lo había jurado porque tenía miedo; Tamsen la había sujetado con tanta fuerza que le había dejado magulladuras. También estaba asustada, por lo que había pasado en el bosque con Halloran y por lo que la gente se había puesto a

decir de ella. Antes de la muerte de Halloran había rumores, cuchicheos que seguían a Tamsen e incluso a Elitha, pero de pronto, igual que había ocurrido dentro de la cabeza de Elitha, los murmullos habían dado paso al clamor. Que ella lo había embrujado con sus pócimas, que lo había convertido en un demonio, que había hecho de él su amante, que lo había vuelto loco. Que lo había matado para beberse su sangre.

Nadie dirigía la palabra a Tamsen; incluso Elitha sentía el peso del odio general. La gente se apartaba al verla llegar. Ninguna de las otras chicas, excepto Mary Graves, quería hacer la colada cuando Tamsen bajaba al río, y cuando iba Elitha en su lugar, tenía que soportar malas caras e insultos velados.

Al parecer, todas las calamidades que ocurrían en la caravana se las atribuían a Tamsen. Se le daba bien fingir que no le molestaba, pero, en ocasiones, Elitha la oía llorar de noche.

Elitha, incapaz de disimular, ardía de vergüenza. Y las voces seguían apelotonándosele en la cabeza, susurrando cosas terribles y dejando un profundo túnel de soledad, como si las palabras fueran algo físico que la vaciaba desde dentro. Necesitaba desesperadamente sosiego, paz, silencio.

Pero Halloran no callaba nunca; era un ritmo grave y casi constante que la sumergía en el terror y la culpa. Le contaba con todo detalle cosas que ella no quería oír. Le hablaba del hambre que no sentía en el estómago, sino en la sangre, un hambre contumaz que hedía como una herida infectada. Le hablaba del dulce aroma de la piel humana, del sabor contundente y saciante de la sangre humana, del ansia de sangre que sentía con todo su ser. Afirmaba estar avergonzado, pero hablaba con añoranza del cuerpo de Tamsen y, en sus momentos de mayor cólera y vileza, le susurraba perversiones y obscenidades que después no podía olvidar.

*¿A qué sabrás?*

*¿Cómo sería comerte?*

*Empezaría poco a poco, por un dedo del pie o por una de esas orejas tan suaves que tienes.*

Elitha empezaba a pensar, cada vez más, en meterse en el río y ahogarse. Empezaba a soñar con el silencio frío y oscuro del agua que se uniría sobre su cabeza.

Y entonces lo hizo.

Tamsen la había mandado al río a hacer la colada mientras el resto de la familia se afanaba en desaparecer los bueyes y montar el campamento para pasar la noche. No había planeado matarse entonces, pero de repente, en la penumbra de la orilla, mientras miraba los destellos del último sol en el agua, intentando no oír las incesantes voces fantasmales, se dio cuenta de que solo había una solución y la tenía delante. El río le parecía una cama con sábanas limpias. Le parecía acogedor.

Pensó brevemente en dejar las botas en la orilla; el calzado era caro y no tenía sentido echar el suyo a perder cuando sus hermanas podrían aprovecharlo. Pero tenía miedo de cambiar de idea si se detenía, de modo que pasó de las rocas al agua que transcurría plácidamente. Estaba más fría de lo que esperaba, pero siguió andando. Y siguió; ya le llegaba por la cintura. Se preguntó si debería haberse llenado los bolsillos de piedras, pero ya le pesaban tanto las faldas que le costaba andar, y el agua tiraba de ella. Más allá había espuma, por donde la corriente era más fuerte; con suerte la arrastraría río abajo.

Entonces no sería culpa suya. Entonces no lo decidiría ella. Su muerte quedaría en manos de Dios, y podría recibir su misericordia. Le pidió que fuera rápido.

Cuando le llegó el agua al pecho, contuvo la respiración. Le costaba mucho mantener el equilibrio; la corriente no dejaba de tirarle de las faldas y los tobillos. De pronto, todas las voces de su cabeza guardaron silencio, y en su lugar sintió una avalancha de pánico. Pensó en la cara de su hermana pequeña, y en Thomas. Pero ya era tarde para arrepentirse; ya se había adentrado tanto que no podría volver a la orilla, con las faldas empapadas y el corsé que le vaciaba los pulmones. Pensó en pedir ayuda a gritos, pero resbaló con una piedra. Perdió pie; el agua helada le llenó la nariz y la boca, y la cegó.

La maraña de faldas le impedía mover las piernas. No sabía dónde quedaba la superficie. La corriente la arrastraba y no podía respirar. No se parecía en nada a lo que había imaginado; no era pacífico, ni como quedarse dormida. Le ardían los pulmones por la falta de aire, y se le cerró la garganta cuando no pudo aspirar sino agua. Todo su cuerpo gritaba en protesta; todo le dolía.

Entonces volvieron las voces, más furiosas que nunca, un torbellino airado, y supo que eran las que tiraban de sus piernas, las que la hundían, las que le hacían dar vueltas bajo la espuma.

Dentro del agua solo quedaban las voces.

*Ya te tengo, chica.* —Una voz desconocida.



*Ven conmigo, Elitha.* —Halloran, casi llorando—. *Tierna y dulce Elitha.*

De repente, unas manos la agarraron. Afloró a la superficie luchando por respirar, en brazos de Thomas. La corriente la había arrastrado unos cien metros; él se había sujetado a un árbol caído para interceptarla y tiraba de ella, gruñendo por el esfuerzo, mientras ella lloraba y escupía agua con sabor a vómito.

Thomas no le dijo una palabra hasta que estuvieron en la orilla, hasta que ella dejó de tiritar y toser. Tampoco la tocó, ni la miró mientras lloraba. Pero cuando al fin se le pasó, y cuando necesitaba un pañuelo, él le tendió un trapo, húmedo pero limpio, que se sacó del chaleco.

—¿Por qué? —preguntó simplemente.

Elitha estaba agotada y tenía la garganta en carne viva. Thomas la había envuelto en su casaca, y a ella le apetecía quedarse dormida en sus brazos, pero no se le ocurría más respuesta que la verdad.

—Los muertos me hablan. Dicen cosas horribles. Quería silencio.

Cuando Thomas levantó la cabeza, un mechón negro le cayó por la cara. Tenía que cortarse el pelo; Elitha no pudo evitar pensarlo, ni siquiera en mitad de aquel caos.

—Cuando era pequeño... —Thomas siempre encabezaba así cualquier anécdota sobre los días pasados en su tribu; nunca decía «antes de que me obligaran a vivir con los blancos»—. Me dijeron que los espíritus pueden hablarnos. A través del viento, del agua, hasta de los árboles.

—No me refiero a eso. —Elitha sacudió la cabeza y tomó aliento—. Quiero decir... muertos de verdad. —Volvió a llenarse los pulmones, que amenazaban con estallar—. Pensarás que estoy loca.

Thomas guardó silencio durante un momento.

—Cuando mataron a mis padres, a veces me parecía verlos, observándome. Pero nunca me hablaron.

Elitha recordó que su verdadera madre había acudido a ella una vez y solo una, el día en que su padre volvió a contraer matrimonio y Tamsen se mudó a su casa. Solo era una sombra que flotaba a los pies de la cama, pero Elitha sabía que era ella. «No te entristezcas —le había dicho—. Tu padre la necesita».

—El cura dijo que si los veía, era porque quería —añadió Thomas, y se encogió de hombros—. Según él, todo estaba en mi cabeza. Después de eso no volví a verlos.

—Entonces, ¿crees que todo está en mi cabeza? —Eso significaba que se estaba volviendo loca.

—No —dijo Thomas con naturalidad—. Creo que el cura se equivocaba. Creo que dejaron de visitarme porque sabían que estaba bien y tenía que continuar por mí mismo.

Cuando su padre se casó con Tamsen, Elitha cayó en la autocompasión. Todo su mundo se había desmoronado, y le parecía una traición hacia su madre. ¿Cómo habría sido para Thomas perder a su tribu, a su familia, todo lo que conocía? Le resultaba inconcebible; no alcanzaba a entender que hubiera tenido fuerzas para sobrellevarlo.

—Entonces, ¿crees en los espíritus y en esas cosas insondables? —preguntó Elitha. Thomas no pareció cohibido ni temeroso.

—Sí.

—Yo también.

Thomas se le acercó un poco, y ella se estremeció cuando sus rodillas se tocaron.

—Voy a contarte una cosa que no le he dicho a nadie —dijo Thomas, y guardó silencio durante un momento. Elitha esperó conteniendo la respiración—. Cuando estaba en el bosque con el señor Bryant coincidimos con unos washo. Él no los entendía, pero yo sí. —Hablaban con voz ronca, muy cerca de ella, y cuando se rozaron accidentalmente, Elitha se dio cuenta de lo frío que estaba, como si él también tuviera miedo—. Me hablaron de un demonio, un espíritu muy inquieto, muy hambriento. Se ha convertido en muchas personas, que se han apropiado de la piel de los hombres a los que consumieron.

Espíritus que vagaban por el bosque disfrazados de humanos. *Mi nombre es Legión, pues somos muchos.* San Marcos, 5, 9.

—Creo que tienes razón —prosiguió Thomas—. Creo que los muertos hablan cuando están furiosos o intranquilos. Creo que existen los espíritus y que hay motivo para tener miedo. Puede que los muertos intenten prevenirte. —Señaló la oscuridad con un gesto de cabeza—. Ahí fuera hay algo que nos acecha.

Elitha pensó en el niño de los Nystrom. No le habían permitido ver el cadáver, ni había querido verlo, pero había oído los rumores. Pensó en el hambre que describía la voz de Luke Halloran. Pero Halloran no podía ser el espíritu maligno de los washo; no tenía sentido.

—¿Por eso huiste? —le preguntó.

Thomas vaciló y luego asintió.

—Tenía miedo.

Elitha respiró a fondo y le puso una mano en el brazo; la manta cayó. Ya no

estaba frío; estaba ardiendo.

—No te culpo.

Thomas se volvió hacia ella. Estaban muy juntos, a oscuras.

—¿Estás asustada? —le susurró; le rozó con el dedo el interior de la muñeca, y Elitha se estremeció por otro motivo. Sentía su aliento en la mejilla. Thomas tenía unas pestañas largas y de aspecto suave, como las plumas de un pájaro.

La sensación de los labios en los suyos fue extraña. No mala; simplemente, inesperada. Un poco húmedos, un poco frescos, y suaves. Su primer beso. El corazón le dio un vuelco cuando lo pensó. Parecía inofensivo, ¿por qué se ponían tan nerviosos los predicadores y los padres? Thomas volvió a besarla, como si supiera que ella quería repetir, pero en aquella ocasión actuó con más seguridad y Elitha sintió que algo despertaba en su interior. Imaginó que su alma era como un pájaro, un petirrojo que intentaba alzar el vuelo.

Siguieron así un rato más, uno en los brazos del otro. Elitha quería que aquella felicidad secreta durase eternamente, pero sabía que no era posible y se apartó.

Si pasaba mucho tiempo fuera, su padre o su madrastra irían en su busca.

Seguía teniendo las faldas mojadas, y le golpeaban los tobillos mientras avanzaba por el bosque, pero le daba igual. Ni siquiera le importaba que Tamsen le gritara por haberse ensuciado.

Al llegar a un claro estuvo a punto de tropezarse con John Snyder y Lewis Keseberg, dos de las personas que peor le caían de toda la expedición. Su buen humor se disipó tan deprisa como había aparecido, como una llama apagada por un fuerte viento.

Cada uno llevaba una pala. La vieron antes de que pudiera dar media vuelta, y Snyder se interpuso en su camino. Era fuerte como un bisonte y tenía la misma expresión salvaje. Subió la mirada, mostrando todo el blanco de los ojos.

—¡Vaya! ¿A quién tenemos correteando por aquí? Si es la chica de los Donner.

—¿Qué haces tan solita? Keseberg la miró de arriba abajo de una forma que la incomodó.

*Cuidado.* La voz de Halloran sonó de repente en su cabeza, muy fuerte, y por primera vez no le pareció un intruso, sino un amigo. Recordó lo que le había dicho Thomas: «Puede que los muertos intenten prevenirte».

Decidió evitar la pregunta de Keseberg. Si la tomaban por tonta, se comportaría como tal.

—¿Qué hacen ustedes con esas palas?

—Acabamos de enterrar a Halloran —dijo Snyder—. No podíamos dejarlo apestando todo.

Keseberg se quitó el sombrero. Había algo extraño en su rostro, aunque Elitha no sabía qué. Era como una cara esculpida en piedra dura; según cómo le diera la luz, se veían las grietas.

—Venía a rezar por él —dijo Elitha.

—¿Intentas reparar el daño que hizo tu madre? —Algo muy feo se traslucía bajo la sonrisa de Keseberg—. En cualquier caso, llegas tarde.

—Nunca es tarde para rezar —dijo Elitha. Intentó esquivarlos, pero Keseberg la retuvo por el antebrazo.

—Ni hablar. A tu madre no le gustaría que te dejara ir sola por ahí a estas horas. —La sujetaba fuertemente, con una mano húmeda y demasiado caliente.

—¡Suélteme! —Intentó zafarse, pero él siguió reteniéndola y torció la mano hasta arrancarle un gemido. A Snyder le gustó; se echó a reír. Keseberg, también.

—Ya no eres una niña, ¿sabes? Eres toda una mujer. Eso significa que no deberías ir sola por ahí. Algunos hombres podrían considerar que es porque te hierve la sangre.

Elitha estaba a punto de gritar pidiendo ayuda; era posible que la mujer de Keseberg anduviera cerca y la oyera, aunque en realidad daría igual, porque la pobre parecía indefensa. Entonces, Keseberg la soltó y le dio un empujoncito, de modo que trastabilló hasta que recuperó el equilibrio.

—Si quieres dar un paseíto nocturno, avísame y te acompañaré para cuidarte muy bien.

Aquello hizo reír de nuevo a Snyder, y el sonido de las carcajadas le quemaba los tímpanos mientras corría.

## Capítulo 17

*Springfield (Illinois)*

*Abril de 1846*

Lavinah Murphy dio un bocado al pastel de cerezas y unos hilillos escarlata le corrieron por la barbilla. Se apresuró a coger una servilleta. Poco hecho, estaba poco hecho, demasiado líquido y rojo. A ella le habría salido mejor, pero no iba a decírselo a Mabelle Franklin; a fin de cuentas, había organizado aquel pícnic de despedida en su honor.

Solo hacía un año y un mes que se había trasladado con todo su clan a Springfield, justo después de que muriese su marido, pero en aquel año había empezado a sentirse inquieta.

Los Franklin la entendían. Ellos también lo notaban. El miedo en los ojos de la gente, en el mercado, en ocasiones incluso en Springfield, donde se suponía que eran más tolerantes. Oía los cuchicheos. Aunque presumían de que su país podría ser la patria de cualquiera que estuviera dispuesto a salir adelante, no era cierto. Trataban de forma diferente a los que no compartían sus creencias. El mismo Dios, pero un libro distinto. Miraban mal, con desconfianza.

Pues bien: Lavinah tampoco confiaba en ellos.

—¿Quiere otro trozo, señora Murphy?

Negó con la cabeza, y al bajar la mirada vio que el pastel le había manchado las manos. Sintió un frío pasajero, porque al mirarse las manos no había visto el relleno de cerezas, sino sangre. La de su marido.

—Debe de estar bastante nerviosa por el viaje —continuaba Mabelle—. No sé cómo lo hace. ¡Qué valiente es usted!

Lavinah sabía que no se refería solo a los preparativos del viaje, sino a todo.

Una mujer que se ocupaba por sí misma de una familia numerosa ya era una curiosidad en una ciudad como aquella. Pero no podía haberse quedado en Nauvoo, después de lo que había pasado. Varones muertos, familias desahuciadas... Y el asesinato de Joseph Smith. Últimamente parecía que siempre que se juntaba un grupo de mormones, surgía alguien dispuesto a

expulsarlos.

—Me parece una pena que no pueda estar entre los suyos —dijo Mabelle.

¿No lo entendía? Así estaba más a salvo. Más mormones equivalían a más problemas.

—Tendré a mi familia —respondió—, y con eso me bastará.

En cuanto pudo, Lavinah aprovechó para escabullirse. No estaba enfadada con aquella gente, pero sabía lo que pensaban algunos: que daba más importancia a su propia seguridad que a Dios.


Mientras paseaba por el prado, volvió la vista hacia el jardín de los Franklin y sonrió, con el corazón henchido, al ver a todos sus amigos congregados. Los campos dorados, el cielo azul claro. Faldas de mujeres agitadas por la brisa de la tarde, como velas de barcos en el horizonte. Niños, incluidos cinco hijos y tres nietos suyos, que jugaban al escondite en el campo de maíz. Springfield era una ciudad preciosa y pacífica, donde había tardado muy poco en sentirse como en casa. Pero ¿quién sabía cuánto iba a durar esa paz?

Inquieta, caminó hasta la linde opuesta del maizal, lejos de la alegría y el ruido. Vio una casa de labradores, gris y destartalada, justo al otro lado de una elevación. La familia que vivía allí, bastante reciente, también partía el miércoles con la caravana. Lavinah había visto un par de veces al marido, un hombre poco amigable. Tenían un apellido muy raro, ¿cómo era? ¿Kleinberg? No, Keseberg, eso. Se estremeció bajo el chal al recordar el ceño perpetuamente fruncido, la mirada que helaba la sangre en las venas.

También había oído hablar de un anciano, tío de aquel hombre, que unos años atrás se había alojado un tiempo con su sobrino. La gente de la ciudad le tenía miedo. Por las anécdotas parecía un verdadero monstruo; decían que había estado involucrado en una misteriosa tragedia en el mar, y hasta se sospechaba que había tenido algo que ver con la muerte de una pobre tuberculosa, víctima de un tónico fraudulento. Decían que el viejo siempre olía ligeramente a sangre, como el olor que queda en el cobertizo después de la matanza.

Lavinah bajó la cabeza y se dirigió a casa para seguir con los preparativos de cara al miércoles. Tenía un largo viaje por delante. Y la libertad tal como la describían y soñaban los padres fundadores, la libertad de vivir sin miedo, estaba al otro lado.





SEPTIEMBRE DE 1846



## Capítulo 18

James Reed casi podía pensar que lo peor había quedado atrás. Al fin habían salido de las Wasatch; ya no estaban en aquellos pasos montañosos atestados de álamos, con ampollas en las manos y dolor de espalda. El descenso era su recompensa, largo y poco inclinado, un paseo para los animales, tan agotados como los hombres. El alivio era palpable entre los viajeros; la gente hablaba con optimismo, convencida de haber superado lo más duro.

Hasta que llegaron a la primera extensión de tierra blanca y árida.

Al principio era un resplandor lejano, tan blanco y desprovisto de vegetación que parecía que un manto de nieve había cubierto la tierra de horizonte a horizonte. Apestaba. El paisaje, reseco por lo demás, estaba tachonado de charcos de agua blanca y hedionda. No era potable, descubrieron después de que una vaca bebiera y se pusiera enferma.

Durante el primer año que pasó Reed en los Estados Unidos hubo una ola de calor. Por aquel entonces tenía diez años, pero conservaba un vívido recuerdo. Vivía en una plantación de tabaco de Virginia, donde su madre trabajaba de lavandera, y se ganaba unos cuartos trabajando en los campos con los esclavos: en primavera mochaban las plantas y en verano recogían las hojas maduras.

Era un trabajo muy duro, y aquel verano resultó insoportable. Tras haberse criado en la fría y húmeda campiña irlandesa, no había conocido jamás un calor semejante. Los campos reverberaban; las hileras verdes se reflejaban en un vapor ilusorio. Murió al menos un esclavo antes de que cambiara el tiempo. La madre de Reed había pedido al capataz que echase un ojo a su hijo, por lo que todos los días lo mandaban a casa después de comer. Se sentía culpable por estar descansando al fresco, en los aposentos de la servidumbre, mientras los esclavos, lo sabía, trabajarían hasta que se pusiera el sol.

En aquel momento, décadas después, soñaba con las baldosas frescas de aquellos pasillos umbríos, con el agua servida en jarras de barro, con las sombras, la porcelana y el hielo.

Donde estaba no había escapatoria.

Habían calculado, por los informes y crónicas de los pocos viajeros que habían tomado la ruta Truckee anteriormente, que cruzarían el desierto en un día.

Pero el segundo día llegó y pasó, y después, el tercero. El famélico ganado de los Murphy, enloquecido por la sed, se escapó en plena noche, y en la expedición no quedaba gente con fuerzas para ir en su busca. Avanzaban en silencio, como un largo desfile de almas en pena. Ni siquiera tenían saliva que gastar en discusiones.

Al cuarto día empezó a soplar el viento, formando pequeñas tolvaneras bailarinas de arena y cristales de sal. Los niños, animados por primera vez en varios días, se pusieron a dar palmas. Pero el viento arreció, y los remolinos crecieron hasta convertirse en látigos que los azotaban, les lanzaban piedras y les rompían las lonas, cegándolos y cortándoles la piel, y se pusieron a llorar.

Casi todas las carretas llevaban el agua justa para los humanos. El ganado, enloquecido, bramaba de una forma que Reed no había oído jamás.

Al quinto día, Noah James, un empleado de Reed, lo buscó para decirle que se le estaban muriendo los bueyes. Dieron media vuelta y avanzaron con el viento en contra, hasta que al cabo de un par de kilómetros llegaron a las carretas de la familia. Los bueyes de dos de las tres yuntas se agitaban en la arena. Al menos uno ya estaba muerto; los otros realizaban un baile macabro dentro de los confines del yugo.

—¿Tenemos agua? —preguntó Reed, aunque ya conocía la respuesta.

—No la suficiente para cambiar las cosas.

—Pues desapareje a ese animal. Y también a ese otro. —Señaló a otro buey moribundo con el látigo, pero lo soltó al darse cuenta de que le temblaba la mano—. Tendremos que seguir con los que nos quedan.

—Con todos mis respetos, señor Reed, en ese caso tardarán menos en cansarse —objetó James—. No durarán ni un día más.

—Entonces, ¿qué propone? —Reed tenía la boca llena de arena. Tenía los ojos llenos de tierra. Sabía que James tenía razón, pero no soportaba la idea de abandonar su carreta, porque entonces no podría seguir fingiendo.

Ya no se trataba de alcanzar California, ni del destino del viaje. Se trataba simplemente de sobrevivir.

La galera de George Donner los alcanzó. Donner parecía un espectro desde la traición de Hastings, y Reed se alegraba: la expedición había ganado eficacia al librarse de la irritante tendencia del jefe anterior a restar importancia a las preocupaciones de Reed.

Donner miró a Reed y luego al horizonte.

—Puedes guardar algunas de tus cosas en mi carreta —dijo, y añadió—: No hace falta que me des las gracias. Reed sintió que el pecho se le henchía de gratitud; no habría soportado tener que agradecersele, y tenía la impresión de que Donner lo sabía. En cualquier caso, los dos hombres entendían que Donner estaba en deuda con Reed por haber asumido el mando tras el incidente de Hastings.

Margaret lloró cuando vaciaron sus carretas y examinaron el contenido en busca de cosas valiosas que conservar. Los niños guardaban silencio sin quejarse, y dispusieron sus juguetes en el suelo para abandonarlos. En el fondo de la pila estaba la silla que le había hecho a Virginia cuando le compró el primer poni. El suave cuero estaba decorado con flores y enredaderas en los faldones, y tenía remaches en las cinchas como las mejores sillas de adulto. En su momento se había sentido orgulloso: demostraba que era un buen padre, capaz de proporcionar alegría a sus hijos.

En aquel momento, mirándola, le costaba distinguirla, así como la vida de la que había formado parte.

—¿Addie también? —preguntó Patty Reed, mostrándole una muñeca de trapo con cabeza de porcelana, vestida con trozos de tela y una tira de encaje a la cintura. Quizá pesara unas pocas onzas, pero las onzas contaban. Ocho onzas de harina de maíz frente a ocho onzas de loza y recortes de percal. Onzas, granos de arena, segundos que caían por el reloj. La vida era cuestión de contabilidad, aunque todo el mundo acababa con el mismo saldo.

—Eso me temo —respondió Reed, y se sorprendió al notar una tirantez en el pecho mientras miraba a su hija colocar la muñeca cuidadosamente, como si se tratara de un verdadero entierro.

Tardaron una hora en vaciar las carretas que iban a abandonar, convertidas en fantasmas. Reed pegó un tiro en la cabeza a cada uno de los bueyes que quedaban, para que no siguieran sufriendo, y a pesar de no ser muy imaginativo, quiso ver en sus ojos un último destello de alivio.

## Capítulo 19

La tormenta de arena, al principio, parecía inocente. Los copos blancos revoloteaban en el aire, y a Stanton se le antojaron delicados, casi bonitos. Pero al anochecer del sexto día en el desierto, la caravana se vio obligada a parar. Atravesar aquel páramo ya era bastante duro con el cielo despejado, pero intentar abrirse paso a través de la durísima arena era un suicidio.

La nube de sal y arena agitaba las galeras como el oleaje de un mar embravecido. Nadie se molestó en intentar montar la tienda o encender una hoguera; todos se refugiaron en las carretas. Stanton se echó una manta por los hombros y esquivó los barriles de su carromato, tan abarrotado de enseres domésticos que tendría que dormir de pie. No se había tomado el trabajo de encender una lámpara; no había nada que quisiera ver. Fuera, los látigos de arena silbaban al raspar la lona. Estaba cubierto de una fina capa de sal. La tenía en la piel, en los labios, hasta en las pestañas. Le recubría el interior de la nariz y la garganta, por lo que hasta tragar le dolía.

De pronto oyó un disparo y buena parte del tablón trasero de su carreta se hizo añicos, unos centímetros a la izquierda de su cabeza. Se tumbó boca abajo lo mejor que pudo en el espacio atestado, intentando dilucidar de dónde procedía la bala, si de delante de la carreta o de detrás. De detrás, sin duda. Aguzó el oído y distinguió un roce. Quien le hubiera disparado seguía ahí, en la oscuridad, agachado junto a la rueda izquierda trasera.

Se acercó sigilosamente a la parte delantera de la carreta, con la esperanza de que la tormenta de arena amortiguara el sonido de sus pasos. Salió por un lateral y saltó al suelo; aterrizó en una maraña de aparejos vacíos.

La arena ocultaba la luz de la luna. Lo único que veía era la silueta de un hombre que se dirigía a él. No había hecho muchos amigos en la expedición, pero sabía que aquello era algo más que odio. Era hambre. Era un blanco fácil, con carreta propia y sin niños. Quienquiera que fuera pretendía quedarse con las provisiones que le quedasen, y le daba igual matarlo de paso. La tormenta proporcionaba la tapadera perfecta.

Antes de que pudiera desenfundar, el otro hombre lo derribó de un culatazo. Los remolinos de arena difuminaban los detalles, y Stanton se sentía como si estuviera combatiendo a un espectro sin rostro, aunque apestaba a bourbon. Consiguió esquivar un puñetazo dirigido a su cara, y oyó una navaja que caía a tierra.

Rodaron por la arena, buscando enconadamente la ventaja; no solo luchaban el uno contra el otro, sino también contra el viento, un gigante que los zarandeaba en la oscuridad. El otro hombre tenía una fuerza descomunal, aunque el alcohol entorpecía sus movimientos, y Stanton conseguía darle dos puñetazos por cada uno que recibía. Pero le dolían los costados y se sentía como si se hubiera tragado medio kilo de grava. Aun así, alcanzó a su adversario en las costillas y le arrancó un grito, y entonces reconoció la voz: Lewis Keseberg.

Quizá porque sabía que lo habían pillado, quizá porque ya había tenido bastante, se apartó dando tumbos y se perdió en la tormenta.

Stanton, agotado, cayó de rodillas cuando otra ráfaga de viento le hizo perder el equilibrio, y su mano chocó contra algo duro. Era una pistola del tamaño de su palma, demasiado pequeña para un hombre como Keseberg. Logró ponerse en pie y volvió a entrar en la carreta, siguiendo a tientas las cinchas de los animales.

Cuando estuvo dentro encendió una lámpara. En primer lugar cargó el fusil, por si volvía Keseberg, y después examinó la pistola. Tenía unas peculiares cachas de nácar que reconoció en el acto; probablemente no había un arma igual al oeste del Misisipi.

Sintió una punzada de incredulidad y decepción. Era la pistola de Tamsen Donner.

Por la mañana, Stanton fue al encuentro de James Reed, que tenía aspecto de no haber pegado ojo. Tenía la ropa cubierta de sal, y la blanca piel irlandesa tan enrojecida que parecía haber sufrido una insolación.

—Parece que ha salido indemne de la tormenta de arena —dijo Reed tras echarle un vistazo.

—Por los pelos —dijo Stanton, e intentó hablar con calma—. Anoche intentaron matarme.

Acompañó a Reed a su carreta y le enseñó el agujero de bala. Reed se agachó para mirarlo de cerca.

—¿Vio quién era?

Stanton vaciló. No veía motivos para delatar a Tamsen y Keseberg; mejor reservarse los detalles hasta que tuviera más claro qué tramaban en realidad.

—No. Estaba demasiado oscuro.

—¿Tan mal están las cosas que intentamos matarnos entre nosotros? —Reed se quitó el sombrero y se echó hacia atrás el pelo, empapado de sudor. Stanton recordaba el porte de Reed al principio del viaje; parecía un jerifalte de una gran ciudad, aún almidonándose los cuellos y abrigantándose los zapatos—. ¿Qué piensa hacer?

—Quería presentarme voluntario para ir por delante a caballo, hasta el rancho de Johnson. Necesitamos la comida, y casi todas las familias están en apuros; a algunas no les queda casi nada, y las que aún tienen víveres no los comparten.

Reed escudriñó las carretas que iban en cabeza, a lo lejos; parecían tan pequeñas como escarabajos.

—Cuando salgamos del desierto podríamos tomarnos un par de días de descanso, y sacrificar algunos animales para secar la carne y que nos dure un tiempo.

—Nadie que aún tenga ganado estará dispuesto a deshacerse de él, ni por amor ni por dinero —señaló Stanton—. Hemos perdido muchas cabezas, muertas o huidas. Los que están con una mano delante y otra detrás son los que empezaron con poca cosa: los Eddy, los McCutcheon, los Wolfinger y los Keseberg. Y no olvidemos a los solteros. Solteros con fusiles. Las cosas se pondrán feas muy pronto.

Reed asintió y volvió a examinar el tablón astillado de Stanton.

—Ya se han puesto feas. —Suspiró—. Supongo que quien le disparó habrá tenido tiempo de serenarse.

O eso o se arriesgaba a aislarse más aún.

Pero seguía siendo más seguro que la alternativa, de momento. Tenía que marcharse.

—Entonces, arreglado.

Reed asintió.

No por primera vez, Stanton se preguntó dónde estaría Bryant e intentó no ponerse en lo peor por la ausencia de las cartas prometidas. Con suerte estaría llegando a Yerba Buena, disfrutando del célebre clima soleado.

—Me gustaría llevar a otro hombre —dijo lentamente, atento a la reacción de Reed. No esperaba encontrar a muchos dispuestos a acompañarlo; había demasiadas cosas que podían matarlos entre el lugar donde estaban y el rancho

de Johnson.

—Will McCutcheon —dijo Reed—. Creo que es el adecuado para ir con usted.

Stanton asintió; lo entendía. Todas las posesiones de los McCutcheon iban a lomos de la mula de la familia.

—Puedo pedir a Baylis que se encargue de los bueyes mientras tanto — continuó Reed—. La señora McCutcheon puede cuidarle la carreta.

Stanton se limitó a asentir nuevamente.

—Estamos en deuda con usted, señor Stanton. Se lo agradecemos mucho. — Reed se desempolvó las manos antes de tenderle una.

Encontró a Tamsen avanzando dificultosamente, a la sombra de la alta cubierta de las carretas de los Donner. Se había echado un chal blanco por encima de la cabeza para protegerse del sol. Stanton desmontó y se puso a caminar junto a ella.

—Señor Stanton... —No pareció sorprendida de verlo; Stanton no pudo por menos que admirar su control—. ¿Qué hace por aquí?

—Creo que esto es suyo —respondió tras hurgar en sus alforjas.

Tamsen se quedó paralizada al ver la pistolita. De repente a Stanton se le antojó cambiada, tan bella como siempre pero empuñada, como una llama falta de oxígeno.

—Puede cogerla si quiere. Sé que es suya.

La cogió, pero con una mirada de disgusto, como si fuera una serpiente o un insecto descomunal que pudiera picarle. Stanton le miró las manos y se preguntó brevemente si lo apuntaría con el arma, y algo saltó en su interior ante la incertidumbre. Después se odió, porque esa era la clase de atracción que conducía a la ruina: hacia lo que no debía, hacia el peligro, hacia ella. Ser consciente de su existencia solo la intensificaba. Tamsen tenía los labios tensos y rosados. Apartó la vista, repentinamente furioso con ella, con el color de su boca. Ni siquiera tenía el detalle de mostrarse culpable.

—¿No quiere saber dónde la encontré? —preguntó, insistente. Ella lo miró inexpresiva—. Se la quité a Lewis Keseberg —añadió.

—¿A Lewis Keseberg? —Tamsen se encogió de hombros y le tendió la pistola—. Hiciera lo que hiciera, no seguía instrucciones mías, y tampoco le di la pistola. Tuvo que robarla.

—¿Cómo tendría la oportunidad? Le gusta mantenerse ocupada, ¿no es así, señora Donner? Debo decir que me alegro de que haya encontrado otro juguete. —Sabía que hacía mal al insinuar semejante cosa, pero la bestia que tenía encadenada en su interior, aplacada durante los últimos meses, se había liberado. Stanton estaba perdiendo el control, o quizá lo había perdido mucho tiempo atrás.

La expresión de Tamsen se cuajó en una mirada de odio.

—No tienes derecho a hablarme así, después de lo que hubo entre nosotros.

—No crea que se me ha olvidado —respondió. Odiaba el rugido de su voz, el poder que tenía aquella mujer sobre él, sentirse atraído por ese poder—. Me acuerdo todos los días, cuando media caravana se pone a murmurar a mi paso y la otra mitad me evita; cuando los rumores se propagan como la peste. Me acuerdo cuando Franklin Graves me amenaza con ahorcarme si... —Se interrumpió. No pretendía mencionar a Mary.

Tamsen negó con la cabeza.

—No se lo he dicho a nadie.

—Disculpe si no confío en su palabra. —Cogió las riendas, dispuesto a volver a montar, pero ella le rozó el brazo para llamarle la atención, tan deprisa como si tocara un hierro al rojo.

—Lo siento, Charles —dijo en voz baja—. Escúchame, por favor. No soy tan mala como piensas.

Stanton la miró con los ojos entrecerrados y apartó la vista. Las montañas que antes eran como jeroglíficos lejanos, desgarrones en el límpido cielo azul, parecían mucho más cercanas. Podía distinguir las cumbres nevadas, los valles congelados con un hielo que jamás se derretía. Tenía que darse prisa.

—No —dijo Stanton al fin, aunque seguía resistiéndose a mirarla. Pensó en el aliento cálido y cargado de bourbon de Lewis Keseberg, en la forma en que había arremetido contra él, casi como un animal. Era imposible que Tamsen compartiera cama con un hombre como aquel, incluso que conspirase con él. Soltó un suspiro—. Supongo que no. —Sabía que Tamsen era como su pistola: poderosa, incluso letal, pero solo en las manos inadecuadas.

Bajó la vista a las suyas. Después agarró las riendas, montó y puso al galope a su caballo.



## Capítulo 20

Territorio indio

Queridísima Margie:

Estoy perdido. No sabría decirte desde hace cuántos días. Te escribo como distracción, para animarme. No sé si me toparé con otro ser humano, con alguien que pueda enviarte esta carta. De lo contrario, la dejaré junto a un río o en otro lugar donde haya posibilidades de que la encuentren.

No me queda comida. No hay nada que cazar. Si he sobrevivido hasta ahora es gracias a lo que aprendí hace tantos años de los indios miwok, que escarban en busca de sustento. He experimentado con cualquier cosa que pareciera comestible, incluso hierba y bellotas amargas, pero hasta eso escasea a causa de la sequía. Habría matado al caballo para comérmelo si me considerase capaz de salir de aquí a pie. Puede que aún me vea obligado a hacerlo, si las cosas no mejoran pronto, aunque la idea me repugna.

En mi estado, próximo al delirio, di con lo que parecía un campamento. Había un círculo de piedras alrededor de una antigua hoguera. El tiempo y las inclemencias se habían cebado en una choza de troncos sin desbatar; el techo estaba derrumbado. En la tierra, alrededor de la hoguera, encontré cosas que me hicieron pensar que por aquí habían pasado hombres blancos, probablemente un grupo de buscadores de oro: una taza de hojalata; los restos de un libro de salmos con muchas hojas arrancadas, sin duda para prender el fuego; unas cuantas monedas de plata; dos botellas vacías que solo podían haber contenido bourbon. Sin embargo, entre esas cosas había muchos, muchos fragmentos de hueso. En otros tiempos no muy lejanos, por aquí debía de haber caza, aunque ya no queda nada.

Los huesos, sin embargo, eran curiosos: demasiado grandes para ser de conejo; de una forma tal que no podían ser de ciervo. Achaco mi confusión al delirio provocado por el hambre, o puede que simplemente me adelantara a la verdad; una verdad demasiado terrible para considerarla directamente.

No fue hasta que entré en la choza que me di cuenta de que algo espantoso

había ocurrido aquí: el suelo estaba sembrado de calaveras humanas. Todas estaban abiertas, hasta la última, como si las hubieran golpeado con piedras. Los huesos largos que encontré eran inconfundiblemente humanos, con la parte compacta más fina que en otras especies. Las cabezas de los huesos principales, las pertenecientes a articulaciones, caderas, hombros, etcétera, no estaban intactas, como estarían si los cadáveres se hubieran descompuesto, sino que presentaban indicios claros de mordiscos. De hecho, cerca había una hacheta oxidada; no cabía duda sobre la forma en que esa gente había encontrado su final.

Me arrastré al exterior; me daba vueltas la cabeza por el horror. ¿Quién había acampado ahí? Bridger y Vázquez me habían hablado de unos buscadores de oro que desaparecieron hace unos años, y tenían que ser ellos. Encontré herramientas de prospección, como piquetas y palas, criando herrumbre bajo unos matorrales.

Intenté recordar cuántos hombres decía Bridger que formaban parte de aquella expedición. ¿Qué les habría ocurrido? ¿Quién los habría matado? ¿Habrían sido los anawái? No había ningún indicio que los señalara, pero tampoco había nada que demostrase su inocencia. Por lo que sé, el motivo pudo ser una desavenencia que se salió de madre. Un desconocido loco que salió del bosque. Una banda de forajidos que torturaron a los hombres para que les revelaran el paradero del oro que estaban convencidos de que ocultaban. Supongo que hay varios motivos por los que unos hombres pudieron volverse contra otros.

Aunque no me asusto fácilmente, sabía que no podía pasar la noche ahí. Me alejé tan deprisa como me llevó el caballo, impaciente por dejar aquello atrás.

He seguido cabalgando desde entonces.

Margie, como puede que esté viviendo mis últimos días, me parece justo explicarte por qué partí hacia el Oeste en vez de quedarme contigo en Independence. Aunque habíamos hablado de ello, y te bendigo por no haber intentado disuadirme, no te revelé toda la verdad. Antes de que me marchara me preguntaste por el motivo de mi fascinación con las costumbres de los indios, y te di la respuesta que más gente está inclinada a aceptar, a saber, la curiosidad hacia su forma de vivir, el deseo de comparar sus creencias con las de los cristianos... No pretendía engañarte ni tomarte por tonta, pero temía que, si te decía la verdad, te pensaras mejor lo de casarte conmigo, y tenía miedo de perderte. Aquí, en tierra de nadie, he tenido muchísimo tiempo de pensar en el tiempo que pasamos juntos, de pensar en ti, y ahora me doy cuenta de que

debería haberte expuesto mis verdaderos motivos. Perdona que no te haya confesado la verdad hasta ahora.

Es curioso el celo con que guardamos ciertos secretos, el poder que tienen sobre nosotros. Te conté algo de mi pasado. Mi padre era predicador rural, en Tennessee. Algunos lo considerarían perteneciente al Gran Despertar, como los hombres a los que denuncié en aquellos artículos. Pero, a diferencia de los farsantes como Uriah Putney, mi padre no intentaba engañar a nadie; solo pretendía predicar tan bien como podía con su instrucción limitada. Era intolerante y no perdonaba. Se consideraba un hombre de Dios, pero su Dios era sentencioso, colérico, exigente. Ni que decir tiene que se comportaba como un reflejo de ese Dios.

Como puedes imaginar, mi niñez fue un infierno. Era una atmósfera asfixiante para un joven curioso. Mi padre no permitía que se cuestionara la fe ni su forma de interpretarla; lisa y llanamente, no permitía que se pusiera nada en tela de juicio. A muy temprana edad decidí que no seguiría sus pasos y que no daría nada por supuesto.

Decidí convertirme en un hombre de ciencia, y en nuestros tiempos no hay ciencia mayor que la medicina. Estuve de aprendiz con un médico local, Walton Gow. Puede que procediera de las montañas de Tennessee (y más adelante me llevó consigo a Kentucky), pero no era un matasanos de pueblo. Era un hombre muy respetado por sus habilidades y por su reflexivo enfoque de la medicina, con una facultad de observación extraordinaria. Tenía fama de ser capaz de sanar a enfermos desahuciados, pero sobre todo se hizo célebre por curar a Davy Crockett extirpándole el apéndice inflamado mientras era congresista en Tennessee. Walton era joven por aquel entonces; simplemente dio la casualidad de que era uno de los pocos cirujanos de la zona.

Siendo enfermera, querida Margie, entenderás que un médico ve cosas que le hacen cuestionarse lo que creía saber del mundo. Eso nos pasó a Walton Gow y a mí una noche, poco después de trasladarnos a Kentucky.

No te lo revelé nunca, temeroso de que me tomaras por loco, pero para entenderlo tienes que conocer la verdad.

Estábamos de ronda por una zona apartada cuando llegó a nuestros oídos un curioso caso que se había presentado en Smithboro. Nos pidieron que asistiéramos a un hombre al que habían atacado; lo extraño era que sus heridas no parecían infligidas por un animal. Nos dijo que no sabía a ciencia cierta qué lo había herido, pero había algo en su forma de relatarlo que nos sonaba falso.

Después de que el doctor Gow insistiera en que para ayudarlo teníamos que saber la verdad, nos dijo que lo había atacado un demonio que vivía en los bosques que rodean Smithboro. La gente de la zona había oído hablar de él, pero por motivos evidentes se mostraba reacia a tratar el asunto con forasteros. El demonio, nos explicó, había sido un hombre en otros tiempos, pero sufrió una extraña transformación, nadie sabía por qué, y se fue a vivir al bosque como un animal. Sobrevivía atacando al ganado de sus vecinos; mataba ovejas y cabras y se llevaba los cadáveres a la espesura.

Nos pareció que aquel pueblo era víctima de una especie de locura colectiva, aunque todos insistían en que era cierto. Las heridas del hombre eran inexplicables, demasiado brutales para ser obra de un humano.

Por supuesto, Gow y yo nos negamos a dar crédito a tales historias, pero una persona tras otra nos informaba de un avistamiento, de un encuentro. Hablaban de indios a los que llamaban cambiapielos, que tenían la capacidad de transformarse en animales, por lo general con fines aviesos.

Existe consenso en que las mitologías de todo el mundo, en todas las culturas, suelen contener elementos narrativos derivados del deseo de explicar fenómenos naturales o médicos inusitados, y al cabo de cierto tiempo, no pudimos evitar preguntarnos si no sería eso lo que ocurría. En caso afirmativo, aquella enfermedad, si es que existía, había afectado a personas en diversos lugares y épocas a lo largo de la historia, y aparecía por oleadas como una epidemia.

Me obsesioné con aquel incomprensible caso. En parte fue el motivo por el que abandoné la medicina y decidí hacerme periodista: si escribía para los periódicos tenía libertad para viajar y hacer preguntas. Walton no entendía que no pudiera vivir con este misterio sin resolver, pero en la última carta que me envió me confesó que él tampoco podía quitárselo de la cabeza.

Aquí y allá me encontraba con relatos de personas que, tras ser atacadas por lobos, parecían recuperarse pero se volvían extraordinariamente violentas. Incluso había un pintoresco caso de una familia de la localidad de Ireland, en Indiana, en la que todos los miembros, con excepción de una niña, se habían transformado en criaturas monstruosas; era muy parecido a los mitos europeos sobre los hombres lobo. El resto de la familia había desaparecido, como el hombre de Smithboro, pero la niña se quedó en casa y, misteriosamente, no mostraba el menor síntoma de la dolencia. ¿Era posible que algunos individuos fueran inmunes a esa enfermedad? Y, de ser así, ¿cómo explicarlo?

Lo que vi y oí parecía encajar con diversas leyendas indias, y ese fue el

propósito de mi viaje al Oeste: conocer a las tribus en cuestión y hablar con sus gentes, plantearles preguntas. No exactamente para informarme sobre sus mitos, sino para intentar averiguar si algunos de ellos tenían puntos en común con los historiales médicos reales.

Pero mientras escribo estas líneas, perdido en tierra indómita, me veo obligado a preguntarme de qué servirán mis esfuerzos. Creía estar buscando la verdad y el conocimiento; ahora me temo que lo único que he hecho es echar a perder mi vida.

Queridísima Margie, ojalá encuentres la forma de perdonarme la insensatez de mi decisión. Solo espero que Dios vea mi búsqueda con buenos ojos y me mantenga con vida. Con su ayuda, volveré a tu lado.

Con todo mi cariño,  
Edwin

## Capítulo 21

¿Quién iba a decir que el Edén se encontraba al pie de las colinas que circundaban Pilot Peak? Tras cruzar el insufrible desierto de sal, aquella tierra árida y resquebrajada le pareció a Reed el paraje más bello que hubiera visto nunca.

El infierno, parecía, había quedado atrás.

El ganado devoraba ávidamente la hierba rala y se apelonaba en la minúscula charca. La gente salía dando tumbos de las carretas cubiertas de tierra para correr al arroyo a beber agua embarrada y echársela por la cabeza. Lavinah Murphy y su familia estaban de rodillas, con las manos juntas y los ojos cerrados, dando las gracias a Dios por su liberación.

Reed observaba con satisfacción, pero también algo ofendido. Había asumido el liderazgo; había guiado la expedición durante la etapa más ardua del viaje, pero ¿a alguien se le había pasado por la cabeza darle las gracias? Claro que no: muy al contrario, los hubo que encontraron la forma de echarle la culpa. Las lealtades del grupo, había constatado, se basaban muy poco en los hechos y mucho en las emociones; una vez más se vio obligado a aceptar que no era un hombre que cayera en gracia y probablemente no lo sería nunca. Al parecer, a muchos no les gustaba la verdad; les parecía sucia y complicada, de mal gusto y peor educación. No tenían paciencia para enfrentarse a números, razones ni razones; muchos preferían, simplemente, el placer momentáneo de oír lo que quisieran escuchar. A Donner se le daba de maravilla decírselo, al menos hasta que perdió la jovialidad y se encerró en sí mismo.

Pero tanto si los demás lo apreciaban como si no, si casi todos habían salido ilesos había sido gracias al cuidadoso racionamiento impuesto por Reed y a su insistencia en que partieran cada mañana más temprano que la anterior. Bajo la inane supervisión de Donner, todos habrían muerto largo tiempo atrás.

Ahora tenía por delante otra tarea desagradable pero necesaria: era el momento de preguntar a las familias si había habido muertes y llevar la cuenta de las pérdidas. Suspiró y agarró las riendas. En la parte delantera de la caravana

iban las familias Breen y Graves, las que más lo odiaban y lo culpaban irracionalmente por haber tomado aquella ruta, ya que él era el líder en el momento y aquella gente siempre buscaba a alguien a quien culpar por sus infortunios.

A continuación marchaban las familias de lealtad variable, o que preferían no tomar partido. Eso incluía a los Keseberg, al habilidoso Wolfinger con su variopinta cohorte de emigrantes alemanes y al nutrido clan de Lavinah Murphy. Will Eddy y su familia avanzaban con ellos, al igual que los McCutcheon.

Al final de la hilera viajaban las familias a las que todo el mundo tenía inquina por ser acaudaladas, algo que producía una perversa satisfacción a Reed, ya que la suya aún se contaba entre ellas. Las dos ramas de los Donner estaban rodeadas de un pequeño ejército de empleados, entre ellos casi una docena de arrieros, lo que hacía que Reed se sintiera un poco más seguro. Últimamente veía a Franklin Graves y Patrick Breen cuchichear entre ellos con demasiada frecuencia, observando las provisiones de Reed mientras se descargaban.

Pero a él no iban a desmoralizarlo como habían hecho con George Donner. Reed no se ocultaba en su carreta; recorría la recua a caballo de un extremo a otro, obstinadamente, negándose a darles la satisfacción de que supieran que tenía miedo. Aquellos días, Tamsen Donner y él tenían algo en común: eran las personas más odiadas de la expedición.

Constató que, en conjunto, habían abandonado una tercera parte de las carretas en el desierto. No había muerto nadie; sin embargo, habían perdido un montón de ganado y otras posesiones.

Pero no debía caer en la trampa de pensar en el pasado. Habían llegado hasta allí y no había vuelta atrás, ni entonces ni nunca.

Salían de Pilot Peak cuando se encontraron los indios muertos. Dada la escasez de árboles, los dos patíbulos, de aspecto frágil, resultaban fáciles de avistar. Reed y unos cuantos más se acercaron a examinarlos. Los armazones tendrían la altura de un hombre, y los cadáveres, envueltos en sudarios, estaban rodeados de objetos que debían de haberles dejado en tributo: un viejo cuchillo de hoja roma con el mango de cuero trenzado; collares de hueso tallado adornados con plumas negras, blancas y azules; un manto de piel de bisonte, deslucido por el sol.

William Eddy se enjugó el sudor de la cara con el antebrazo antes de preguntar:

—¿Que opinan? ¿Payutes?

—Probablemente shoshonis —dijo Reed—. Estamos en su territorio.

John Snyder se le había acercado mucho, deliberadamente. Reed sentía su presencia como algo resbaladizo contra la piel.

—¿De repente eres experto en indios? —dijo con sorna.

—Lo leí en un libro sobre el territorio indio. —En Springfield, después de lo ocurrido con Edward McGee y la vergüenza de la que se había librado por los pelos, pasó un tiempo pensando en hacerse agente indio en representación del Gobierno, pero era muy difícil conseguir el nombramiento. Se sentía estúpido por ello, como si hubiera cometido la tontería de intentar hacer realidad un sueño infantil. Se había dado cuenta, demasiado tarde, de que aquella huida a California también era un sueño infantil. No había aprendido su lección con McGee. Puede que Snyder fuera corpulento y sañudo, mientras que McGee era enjuto y encantador, pero los dos formaban parte de una visión que se había desmoronado.

La vida de Reed estaba llena de fantasías rotas.

—Qué desperdicio —dijo Keseberg mientras cogía un collar—. Dejar todo esto a los muertos...

Reed intentó imaginar a la pálida esposa de Keseberg luciendo aquello, pero no lo logró.

—Es para que lo usen en la próxima vida —explicó—. Probablemente sea mejor dejarlo. —Los cadáveres lo incomodaban. Parecían demasiado delgados para ser adultos, pero demasiado altos para ser niños.

—No veo por aquí ningún indio que pueda detenernos —dijo Keseberg.

—No deberíamos trastear con sus tumbas —dijo Franklin Graves—. Las pieles rojas son muy quisquillosos con eso.

Keseberg, haciendo caso omiso, levantó una esquina de un sudario de piel de ciervo, y Reed entendió por qué eran tan delgados los cadáveres: los habían incinerado. Solo quedaban los restos carbonizados, con trozos de piel cocinada aún adheridos al hueso ennegrecido. Los cráneos estaban cubiertos de piel chamuscada; las cuencas vacías parecían mirarlos con reproche. Varios de los hombres se apartaron apresuradamente. Eddy dio media vuelta y se acercó la manga a la boca para toser contra ella.

—Salvajes —dijo Keseberg—. ¿Qué es lo que digo siempre? Son todos unos salvajes.

Reed no tenía a los indios en particular estima, pero odiaba más a Keseberg y



su ignorancia.

Aun así, en aquel momento, lo que más lo incomodaba eran los cadáveres; más de lo que debería. No tenía sentido. Durante la guerra de Halcón Negro, un explorador le había explicado los ritos funerarios de los indios.

—Tuvo que pasar algo —dijo. Bajo el sol implacable, los rostros renegridos mostraban una sonrisa macabra—. Nunca había oído hablar de una tribu que incinerase así los cadáveres.

—Puede que estuvieran enfermos —dijo Franklin Graves—. Igual habían pillado algo y los demás no querían que se propagara.

*Enfermos.* La palabra quedó colgada en el aire, como un susurro. El grupo miraba en silencio las estructuras de madera, y Reed supo que todos estaban pensando en Luke Halloran. Él también había contraído alguna enfermedad, ¿sería la misma que había aquejado a aquellos dos indios?

—¿Qué es eso? —Hasta que Mary Graves habló, nadie se había dado cuenta de que había llegado detrás de ellos. Elitha Donner también estaba allí. Reed había oído que era muy valiente; aun así, en ocasiones pensaba que no estaba en sus cabales: varias veces la había visto murmurando para sí mientras caminaba a solas, como si discutiera con el aire.

—¡Largo! —bufó Franklin Graves, con el rostro ensombrecido por la cólera—. ¡Al campamento! No es una visión apta para mujeres.

Cuando pareció que iba a agarrarla, Mary lo esquivó. Reed tuvo que reconocer que la chica tenía agallas.

—Aquí hay unas tallas —dijo la joven, y pasó la mano por la corteza de un árbol cercano. Eran cuadrados dentro de cuadrados, y líneas en zigzag que parecían relámpagos. También había garabatos que representaban hombres de cabeza desproporcionadamente grande—. Puede que narren una historia.

—No narran nada —intervino Thomas, el indio del fuerte Bridger. Reed casi se había olvidado de él. De noche siempre se resguardaba bajo una carreta de George Donner, y a saber qué hacía durante el día. No les había servido de ninguna ayuda en la travesía del desierto, y Reed casi esperaba que los abandonase, como había hecho con Bryant—. Son amuletos contra los malos espíritus. —Thomas hablaba como si le costara pronunciar cada palabra—. Protegen de los hambrientos.

—¿A los muertos? —preguntó Breen, y llevó una mano al fusil casi inconscientemente—. ¿Qué protección necesitan los muertos?

Reed recordó lo que había dicho Hastings cuando lo encontraron atrincherado

en su carreta: «Ahí fuera hay algo que se está comiendo cualquier cosa con vida».

—Así que han sido los espíritus los que han dejado sin caza estos bosques, ¿no? —preguntó Snyder. Thomas apartó la mirada; le temblaba un músculo de la mandíbula.

Para sorpresa de Reed, quien contestó fue Elitha Donner.

—No solo comen animales —dijo con voz cantarina. Tenía los ojos despejados, azules y turbados—. También comen hombres.

Reed sintió que una corriente de incomodidad le recorría la piel.

—Has estado llenándole la cabeza de cuentos —le dijo a Thomas.

—Intenta ayudarnos —protestó Elitha, y se apartó de Reed—. Intenta ayudarnos desde el principio, pero nadie le hace caso.

—No lo entiendes, niña —dijo Snyder, cerniéndose sobre ella con una sonrisa despectiva—. No es de los nuestros. No intenta ayudarnos, sino levantarte las faldas.

—Quemaron los cadáveres para que los hambrientos no se hicieran con ellos. —Thomas hablaba con calma, pero saltaba a la vista que se esforzaba por controlarse. Señaló la cuenca que se abría ante ellos, y la montaña lejana—. Nos hemos adentrado en la zona en la que viven los malos espíritus. —Dio unas palmadas al árbol para llamar la atención sobre los símbolos tallados en la corteza, y a continuación señaló los cadáveres—. Puede que no me crean, pero tienen la prueba delante de las narices.

—¿La prueba? —Patrick Breen alzó la vista, exasperado—. Yo no veo ninguna prueba; solo un montón de paparruchas de paganos ignorantes. Confío en que el Señor, sí, chaval, el Señor, me guíe y me proteja.

El joven se apartó del grupo, con los brazos levantados en señal de rendición. Mientras se alejaba sacudía la cabeza lentamente, y una sonrisa triste se abría paso en su rostro.

—Entonces, el Señor tiene que estar muy disgustado con usted, porque lo ha conducido al valle de la muerte. Congráciese con su Señor antes de que sea tarde, porque los hambrientos vienen en pos suya.

## Capítulo 22

Tamsen notaba que estaba cambiando, endureciéndose. Habían dejado el gran desierto blanco solo para descender a la interminable llanura tachonada de artemisas de la Gran Cuenca. El sol le había comido la belleza; le había echado a perder la piel y el pelo; le había desdibujado las curvas, dejándola huesuda y fibrosa. La belleza había sido su armadura. Sin ella, cada vez tenía más miedo.

Debería haber pedido a George que le llevara un mechón de pelo del pequeño Nystrom, el niño asesinado al principio del viaje. Le habría servido para hacer poderosos talismanes con que proteger a sus hijos, pero le daba miedo que alguien se diera cuenta. Trabajaba en secreto porque hasta George desaprobaba sus «prácticas paganas». No podía hacer nada por ayudar a sus hijas, y ella misma estaba sorprendida por lo que la preocupaba su seguridad. Nunca se había considerado precisamente maternal, pero quizá se equivocara.

Quizá se hubiera equivocado en todo.

A finales de septiembre, las montañas estaban cada vez más cerca, con la cumbre blanca y la ladera llena de sombras, pero abajo, en la llanura, hacía calor. Aquella noche se alegró más que de costumbre de que parasen y montaran el campamento; se había pasado todo el día caminando para no agotar a los bueyes y estaba deseando quitarse las botas, aunque también le daba miedo, ya que los primeros momentos de alivio iban seguidos siempre de un dolor tan intenso que tenía la impresión de que nunca volvería a poder ponerse en pie.

Se sentía enferma. Se sentó en una roca y tomó un poco de polvo de corteza de sauce para aliviar el dolor. Sabía que esa noche no iba a cenar. A lo largo de las últimas semanas se había saltado todas las comidas posibles, para que hubiera más para los niños. Había muchos hombres entre los Donner, casi tantos empleados como miembros de las dos familias, además de los hijos adolescentes de Betsy, de un matrimonio anterior. Los hombres tenían mucho apetito y Tamsen temía que sus hijas se quedaran sin nada. En cierto modo, era más fácil ponerlas por delante. En ocasiones le parecía que tenía tanta hambre que, si

podiera disfrutar de una comida completa, eso la mataría. El deseo de comer era tan intenso que la borraba por completo; ya no se reconocía.

A veces se le olvidaba responder a su propio nombre.

Y además estaba Keseberg. Hacía lo que podía por evitarlo después de un extraño episodio, poco antes de que Stanton se marchara. La había encontrado en uno de los escasos momentos en que no estaba acompañada, una de las pocas veces que se apartaba de la carreta, donde George se pasaba casi todo el día, y tampoco tenía niños cerca.

—Sé que quieres perderlo de vista —le había susurrado Keseberg; no se refería a Stanton, sino a su marido. De algún modo se había dado cuenta de que Tamsen estaba cansada del tedioso descontento de su matrimonio—. Y puedo conseguirlo, lo que nos vendría muy bien a ti y a mí.

Tamsen se apartó, asqueada por el aliento hediondo, la sonrisa lasciva, el aire de sabérselas todas.

—No me conoce —le había respondido con toda la calma posible—. No sabe qué quiero; de lo contrario, sabría que no quiero nada con usted.

Aquello fue suficiente para hacer que se largara, farfullando y volviendo la cabeza para murmurar: «Esto no acaba aquí». Al parecer se había ganado otro enemigo sin comerlo ni beberlo.

Al día siguiente se quedó hecha un manojo de nervios al ver que su pistola había desaparecido, y se desconcertó aún más cuando Stanton la acusó de conspirar contra él. Tardó un poco en darse cuenta de lo ocurrido: Keseberg había intentado matar a Stanton e inculparla a ella por despecho.

Sintió a la vez decepción y alivio cuando Stanton decidió ausentarse un tiempo. La había acusado, si bien veladamente, de haber tomado a Lewis Keseberg de amante, cosa que la indignaba por varios motivos. Para empezar, Keseberg le resultaba repugnante física y moralmente, de todas las formas imaginables. Pero lo que más la asqueaba era la rapidez con que Stanton había llegado a la conclusión; solo le demostraba que no la entendía ni podría entenderla jamás.

No: ninguno de aquellos hombres podría; Tamsen era más consciente de ello cada día que pasaba. Mientras el hambre la vaciaba desde dentro, parecía dejar espacio para que viera las cosas con claridad.

Tomó un poco más de corteza de sauce, y a continuación cerró los ojos y respiró a fondo, escuchando las tareas vespertinas: Samuel Shoemaker y Walt Herron desaparejaban los bueyes y los llevaban a la orilla; George y Jacob

montaban las tiendas; Betsy se disponía a preparar la cena. Por encima de aquellos sonidos flotaban las voces agudas de sus hijas. Francis, Georgia, Eliza, Leanne. Fue pasando lista mentalmente a medida que las oía hablar.

Abrió los ojos. ¿Dónde estaba Elitha? Se levantó de un salto, ahogó un grito al notar el dolor en los pies y corrió hacia donde jugaban las niñas, junto a la hoguera en la que Betsy empezaba a instalar el trípode. Como siempre, habían acampado a cierta distancia del resto de la caravana, suficientemente lejos para hacer como si no existieran los demás, suficientemente cerca para estar a salvo. Las cuatro niñas jugaban al cordón, pero no había ni rastro de Elitha.

—¿Y vuestra hermana? ¿Por qué no está con vosotras? —les preguntó. Odiaba la preocupación que se había inmiscuido en su pecho.

Las caras inocentes se tensaron de golpe.

—Ha ido a buscar algo —respondió Leanne, y se encogió en previsión de la cólera de su madrastra.

—Venid conmigo. Vamos a buscarla todas juntas, ¿de acuerdo? Venga, en marcha. —Tenían que acompañarla; no había alternativa. No confiaba en que nadie más las mantuviera a salvo, ni siquiera Betsy. Nadie más entendía que el mal acechaba de cerca, esperando a caer sobre ellas, fuera un animal, un espíritu... o un hombre.

Recorrieron el campamento. Todos aquellos a quienes preguntaba por Elitha se encogían de hombros o la miraban inexpresivos. No querían tener nada que ver con ella, y además estaban impacientes por olvidar el largo y polvoriento día.

Vio a Keseberg a lo lejos, con el aire jactancioso de siempre; la miró con antipatía indisimulada. Una repentina certidumbre atenazó el estómago de Tamsen: Keseberg sabía dónde estaba Elitha. ¿Acaso no lo había sorprendido contemplándola en otras ocasiones? Y quería hacerle daño; lo había dejado claro.

—Volved a la carreta —les dijo a las niñas—. Vamos, deprisa.

—¿No decías que no nos apartemos de tu lado? —dijo Leanne.

—No contestéis y obedecedme. —Tuvo que empujar a Leanne en dirección al campamento, pero se limitó a quedarse bajo la carreta de los Breen, con sus hermanas.

Keseberg caminó despreocupadamente hacia ella, subiéndose el cinturón y sonriendo con sus dientes largos y grises. Llevaba un chal de colores por los hombros. Tamsen no sabía de quién era, pero le sonaba vagamente.

—Señora Donner... —Keseberg se ladeó ligeramente el sombrero. El nombre sonó a insulto en su boca—. Qué sorpresa.

—Estoy buscando a mi hija Elitha —dijo.

—A esa chica le gusta escaparse, ¿eh? —Casi no apartó la cabeza para escupir—. Me temo que no puedo ayudarte. No la he visto. Y créeme... —Se volvió para volver a sonreírle—. He estado buscando.

La aversión la recorrió por dentro, como una serpiente que se desenroscara en sus venas. Entonces se dio cuenta de dónde había visto aquel chal.

—Ha robado eso —dijo—. Lo ha robado de una tumba india.

—¿Y qué? —Keseberg se encogió de hombros—. Cojo lo que quiero, igual que tú. Te comportas como si fuéramos distintos, pero somos exactamente iguales. Tú y yo estamos cortados por el mismo patrón.

Sin previo aviso, la sujetó por las muñecas y la atrajo hacia sí. Leanne soltó un chillido y corrió hacia ella, pero Tamsen le gritó que no se acercara.

Intentaba no pensar en lo repugnante que era aquel hombre, pero de cerca era imposible. Olía a rancio, como si nunca se bañara ni se lavara la ropa. Bajo la barba enmarañada, la piel estaba inflamada y costrosa, y tenía los dientes grises por la falta de cuidado. Quizá estuviera delgado, pero era fuerte y aprovechaba su altura.

—No te das cuenta, Tamsen. Un hombre como yo podría serte útil. Tienes enemigos, y necesitas que alguien sea tu amigo.

—¿Por eso fue a por Charles Stanton? ¿Quería que pareciera que lo había matado yo, para castigarme? —Intentó liberarse—. ¡Suélteme!

—No te sale a cuenta rechazarme. Te conviene más ser amiga mía. Además, sé lo que hiciste con Stanton. —Le escupía las palabras a la cara—. También me enteré de lo que hacías en Springfield, de todos los hombres con los que has estado, así que no hagas como que no te gusta.

Tenía que estar hablando del doctor Williams. De Jeffrey. Creía que no se habían desatado habladurías, que George había sido capaz de contenerlas. Se sentía sola, y Jeffrey Williams, aunque la doblaba en edad, era inteligente y mucho más culto que George. Pero, igual que Charles Stanton, había sido un error. Buscaba consuelo, pero lo único que encontraba en ellos era una distracción pasajera. Aunque no era algo que pudiera entender un hombre como Keseberg.

Intentó zafarse, pero él le había agarrado el vestido y tiró, desgarrando la tela. Sin pensarlo, Tamsen le descargó un fuerte rodillazo entre las piernas. Keseberg se dobló y se echó hacia atrás, conteniendo la respiración. Las niñas salieron de pronto del resguardo de la carreta y se arremolinaron alrededor de sus faldas

rotas como la corriente de un río, preguntándole si estaba bien. Eliza, la pequeña, estaba llorando.

—Vamos —fue todo lo que pudo decir Tamsen. Notaba en el pecho una presión que le arrebatava el aire, como si Keseberg aún la tuviese aprisionada.

Se estaban alejando cuando él logró recuperar el resuello.

—De todas formas, estás demasiado vieja para mí. Y muy usada. Pero esas hijastras tuyas no están mal. Esa Elitha anda fisgoneando...

Tamsen se quedó paralizada. Sintió la sangre congelársele en las venas.

—No se le acerque.

Keseberg acertó a sonreír. Una horrible sonrisa rasgada, como cortada a cuchillo.

—Yo diría que busca un hombre que haga una mujer de ella.

El miedo se transformó en pánico. Elitha, Elitha, Elitha. ¿Dónde podía estar? Atravesó el campamento a la carrera, rodeada de sus hijas, sin prestar atención a las miradas que le dedicaban. Pasó por la zona de los Reed con la esperanza de encontrar a Elitha con su amiga Virginia, pero solo obtuvo una mirada desdeñosa de Margaret. Recorrió el camino irregular que atravesaba el campamento por el centro (más gruñidos, miradas hostiles, murmullos) hasta llegar al último grupo de carretas; el sol ya se estaba ocultando tras las lonas ajadas. Las niñas empezaban a gimotear, asustadas por estar tan lejos del resto de la familia, y Tamsen estaba tentada de dar media vuelta, pero entonces se encontraría con la mirada lasciva de Keseberg; sabía que tenía que seguir avanzando, salir a las artemisas. Las ramas bajas le tiraban de la falda como manos infantiles. Más allá, en la zona del río, podía oír los mugidos del ganado. Entonces le pareció captar un movimiento por el rabillo del ojo. Arrastrando a las niñas, casi en vilo, salió a un claro y se encontró a Elitha de rodillas en el suelo, con una lámpara al lado, cavando con un palito. Tamsen no tenía ni idea de por qué. Ya se había puesto el sol, y la luz titilante iluminaba los alrededores.

—¡Elitha! —gritó, medio furiosa, medio aliviada. Elitha alzó la vista—. ¿Qué haces aquí? ¿No te tengo dicho...? —Soltó a Frances y Eliza, y se agachó para tirar de Elitha y ponerla en pie—. ¿No te tengo dicho que no quiero perderte de vista?

Elitha tenía las manos llenas de tierra. También se había ensuciado el vestido.

—Pero he encontrado bretoña. ¿No decías que la buscabas?

Bretoña. Tamsen la usaba para uno de sus remedios. Pero el miedo seguía zarandeándola, como un terremoto interior. Sin pensarlo, asestó un fuerte

bofetón a Elitha. Antes de saber qué había ocurrido, tenía la palma de la mano roja y hormigueante, y Elitha la miraba conmovida, con la mano contra la mejilla.

Pero no era una mirada de dolor, sino de furia. Nunca había visto así a Elitha, con el rostro contorsionado y los ojos llameantes. Quería pedirle perdón y, a la vez, zarandearla por haberla asustado. Por el miedo que aún la atenazaba.

—No puedes... No puedes tratarme como a una niña —dijo Elitha—. Casi soy una mujer adulta.

Una mujer adulta. Recordó las palabras de Keseberg. Elitha no tenía ni idea de lo peligroso que era para una mujer alejarse de la carreta sin escolta.

—Esto es muy serio, Elitha. Necesito que me escuches y, más importante, que me obedezcas...

Se interrumpió. Las niñas se agitaban a su alrededor, nerviosa, y el viento sacudía las artemisas, pero le pareció oír un movimiento. Se quedó muy quieta, como si una madeja interior se hubiera tensado, y se preguntó si no serían imaginaciones suyas.

Pensó de inmediato en Keseberg. Quizá la hubiera seguido para darle un buen susto. O puede que solo fueran los sonidos transportados por la hondonada, que hacía parecer cercanas cosas que estaban muy lejos.

No. Había movimientos a su alrededor, como si estuvieran rodeadas.

—Detrás de mí —ordenó Tamsen—. Todas. —Cogió la lámpara de Elitha y giró la ruedecilla para sacar más mecha—. ¿Quién anda ahí? Sea quien sea, más le vale volver al campamento. No estoy de humor para más tonterías.

Pero el hombre que salió de entre los arbustos y las rocas no era nadie a quien conociera. Levantó más la lámpara, y la figura se agachó y se ocultó en las sombras. Tamsen aguzó la vista. El hombre, alto y delgado, estaba cubierto de una costra marrón, como si fuera un esqueleto rebozado en barro o le hubiera salido corteza encima de la piel. Como si formara parte de la naturaleza.

Parpadeó y se sintió mareada. Quizá fuera el dolor de cabeza, que volvía, o quizá hubiera tomado demasiado polvo de sauce para disiparlo. No estaba segura de lo que veía.

—¿Quién es usted? —preguntó. La cercanía de sus hijas aumentaba el miedo; su instinto protector se avivó como una hoguera agitada por el viento—. ¿Qué quiere?

No hubo respuesta. No alcanzaba a distinguir las facciones, pero notaba que la estaba mirando con la intensidad de un puma. Los ojos resplandecían a la luz



de la lámpara. Sin lugar a dudas, no era indio. Quizá fuera un montañero atraído por la actividad de la caravana, un hombre que había pasado demasiado tiempo en tierra de nadie, solitario y perdido. Su mirada era feroz, animal, sin el menor atisbo de inteligencia humana.

—Tranquilas —dijo quedamente cuando una de las niñas se puso a lloriquear—. No pasa nada. —¿Estarían viendo lo mismo que ella?

Entonces surgió un segundo hombre, y Tamsen habría jurado que un tercero. La lámpara no daba bastante luz para ver gran cosa: solo sombras, impresiones, movimiento. La recorrió un escalofrío. La forma de moverse de aquellos hombres no era normal. Pensó en Luke Halloran, en sus renqueos y acometidas. Eran como lobos. Los rodeaban como hacían los lobos, y hablaban sin decir nada en voz alta.

Los lobos separaban a su presa, la aislaban y se lanzaban uno por uno sobre ella.

Se volvió y vio a Elitha, temblando, lejos de las demás. Aislada. Antes de que pudiera gritar, una de las sombras se lanzó hacia ella.

El corazón golpeaba a Tamsen un ritmo de pánico en el pecho, la cabeza, la garganta. Corrió hacia Elitha.

Otra sombra saltó para interceptarla, directa hacia su cuello. Abrió la boca y reveló una hilera de dientes puntiagudos, inhumanos. Lo golpeó con todas sus fuerzas con la lámpara, y el tubo de vidrio se hizo añicos contra la mandíbula del hombre, si podía llamarlo así. El depósito se partió y le llenó la cara de aceite. Las niñas salieron corriendo.

—¡Seguid juntas! —gritó Tamsen, pero era inútil. Se desperdigaron entre los matorrales, como conejos, con los ojos desorbitados de terror.

En un instante, la cabeza del hombre estaba envuelta en llamas. El sonido que emitió no se parecía a nada que hubiera oído en su vida, como si el mundo se hubiera resquebrajado y aflorasen los lamentos del infierno. Se llevó unas manos como zarpas a la cara, pero con eso solo consiguió que se le extendieran las llamas por los brazos. El fuego lo devoraba como si fuera de yesca. Los otros dos hombres se echaron a gritar y se apartaron del compañero en llamas, corriendo como animales asustados.

—Reúne a las niñas y llévalas al campamento, ¡ahora mismo! —gritó Tamsen a Elitha. Tenía la impresión de que el corazón se le había subido a la garganta y la asfixiaba.

—Los muertos... —murmuró Elitha, aturdida y desorientada.

—¡No mires atrás y corre! —Tamsen le dio un empujón en la espalda.

El hedor del hombre en llamas era insoportable. Se lanzaba contra rocas y arbustos, intentando apagar el fuego, pero solo conseguía prenderlo todo: artemisas, juncos y arbolillos ardían por doquier.

En unos segundos no había rastro de los hombres, y un denso humo subía al cielo y le irritaba los ojos.

Se echó hacia atrás con el delantal contra la boca, tosiendo. Quería correr, pero no le quedaban fuerzas, y tenía que apagar el fuego con el agua del río o lo perderían todo.

Pero el incendio había arraigado bien. Aquel ser corría por el terreno, saltando de mata en mata, y en poco tiempo, un muro de llamas se alzaba frente a Tamsen, desafiante. Incluso después de que llegaran varios colonos del campamento, el fuego se propagaba más deprisa de lo que podían controlar.

Llegó más gente con cubos, y algunos con palas para ahogar el fuego con arena. Formaron una cadena para llevar agua del río, lanzando cubo tras cubo de agua embarrada. Aun así, las llamas no se extinguían.

Samuel Shoemaker se enjugó el sudor de la frente y se paró a contemplar la escena.

—Estamos perdiendo terreno. Tenemos que enganchar a los bueyes y mover esas carretas.

A su alrededor, los hombres empezaron a discutir. ¿Podrían reunir los bueyes a tiempo? Los animales ya se habían alejado, huyendo de las llamas. Quizá pudieran intentar tirar de las pesadas carretas o empujarlas para ponerlas a salvo, aunque parecía una pérdida de tiempo. Algunos echaban pestes de las familias que se habían quedado en el campamento, convencidas de que las llamas no suponían ninguna amenaza.

—Que ardan —dijo Baylis Williams, con el rostro tiznado de hollín—. Si son demasiado idiotas para ver el peligro... —Tamsen se quedó consternada; normalmente, aquel hombre era la amabilidad personificada.

Se aclaró la garganta. Tenía que advertirlos del peligro que los acechaba, algo mucho peor que las llamas descontroladas.

—Me han atacado —gritó—. Así ha empezado el fuego. Han salido unos hombres de la nada y se han abalanzado contra las niñas.

Los demás dejaron de discutir.

—¿Blancos o indios? —preguntó Graves, entrecerrando los ojos.

—Creo que blancos. Pero no eran hombres. No del todo. —¿Cómo podía

explicarlo sin dar más carnaza a la gente deseosa de desacreditarla?

—Aquí no quedan más blancos que nosotros —dijo Keseberg, y soltó una risa como el ruido hueco del metal contra el hueso.

Un murmullo recorrió la multitud. Tamsen aún tenía la garganta dolorida por el humo y los gritos. Se llevó la mano a la cabeza, intentando pensar con claridad. Odiaba dudar de sí misma, pero de repente volvía a sentirse mareada. No era posible que todo aquello hubiera sido una especie de alucinación provocada por la corteza de sauce, ¿verdad? Casi siempre tenía la cabeza despejada, pero en ocasiones se preguntaba si su yo extraño, retorcido, torturado, tomaba el control y ahogaba todo lo demás.

Todo el mundo la miraba, y no precisamente con cordialidad.

—Qué casualidad que siempre ande metida por medio cuando pasa algo raro —dijo Keseberg en voz alta—. Creo que le gusta llamar la atención, señora Donner.

El viento cambió, alejando el humo. Tamsen tuvo la impresión de que todo el campamento desaparecía ante sus ojos, disuelto en la oscuridad.

Sintió un sudor frío.

Pero todo volvió a la normalidad rápidamente.

Miró a su alrededor, al grupo que se había congregado, y se dio cuenta de que, aunque hubiera ocurrido lo que le había parecido a ella, no tenía forma de hacerse escuchar.

En realidad, daba igual. Porque si, en efecto, había visto aquello, todos estaban muertos de todas formas. Se dio cuenta entonces. El recuerdo de los ojos feroces del hombre seguía en su mente, endureciéndola hasta que no le cupo duda.

—No podemos apagar el incendio —dijo Eddy, volviendo la espalda a las llamas—. Tenemos que mover las carretas. Es nuestra última esperanza.

Tamsen observó mientras se desataba el pandemónium en el grupo. Matrimonios que discutían, gente que soltaba cubos y palas para correr a las carretas, otros que sujetaban a sus vecinos para intentar hacer que se quedaran...

—Esto es la ley de la selva —murmuró Franklin Graves mientras pasaba a toda prisa junto a Tamsen, sin fijarse en que había estado a punto de derribarla.

Con terror renovado, Tamsen se dio cuenta de que era cierto.

## Capítulo 23

Edwin Bryant encontró el cadáver en una cueva.

Era el primero que veía, humano o animal, en las semanas que había pasado perdido, al margen de los huesos dispersos del campamento de los buscadores de oro, que llevaban muchos años allí.

Aquel, irónicamente, era una señal de vida, de normalidad. Si se caminaba por el bosque el tiempo suficiente, se solían encontrar animales a medio descomponer; así funcionaban las cosas en la naturaleza: enjambres de moscas, el olor dulzón y nauseabundo de la podredumbre. Pero no había visto nada desde que salió del fuerte Bridger. Absolutamente nada.

Había encontrado la cueva por accidente, durante una tormenta repentina que lo había obligado a buscar refugio. La cueva era pequeña, una de varias que horadaban una ladera rocosa. Se sentía tan débil que estuvo a punto de renunciar a la escalada e intentar resguardarse en el sitio, pero aunque podía con los mitos de hombres lobo y enfermedades que provocaban el vampirismo, así como con los cadáveres de cualquier ralea, nunca le habían gustado las tormentas. De modo que subió por la pendiente sacando fuerzas de flaqueza y entró en el primer hueco que encontró.

Llevaba unas ramas de artemisa para encender una hoguera, y estaba buscando el mejor sitio cuando lo vio. Era un hombre, probablemente de treinta y tantos años, aunque no podía estar seguro a causa de la descomposición. Parecía indio; probablemente sería un washo, dado el lugar donde estaba, o donde él creía que estaba.

La causa de la muerte saltaba a la vista: el indio tenía una profunda hendidura en la cabeza, que no parecía accidental. Era demasiado pulcra para deberse a una caída; más bien parecía hecha por un arma contundente, aunque no podía estar seguro; no era experto en heridas ni golpes. También tenía unos cortes profundos que podría haberle hecho un oso o un lobo, incluso un puma. Era curioso, ya que no había visto ni rastro de depredadores en la zona, ni raspones en la corteza de los árboles, ni guaridas ni deposiciones.

El hombre no llevaba arco y flechas, lanza ni fusil; ni siquiera una manta. No podía haber pasado allí mucho tiempo antes de morir. Bryant se preguntó si quien lo hubiera matado, o lo que lo hubiera matado, lo habría atacado dentro de la cueva y habría decidido irse a continuación. Solo había un poco de sangre, en las rocas. Bryant había tenido que agacharse para entrar en la cueva; no parecía probable que se hubiera librado un combate con tantas estrecheces.

Aquello significaba que lo habían herido en otro lugar y había trepado, o lo habían subido, tres metros de rocas para luego morir. Lo más probable era que huyera de algo. Bryant compuso mentalmente una historia en la que un hombre, herido de muerte por un ataque, lograba escapar y corría frenéticamente hasta encontrar una pequeña cueva que, erróneamente, tomaba por su salvación.

O igual solo quería morir en paz.

Bryant dispuso la artemisa seca tan lejos como pudo del cadáver. Cada vez que hacía chocar el pedernal imaginaba que el hombre se incorporaba, irritado por que lo hubieran despertado. Suponía que se le estaba yendo la cabeza; ya llevaba varias semanas sin ninguna compañía. Y sin más comida que la que conseguía a duras penas: un pescadito, unos huevos robados de un nido. Sobre todo sobrevivía a base de insectos y bellotas. En una ocasión se había comido unas raíces, pero se le indigestaron y pasó horas vomitando bilis, ya que no tenía nada más que vomitar.

Bebía agua, pero aunque le llenaba el estómago, no le aplacaba el hambre. Al cabo de unos días había remitido, gracias a Dios, porque era como unas mandíbulas que lo devorasen por dentro, y se sentía más despejado, optimista, convencido de que el hambre era una enfermedad que ya se le había pasado. Tardó un día más en darse cuenta de que caminaba sin rumbo fijo, volviendo en ocasiones a lugares en los que ya había estado. Se despertaba tendido en el barro sin recordar haberse quedado inconsciente. Tenía que descansar con frecuencia y le faltaba el aliento. El corazón le martilleaba cuando caminaba cien metros.

Estaba muriéndose, despacio al principio y más deprisa entonces.

Todo porque tenía hambre. Todo porque no tenía caza, carne, comida enmascarada como el cuerpo de otros animales.

El cadáver estaba oscuro, del color del jamón ahumado. Era difícil calcular cuánto llevaba muerto, pero no era mucho tiempo, ya que el hedor era débil. En cualquier caso, ya no era humano; se había convertido en un simple cascarón, desprovisto de alma.

Bryant sabía de hombres varados que habían sobrevivido a base de comerse

los cadáveres de aquellos que hubieran perecido antes. Era la ley de la mar; hasta había oído en una ocasión una anécdota, de labios de Lavinah Murphy, en los primeros días de expedición, sobre unos náufragos alemanes y los desafortunados supervivientes.

Las ramas de artemisa crepitaban al arder. El olor le recordaba la Navidad; la Navidad le recordaba los gansos, el sonido de la grasa al hervir, la sensación de irse a la cama feliz y saciado, con las risas de su madre resonando en los oídos. Notó el ardor en los ojos antes de darse cuenta de que se había echado a llorar.

Nadie se enteraría.

Nadie lo culparía.

Echó mano al cuchillo que llevaba al cinto.

Envuelto en humo, Bryant pensó durante un momento que tal vez aquel hombre no fuera un hombre, sino un animal descompuesto. No había nada pecaminoso en comer animales.

¿Por qué no podía dejar de llorar?

No porque estuviera dispuesto a hacerlo, sino porque en el último instante no fue capaz. Lloraba porque no era un animal, sino un hombre, y en el fondo sabía que no podría seguir adelante. Lloraba porque eso significaba que moriría, probablemente allí, en la cueva, y se convertiría en otro cadáver que calentaría el aire con su putrefacción.

Entonces oyó unos ruidos por debajo, cascos de caballo contra la roca y murmullos humanos, aunque no acertaba a distinguir las palabras. Se asomó y vio a cuatro jinetes que atravesaban el campo de artemisas. Eran indios, probablemente washo, dada su situación, flacos como espantapájaros bajo la vieja ropa de piel de ciervo. Intentó decidir si parecían peligrosos. Se trataba de una partida de caza, pero ¿habrían tenido suerte? ¿Intentarían matarlo por si llevaba comida? Imaginó un poblado lleno de mujeres y niños famélicos que aguardaban el regreso de los cazadores.

Si no hacía nada, moriría. Si les llamaba la atención, también era posible que muriera, pero antes y con más rapidez, empalado, eviscerado o perforado por una lluvia de flechas.

Se puso en pie y empezó a gritar y mover los brazos para llamar la atención.

La costumbre exigía un intercambio de regalos, por lo que dio a los indios todo aquello de lo que podía prescindir: su pañuelo azul oscuro, elegido por su prometida en el almacén de Independence justo antes de que partiera la caravana. La cinta de su sombrero, de cuero trenzado con pequeñas cuentas de

plata. Por último, el chaleco que había comprado en una mercería de Louisville con su primera paga como periodista. Cada vez que les entregaba un objeto, los hombres sonreían por turnos, hasta que decidían quién se lo iba a quedar. Los regalos le granjearon un sitio frente a la hoguera y una ración de pan de bellotas, raíces secas como el tasajo y unas cuantas setas.

Se obligó a comer despacio para no enfermar, e inclinó la cabeza ante cada hombre en muestra de gratitud.

Parecían conocer las palabras que le habían enseñado los shoshonis, y complementaba su limitado vocabulario con gestos, escenificaciones y dibujos en la tierra. Le dijeron que había un lago más adelante, en lo alto de las montañas, pero debía evitarlo, ya que en él vivía un espíritu que, según decían, consumía la carne de los hombres y los convertía en lobos.

—*Na'it* —le dijo un hombre repetidamente, señalando algo que había dibujado en la tierra. Bryant no acertó a entender qué intentaban decirle.

Después los condujo a la cueva y les enseñó el cadáver, por si lo conocían; quizá fuera de su tribu. Preguntó lo mejor que pudo si sabían qué animal o espíritu lo había matado. Para su sorpresa, los indios se mostraron asqueados ante la visión del cadáver, e insistieron en incinerarlo inmediatamente sin dedicarle siquiera una oración.

Quizá porque la oscuridad difuminaba los matices, o quizá por las setas que había comido, que estaba seguro de que eran ligeramente alucinógenas, no lograba entender el significado de los dibujos, pero, al parecer, los indios estaban convencidos de que aquella muerte tan cruenta no era obra de un hombre ni de un animal, sino, de algún modo, de las dos cosas. Un hombre con piel de lobo o un animal con piel de humano; le resultaba imposible distinguirlo en los dibujos, y hablaban tan deprisa y en voz tan baja que solo lograba captar una palabra de cada tres o cuatro.

Al despertar esperaba encontrarse con que los cazadores se habían marchado, pero lo esperaban con los caballos preparados, tras haber apagado la hoguera. El mayor llevaba su chaleco sobre la túnica de cuero, lo que le arrancó una sonrisa. Uno de los hombres le tendió la mano para que subiera al caballo con él, y aceptó de buen grado. Con un gruñido, el hombre que llevaba el chaleco hizo girar al oeste su yegua pinta, para seguir el arroyuelo que transcurría desde las montañas nevadas que se divisaban a lo lejos. Al parecer, iba a vivir unos días más.

Se alegró de alejarse del claro, donde aún flotaba el aroma ligeramente dulce

de la carne quemada.



## Capítulo 24

Había que poner fin a aquello.

«Reúnete conmigo —había susurrado James Reed al pasar junto a John Snyder—. A las ocho en punto, junto al álamo que hay cerca de la charca».

A Reed le habría gustado poder quedarse con su familia después de cenar, para leer un cuento a los niños mientras Margaret remendaba la ropa y Eliza Williams lavaba los platos. Era irónico si tenía en cuenta las veces que, sentado a la mesa familiar, en Springfield, había deseado poder escabullirse para ver a Edward McGee.

Pero tenía una cuenta pendiente con Snyder y no podía seguir posponiéndola.

Recordaba muy bien lo que le dijo Snyder la última vez que se vieron a solas: «No olvides qué clase de hombre soy yo». Bajo el barniz de civilización, John Snyder era un animal salvaje, y Reed había cometido la estupidez de darle poder para que lo destruyera. Ya no soportaba estar en su presencia; temía lo que pudiera hacer. Si aquel viaje se había convertido en una travesía del infierno, los intercambios con Snyder lo intensificaban; un castigo que, incomprensiblemente, Reed parecía andar buscando.

A las ocho menos cuarto besó a sus hijos en la cabeza, uno por uno, y les dio las buenas noches. Le dijo a su mujer que tenía que hablar con los Breen de alguna tontería; como ella no soportaba a esa familia, era improbable que después se interesara por la visita. Cuando quedó fuera de la vista de su carreta, se sacó el pañuelo y se enjugó el sudor de la frente. Una vez, dos, tres. Se detuvo; había notado últimamente que estaba perdiendo pelo a causa de aquel hábito.

Para compensar, se limpió la boca otras tres veces.

No debería haber besado a sus hijos con aquella boca tan sucia. Se sentía inmundo. Los niños eran inocentes; lo único bueno e inocente que tenía en su vida. No los merecía.

Llegó al lugar convenido antes que Snyder y lo vio llegar de lejos, bajando lentamente la cuesta con su típico andar desgarbado. En el horizonte, una banda

luminosa naranja y amarilla se disolvía en una negrura densa que anunciaba la noche. Snyder paró en seco delante de Reed.

Sin embargo, cuando Snyder se le acercó, Reed dio un paso atrás. Había ensayado la escena mentalmente un centenar de veces, pero nunca había llegado más allá de ese momento.

—No. —Tendría que improvisar—. Escucha; vengo a decirte que lo nuestro ha terminado.

Snyder volvió a acercársele, de forma más agresiva.

—¿Qué te hace pensar que eres tú quien lleva la batuta? Acabará cuando yo diga que ha acabado.

Reed consiguió esquivarlo por segunda vez.

—Escucha. Hablo en serio. No quiero seguir así. —El rostro de Snyder se torció en una expresión hostil—. Me sentía infeliz y buscaba un desahogo, pero ya no puedo permitirme ese lujo. Tengo un cometido que desempeñar. Los demás aún recurren a mí en busca de guía, por lo menos algunos, y si les fallo, ¿qué será de la expedición? Me necesitan.

—Vaya con lo creído que te lo tienes —dijo Snyder, y dio un paso hacia Reed—. Podría hablarles de ti, de lo que me dejás hacerte. Lo que me pediste, lo que querías.

Reed intentó tragar saliva, pero fue incapaz.

—Tú también estarías inculpándote —acertó a decir. Pero ya no sabía si a Snyder le importaba. Se sentía enfermo. ¿Cómo podía haber caído en las garras de un hombre como aquel? ¿Cómo podía haberlo deseado tan intensamente?

¿Cómo era posible que siguiera deseándolo? Sus anchos hombros. Los momentos de olvido crudo, frenético.

—Da igual lo que haya hecho yo —dijo Snyder—. Yo no soy el perverso.

—Te garantizo que algunos de esos hombres estarán en desacuerdo. Nunca volverán a mirarte con la misma cara.

—¿Y tu mujer? —La expresión de Snyder era de crueldad desnuda—. ¿Cómo crees que te mirará cuando le cuente lo que has hecho, como te ponías de rodillas y suplicabas más? —Se echó a reír cuando Reed lo miró abatido.

—No te atreverías —dijo Reed, mareado por el miedo. Aquello era irreal, un delirio provocado por la fiebre—. No tienes redaos.

Snyder le dio un puñetazo en la cara, tan fuerte que Reed estuvo a punto de perder el conocimiento. Cuando quiso darse cuenta estaba en el suelo, con Snyder a horcajadas sobre el pecho. El dolor era un alivio; lo sacaba del calor

pegajoso e impaciente de sus pensamientos y lo devolvía al presente. Se esforzó por tomar aire. Otro golpe le hundió en la arena la parte trasera de la cabeza. El peso de Snyder lo aplastaba. *Va a matarme*, se dio cuenta, y luchó por asimilar la idea de lo que estaba ocurriendo.

—Puto bujarra —dijo Snyder, pero sonaba calmado—. Odio a los putos bujarras.

*Quería matarme desde el principio.*

Pero antes de que Snyder pudiera volver a golpearlo, oyeron unas voces, demasiado lejanas para distinguir lo que decían, aunque era indudable que estaban discutiendo. Después, el sonido de un disparo rasgó el aire, un violento puñetazo que despertó ecos en la cuenca. Snyder se levantó del pecho de Reed, sobresaltado como un animal.

—¿Qué demonios pasa? —dijo.

Reed no respondió. Con esfuerzo, se puso en pie y alcanzó su caballo, y logró montar a duras penas. Notaba la sangre en la cara inflamada. Le costaba pensar a derechas. Sentía la mente embotada; parecía rodeado por un zumbido. Tuvo que hacer acopio de concentración para mantenerse en el caballo; parte de él quería caerse, caer lejos de sí mismo y desvanecerse. Desaparecer de la faz de la Tierra.

Cuando llegó al campamento, la discusión estaba en pleno apogeo. El diminuto William Eddy estaba frente a frente con Patrick Breen, que fácilmente lo doblaba en tamaño. Eddy, un excelente tirador, sujetaba firmemente el fusil, pero no apuntaba a Breen con él, al menos en aquel momento. Los dos estaban congestionados, gritando a la vez. Al lado tenían a un niño de no más de tres o cuatro años que lloriqueaba. Se había formado un círculo a su alrededor.

Reed desmontó con desgana; el puñetazo de Snyder le dolía horriblemente, tanto que apenas podía pensar.

—¿Qué ocurre aquí? —Su voz sonaba distante.

Breen se paró para mirarlo.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

—No tiene importancia. —Ya respiraba con más facilidad. Parpadeó, intentando despejar la vista, sacó el pañuelo y empezó a pasárselo por la cara lenta y metódicamente—. ¿A qué viene esta pelea?

Breen hizo ademán de levantar al niño, pero Eddy se interpuso.

—Yo le diré qué ha pasado —dijo Breen—. Este ladronzuelo se ha puesto a hurgar entre mis cosas y ha robado las galletas que guardábamos para el desayuno.

Galletas. Reed llevaba una semana sin probarlas. Probablemente no quedaba en la caravana nadie que tuviera suficiente harina para preparar galletas, con excepción de los Breen y los Murphy. Pensó en lo ocurrido con Stanton y la pistola. Dadas las circunstancias, era un milagro que nadie hubiera intentado quedarse por la fuerza con la comida de los Breen. Aunque no podía decírselo a Patrick; tenía armas de fuego y no le daba miedo usarlas.

—Solo eran unas galletas, señor Breen —dijo Reed—. ¿Qué propone? ¿Ahorcar al chaval? —Bajó la vista al pañuelo, empapado de sangre, y volvió a mirar rápidamente a Patrick Breen.

—Nadie va a ponerle un dedo encima a Peter —dijo Eddy—. A no ser que quiera que le pegue un tiro. —De modo que el niño era hijo de Eddy.

—Es un ladrón y merece una buena azotaina. —Breen escupió a un dedo del zapato de Eddy—. A los niños no se les ocurren esas cosas por su cuenta.

—¿Qué insinúa? —Eddy hablaba en voz alarmantemente baja—. ¿Que seguía mis instrucciones?

—De tal palo, tal astilla. Eso es todo.

Eddy se echó el fusil al hombro y Reed logró apartar el cañón.

—No te conviene hacer eso, Will —le dijo.

—No niegue que nos pidió comida —dijo Breen.

—Y se negó a darnos un solo bocado —contraatacó Eddy—. No fue muy cristiano por su parte. Mi familia se muere de hambre y ustedes tienen ganado vivo y coleando. Se niegan a sacrificar una res hasta para salvarnos la vida.

—Yo no tengo la culpa de que su ganado se escapara ni de que no trajeran bastantes provisiones. —Con el ceño fruncido, Breen era espeluznante—. Les vendería una vaca si me sobrara, pero llevo el ganado por un motivo.

—Es cuestión de vida o muerte. Ninguno de nosotros sabía lo que nos esperaba.

A Reed le dolía horrores la cabeza. Necesitaba una compresa fría y polvo de corteza de sauce. Aún oía la voz de Snyder en la cabeza, como fragmentos de un sueño inconexo. *Bujarra*.

—Los Eddy no son los únicos —dijo mientras se guardaba en el bolsillo el pañuelo ensangrentado y hacía lo posible por erguirse. Su voz sonaba débil por encima de los gritos—. No es ningún secreto que hay bastantes familias a las que casi no les quedan provisiones.

—Desde luego —dijo Amanda McCutcheon. Tenía el rostro demacrado, como si el calor le hubiera derretido toda la grasa a lo largo del viaje—. Si mi

Will no vuelve pronto, no sé qué va a ser de mí. —Will se había adelantado con Stanton en busca de víveres, con el visto bueno de Reed.

Reed levantó las manos para acallar los murmullos. El pánico incontenido vibraba en el aire casi todo el tiempo. ¿Quién, que no fuera un monstruo, era capaz de quedarse cruzado de brazos mientras un niño se moría de hambre? Patrick Breen era muy capaz; de eso estaba seguro. En aquella expedición no faltaban los monstruos.

Ni los pecados.

—Tenemos que considerar la posibilidad de que Charles Stanton y Will McCutcheon no vuelvan —dijo con firmeza pero calmado—. O de que no vuelvan... a tiempo. El camino a California es largo y peligroso.

—¿Y qué pretende que hagamos? —preguntó Lavinah Murphy, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Ya sabe lo que opino. —Se sentía agotado—. Deberíamos juntar la comida...

La explosión de protestas estuvo a punto de ahogarlo.

—... y ponernos a racionarla estrictamente —perseveró—. No hay otra solución.

—¿Y mi familia tiene que sufrir por que otros hayan sido demasiado roñosos para traer lo suficiente? —Patrick Breen hablaba a gritos—. No es culpa mía. Mala suerte que han tenido, pero no voy a dejar morir de hambre a mis hijos. —Hubo murmullos de aprobación.

Las cosas se estaban poniendo feas más deprisa de lo que Reed esperaba.

—No empecemos a buscar culpables. Todas las familias de la caravana han tenido su dosis de infortunios...

—Para usted es fácil decirlo. Es de los que necesitan ayuda, no de los que tendrían que sacrificarse —dijo Lavinah Murphy.

*Bujarra. Yo no soy el perverso.* ¿Era posible que lo que había pasado en el desierto, que todas sus pérdidas, el ganado que había muerto, al que había habido que sacrificar o que había desaparecido sin dejar rastro, fuera un castigo por sus faltas?

—Es cierto, señora Murphy —dijo con voz queda—. Es cierto. Pero ¿no he firmado un pagaré en el que me comprometo a pagar a John Sutter cualquier gasto en que incurra Stanton en nuestro nombre? No pueden acusarme de tacañería.

Breen sacudió la cabeza. Tenía el pelo y la barba muy crecidos. Todos habían

empezado a descuidarse; habían perdido las ganas de estar limpios y aseados. De seguir siendo civilizados. Día tras día estaban más asilvestrados, más sucios, más animalescos.

—Es muy fácil hacer promesas cuando no se tiene comida que llevarse a la boca.

Reed se daba cuenta de que no iban a llegar a un acuerdo, pero las cosas podían ponerse muy feas en muy poco tiempo. Todos los hombres de la expedición tenían fusil y estaban dispuestos a usarlo para defenderse. Por otro lado, lo sentía por William Eddy, que contaba con encontrar caza para mantener a su familia. Dada su puntería, parecía razonable, pero ¿quién iba a prever que se encontrarían esquilmada la llanura? Aquel día eran los Eddy quienes sufrían, pero al día siguiente serían los McCutcheon, y poco después, su propia familia.

Vio a su mujer, que se acercaba a la multitud. Envuelta en su chal, parecía minúscula. Seguía abatida por la pérdida de la carreta, y sabía que lo culpaba a él. Pero no pensó en las pertenencias de su esposa, sino en la muñeca de su hija, los retales de percal y vichí raídos, desgastados por el amor, enterrados kilómetros atrás, una última esperanza cubierta de tierra y desaparecida.

Estaba a punto de volver a hablar cuando John Snyder se abrió paso hasta el centro del corrillo. No lo había visto acercarse. Si no fuera porque prácticamente no había alcohol que llevarse a los labios, habría pensado que estaba borracho. Además, no había tenido tiempo; acababa de estar suficientemente cerca para olerlo, para inhalar el conocido aroma de su sudor y el olor de los aparejos de cuero en sus dedos.

—Présteme atención —dijo Snyder—. Antes de escuchar una sola palabra más de ese tipo —hizo un brusco movimiento de cabeza en dirección a Reed—, deben saber una cosa sobre él. No es el hombre que creen que es.

El aire abandonó los pulmones de Reed. A pesar del ataque debajo del olmo, a pesar de la saña que había sentido en los músculos de Snyder, a pesar de que tenía el pañuelo empapado de sangre, a pesar de todo ello, seguía pensando que era posible que el arriero no cumpliera sus amenazas.

—¿De qué habla? —preguntó Breen, y Reed vio en la cara de Snyder lo mucho que disfrutaba con la repentina atención: el mismo placer que encontraba siempre en aplastar y destruir, en dejar heridas abiertas.

Reed no le dio ocasión de responder. No podía permitirselo. Si dejaba hablar a Snyder, lo colgarían.

Se lanzó contra Snyder y lo derribó. Durante un momento estuvieron

apretados el uno contra el otro, mejilla con mejilla. Las manos de Snyder en las muñecas le resultaban familiares; el aliento en la cara, íntimo. No veía qué hacían los demás, pero oyó los murmullos de sorpresa, los gritos ahogados. Esperaba que los separasen, pero nadie se acercó. Nadie lo detuvo.

Le dolía la mejilla golpeada; tenía la impresión de que le iba a estallar la cabeza.

Cada segundo parecía una hora. Snyder lo tenía sujeto por el cuello, pero Reed seguía aferrado a su camisa. Al fin, Snyder lo soltó para llevarse la mano al cinto, del que colgaba el cuchillo en su funda. Reed lo había visto jugar con él en numerosas ocasiones. Snyder pretendía matarlo; de eso no le cabía la menor duda.

*Bujarra. Bujarra. ¿Y tu mujer?*

Esperaba sentir de un momento a otro cómo se le clavaba el cuchillo en el costado, abriéndose paso entre las costillas. Pero de repente era él quien lo tenía en la mano.

Lo hundió hasta el mango en el pecho de John Snyder.

Durante un instante, Reed sintió que lo invadía el alivio, como si aquello fuera lo que había deseado desde el principio. Se llenó los pulmones mientras el cuerpo de Snyder quedaba laxo, mientras soltaba un prolongado soprido como el del viento que recorría la llanura. Entonces se quedó mirando, sin la menor emoción, mientras John Snyder caía hacia atrás sin vida, con los ojos abiertos, mirando el cielo sin verlo.

## Capítulo 25

Mary Graves estaba a punto de irse a dormir cuando oyó las voces y vio a la gente correr por delante de su tienda. ¿Habría pasado algo terrible? Lo primero que pensó fue que se había declarado otro incendio, o que habían atacado los indios, o que les habían robado el ganado que les quedaba.

Con el corazón en un puño, siguió a la muchedumbre hasta el campamento de los Donner. George Donner, sentado junto a la hoguera, alzó la vista ante la interrupción inesperada. Lewis Keseberg y William Eddy sujetaban por los brazos a James Reed, que tenía un aspecto terrible y temblaba sin control. Se le estaba formando un chichón en la frente, y un moretón le oscurecía la mandíbula. Entonces vio que tenía las manos manchadas de sangre.

Keseberg empujó a Reed, que cayó de rodillas.

—Fuimos idiotas al seguir a este individuo. Nos arrastró a las montañas y nos hizo atravesar ese desierto. Ya le dije a todo el mundo que no sabía lo que se hacía, pero nadie me hizo caso. Y ahora ha cogido y ha matado a un hombre...

—¿A quién? —Donner se puso en pie a toda prisa.

—Al arriero John Snyder.

Mary sintió alivio de inmediato: no le caía bien John Snyder. A Donner, tampoco. A nadie. En la expedición había ciertas personas a las que probablemente era posible matar sin pagar por ello, y debía reconocer que su padre podría estar entre ellas. Curiosamente, se encontró con que sentía lástima por Reed, un hombre al que su padre odiaba.

—¿Y qué quieren que haga? —preguntó Donner, verdaderamente desconcertado. Miraba a los congregados como sorprendido de que estuvieran allí.

—Usted es el puto jefe, ¿no? —dijo Keseberg—. O lo era —añadió con desprecio. Aquello sorprendió a Mary; Keseberg había sido uno de los principales defensores de Donner, pero la gente como él no conocía la lealtad—. Este acaba de matar a un hombre a sangre fría. No ha dado a Snyder ni ocasión de defenderse. ¿Qué hacemos con él?



—El asesinato es un crimen capital —dijo Samuel Shoemaker, como si alguien necesitara que se lo recordase.

Quizá actuaran como si George Donner siguiera siendo el jefe de la expedición, pero había sido James Reed quien la había dirigido durante semanas, y lo sabían. Había hecho el trabajo sucio e ingrato, había encontrado una ruta para atravesar el desierto y había escuchado sus quejas y lamentos. Les había prestado servicio desinteresadamente; había conservado la calma en los momentos de pánico y pérdida, y de pronto estaban pensando en ahorcarlo. *Si Charles Stanton estuviera aquí...* El pensamiento la asaltó de forma automática, pero en cuanto reparó en ello se dio cuenta de que era verdad. Stanton les haría ver las cosas con claridad. No les dejaría hacer daño a Reed.

Cuanto más tiempo pasaba desde que Stanton se había marchado, más se rebelaba Mary Graves, en su fuero interno, contra las advertencias de su padre y sus propias dudas. Sin la presencia tranquilizadora de Stanton, se daba más cuenta que nunca de que había sido la única persona sensata que viajaba entre ellos.

Sabía que lo atenazaban terribles secretos, y que eran cosas que debería saber de un hombre antes de estar dispuesta a confiar en él, pero también había empezado a darse cuenta de que solo una persona con conciencia podría estar tan afligida por su pasado, hasta el punto de demostrarlo con todos sus gestos: los encogimientos de hombros como si pidiera disculpas, la voz, la forma en que evitaba mirarla a los ojos a pesar de la tensión, esa tensión positiva que sabía que sentían los dos.

—Puede que sea así en el territorio soberano de los Estados Unidos de América —decía Donner—, pero les recuerdo que estamos fuera de su circunscripción. Ya no nos rige su legislación. —Miró a Reed, y Mary se preguntó qué estaría pensando. Reed se le había enfrentado en todo momento y lo había desplazado como cabecilla de la expedición. Pero Donner se limitó a sacudir la cabeza y decir—: Si matan a este hombre, estarían tomándose la justicia por su mano.

—Déjese de tonterías —dijo Keseberg, con una sonrisa taimada que nadie podría tomar por amistosa—. ¿Qué hay de la ley bíblica? Ha matado a John Snyder y merece morir.

Por aborrecible que fuera Keseberg, la gente parecía escucharlo. Tenía una especie de poder sobre los demás.

En cuanto a Mary, la voz se le ahogaba en la garganta. Sentía la necesidad de

decir algo, pero se contenía por precaución.

Siempre había sido pragmática, incluso en exceso. A veces deseaba ser apasionada, exteriorizar sus convicciones sin filtros ni censura.

Quizá fueran aquellas las cualidades por las que Stanton se había sentido atraído por Tamsen.

Guardó silencio, aunque se alegró de que algunos disintieran de Keseberg.

—No pienso matar a un hombre a no ser que lo ordene un juez —dijo Milt Elliott—. No deberíamos hacer nada que pueda traernos problemas más adelante.

—Destiérrenlo —dijo Tamsen de improviso. Se oyó el murmullo de la ropa cuando la multitud se volvió hacia ella. A pesar de todo lo que había ocurrido, a pesar de que la gente la despreciaba y desconfiaba de ella, mantuvo la cabeza alta y miró a los demás a los ojos sin vacilar. En opinión de Mary, tenía un aspecto casi regio.

Algo se le agitó en el estómago al mirarla. La gente seguía teniéndole miedo; saltaba a la vista. Peggy Breen y Eleanor Eddy andaban diciendo a todos los que quisieran escucharlas que aquella mujer hacía uso de la brujería para absorber la vida de George Donner, como un súcubo. Y también estaba el asunto del incendio. Mary no daba crédito a los peores rumores, pero se daba cuenta de que, al hablar en favor de Reed, Tamsen corría un grave peligro.

Tamsen se arriesgaba y ella no.

—Juzgarlo corresponde a Dios, no a nosotros —prosiguió Tamsen—. Aquellos que piensen que es un castigo demasiado suave, recuerden que un hombre no puede sobrevivir ahí fuera por sí mismo. El destierro es, prácticamente, una sentencia de muerte.

Keseberg la miró con cara asesina, cosa que no pasó inadvertida a Mary. Después habló:

—Puede que la mayoría considerase a John Snyder un simple empleado, que solo servía para conducir los bueyes y cumplir órdenes. Pero hacía su trabajo, y estamos en deuda con él.

—Nos faltan datos —dijo Donner con el ceño fruncido—. ¿Sabemos por qué ha hecho el señor Reed lo que ha hecho? —Antes de que Keseberg pudiera contestar, lo acalló con un gesto—. ¿James?

Reed tragó saliva. Tenía el ojo tan hinchado que casi no podía abrirlo.

—Todos han visto lo que estaba haciendo, y todos saben qué clase de hombre era. Era un mentiroso que se regodeaba en destrozar vidas con sus insultos. Me

atacó y tuve que defenderme.

—No hable mal de los muertos. —Keseberg le soltó un puñetazo que lo dejó a cuatro patas.

—Era temperamental y hablaba cuando no debía —dijo Walt Herron, lo más parecido a un amigo que tenía Snyder—. Pero, como dice Keseberg, no era motivo para matarlo.

Un rumor recorrió la multitud. Mary se volvió y observó una distorsión en el gentío hasta que vio a Margaret Reed llegar al claro.

—No mate a mi James —dijo directamente a Donner, como si los demás no contaran—. Se lo suplico. —Era una mujer menuda, que además parecía enferma, pero seguía teniendo una fiereza afilada como un cuchillo—. Lo que ha hecho es terrible, no lo niego; ha matado a un hombre y merece el castigo. Pero les ruego que consideren las circunstancias, y todo lo bueno que ha hecho por la caravana.

—Vale. ¿Qué ha hecho de bueno? —dijo Keseberg—. Casi nos mata a todos en el desierto.

—Habríamos tenido que cruzar ese maldito desierto nos guiara quien nos guiara —intervino Lavinah Murphy con determinación; se había abierto paso a empujones y estaba detrás de Margaret, ligeramente a la derecha, como un soldado tras su capitán. Lavinah, madre de trece hijos y la única mujer que conducía a una familia, gozaba de respeto en el grupo, aunque hubiera murmuraciones sobre su práctica del mormonismo.

Keseberg se quedó conmocionado. Mary no estaba segura de haber visto a nadie plantarle cara, y puede que él tampoco lo hubiera visto hasta entonces.

—James nos llevó al otro lado, ¿no es así? —dijo Margaret—. No hubo bajas, aunque podríamos haber muerto todos.

Nadie protestó. Lo que decía era cierto.

—Matarlo no va a devolver a ese hombre a la vida —continuó—. Escúchenme, todos ustedes, antes de tomar su decisión. No sé por qué ha hecho James lo que ha hecho, pero les ruego que consideren su catadura y vean si pueden mostrar piedad. Yo acababa de enviudar, estaba enferma y tenía cuatro bocas que alimentar. James Reed se casó conmigo cuando nadie más lo habría hecho. Proporcionó un hogar a mis hijos; les puso un techo sobre la cabeza y comida en la mesa. Ha tratado a esos niños como si fueran suyos. Solo un hombre de extraordinaria generosidad y buen corazón sería capaz de algo así, ¿no les parece?

Mientras la escuchaba, Mary sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Se deslomó trabajando por los hijos de un hombre al que no había llegado a conocer. —Todo el cuerpo de Margaret temblaba, pero su semblante y su postura transmitían resolución—. ¿Qué clase de hombre hace eso? Se lo ruego. —Dio una vuelta al círculo, mirando a todos los hombres a los ojos—. Busquen otra forma de castigarlo, pero no le quiten la vida. No maten a mi marido.

Se hizo un prolongado silencio. Durante el discurso, Reed miraba hacia abajo, quizá temeroso, acertadamente, de que una palabra mal elegida pudiera significar su final, pero Mary lo vio pasarse la cara por la hombrera de la chaqueta y se preguntó si no estaría, él también, enjugándose las lágrimas.

Mary podía oír el silbido del viento a lo lejos. Podía oír su propio corazón martillearle la garganta, la cabeza.

Al final, Donner pronunció la sentencia:

—Se va sin nada. Ni caballo ni comida.

Fue como si a Margaret la abandonaran las fuerzas de repente. Con un gemido de conmoción, se derrumbó junto a su marido. Era imposible saber si estaba aliviada o descorazonada, pero se echó a llorar sobre él como si algo se hubiera roto en su interior.

Mientras tanto, Keseberg volvió a taladrar a Tamsen con la mirada antes de escupir en el suelo, a sus pies.

—Llévenselo antes de que lo mate yo mismo —dijo, y se marchó abriéndose paso a empujones; estuvo a punto de tirar al suelo a Lavinah Murphy.

Mary corrió hacia ellos; sabía que, si esperaba un momento más, perdería la oportunidad. Mientras Tamsen ayudaba a incorporarse a Reed, abatido, desconcertado y aún sangrando, Mary rodeó con el brazo los hombros de su esposa y la ayudó a ponerse en pie. Su mirada se cruzó con la de Tamsen y sintió que algo parecido a la comprensión fluía entre ellas. Sospechaba que Stanton, en caso de que volviera alguna vez, desaprobaría cualquier lazo que las uniera, pero, por algún motivo, la idea le resultó muy atractiva. No sabía muy bien qué quería de Stanton, pero no era su aprobación.

Después de aquella noche, cuando James Reed se perdió para siempre en la oscuridad sin una sola protesta, cosa que la alteró más que nada de lo anterior, Mary se trasladó con la familia Reed para echar una mano. Le daba lástima Margaret, ahora dos veces viuda, y le gustaba ser de utilidad.

## Capítulo 26

*Springfield (Illinois)*

*Mayo de 1840*

James Reed había recorrido todo el camino hasta el establo para recoger su caballo antes de darse cuenta de que se dejaba el sombrero nuevo. Mientras caminaba de vuelta al despacho lo visualizaba colgado de un gancho de la pared: de ala ancha, como los de los cuáqueros, confeccionado en fieltro negro y con una cinta de cuero marrón sin adornos. Podía esperar al día siguiente y volver a casa a cabeza descubierta, ya que había abandonado en la mercería el viejo sombrero descompuesto por el sudor, pero le molestaba el olvido. No era propio de él; tampoco era propio de él recorrer la ciudad sin sombrero. Molesto, se enjugó el sudor de la frente con el pañuelo, y volvió a enjugárselo dos veces más.

Sin embargo, cuando abrió la puerta del despacho se sorprendió al ver a Edward McGee, el nuevo oficinista, sentado a su mesa frente a un archivo abierto. McGee levantó la mirada.

Era él quien debería haberse sobresaltado, pero Reed se sintió como si lo hubieran pillado metiendo las narices donde no debía.

McGee tenía el pelo ondulado, muy rubio, y unos ojos oscuros de una belleza poco habitual. En aquel momento no lo miraban con expresión culpable, sino con un aire de sabérselas todas que lo hacían parecer mayor de lo que era. Tenía la nariz larga y puntiaguda, así como los pómulos y la mandíbula cincelados de los aristócratas irlandeses que Reed veía de lejos cuando era niño.

—McGee, ¿verdad? —dijo Reed mientras cerraba la puerta a sus espaldas—. Usted es el sustituto de Silas Pennypacker. —El oficinista se pasó una mano por el pelo. Reed se aclaró la garganta, incómodo, y continuó—: Parece que ha confundido mi mesa con la suya.

Una sonrisa jovial se abrió paso en el rostro de McGee y lo iluminó. Se apresuró a corregirla y volvió a mirar a Reed con expresión resabiada, como si pensara que compartían un secreto.

—Disculpe. No es lo que parece; el señor Fitzwilliams me ha enviado a buscar esto. Me ha dicho exactamente dónde estaba, y no he tocado nada más de su mesa.

—¿Y Fitzwilliams también le ha pedido que lo abra? —Reed señaló el archivo con un movimiento de cabeza.

—Quería asegurarme de que era el libro correcto —respondió McGee, mirándolo a los ojos sin pestañear—. Las cuentas pueden ser bastante liosas.

Aquel joven era incorregible y, sin lugar a dudas, mentía.

Reed sintió una punzada de alarma cuando McGee se levantó; también se sintió impresionado por su complexión robusta, por la forma en que la camisa se apretaba firmemente contra los pectorales. Irradiaba una energía, algo que Reed no conseguía identificar, que hacía que pareciera que iba a alargar la mano y tocarlo.

Reed se quedó inmóvil, a la espera.

Pero McGee se limitó a recoger su chaqueta y caminar hacia la puerta.

Por algún motivo inexplicable, Reed no podía permitir que se marchase aún. Se quedó en el sitio, bloqueándole el paso.

—¿Por qué no se sienta, señor McGee, y se toma un bourbon conmigo? A lo mejor puedo explicarle las cuentas.

McGee no se retractó de su farol, en caso de que lo hubiera sido; se quedó y se puso cómodo mientras Reed servía dos generosos vasos de la botella que guardaba en un cajón de la mesa. Se sentaron junto a la ventana; el último sol de la tarde recorría el regazo de McGee y le trazaba líneas luminosas por la mandíbula. Parecía estar siempre sonriendo, incluso mientras hablaba, y Reed se encontró con que frecuentemente perdía el hilo de sus palabras porque estaba concentrado en su boca.

El joven estuvo diciéndole cuánto le agradecía aquel trabajo, que calificaba como el negocio de los hombres de verdad, después de haber fracasado como aprendiz de actor. Al principio, a Reed le pareció una historia descabellada, quizá hasta una invención, pero cuando oyó más sobre la niñez de McGee en Nueva York, el padre distante y cruel, y la pérdida de este y de su madre por una enfermedad, empezó a mirarlo con mejores ojos. Había algo turbulento en su pasado, de eso estaba seguro; algo que no le contaba, pero Reed no intentó sonsacárselo. No le interesaban los detalles; solo la forma en que lo miraba McGee, como si fuera una luz en medio de toda aquella oscuridad. Le parecía imposible.

—Pero basta de hablar de mí —dijo McGee, aunque no parecía dispuesto a callarse—. Mis orígenes no son peores que los de cualquiera de quien hablen los periódicos. —Se echó a reír, y el sonido hizo que la imaginación de Reed alzara el vuelo. Cruzó las piernas y volvió a cruzarlas del otro lado—. Leo todos los periódicos que caen en mis manos. ¿A usted le gustan las noticias, señor Reed?

—¿A mí? —Reed miró su bourbon con el ceño fruncido; no le apetecía responder a preguntas. De nuevo se sentía desenmascarado, desnudo—. Supongo que las sigo como cualquier otro hombre de negocios.

Aquello animó a McGee a relatar una serie de anécdotas deliciosamente terroríficas que había leído hacía poco. Aún aparecían cadáveres dos semanas después de que aquel espantoso tornado asolara el camino de Natchez; los párrocos cristianos protestaban contra el estreno de alguna obra escandalosa en Filadelfia. Después le narró una historia espeluznante de un barco alemán que había quedado a la deriva en alta mar y cómo, después de que transcurrieran semanas sin que llegara el rescate, los pasajeros y la tripulación habían tenido que recurrir al canibalismo para sobrevivir. Los ojos de Edward resplandecían mientras se extendía en los detalles, describiendo cómo habían eviscerado un cadáver en un bote salvavidas, cómo habían abierto los huesos para absorber el tuétano, y Reed volvió a preguntarse si Edward se inventaba todo aquello. Pero ¿qué motivo podía tener? ¿Simplemente el de prolongar el momento? ¿Tampoco a él le apetecía abandonar la compañía mutua?

—Me preguntaba, señor McGee, si le gustaría cenar conmigo. Iba de camino a la churrasquería que hay un poco más arriba. —¿De dónde había salido aquella idea? Se dirigía a casa, para cenar con su familia; Margaret y los niños lo esperaban. Pero le parecía muy importante que no terminara aquella conversación con su joven oficinista—. Preparan un excelente cordero con jalea de menta. Tiene mi permiso para abrir los huesos y absorber el tuétano, si es su deseo. —Había hecho una especie de broma, algo tan poco habitual que él mismo se sorprendió.

También se sorprendió más adelante, al darse cuenta de que no se había acordado de coger el sombrero nuevo.

Lo inevitable empezó aquella noche, porque era cierto que Edward McGee había visto algo en él con aquellos ojos inquisitivos; había descubierto, o percibido, el secreto que ocultaba James Frazer Reed. Sabía lo que quería, probablemente desde antes de que Reed lo reconociera.

La transformación tuvo lugar mientras tomaban un brandy después de cenar;

relajado por el alcohol, Reed había bajado las defensas. Miró abiertamente al oficinista, que no apartó la mirada; en un momento, los dos echaron mano a la vez a la botella, y la del joven quedó sobre la suya. Fue muy breve, pero bastó con eso. Reed recordaría aquel contacto el resto de su vida.

Los seis meses siguientes fueron de felicidad. Reed se convirtió en una quinceañera encaprichada. Pensar que había pasado tanto tiempo sin amor...

De cara al público, su relación era estrictamente profesional. Edward era el secretario personal de Reed, y era natural, ¿verdad?, que el ayudante de un hombre lo acompañara en los viajes de negocios, en las largas comidas en el club, que se quedara a trabajar hasta tarde en la oficina. No disimulaban delante de nadie, y Reed estaba sorprendido de que nadie se diera cuenta.

Edward le había propuesto que se fugaran juntos. Podían ir a California a emprender una nueva vida. Reed podría deshacerse de todas sus responsabilidades: Margaret y su prole, el negocio, la enorme casa y los terrenos. Ciertamente era que había trabajado duro para conseguir todo aquello, pero ¿lo deseaba realmente? ¿No prefería la libertad?

Reed había sido ambicioso toda su vida, desesperado por dejar atrás la pobreza de su juventud. Pero no podía elegir la libertad. No le parecía real; la consideraba ilusoria. Tampoco se sentía capaz de dejar a su familia. Era algo que, simplemente, no podía explicar a un hombre como Edward, solo en el mundo.

«Te da miedo ser feliz —le reprochaba Edward—. No confías en mí».

Pero se equivocaba. Reed sí que confiaba en él. Demasiado. Y aquel fue el origen de todos los problemas.

Reed había sido incapaz de ver lo que sucedería en los años venideros, las frustraciones graduales que surgirían entre ellos. Los celos dolorosos e incontrolables, la sospecha de que Edward había trasladado sus afectos a otros hombres. Tampoco sabía lo de las cuentas; faltaban años para que Fitzwilliams empezara a señalarle las irregularidades, insistiendo en que solo había una explicación posible: McGee había estado robándoles, solapada y continuamente, durante años.

¿Cómo podía haber sabido que más adelante, cuando se enfrentara a McGee, este amenazaría con revelar al mundo entero lo que había sucedido entre ellos y le exigiría dinero a cambio de guardar silencio? Una suma considerable de




entrada y, por añadidura, un importe anual. La coacción de McGee acabaría amenazando con arruinarlo, hasta que no le quedó más solución que huir de Springfield.

¿Cómo podía haber sabido que el plan de Donner de viajar al Oeste acabaría por ser su salvación?

No podía haberlo sabido, por supuesto. No podía haber sabido nada de aquello. Y quizá no hubiera cambiado nada de todas formas, porque la sonrisa ladeada de Edward le había atrapado el corazón como un anzuelo. La soledad de los ojos oscuros del joven era real; de eso estaba seguro. Reflejaba la suya propia, creando una atracción que lo dejaba desvalido. El contacto de Edward le había dado la vida. No podía evitarlo. Ocurriría lo que tuviera que ocurrir.





OCTUBRE DE 1846

## Capítulo 27

Al principio, cuando Mary Graves vio de lejos al jinete, lo tomó por una sombra alargada. El día anterior habían salido de la árida cuenca; los últimos ciento cincuenta kilómetros habían sido un ascenso interminable, hasta que frente a ellos se extendió un valle lleno de flores silvestres y paja brava, donde predominaban el verde claro y un agradable aroma. Mary estuvo a punto de echarse a llorar. Había pinos, que podían cortar para conseguir leña, y un río poco profundo pero ancho, que reflejaba la luz del sol.

Mary se quedó mirando mientras la sombra se hacía más larga y se materializaba en el horizonte: un caballo castaño o alazán, del color de la yegua de Charles Stanton.

Su padre, que guiaba a los bueyes con una vara, levantó la cabeza y se puso la mano de visera.

—Vuelve —fue todo lo que dijo.

Stanton iba acompañado de dos jóvenes indios llamados Salvador y Luis. Los Murphy, los Graves, los Reed y los Foster se arremolinaron a su alrededor; las otras familias, que iban por delante en la caravana, se detuvieron. Los niños acudieron corriendo al oír las risas y los gritos de alegría, mientras Stanton abría los paquetes, un sonido que ya no se oía mucho en la expedición. Stanton sonreía a todos e intentaba convencerlos para que cogiesen las provisiones con más calma.

Sin embargo, Mary, que había empezado a soñar con su regreso, a dejar de pensar en él como en una especie de salvador o un hombre misterioso y considerarlo, con más realismo, una persona, quizá la única en la que podía confiar... Mary, que tantas veces había escrutado el horizonte al ver un espejismo y sentía que el corazón le daba un vuelco al pensar que podía ser él, se encontró con que la timidez la vencía e, incapaz de acercársele, se quedó rezagada.

—Todos estamos muriéndonos de hambre —dijo sin rodeos Bill Foster, un yerno de Lavinah. Pero tenía que ser evidente. Mary lo veía, igual que Stanton debía de verlo: un espantapájaros de ropa demasiado holgada, con la camisa

colgando alrededor de la cintura, unos brazos como palillos y el pantalón sujeto con una cuerda.

—He hablado con los Breen y los Eddy, más adelante, y me han explicado lo mal que están las cosas —dijo Stanton—. Pero vuelvo con bastante para aguantar una temporada.

—Espero que haya traído panceta ahumada —dijo el hermanito de Mary, corriendo hacia él—. Llevamos semanas sin probarla. —Franklin, con solo cinco años, estaba tan demacrado que parecía un anciano minúsculo.

—Deberíamos celebrar una fiesta —dijo Virginia Reed con un brillo febril en los ojos—, como cuando se separaron las caravanas.

Los niños se habían convertido en extraños insectos hostigadores, que zumbaban y revoloteaban con la mirada muy fija.

—¿Y mi Will? —Amanda McCutcheon se abrió paso a través de la multitud—. ¿No va con usted?

A Mary se le detuvo el corazón. Estaba tan emocionada que ni siquiera había reparado en la ausencia de McCutcheon. Dudaba que los demás se hubieran fijado; tenían demasiada hambre para pensar en nada más.

—Se puso enfermo por el camino —dijo Stanton con voz tranquila—. Pero no se preocupe; llegó al fuerte Sutter y se ha quedado a descansar. Los espera allí.

—¿Enfermo? Tendría que estar muy mal para no volver con nosotros...

—Dice el médico que se recuperará. Como el tiempo empezaba a cambiar, no quise seguir esperando.

El tiempo empezaba a cambiar. Curioso; Mary no se había fijado hasta que él lo mencionó. Había sido cosa de pocos días. Hasta las tórridas tardes eran menos sofocantes; tras el ocaso, las noches eran más largas y menos calurosas.

Aquello significaba que el invierno no andaba muy lejos.

Dos días antes se había quedado hasta tarde con su hermano William. Tumbados de espaldas en la hierba fresca, se dedicaron a mirar las estrellas, uno de sus pasatiempos favoritos cuando estaban en Springfield. El amplio cielo negro, la inmensidad que normalmente la llenaba de optimismo, la hizo sentir frágil e insignificante aquella noche. A lo largo de los últimos meses, la naturaleza les había enseñado lo desprotegidos que estaban. Su hermano debió de tener la misma impresión, porque le preguntó si creía que iban a morir.

Aquella pregunta rondaba por la cabeza a todo el mundo, por lo que no se sorprendió, pero sí se encolerizó. No por la injusticia que entrañaba, ya que

entendía que la vida es profundamente injusta y, en honor a la verdad, nunca había esperado lo contrario, sino por la facilidad con que el miedo y la desesperanza se habían adueñado del grupo. Mary creía en ciertas verdades fundamentales, y una de ellas era la perseverancia de la vida, la increíble fuerza que nos impulsa a todos a seguir adelante, prosperar, mejorar y, a la hora de la verdad, hacer el bien.

Cuando el gentío se apartó, caminó hacia Stanton con determinación renovada, a pesar de que él no había mirado ni una vez en su dirección.

—Has vuelto por nosotros —dijo en voz baja, acallada por el murmullo de la multitud, de modo que nadie más pudo oírla.

—Dije que volvería, ¿no? —Stanton sonrió, cansado, mientras se ponía a desaparecer a la mula más cercana.

¿La habría olvidado durante las semanas que había pasado fuera? O, peor aún, ¿la creería responsable de la inquina generalizada hacia Tamsen? A fin de cuentas, fue ella quien guio a todo el mundo al lugar donde había muerto Halloran. Si pensaba semejante cosa, no podía culparlo, pero tendría que poner los puntos sobre las íes. Porque quería su favor, no porque lo necesitara.

La pena era que no parecía que fuera a darle la oportunidad, lo que, por supuesto, le hizo desear a Mary con más fuerza.

Tras mirarla tan solo de reojo, Stanton le dio la espalda para dirigirse al grupo.

—Si todo el mundo está listo, podemos distribuir el resto de estas provisiones. No se atropellen ni discutan; todo está ordenado según el dinero que puso cada uno. Empecemos por los Murphy...

Aquel día, la caravana se detuvo antes que de costumbre. Todo el mundo estaba deseoso de comer en condiciones por primera vez en varias semanas, de celebrar su salvación. Mary no estaba de humor para celebraciones; antes tenía algo que decir. Mantenía vigilado a Stanton, con la esperanza de pillarlo a solas unos minutos, pero estaba rodeado continuamente de miembros de la caravana deseosos de informarse sobre la ruta que tenían por delante o sobre el fuerte Sutter, convertido a aquellas alturas en un destino tan elusivo y quimérico como el cielo. No sabía a ciencia cierta si estaba tremendamente atareado o la evitaba.

Pero no pensaba darse por vencida; simplemente, iba contra su naturaleza. Su padre la había llamado cabezota más veces de las que podía contar, y tal vez en

aquello no se equivocase.

De modo que esperó a un lado, tras los que felicitaban a Stanton y los curiosos. Tendría paciencia. Al final, él la vio, se agachó a decir algo a los dos miwok y fue a su encuentro.

—¿Puede hablar conmigo, señor Stanton? —Su propia voz le sonó aguda y nerviosa.

Stanton se limitó a asentir.

Se pusieron a caminar codo con codo, y Mary tenía la impresión de que estaba ardiendo. El alivio y el terror la atenazaban. Había rezado por que Stanton volviera, por que le diera ocasión de arreglar las cosas entre ellos, y ahora que lo tenía al lado, no sabía qué decirle.

—Temía... —Se interrumpió, abrumada—. Temía no volver a verlo nunca.

—Quizá hubiera sido lo mejor —replicó Stanton con dureza. Mary se echó hacia atrás como si la hubiera abofeteado.

—¿De verdad me odia tanto?

—Mary... —Su voz se suavizó.

—No entiendo por qué —se defendió—. Ni siquiera me ha dado la oportunidad de explicárselo. No hemos hablado desde...

—No tiene nada que explicarme; ni a mí ni a nadie. No la odio en absoluto. —Una amplia sonrisa apareció en su rostro, aunque se esforzó por dominarla.

Mary pensó que debía de estar soñando. Quizá la hubieran vencido el hambre y el agotamiento, porque no lograba comprender sus palabras.

—Si no me odia, ¿por qué ha estado evitándome? —insistió—. ¿Por qué dice que quizá hubiera sido lo mejor que no volviéramos a vernos? Me temo que no lo entiendo, señor Stanton, o que usted no se entiende a sí mismo.

—Lo último es lo más probable. —La sonrisa se redujo; parecía algo turbado—. Verá: no es que la odie, sino que me temo que me gusta bastante. Si insiste en saberlo, por eso la evito, pero no quiero que piense mal de mí.

—¿Pensar mal de usted? —Le tocó el turno de sonreír—. He pensado en pocas cosas que no fueran usted, pero ninguno de esos pensamientos fue malo. —Sorprendida de su propia osadía, tuvo la tentación de taparse la boca para evitar echarse a reír.

Pero Stanton le tomó la delantera, y su carcajada sonó rápida, libre y transparente como el agua sobre las piedras del arroyo. Mary quería adentrarse en esa risa, nadar, bañarse y chapotear en ella, beberla y sentirse limpia.

—Bueno, es un alivio —dijo Stanton, aunque era ella quien se sentía aliviada,

hasta el punto de marearse un poco.

Aquella sensación era increíble. La respuesta le llegó con nitidez: aquel hombre, Charles Stanton, que había ocupado todos sus pensamientos sin que se diera cuenta, era el hombre para ella. La persona para ella. Lo supo en aquel momento, repentina y definitivamente, como si estuviera escrito, como si su vida se hubiera dirigido allí desde el principio. Ella, Mary Graves, la seria, práctica y siempre paciente Mary Graves, estaba estúpida y felizmente enamorada de Charles Stanton.

Tan segura estaba que pensó que la verdad debía saberse. Tenía que decírselo. Pronto. Muy pronto. Pero no en aquel momento; aún no.

A fin de cuentas, desde que se conocieron habían pasado tanto tiempo separados como juntos. Esperaría a expresar sus sentimientos, al menos hasta que lo segundo sobrepasara lo primero. Le parecía lo correcto y quería hacer bien las cosas, en aquella ocasión más que nunca.

Mientras paseaban junto al agua, reconfortados por el calor del sol en los hombros, empezó a ponerlo al día de lo ocurrido durante su ausencia. Le contó lo de la muerte de Snyder y el destierro de Reed. Stanton quedó conmocionado; confiaba en Reed, y le daba miedo lo deprisa que podían cambiar las lealtades del grupo.

También le habló de otras cosas. El señor Hardkoop, el viejo belga, había enfermado y se había quedado atrás, y después Jacob Wolfinger intentó volver a por él y no regresó. Le habló del llanto quedo de Doris Wolfinger, que pareció impregnar el aire durante varias noches a partir de aquello, como si fuera dándose cuenta gradualmente de que su marido había desaparecido para siempre.

—No sé cómo interpretar todo lo que nos ha pasado —dijo Mary con sinceridad, abrumada por el peso de lo que relataba—. Ya no sé quién es bueno y quién es malo. En Springfield parecía tan fácil... Pero ninguna de esas buenas personas levantó un dedo para ayudar al pobre señor Hardkoop cuando Lewis Keseberg lo expulsó, ni volvió en busca del señor Wolfinger cuando desapareció. Es como si todos mirasen solo por sí mismos. Todo el mundo llama mentirosa a Tamsen por hablar de aquellos misteriosos hombres que la atacaron en la cuenca. Hasta los que confiaban en ella la desprecian ahora, pero la vi cuando volvió del incendio, y no sé por qué iba a inventarse algo así.

—A Tamsen le gusta llamar la atención, pero para que la aprecien, no lo contrario. Tiene razón; es muy raro.

—Y luego, lo del señor Reed... —continuó Mary, por no seguir hablando de



Tamsen y sus desconcertantes relatos—. No lo creo capaz de matar a un hombre a sangre fría.

—También tiene razón en eso. No parece propio del hombre al que conocí. — La voz de Stanton era dura, distante.

—Es que no tiene ni pies ni cabeza. —Perdió la vista en el soleado horizonte—. Por eso me alegro de que haya vuelto, señor Stanton; es uno de los muchos motivos. —Se sonrojó—. Siempre demuestra sentido común. Me siento a salvo cuando está cerca.

Stanton pareció retraerse. Fue algo sutil, pero Mary tuvo la impresión de que volvía a abrirse un espacio entre ellos. Él se acercó al río para evitar que sus codos se rozaran, y Mary sintió un frío que no tenía nada que ver con el cambio de tiempo.

—No sé por qué ha confiado en mí, Mary, una y otra vez. Me alegro, por supuesto, pero debe saber que no lo merezco. —Había dejado de caminar y tenía la vista clavada en el río.

—Hiciera lo que hiciera, ocurriera lo que ocurriera en su pasado, no puede ser tan malo como imagina. —Le rozó el brazo con delicadeza—. Ya ha expiado su pecado; lo veo en usted, en la forma en que carga con el peso. Debería perdonarse. —Lo dijo porque estaba convencida; la Biblia enseña a perdonar a los demás para que Dios pueda perdonarlos a todos.

Durante un momento le pareció que Stanton iba a echarse a llorar, pero se limitó a vaciarse los pulmones y pasarse una mano por el pelo.

—No puedo perdonarme. Sería como volver a dejarla morir. Tengo sueños en los que, de nuevo, no puedo salvarla; todas las noches vuelvo a verla ahogarse.

Mary contuvo el aliento. Sabía que hablaba de la joven de la que había estado enamorado, y a la que había dejado cuando estaba embarazada.

—Tenía intención de casarme con ella, ¿sabe? Había acudido a proponérselo ese preciso día. —Apretó los puños y estiró las manos; Mary vio que tenía los nudillos blancos. Después se volvió hacia ella, como si esperase que protestara.

—Entonces no fue culpa suya —dijo Mary, aunque se daba cuenta de que no le llegaban sus palabras. Según su padre, la pobre chica se había matado porque Stanton la había abandonado, pero quizá el motivo hubiera sido muy distinto. El hombre, el joven al que describía su padre, no se parecía en nada a Stanton. Le parecía absurdo haber dudado de él aunque fuera un minuto.

La sombra de una nube solitaria, muy alta, cubrió el paisaje delante de ellos. Era una señal, como la mano de Dios que tocaba el valle.

Caminaron lentamente unos cuantos minutos más, escuchando el suave fluir del arroyo y los sonidos lejanos del campamento. Stanton le apretó la mano y a ella le gustó la sensación, la fuerza de sus dedos. Una fuerza por la que podía dejarse llevar.

—Hay otra cosa, aparte de su pérdida y de la horrible muerte que tuvo, que me acosa.

Mary esperó a que continuara.

—Cuando pasó todo aquello no tenía dinero ni ningún sitio al que ir. Mi reputación estaba destrozada y hasta mi familia me volvió la espalda, debe entenderlo, pero sigue sin ser excusa para... —Se interrumpió y miró el sol con los ojos entrecerrados. Mary se había fijado en que cada vez se ponía antes, y se estremeció al pensar que se acercaba el otoño y les quedaba poco tiempo.

—Sin ser excusa para... —dijo Mary; temía oírlo, pero lo necesitaba; necesitaba entenderlo, conocerlo, y sentía que Stanton necesitaba que ella lo conociera.

—Para haber aceptado su ayuda.

—¿La de quién?

Stanton suspiró antes de responder.

—El padre de Lydia me dio el dinero con el que pude dar comienzo a mi vida. Me pagaba para que me marchase, para dejar atrás aquella tragedia. Con su dinero llegué hasta Virginia, y cuando me harté del bufete de abogados me fui a la guerra, en Texas. Pero entonces me encontré con que seguía sin tener nada a lo que volver, ningún lugar en el que empezar. Con lo que me quedaba de aquella... limosna... —Pareció atragantarse con la palabra, pero continuó—: Con lo que me quedaba monté una tienda en Springfield. Pensé que enterraba el pasado al gastar el último dinero de Knox, pero no fue así. Knox atravesaba una mala racha y me pidió que le devolviera mi deuda. Me lo exigía, y... Bueno... No pude decirle que no.

Mary tuvo un escalofrío; empezaba a anochecer y quería rogarle que dejara de hablar. No necesitaba oír nada más. Sabía que los hombres podían realizar actos desesperados por dinero; su propia familia lo había intentado todo para cambiar sus circunstancias. Siempre había sido ella la encargada de velar por todos y, aunque no le gustaba, lo entendía.

—¿No quiere saber por qué no pude decirle que no? —La voz de Stanton era grave, gutural.

—Se sentía culpable. Le habría pasado a cualquiera. —Un ave los sobrevoló.

Mary no pudo identificarla en la penumbra plateada.

—Pero era culpable, ¿no lo ve? No del suicidio de Lydia, sino de otras cosas. Knox sabía... Había descubierto las aventuras que tuve después de aquello.

*Aventuras.* Mary sintió que se le encendía el rostro, y retiró la mano de la de Stanton. De modo que el padre de Lydia lo había chantajeado.

Aquello significaba que sus indiscreciones, fueran las que fueran, habían sido descuidadas y numerosas.

—Sabía que Donner era un viejo amigo de Knox, y que tenían negocios juntos —continuó Stanton—. De hecho, es probable que fuera el informante de Knox. Pero cuando me enteré de que los Donner se dirigían al Oeste, lo vendí todo para unirme a ellos. Odiaba a George Donner, pero a Knox lo odiaba más. Necesitaba una vía de escape. —Se pasó la mano por el pelo—. Pero ya he aprendido que no es posible huir del pasado.

Mary contuvo el aliento. No tenía ni idea de qué decirle, de cómo mitigar aquel dolor, el pesar y la vergüenza que había acarreado durante tantos años. Había creído entender la turbación de Charles Stanton, pero empezaba a darse cuenta de que los secretos de su pasado se acumulaban capa tras capa, se plegaban sobre sí mismos y se desplegaban hacia el futuro.

La miró dolorido, aunque tal vez con un leve brillo de esperanza.

—Por eso intentaba evitarla. Por su propio bien. No soy digno de su confianza. Usted merece a alguien mejor que yo.

Quizá estuviera en lo cierto. Quizá no debiera confiar en él. Quizá no la mereciera, después de todo. Aunque ¿no merecían todos los hombres una segunda oportunidad?

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó Mary en voz baja, incapaz de mirarlo a los ojos. Sentía en la lengua la osadía de haberlo tuteado.

—No puedes —respondió él, abatido—. ¿No lo ves? Mi corazón murió hace mucho, congelado en aquel río. No queda en mí nada que rescatar.

Pero Mary no estaba dispuesta a dejarse amilanar por unas palabras melancólicas. Volvió a cogerle la mano y, aunque él no la miraba, le besó los nudillos.

—No lo creo.

Aquellas palabras eran una promesa.

Había pensado que quería amar a Stanton, no salvarlo, pero en aquel momento se daba cuenta de que las dos cosas eran una y la misma.

Aun así, mientras se alejaba de él recordó que había una persona a la que ya

no se podía salvar. Aquella noche rezó en silencio por Lydia, por la belleza congelada para siempre, y por el niño no nacido que llevaba en el vientre y que jamás vería la luz.

## Capítulo 28

El calor del principio del otoño se había disipado por fin, liberando los refrescantes vientos del norte que limpiaban las sábanas y las cubiertas de las carretas, insuflando energías renovadas a la expedición. Stanton los había encontrado y había distribuido los víveres. Tamsen debería sentirse mejor. Por aquella época, los demás solo la miraban fugazmente, con una especie de repugnancia encendida, pero podía con ello. No le importaban el ostracismo ni el odio, mientras tuviera a sus niñas.

Deberían haber remitido las horribles pesadillas llenas de hombres de piel cuarteada e inhumana que ardían vivos, o con el encantador Halloran convertido en un ser hediondo y monstruoso que la retenía, hambriento de ella. Sin embargo, ahí seguían. No sabía qué creer, si la amenaza que había presenciado, las sombras que reptaban y bailaban, era real o el producto de una mente consumida por un terrible secreto, algo casi tan espantoso como las criaturas que le parecía haber visto.

Desde luego, no podía confiar en que Elitha, que se ponía a parlotear sobre las voces de los muertos en cuanto la escuchaban, y las pequeñas respaldaran sus afirmaciones. No sabían qué habían visto; todo había sido una bruma de movimientos y pánico que acabó en una erupción de llamas.

El aire la reconfortaba, pero a la vez la inquietaba; era la euforia de un jugador borracho que se apostaba la última moneda. La esperanza, Tamsen era consciente de ello, podía ser muy peligrosa, sobre todo en manos desesperadas.

Sierra Nevada, que ya abría los brazos a las primeras tentaciones del invierno, se cernía ante ellos, con sus laderas llenas de verde y morado y sus cimas rematadas de blanco. No dejaba de sorprenderse ante la forma en que los demás parecían no ver lo evidente: que las montañas, como casi todas las cosas bellas de este mundo, eran mortales.

Aquella noche se esforzaba por captar todos los sonidos. Estaba dando tumbos frenéticos bajo su colcha de bodas, tumbada en el duro suelo, en un tenso duermevela, cuando oyó hablar a gritos cerca de la tienda. Sacudió el hombro de

George, y mientras buscaba la bata se preguntó cómo podía dormir tan profundamente. George se puso en pie dando tumbos cuando ella ya salía.

Para su sorpresa, encontró a Charlie Burger, el arriero que custodiaba su tienda, luchando en el suelo con William Pike, el yerno de Lavinah Murphy. Tamsen estaba nerviosa por viajar con mormones, ya que había leído en los periódicos crónicas sobre su lucha por el poder en localidades de Misuri e incluso en Nauvoo, en Illinois, no muy lejos de Springfield. Pero los miembros del clan Murphy eran afables y educados, y tampoco habían intentado convertir a nadie. William Pike, el ingeniero de barcos fluviales casado con una hija de Lavinah, era una de las últimas personas a las que Tamsen esperaba ver robando, pero ¿cómo podía explicar, si no, que estuviera junto a su tienda en plena noche? ¿Tendría algo que ver con los suministros? Todo el mundo estaba paranoico con las raciones.

Sin embargo, cuando Pike vio a Tamsen, se deshizo de Burger y se lanzó contra ella. Burger acababa de conseguir sujetarlo cuando un escupitajo cálido aterrizó en la mejilla de Tamsen.

—¿Dónde está? ¿Qué ha hecho con él? —le gritó.

Tamsen lo habría tomado por borracho si no supiera que era imposible. Tenía el pelo alborotado, y la cara, congestionada y llena de lágrimas. Aquella escena no tenía ni pies ni cabeza. Se dio cuenta de que Murphy no tenía ningún motivo para robar comida; todo el mundo sabía que aún tenían la despensa bien repleta, en comparación con otras. Y le gritaba como si fuera ella quien le había robado algo.

—¿De qué demonios habla? —preguntó George, frotándose los ojos con los puños. Jacob, el hermano de George, y Betsy, la mujer de este, salían de su tienda, y Betsy susurraba a algún niño que volviera a la cama.

Pike consiguió zafarse de Burger y se lanzó hacia Tamsen por segunda vez, intentando afianzar los pies en la arena.

—¡Sé que lo ha hecho desaparecer con sus malas artes, como a los demás!

—¿Ya estamos con esas tonterías? —murmuró Jacob.

—Dios nos castiga por llevarla entre nosotros. —Pike se debatió y logró liberar el brazo derecho; empezó a buscarse el bolsillo—. «No dejarás con vida a una hechicera», ¡es lo que dice la Biblia!

Sacó su pequeña pistola de cañón corto y la apuntó con ella.

Lo siguiente que supo Tamsen fue que estaba tirada en el suelo, con la boca llena de tierra. «Tiene que haberme pegado un tiro», pensó, aunque no sentía

dolor. Su marido estaba sobre ella. Lentamente, recordó lo ocurrido: George la había empujado para apartarla y se había enfrentado a Pike, desarmado y en camisa de dormir. Un estremecimiento la alertó de lo que estaba pasando: la habían atacado, y su marido había salido en su defensa sin dudarlo, olvidando la habitual apatía.

No era la primera vez que la atacaban, por supuesto, pero hasta entonces solo había sido verbalmente, con miradas cargadas de sospecha y murmuraciones ásperas. Nadie había llegado tan lejos, y estaba conmocionada.

Pike aún tenía la pistola en la mano, pero no había disparado, y parecía desconcertado, parpadeando ante lo que acababa de ocurrir, pero antes de que nadie pudiera hablar, sonó un disparo: Charlie Burger le había pegado un tiro por la espalda.

Una expresión de absoluto estupor asomó al rostro de Pike mientras caía de rodillas. Una mancha roja se le extendía por la pechera de la camisa, desde el lugar por donde había salido la bala.

Tamsen contuvo el aliento y se incorporó con esfuerzo. Las niñas estaban despiertas y llorando.

—¡Quedaos dentro! —gritó cuando un par de caritas asomaron por la puerta de la tienda.

—¿Qué demonios...? —rugió Jacob simultáneamente; los dos Donner corrieron hacia Pike y lo tumbaron de espaldas. El joven tenía los ojos vidriosos, y miraba el cielo nocturno sin verlo.

Tamsen oyó que otros salían a toda prisa de sus tiendas, alarmados por el disparo. De un momento a otro se habría formado una multitud furiosa, que gritaría más acusaciones. Mientras tanto, William Pike, con movimientos inconexos, intentaba llegar con la mano al bolsillo del pantalón. ¿Qué buscaría tan desesperadamente? ¿Otra pistola? ¿Estaba decidido a matarla aunque fuera con su último aliento?

Miró, paralizada, mientras se introducía la mano en el bolsillo... y sacaba un rosario. Cuentas de madera ensartadas en un cordel, tan usadas que habían perdido el barniz. De modo que había seguido siendo católico de corazón, a pesar de vivir con la familia estrictamente mormona de Lavinah. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando Tamsen se lo puso en la mano y le cerró el puño alrededor.

—Espero que Lavinah me perdone —acertó a decir Pike mientras se llevaba el rosario al pecho.

Después quedó inmóvil.

Tamsen siguió en cuclillas, mareada. ¿Qué podía haber impulsado a aquel hombre a ir en su busca? No parecía capaz de pegar un tiro a otra persona mientras dormía. Se limpió la saliva de la cara, y cuando alzó la vista vio que Mary Graves, algo más adelantada que el resto de la gente, la miraba estupefacta.

Harriet Pike, la mujer de William, se abrió paso entre los curiosos, seguida de cerca por Lavinah, su madre. Las dos mujeres se arrodillaron junto al cadáver; Harriet lo sacudía por el frontal de la camisa, como si aquello pudiera devolverlo a la vida.

—¡William! ¿Qué has hecho? —gritaba con voz descarnada, como si hubiera bebido lejía.

Lavinah la rodeó con los brazos para tranquilizarla, pero seguía temblando.

—Su niño ha desaparecido —dijo Lavinah a George, aferrando fuertemente los brazos de Harriet, que se lamentaba en voz tan alta que resultaba difícil oír hablar a su madre—. William se ha despertado en plena noche y se ha encontrado con que no estaba. Se le había metido en la cabeza que era obra de su mujer. —Miró a Tamsen—. Intentamos hacerlo recapacitar, pero no había manera de convencerlo. Creíamos que había salido a buscar al chico; no teníamos ni idea de que vendría aquí.

—Ha desaparecido un niño... —balbuceó George, como si saliera del estupor.

—Henry, mi nieto. Solo tiene un año —dijo Lavinah, luchando contra las lágrimas.

—He encontrado esto. —Harriet se sacó algo del bolsillo y lo mostró en la mano abierta, para que todos pudieran verlo. Tamsen lo reconoció de inmediato: era uno de los amuletos protectores que había dado a sus hijas. Un amuleto de buena suerte. Le parecía ridículo que un objeto primitivo e inofensivo suscitara tantos miedos y sospechas. Además, no demostraba su culpabilidad; se le podía haber caído a una de sus hijas del bolsillo, pero no se atrevió a decirlo porque no quería meter a las niñas en aquello.

—No niegue que es suyo —añadió Harriet, blandiéndolo en su dirección.

Tamsen guardó silencio. Cualquier palabra podía condenarla.

Para su sorpresa, Mary Graves sobresalió de la multitud con aire indignado.

—Qué tontería. ¿Cómo demuestra eso que la señora Donner haya tenido nada que ver con la desaparición de su hijo? Cualquiera podría haberlo dejado ahí. Alguien que la odiara, por ejemplo. —Tamsen vio que Peggy Breen y Eleanor



Eddy se encogían ante la insinuación.

—Ya basta. —De pronto, Franklin Graves estaba al lado de su hija y la zarandeaba brutalmente para hacerla callar.

Pero Charles Stanton, alto, fuerte y decidido, sujetó a Mary por el brazo. Tamsen sintió una punzada al verlo; saltaba a la vista que Mary lo tenía encandilado. Ya lo había perdido del todo, era de aquella chica; aunque sabía que no podía estar con él, le dolió darse cuenta.

—Con todos mis respetos, señor Graves —dijo Stanton—, no debería tratar así a su hija. Lo que dice es razonable; más razonable que nada de lo que haya dicho nadie hasta el momento.

Franklin Graves lo miró con auténtico odio.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? Debería...

Pero antes de que la discusión pasara a mayores, George se situó delante de Tamsen e interrumpió a Graves.

—Escúchenme todos, por favor. Se equivoca, señor Pike; puedo asegurarle que mi mujer ha estado toda la noche conmigo, en nuestra tienda. No podría haber dejado eso en su campamento, tiene mi palabra. Tenemos que concentrarnos en encontrar al niño.

—Usted no —dijo Franklin Graves—. A usted, ni se le ocurra. Nos deshicimos de Reed cuando se le subió el poder a la cabeza, y parece que usted va a ser el siguiente. No podemos permitir que haya asesinos entre nosotros y no nos importe el motivo.

George sacó pecho, hinchándose como un pavo. Tamsen le había visto hacer aquello cuando se disponía a echar una reprimenda a un criado o ponía en su sitio al idiota del párroco de Springfield.

—¡Menuda estupidez! —Su voz se alzó sobre la multitud; no había sonado tan seguro en varios meses—. No voy a malgastar aliento defendiendo a Tamsen; ya lo he hecho en muchas ocasiones. En cuanto a William Pike... —Hizo una pausa y se acercó al cadáver, sobre el que su mujer seguía llorando; tragó saliva y miró a su alrededor—. Pike era un buen hombre, pero lo impulsaba el miedo. Esto es lo que ocurre cuando nos dejamos guiar por los temores. Siento lo ocurrido, pero jamás pediré perdón por haber protegido a mi mujer.

Charles Stanton dio un paso al frente.

—Se ha perdido un niño, y no podemos seguir gritando y deliberando hasta que aparezca.

Pero todos reaccionaron poniéndose a hablar a la vez: Peggy Breen

farfullaba, rabiosa; Patrick Breen saltaba en defensa de su esposa; Jacob Donner se interponía entre los Breen y su hermano; Harriet Pike seguía gimiendo abrazada a su marido muerto. Al fin, Franklin Graves volvió a imponer el silencio, apuntando a George Donner con el dedo.

—¡Ya basta! Me atrevo a afirmar que hablo en nombre de todos cuando digo que estoy harto de ustedes. De todos los Donner, con su dinero y su arrogancia, ¡y ahora esto! Se creen que son mejores que los demás, y ha muerto otro hombre. ¿Puedo preguntarle quién será el siguiente? —La multitud escuchaba a Graves en silencio, y un estremecimiento de miedo recorrió a Tamsen—. ¡Ya he tenido bastante! A partir de ahora, quédense entre ustedes si saben lo que les conviene. —Trazó una línea en el aire, como si estuviera cortando cualquier relación entre ellos.

Durante un momento, George Donner pareció horrorizado; el color le abandonó la cara cuando se dio cuenta de lo que aquello significaba. Tamsen ya lo sabía. Los Donner serían unos parias para el resto de la caravana; tendrían que arreglárselas por sí mismos, igual que Reed, y todo era culpa de Tamsen. Pero se rehizo rápidamente y rodeó los hombros de su esposa con el brazo, en ademán protector.

—Pues así sea —dijo, y dio la espalda al gentío.

*No vayáis. Es una sentencia de muerte.* Aquellas palabras resonaban en la cabeza de Tamsen, pero no sabía muy bien a quiénes iban dirigidas, si a los hombres dispuestos a adentrarse en la oscuridad en busca del niño perdido o a su propia familia.

Porque si las criaturas que había visto anteriormente, los hombres que la habían rodeado en la cuenca, eran reales, si seguían ahí fuera, estarían acechando como lobos esperando a que la expedición hiciera precisamente eso: dividirse en grupos cada vez más pequeños, con lo que absolutamente todos quedarían más expuestos. Su familia y ella no estaban a salvo con aquel grupo que los odiaba, pero tampoco estaban más seguros sin él.

Aun así, guardó silencio. Porque quizá se equivocara. Porque incluso aunque estuviera en lo cierto, nadie la creería jamás: una bruja que hablaba de invenciones fantásticas. Hasta a ella le sonaba absurdo, una extraña pesadilla, un truco encaminado a asustar y manipular. Y ¿qué castigo idearían para ella en tal caso?

Así pues, la caravana continuó su recorrido; los Donner alejaban sus carretas cada vez más del resto, tal como habían prometido. Era un alivio estar al fin lejos de los Murphy y del insoportable dolor de Harriet Pike. Al cabo de unos días, la distancia había crecido tanto que lo único que veían de la expedición eran las huellas en la tierra.

Tamsen intentaba impedir que la preocupación la consumiera. Después de la aridez de la Gran Cuenca, era una maravilla viajar por las praderas de la montaña, aunque fuera en un grupo reducido. Los rodeaban señales de vida; crecía gran cantidad de alisos y pinos junto a un arroyo serpenteante. Había bastante hierba para dar de comer a los bueyes. Pero a pesar de tanta serenidad y belleza, Tamsen no podía sacudirse la intranquilidad que se le había asentado en el pecho. Escuchaba atentamente cualquier crujido en la maleza; escrutaba los árboles en busca de movimiento, y cada vez estaba más convencida de que las criaturas que había visto en el desierto estaban allí fuera y los observaban.

Los Donner iban solos, por supuesto, siguiendo un riachuelo que habían empezado a llamar Alder Creek, «el Alisar», por la gran cantidad de alisos que crecían en sus orillas. El resto de la expedición levantaba una nube de polvo varios kilómetros por delante.

—Maldición —murmuró George Donner entre dientes. Estaba tumbado en el suelo, examinando los bajos de la carreta.

—Es demasiado para nosotros dos —dijo su hermano Jacob, agachándose a su lado.

—Tonterías —dijo George—. Podemos arreglarlo tú y yo, con ayuda de Burger, naturalmente.

Tamsen miró a su marido y después a su cuñado. George se había obstinado, pero era imposible que pudiera reparar por su cuenta el eje de la carreta. Tan solo una semana atrás habían tenido un problema con los frenos: las zapatas se pegaban a las ruedas traseras misteriosamente, aunque nadie accionara la palanca. George estaba tan desorientado que tuvo que contratar a William Eddy para que lo reparase.

Tamsen sabía cuáles eran las habilidades de su marido y cuáles no lo eran.

—George —le dijo en voz baja—, no es momento para el orgullo. Pero no sabía por qué lo había dicho. Él la había protegido. Por eso fue por lo que ahora estaban separados de los demás.

—Podríamos mandar a un par de hombres en busca de ayuda —dijo Jacob—. El resto del grupo tiene que parar en algún sitio a pasar la noche. —Miró hacia el

cielo, que ya iba oscureciendo.

Tamsen sabía que era demasiado temprano para detenerse; amenazaba tormenta. Hasta parecía que iba a nevar, a pesar de que tan solo estaban a principios de octubre. Una vez más, el pánico se agitó en su interior como una serpiente dormida.

—No... —empezó a decir George, y gruñó mientras intentaba ajustar algo que Tamsen no veía—. No los necesitamos.

Jacob suspiró y se volvió hacia Charles Burger, que había seguido con ellos.

—Vamos al menos a buscar a Eddy —dijo con calma—. Después de lo generosos que hemos sido con su familia, está en deuda con nosotros. Creo que hay que cambiar el eje, y el que mejor sabe hacerlo es él.

Así pues, en contra de los deseos de George, enviaron a Charlie Burger y Samuel Shoemaker a pie, ya que no les quedaban caballos de monta, a buscar a Eddy y recordarle la anterior generosidad de los Donner. A suplicar si era preciso. Tamsen estuvo a punto de expresar sus objeciones, más segura que nunca de que las criaturas malignas estaban en el bosque y aquello era una invitación para que se acercaran. Pero se daba cuenta de que era necesario, de modo que guardó silencio de nuevo, tragándose las advertencias que picaron como el humo. A fin de cuentas, enviaban a dos hombres, y los dos irían armados. Estarían a salvo. Tenían que estarlo.

Se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Stanton volviera con ellos. A pesar del odio que los separaba, de lo lejos que había quedado el deseo que albergó hacia él durante las primeras semanas de viaje, seguía sintiendo algo. Pese a la forma en que Stanton le había hablado, casi con celos, después de que Keseberg le robara la pistola y fuera a por él. Simplemente, era un hombre en el que se podía confiar, a pesar de que, o quizá debido a que nadie confiaba en él.

Entretanto, los hijos mayores de Jacob habían empezado a descargar la carreta dañada.

Mientras trabajaban, Tamsen salió con los pequeños a campo abierto. Las carretas estaban en una zona embarrada, pero detrás de un grupo de pinos achaparrados se extendía una verdadera pradera. Mientras la supervisaba observó la cordillera nevada que se veía en el horizonte cercano, más grande que nunca. Aquello era agradable, un buen sitio para quedarse un tiempo, pero pensó fugazmente en James Reed, que habría insistido en que tenían que seguir para llegar a California cuanto antes, y habría tenido razón. El invierno podía cerrar los pasos de buenas a primeras.

Volvió a contemplar la oscuridad que se apoderaba del cielo. Estaban, en aquel momento, a merced de sus caprichos.

Oyó a su marido soltar un grito de dolor, seguido por voces asustadas de hombres. Regresó a toda prisa, tras ordenar a los niños que la siguieran. Encontró a George arrodillado junto a la carreta, con la cara blanca por el dolor y brillante de sudor; tenía un brazo detrás de una rueda. Burger y Shoemaker, los dos arrieros, no habían regresado aún con Eddy. Los otros hombres habían colocado una rama larga bajo la carreta y hacían palanca desde el otro extremo.

—Aguanta, George —dijo Jacob, y se volvió hacia los demás—. Una, dos y tres, ¡haced toda la fuerza que podáis!

La rama se salió una vez y luego otra, acompañada de maldiciones y gruñidos, pero al final, el extremo quedó en su sitio y levantó la carreta el tiempo suficiente para que George se liberase. Cayó de espaldas sobre el barro.

George levantó la mano derecha, sujetándose la muñeca con la izquierda. Tamsen estuvo a punto de desmayarse: era como si llevase un guante sangriento. La mano era una masa de carne aplastada empapada de sangre. Tenía los ojos en blanco y estaba casi inconsciente.

Tamsen se arrodilló junto a él y empezó a dar órdenes.

—¡Traed agua limpia! ¡Decidle a Betsy que ponga agua a hervir! ¡Milt! —llamó a un arriero—. Llévate a los niños; no deberían ver esto. Que Elitha traiga mis medicinas y que Leanne corte vendas.

Pasó curándolo casi una hora. Por suerte, George había perdido el conocimiento, por lo que no tuvo que preocuparse por la posibilidad de hacerle más daño. Limpió la carne abierta con agua y el último alcohol que les quedaba. La parte más difícil fue vendarla para que sanara correctamente; no quería dejarlo lisiado. Jacob se pasó todo el rato andando arriba y abajo, detrás de ella, y los empleados se apartaron, impresionados.

—Estábamos levantando la carreta con la rama y se ha escurrido —explicó Jacob mientras Tamsen intentaba entender lo ocurrido.

Los primeros goterones cayeron cuando estaba terminando. No era lluvia, pero tampoco era del todo nieve.

—Será mejor que montemos las tiendas —dijo Tamsen a su cuñado—. Hoy no vamos a llegar más lejos. —Se preguntó, aunque no lo dijo, cuánto se habrían alejado los demás.

Manearon a los bueyes que les quedaban, para que pastaran, y montaron las tiendas bajo un gran árbol de frondosas ramas que formaba un refugio natural.

Intentaron dejar a George tan cómodo como fuera posible, con unos cojines para elevarle la mano.

—Cuando vuelva en sí necesitará láudano —comentó Jacob.

Burger y Shoemaker seguían sin regresar cuando el cielo terminó de oscurecerse. Tamsen intentó no pensar en lo peor. Iban armados, y no se habían oído disparos. No cabía duda de que, si se encontraban con algún peligro, al menos intentarían defenderse.

—¿Cómo pueden estar de lejos las otras carretas? —murmuró Betsy, restregándose las manos.

—Seguro que no quieren volver con la que está cayendo —dijo Jacob para reconfortarla.

En efecto, el aguanieve había empezado a acumularse en una capa resbaladiza. Al cabo de una hora cambió el viento, frío y seco, y la nieve se hizo más esponjosa. Iba a cuajar; Tamsen lo notaba.

Los empleados durmieron a un lado del árbol, apiñados en su tienda. Tamsen convenció a Betsy y Jacob para que no levantaran la otra tienda; los miembros de las dos familias se las arreglarían con una.

—¿Estás segura? —preguntó mientras intentaba buscar sitio para que se tumbasen todos los niños.

—Nos resultará más fácil mantener el calor —dijo Tamsen, aunque ese no era el motivo. «Cuantos más seamos, más a salvo estaremos», pensaba.

Todo estaba en silencio a su alrededor. En sus mejores momentos, la caravana había estado compuesta por noventa miembros. A pesar de las muertes, las pérdidas y las partidas, seguían siendo como un pueblo móvil. En aquel momento, Tamsen contempló su reducido grupo, de no más de veinte personas, y se dio cuenta de lo pequeños que eran, enfrentados a las montañas, al invierno y a la noche. El silencio era opresivo; ni siquiera roncaba nadie. No se oía nada más que el débil soplido de la ventisca y el ruido ocasional de la nieve que resbalaba por el algodón encerado que los cubría.

## Capítulo 29

Edwin Bryant ya llevaba cerca de un mes con los washo. Aunque aquella gran tribu estaba desperdigada por las montañas y más allá, lo habían llevado a un poblado pequeño y muy organizado, que constaba de una veintena de refugios envueltos en cuero, situados en un claro de tierra roja. De algunos de ellos ascendían perezosas columnas de humo que ahuyentaban el frío matinal. Los coronaba un cielo plomizo.

Bryant se sentía mejor, pero, sin caballo ni comida, tenía pocas posibilidades de sobrevivir por sí mismo, y estaba convencido de que los washo lo sabían.

El cabecilla del poblado se llamaba Tiyeli Taba; por lo que Bryant podía entender, significaba algo parecido a «oso grande», porque de joven había abatido a un gigantesco oso gris de un solo flechazo. Tiyeli Taba permitía a Bryant alojarse en su *galais dungal* con su familia, que compartía la comida con él. El alimento no abundaba precisamente; subsistían sobre todo a base de frutos secos, raíces y hierbas silvestres tostadas, pero le daban la misma ración que a los demás hombres. Puesto que no sabía cuándo ni cómo iba a salir de allí, intentaba no pensar en la vida que había dejado atrás. Le gustaba creer que estaba suspendido en el tiempo, y que su prometida, sus amigos, Walter Gow y Charles Stanton lo esperaban impacientes. Un día regresaría y la vida proseguiría tal como la había dejado. Quería creerlo aunque sabía que no era probable. Sin poder escribir cartas se sentía descolgado, indefinido. Podría pasar cualquier cosa y nadie se enteraría. Margie podía pasarse toda la vida esperando, sin llegar a saber...

Todas las noches, cuando se sentaban alrededor de la hoguera, Bryant pedía a los ancianos que le relataran leyendas de su tribu. Era laborioso, ya que tenía que interrumpir con frecuencia para que le aclarasen lo que decían, y al final se quedaba con una idea difusa. Entonces, un día volvió una partida de caza en la que había un joven, Tanau Mogop, que había trabajado de explorador para un regimiento militar y hablaba inglés. Bryant estaba eufórico.

La primera noche, Bryant le pidió que averiguase si su tribu sabía algo del

campamento de buscadores de oro con el que se había topado algún tiempo atrás. No podía dejar de pensar en los huesos y calaveras de la cabaña abandonada. Si en algún sitio conocían el secreto de lo que había ocurrido en aquel espeluznante campamento, sería en aquel poblado, que probablemente era el más cercano. Tiyeli Taba se sumió en un silencio meditabundo, pero otros dos hombres se pusieron a hablar a Tanau Mogop a la vez, muy agitados.

Tanau Mogop se volvió hacia Bryant y le explicó que, en efecto, unos buscadores de oro habían levantado el campamento que había visto, y que habían pasado un año viviendo allí, buscando oro en el río y en las cuevas rocosas. Los ancianos dejaron muy claro que su tribu no tenía nada que ver con ellos. De cuando en cuando se acercaban a asegurarse de que no pasaba nada malo, y en ocasiones les dejaban una bolsa de piñones o tubérculos si parecían hambrientos. Por aquel entonces aún había caza, conejos sobre todo, y no creían que los blancos fueran a morir de hambre. Pero entonces, uno de ellos se infectó con el *na'it*.

—¿El *na'it*? —repitió Bryant—. ¿Qué es eso? —Le sonaba la palabra; juraría que era la que habían usado los otros washo cuando lo encontraron junto a la cueva.

—Es el hambre. Un espíritu maligno que se transmite de un hombre a otro. Es un antiguo mito entre nuestra gente, aunque pocas veces lo han sustentado pruebas. Pero lo que ocurrió con los blancos... Sin duda fue el *na'it*. Es lo que dicen los ancianos.

—¿Cómo ocurre? ¿En qué consiste ese... *na'it*?

Tanau Mogop escuchó pacientemente a los ancianos antes de explicárselo:

—En las antiguas leyendas, el *na'it* ataca a un hombre para comérselo, pero pensamos... Creemos que en ocasiones el hombre sobrevive al ataque, pero queda infectado con el espíritu. En poco tiempo, él también se convierte en *na'it*, y quiere comer la carne de otros hombres.

Bryant recordó las historias que había leído sobre los incas: cuando, más de trescientos años atrás, vieron por primera vez a los conquistadores, tomaron por dioses a los europeos de piel blanca. Por otro lado, sospechaba que aquello era más bien una invención de los españoles. Aun así, quizá los anawái, que adoraban al *na'it*, hubieran tomado a un forastero hambriento por el acreedor de un castigo de un antiguo espíritu maligno. Era concebible, si no tenían otro contexto que pudiera explicar el comportamiento repugnante del blanco...

Se mordió el labio. Por supuesto, si lo que habían experimentado era una



enfermedad real, había varias que podían mostrar síntomas similares. Walton Gow le había hablado del trabajo de un investigador británico, Thomas Addison, sobre una extraña anemia que había bautizado con su nombre. Se decía de quienes la sufrían que en ocasiones, aunque raramente, mostraban el deseo de consumir sangre. Carne poco hecha. Vísceras. Sin duda, no era descabellado pensar que había más enfermedades como aquella, que aún no se habían estudiado o no se comprendían del todo. Aquel *na'it* podía ser una variación de la anemia de Addison.

Pero la coincidencia, la similitud con el incidente de Smithboro, el hombre que al parecer había involucionado a un estado animal y mataba reses a dentelladas y con las manos desnudas, era sobrecogedora.

Aquello era exactamente lo que Bryant, de una forma u otra, había estado persiguiendo todo el tiempo.

—Así que, según tienen entendido, uno de los buscadores de oro mató a los demás después de que lo infectara el *na'it* —resumió Bryant para aclararse; pensó en los huesos rebañados que había visto—. ¿Los mató y se los comió?

Tanau Mogop asintió solemnemente.

—El *na'it* nunca se sacia. El *na'it* lo quiere todo. Lo mata todo.

—¿Y dicen que esta dolencia es contagiosa? ¿Que una persona que la haya contraído puede transmitírsela a una persona sana? —La anemia no era contagiosa, por lo que se trataba de una enfermedad distinta, que se podía propagar como la rabia. Una enfermedad cuyos afectados sentían un apetito incontrolable de carne cruda. Carne humana. Y asustaba a los indios hasta el punto de hacerles matar a cualquiera que mostrara los síntomas.

*El na'it lo mata todo.*

Aquella noche, más tarde, desde el *galais dungal*, Edwin contempló el amplio terreno deshabitado y se preguntó si alguna vez abandonaría aquel lugar y volvería a ver a sus amigos. Empezaba a pensar que Margie era producto de su imaginación, maravillosa e improbable, una amiga invisible que había soñado para ocultar el hecho de que era un solterón solitario destinado a morir sin nadie al lado.

Tanau Mogop lo vio y le preguntó si quería algo.

—Tengo que encontrar la forma de volver a casa —respondió Bryant—. ¿Sabe si los suyos podrían ayudarme?

Tanau Mogop se quedó pensativo un rato.

—Preguntaré a Tiyeli Taba —dijo al fin, y le explicó que la petición no era

poca cosa, ya que tendrían que cruzar el territorio anawái para llegar al rancho de Johnson. Sacudió la cabeza y añadió—: Pero los anawái no fueron así siempre. Empezaron a practicar el sacrificio hace cinco o seis veranos, para protegerse del *na'it*.

Las manos de Bryant se quedaron paralizadas alrededor de la punta de flecha que estaba afilando. Algo que había dicho Tanau Mogop empezaba a darle vueltas en la cabeza, activando una teoría, quizá una sospecha, que llevaba varias semanas intentando abrirse paso.

—Hace seis años...

Tanau Mogop asintió y pasó el filo del cuchillo contra la piedra de amolar.

—Ese grupo hace muchas cosas vergonzosas —continuó el indio—. Eligen a un hombre de entre los suyos para ofrecérselo al *na'it* y saciarlo, pero está mal. Lo que consiguen con eso es *alimentar* al espíritu maligno, hacerlo más fuerte.

Bryant entendía que algunos sectores de aquella tribu se sintieran impulsados a sacrificar a los suyos como alimento, con el fin de mantener a raya a los caníbales o, realmente, a los monstruos.

Tanau Mogop le había dicho que los anawái habían empezado a adorar activamente al *na'it*, que habían empezado a presentarle sacrificios, cinco o seis años atrás. A Bryant le parecía evidente que el resurgir de la percepción de las actividades del *na'it* había comenzado más o menos por entonces; alrededor de la época en que, según Bridger, habían desaparecido los buscadores de oro. Recordó el macabro campamento, las alarmantes muestras de canibalismo.

Quizá los hombres blancos desaparecidos no hubieran sido víctimas de la enfermedad.

*Eran quienes la habían originado.*

## Capítulo 30

*Diciembre de 1831*

Por la ventana de la mansión victoriana de su abuelo, una de las más imponentes de la zona, Stanton podía ver la ancha línea blanca del río congelado que atravesaba la ciudad. La escuela estaba cerrada, y los niños, entre gritos de alegría, patinaban cerca de las orillas.

Pero era más abajo, en un meandro que daba paso a un estanque rodeado de bosque, donde había prometido reunirse con Lydia. Porque aquel era el día en que tenían planeado huir.

Cuando llegó al lugar acordado estaba convencido de que ella no se había presentado, de que había cambiado de idea, se había retrasado por algún motivo o tenía demasiado miedo.

Oyó la campana de la iglesia.

Entonces la vio. A solas, una minúscula silueta oscura que se alejaba más y más, adentrándose en el estanque helado, donde el hielo era más fino.

—¡Lydia! —llamó a gritos—. ¡Lydia! —Ella se detuvo un momento, pero no se volvió.

Tardó un poco en comprender que lo había oído, y un poco más en darse cuenta de que no llevaba abrigo, sombrero ni chal. De hecho, le pareció que iba en camisón, aunque estaban a media tarde. La confusión lo paralizó. La sangre le recorría las venas con furia; se aclaró la garganta y volvió a llamarla.

Por fin se volvió, pero, a tanta distancia, Stanton no podía ver la expresión de sus ojos oscuros. No hubo más sonido que el del hielo que se resquebrajaba a sus pies.

De repente había desaparecido.

Stanton salió del trance pasajero y, antes de darse cuenta, corría por el frío paraje; los árboles eran manchas difuminadas, y el pánico hacía que le zumbaran los oídos. Debía de estar gritando, porque de golpe había muchos más pasos en la nieve, gritos que reverberaban en el bosque. Corrió hasta que dos hombres lo sujetaron para impedir que la siguiera.

Para entonces ya habían sacado el cadáver. Alguien había llegado antes que él. El agua helada caía en remolinos del pelo y el rostro de Lydia; el camisón se adhería a la piel de un azul claro.

Durante un espantoso momento le pareció verle mover los párpados, como si existiera de algún modo la posibilidad de que siguiera con vida.

Entonces, al igual que la superficie del estanque, la ilusión se resquebrajó, y la verdad salió a la luz. Stanton se desmoronó.

Se habían criado prácticamente puerta con puerta. El padre de Stanton era buscador de oro y pasaba largas temporadas fuera, por lo que los dejaba a su madre y a él con su padre, un eminente párroco. Fue una niñez extraña; el abuelo de Stanton, el reverendo Elias Stanton, era imposible de complacer, y doblemente en lo tocante a su nieto. Quizá fuera aquel el motivo por el que se había acercado a Lydia: su casa le proporcionaba una vía de escape. Al menos fue el motivo al principio; cuando crecieron, se enamoró perdidamente de ella. Hasta de pequeña le había parecido siempre misteriosa, por cerca que vivieran.

Había una sombra en el alma de Lydia, algo distante y titilante, como una llama al viento, y Stanton era joven, demasiado joven para entender qué la había hecho así.

La madre de Lydia había muerto cuando ella contaba pocos años de edad, y vivía con su padre en la gran casa que bullía de criados. Podía ser muy prepotente, cosa que la gente atribuía a su padre, que la malcriaba. Era cierto. Se empeñaba en salirse con la suya y exasperaba tremendamente a los adultos, aunque era a Stanton a quien más mortificaba. Era porque sabía que estaba enamorado de ella; tenía que ser por eso.

Entre ellos no había ocurrido gran cosa, al margen de unos pocos besos frenéticos robados en el recibidor, o en el desván de Lydia, o detrás de la casa, en el lugar donde más alto crecía el boj.

Bien sabe Dios que Stanton deseaba mucho más, pero no había tenido la oportunidad y, en honor a la verdad, quizá no hubiera sabido qué hacer con ella de haberla tenido. Su abuelo y su madre procuraban protegerlo de las realidades de lo que ocurría entre hombres y mujeres al abrigo de la oscuridad.

Siempre había pensado que lo haría todo correctamente. Saldría al mundo a convertirse en un hombre de pro y se ganaría debidamente el corazón de Lydia. Pediría su mano y, entonces, las fantasías que bullían en su interior se harían

realidad. Estaba firmemente convencido de que todo aquello pasaría; confiaba en su amor hacia Lydia de la misma forma en que su abuelo confiaba en la firme mano de Dios.

Pero cuando habló a Lydia de sus sueños por vez primera, ella empezó a comportarse con frialdad. Era una verdadera tortura. Se sentía enfermo de preocupación, pensando que la había decepcionado o que había traspasado los límites de su amistad. O peor: que ella había encontrado a otra persona.

Transcurrió el otoño de 1831, y Stanton llevaba meses sin tener el menor trato con Lydia, al margen de algún saludo con la cabeza en el mercado o en misa, desde el otro lado del pasillo. Ya se acercaban las Navidades de un invierno terriblemente frío cuando al fin se decidió a llevarla a un aparte en la iglesia; su padre había enfermado y había acudido sola a misa. Stanton se fijó en que tenía las manos heladas y muy pálidas, y se preguntó qué habría hecho con los guantes.

Lydia lo condujo al bosque, donde tuvieron una agria discusión. Le dijo que la dejara en paz, que nunca había deseado sus intentos de establecer una relación. Stanton quedó destrozado; los años de amistad y los destellos de calurosa intimidad entre ellos se sucedían en su mente en una niebla confusa. ¿En qué momento había dado el paso en falso?

Le rogó que se lo explicara, que lo ayudara a entenderlo; no quería presionarla ni exigirle nada, pero se negaba a aceptar la negativa directamente. Había algo que Lydia no le contaba, y tenía que saber qué era. Le debía al menos una explicación sobre por qué jamás podría ser suya. Si le daba un motivo, lo aceptaría y se marcharía para siempre.

Al final, Lydia cedió y se lo explicó, aunque él se habría enterado poco después de todas formas.

Estaba encinta.

Se puso a tartamudear, desconcertado y cohibido; de repente, el frío le impregnaba el abrigo bueno de lana, el que reservaba para los domingos.

—Pero... ¿cómo? —Le ardían las mejillas. Quizá fuera inexperto, pero no era estúpido, y sabía de dónde venían los niños. Entendía que había habido otro hombre. La preocupación atenuó los celos, la furia y el dolor—. ¿Quién es? ¿Vais a casaros?

Entonces, Lydia se echó a llorar, tan débilmente al principio que Stanton pensó que se había reanudado la nevada. Pero después lloró con más fuerza, negándose a decir una palabra.

Stanton cayó de rodillas. Lydia tenía las manos muy frías; las tomó entre las suyas y se las frotó vigorosamente mientras ella sollozaba. Quizá si le devolvía el calor recuperaría a la Lydia que conocía, o que creía conocer.

—Sea quien sea, no me importa —dijo frente a sus lágrimas—. Siempre te he querido y siempre te querré. Por favor, Lydia, si tú también me quieres, cástate conmigo.

Al fin, Lydia dejó de llorar. Las lágrimas le habían dejado surcos en la piel agrietada por el viento, y Stanton tuvo la impresión de que era un cuadro que corría peligro de diluirse hasta perder para siempre su verdadera forma.

—¿Lo conozco? ¿El muy canalla te ha abandonado?

—No se ha ido. Ni... Ni siquiera puedo huir de él, Charles.

—No voy a permitir que un monstruo te destruya la vida —dijo Stanton, al límite de la preocupación—. Acudiremos a tu padre y se lo hará pagar a quienquiera que sea.

Lydia volvió a echarse a llorar, con sollozos entrecortados, y se apartó. Corrió hacia el bosque y él la siguió, llamándola a gritos, hasta que la alcanzó y la retuvo por un brazo. Lydia se desmoronó contra su pecho, repitiendo algo, hasta que al fin los oídos de Stanton empezaron a entenderlo, aunque su mente se negaba.

*HasidoélhasidoélhasidoÉL. Ha sido mi padre.*

El secreto cayó como un manto sobre el bosque. Hasta los pájaros guardaron silencio mientras los detalles empezaron a aflorar, lenta y dolorosamente: desde hacía casi dos años, el señor Knox obligaba a su hija a compartir su lecho.

Asqueado, conmocionado, Stanton la abrazó fuertemente; el pánico y las náuseas lo dominaban en igual medida. Todo aquel tiempo había estado allí sin verlo, sin ayudar. ¿Podría perdonarse algún día? ¿Ser merecedor de la confianza de alguna mujer?

—Lo arreglaré —decía una y otra vez, aunque no tenía ni idea de cómo.

Lydia le rogó que no dijera jamás a nadie la vergüenza que había vivido; no soportaba la idea de que nadie lo averiguase. De alguna forma espantosa y retorcida, quería proteger a su padre. Al cabo de un rato se apartó, se limpió la cara e insistió en que tenía que volver a casa antes de que la echaran de menos.

Fue entonces cuando Stanton hizo la promesa.

—Mañana nos vemos en este mismo sitio. Lo arreglaré.

Lydia asintió una vez y dijo:

—Por favor, no se lo cuentes a nadie. —A continuación se fue corriendo.

Después de aquella conversación, Stanton vagó por el bosque durante horas, estremeciéndose a medida que la tarde daba paso a la noche. Tenía que seguir moviendo las piernas para que no lo asfixiara el horror.

Al fin volvió a casa y fue directo al estudio de su abuelo. Tenía un problema, lo sabía: su abuelo era buen amigo de Knox. Por estricto e implacable que fuera, la probabilidad de que diera crédito a lo que Stanton tenía que decir era cercana a cero. Pero daba igual. La verdad daba igual, siempre y cuando pudiera arreglarla.

Así pues, empezó a poner en práctica su estrategia. Le dijo a su abuelo que el niño era suyo, y le pidió permiso para cumplir su deber y casarse con ella de inmediato. En su joven mente, tras el beneplácito llegaría una ayuda, por muchos sermones que tuviera que aguantar.

Pero no fue aquello lo que ocurrió. En lugar de acceder al matrimonio, su abuelo amenazó con desheredarlo. El padre de Lydia ya lo había calificado de libertino y villano, y Stanton no tuvo más remedio que seguir la corriente; nadie lo habría creído. El dinero significaba poder, de eso empezaba a darse cuenta, y Knox podía comprar su propia versión de los hechos.

Stanton tardó en reparar en lo peor: que Knox jamás había deseado tenerlo de yerno: conocía su terrible secreto, lo consideraba inferior en la escala social.

Cuando seguía queriéndola para sí.

Si no les daban permiso, no le importaba. Se escaparían. No habían hecho planes, pero no había por qué. El amor y la verdad los impulsarían, los liberarían.

Eso era lo que creía.

Los copos de nieve revoloteaban alrededor de la cabeza de Stanton días después, cuando entró en casa de los Knox, para el velatorio. Alzó la vista al cielo, que parecía de fieltro blanco a lo largo del horizonte. Se acercaba una tormenta.

Dentro, la sala había cambiado drásticamente. Habían retirado los muebles para dejar sitio al ataúd, tan minúsculo como su ocupante, instalado sobre caballetes ante la chimenea. Cuando lo empujaron desde atrás, dio unos pasos al frente y se asomó a mirar. Ahí estaba Lydia, su Lydia. Reconocía el vestido que le habían puesto, de franela color crema con florecitas impresas; ella lo odiaba, aunque la hacía parecer una niña. Había oído que el señor Knox había pedido a las criadas que preparasen el cadáver, y no se habían tomado la molestia de

rizarle el pelo como solía hacer ella; se lo habían dejado liso, peinado sobre los hombros. No estaba tal como él la recordaba.

Lo peor era la piel, blanca y terrosa. Tenía los ojos cerrados; la cara, inerte y exánime. No era la Lydia que había conocido.

Aquello lo hacía ligeramente más fácil.

Intentaba no oír los sollozos del padre de Lydia, pero lo inundaban todo, apagados y, sin embargo, sofocantes, como una nevada. Casi no podía respirar, atrapado por el peso de aquel sonido.

Después pasó el día inquieto, tan ensimismado y taciturno que su abuelo lo mandó a cortar leña, a pesar de que nevaba copiosamente. Siguió hasta quedar empapado de sudor; por fin había conseguido despejar la mente y desechar las preocupaciones, al menos de momento. Pero no acababa de entrar en la casa cuando su abuelo le ordenó que llevara a Knox una carretilla de leña, como gesto de buena vecindad.

Apiló la leña frente a la puerta de la cocina. Estaba demasiado abotargado para protestar.

La puerta se le abrió en la cara y allí estaba Herbert Knox, mirándolo de arriba abajo. Se había aflojado la corbata y desabotonado el cuello duro. Tenía revuelto el pelo entrecano. A juicio de Stanton, estaba algo ebrio.

Insistió en que entrara en la casa. Stanton se sentó junto al señor Knox, en una silla de comedor de las que habían instalado en la sala para el velatorio. Se quedó mirando el ataúd; no quería hablar por no traicionar a Lydia.

—¿Sabes por qué te he pedido que entres? —La voz de Herbert Knox levantó ecos en el alto techo.

Stanton negó con la cabeza, tenso. Knox hizo un gesto de despreocupación con la mano y dijo:

—Puedes hablar libremente; he dado la tarde libre a los criados. Estamos solos en la casa. —Al ver que Stanton seguía sin hablar, se inclinó hacia él; le olía a alcohol el aliento—. Quiero hablar contigo de una cosa. —Se detuvo y contempló a Stanton detenidamente—. Eras muy amigo de mi hija. Quería saber si te reveló sus secretos.

«No se lo cuentes a nadie», le había rogado.

Lo consumía un sudor frío.

Herbert Knox se puso en pie y empezó a pasear por la sala.

—Porque sé que mi niña tenía secretos, Charles —continuó—. Secretos que no conoces ni tú. ¿Te lo puedes creer? Había cosas de mi hija de las que no



sabías nada.

—Supongo que todo el mundo tiene secretos —acertó a decir Stanton, aunque tenía la impresión de estar ahogándose.

—Mi hija estaba embarazada, Charles. ¿Lo sabías? —Stanton se sobresaltó, pero intentó ocultar la sorpresa—. No creas que no me lo dijo. Sé quién era el padre.

De nuevo sintió que el aire se negaba a entrar en sus pulmones. Mientras se esforzaba por llenarlos, el señor Knox volvió a hablar.

—No hace falta que te sientas tan culpable, Charles; es comprensible que te atrajera mi hija, aunque creo que tu conducta no lo fue. —De modo que iba a insistir en aquella farsa. A Stanton se le revolvió el estómago, aunque no sabía si habría sido peor que el señor Knox lo acusara de ser el padre o que confesara que era él. La sala parecía estar encogiéndose, y a Stanton le martilleaba la cabeza—. Lydia y yo teníamos mucha confianza —continuaba su padre, con una mirada distante, como si estuviera en otro lugar—. Mucha más que la mayoría de los padres e hijas. Era lo único que tenía después de que muriese mi mujer, toda la familia que me quedaba en el mundo. Me lo contaba todo.

Stanton se puso en pie de un salto; la repugnancia le recorría las venas, la mente, como un veneno. Tenía que huir de aquella casa, de aquella abominación.

El movimiento repentino pareció sacar a Herbert Knox de su extraño ensimismamiento, y lo miró con ojos fríos y reptilianos. «Sabe que lo sé», se dijo Stanton. Ebrio o no.

*Por favor, no se lo cuentes a nadie.* La súplica de Lydia le atenazaba la garganta como una soga.

Herbert Knox, empapado en alcohol y sudor, de repente lo sujetaba con fuerza por el brazo. Lo acercó hacia sí para escrutar sus ojos, para saber qué estaba pensando.

—Crees que sabes la verdad, pero no lo entiendes. Creías que mi hija te quería, pero para ella eras un niño. Le dabas lástima, siguiéndola por ahí como un cachorrito enamorado. No sabes qué es el amor, hijo...

Antes de que Stanton se diera cuenta, Knox estaba tendido en el suelo y se frotaba la mandíbula con aire de sorpresa. Le había dado un puñetazo con tanta rapidez que no le quedaba más recuerdo que el dolor en los nudillos.

La mirada de desconcierto de Knox se convirtió de inmediato en algo más duro.

—Si de verdad quieres a Lydia, Charles, protegerás su memoria. Odiaría que

cotillearan sobre ella; lo sabes.

—¿Cree que no le voy a decir a nadie...?

—Si lo dijeras, no te creerían. —Knox empezó a levantarse del suelo, lenta y deliberadamente, mirándolo—. Tu suerte ya está echada; deja a Lydia en paz. Nadie daría más crédito a tu palabra que a la mía, sobre todo porque llevabas años babeando detrás de mi hija, por no contar que ya asumiste la culpa.

Stanton estuvo a punto de perder el sentido por la cólera.

Estaba encima de él, a horcajadas, con los nudillos tan ensangrentados como la cara del hombre. Una y otra vez, golpeando aquella sonrisa enfermiza y satisfecha. Quería hacer que aquellos ojos grises perdieran el brillo para siempre. Knox era la propia muerte; había destruido todo lo bueno que había en el mundo.

Herbert Knox se habría reunido aquel día con su hacedor de no ser porque la señora Talley, el ama de llaves, entró corriendo y se puso a gritar. Junto con otros criados que se habían quedado en la casa, apartó a Stanton de la pulpa magullada y sanguinolenta en que se había convertido Knox.

Stanton estaba llorando, temblando. Los criados lo miraban con horror y asombro, y al final lo llevaron a casa de su abuelo bañado en miedo y vergüenza.

Pasó horas en la cama, tal vez días. Su abuelo no se acercó a verlo, y tampoco su madre. No acudió nadie. Se preguntaba si no habría muerto y estaría atrapado en una especie de purgatorio, un mundo delimitado por los bordes de la cama y las fronteras de un duermevela cuajado de pesadillas. Veía una tempestad por la ventana.

Al fin se hizo de día, y su abuelo lo llamó a su despacho. Stanton se dio cuenta de que le dolía todo el cuerpo, sin duda por la pelea. Tenía costras en el dorso de las manos.

¿Su abuelo iría a azotarlo hasta dejarlo entre la vida y la muerte? ¿Lo echaría a la calle? No podía imaginar de cuántas formas podía arruinarle la vida el señor Knox, qué castigo podría idear.

Oyó llorar a su madre, en el dormitorio, con la puerta cerrada. No la culpaba; no tenía poder para ayudarlo.

Empujó con desgana la puerta, que se abrió con un crujido. Su abuelo le ordenó sentarse con un gesto. El despacho se le antojaba inquietantemente silencioso; la nieve había impuesto el silencio en el mundo entero.

Lo que sucedió a continuación lo dejó estupefacto.

Al parecer, según su abuelo, el señor Knox se había «apiadado del joven tan dolorido». Le entregó un grueso sobre; la cantidad de dinero que contenía hizo

que Stanton se echara hacia atrás en la silla.

—Esto —le explicó su abuelo— es para que vuelvas a empezar, para que emprendas una nueva vida. Por cortesía de la familia Knox. —Hizo una pausa—. A condición de que no vuelvas nunca.

Stanton no podía moverse. No quería el dinero de Knox; no quería una limosna, cuyo importe era prueba palpable de la culpa de Knox. No era un niño, y se daba cuenta de que se lo entregaba a cambio de guardar silencio.

—Cógelo, chico —le dijo su abuelo—. Aquí ya no eres bien recibido.

Quizá no fuera un niño, pero era joven. Si le quedaba otra opción, no la veía. Si había una forma de arreglar las cosas, de revelar la verdad, no sabía cuál.

El fajo de billetes le devolvía la mirada. ¿Cómo iba a saber que Knox le pediría un día que se lo devolviera, mucho después de que se lo hubiera gastado?

¿Cómo podía haber previsto las muchas formas, y las muchas mujeres, que buscaría para ahogar el recuerdo de aquella época? Y quizá llegara un momento en que la inocencia de Stanton en la muerte de Lydia dejara de importar, cubierta por todos los errores y aventuras que siguieron.

Quizá fuera un ingenuo. Quizá fuera un niño.

No podía reparar las cosas para Lydia; no podía brindarle paz ni justicia. Y tampoco podía seguir viviendo en aquella ciudad, tan cerca del hombre que había traicionado el amor y la confianza de su hija. Se volvería loco, acabaría por matar a Knox o las dos cosas.


Al parecer no podía hacer nada salvo aceptar el dinero y marcharse.

Sin duda, un héroe de verdad habría sabido qué hacer; no habría establecido su vida sobre unos cimientos de podredumbre, culpa y horror.

Pero Charles Stanton no era ningún héroe.

*Perdóname, Lydia.*





NOVIEMBRE DE 1846

## Capítulo 31

La nieve no paraba de caer en Alder Creek. Era delicada, incluso bonita. Incansable.

Muchas veces, mientras George dormía intranquilo, Tamsen lo miraba maravillada, recordando como en otros tiempos había deseado su muerte, había rezado para que fuera una sorpresa agradable: pulcra, rápida, como en el caso de su primer marido. Pensaba que encontraría una oportunidad mejor en algún sitio; que su belleza, como un anzuelo, la salvaría atrapando una presa más apetecible. Tales ideas se le antojaban ingenuas en aquel momento, arraigadas como estaban en la creencia general de que, a pesar de todo, la vida la trataría bien; que volvería las tornas y se labraría un espacio en el que encontrar la felicidad. Que era algo que podía alcanzar si lo aferraba.

Pero ya había aprendido. Y saberlo le permitía perdonar a George, al menos en parte, por el terrible encierro de su matrimonio. George había renunciado a su propia seguridad en aras de la de ella, sin ningún motivo, salvo, tal vez, que era la madre de sus hijas. Salvo que, inexplicablemente, la adoraba.

Desde un punto de vista práctico, no lo necesitaba demasiado; George servía para soltar bravatas, encandilar a la gente con sus ojos brillantes y poco más. No; lo que le hacía falta era aquella adoración.

Sentirse querida.

La temperatura había descendido bruscamente.

Llevaban dos días atrincherados en las tiendas. La nieve les llegaba por las rodillas y ocultaba el camino que tenían por delante bajo un grueso manto blanco. Había empezado a endurecerse por algunos sitios. Todos tiritaban, completamente vestidos y arremolinados bajo colchas y mantas. George deliraba por la fiebre; le ardía la piel, pero estaba pálido como la nieve. Siempre que, en sueños, gritaba de dolor, las niñas gemían aterrorizadas. Tamsen le hacía beber una infusión de jengibre, bergamota silvestre y canela, buena para las infecciones.

Era tarde. Solo conciliaba el sueño a ratos, durante una hora, tal vez dos si tenía suerte. Burger y Shoemaker habían logrado volver en un momento en que había amainado la nevada, pero con la mala noticia de que Eddy se negaba a ayudar. No tenían más remedio que esperar a que mejorase el tiempo; se podía decir que estaban varados.

Estaba sentada junto a George, insomne, cuando oyó algo fuera de la tienda: un ligero roce, como de patines. Un trineo era lo que necesitaban, pero sería imposible encontrarlo allí. Deseaba el rescate tan desesperadamente que ya desvariaba.

Se echó la capa por los hombros y buscó la forma de salir de la tienda abarrotada. Escuchó en busca del sonido de botas contra la nieve, pero lo que oyó fueron susurros. Por mucho que se esforzara, no lograba distinguir las palabras.

Había algo ahí fuera. Si le hubieran preguntado un mes atrás, habría dicho que eran lobos, pero en aquel momento sentía un miedo peor. De nuevo, las visiones que había tenido en la cuenca le volvieron a la cabeza: las sombrías figuras de aspecto anormal, como cadáveres añejos devueltos a la vida; el olor nauseabundo del que había ardido. En mitad del miedo se abrió paso una ráfaga de furia; se había dejado disuadir de lo que sabía que era verdad. Había agachado la cabeza mientras todos se burlaban de ella y la aislaban.

Pero tenía razón y lo sabía; no, lo sentía.

No, los sentía a ellos.

La habían seguido hasta allí. Probablemente habían estado siguiendo la caravana todo el tiempo.

Tenía el cerebro en marcha, a toda velocidad. ¿Debería despertar a los demás y pedirles ayuda? ¿La escucharía alguien? Si volvían a ponerla en ridículo, el peligro solo podía empeorar. No había mucho tiempo; las criaturas se movían deprisa.

Con un estremecimiento, se volvió hacia la entrada de la tienda en busca de un fusil; volvió a recordar la forma en que se les retorcía el rostro a la luz del incendio.

Fuego. En el desierto los aterrorizaba; se habían dispersado en cuanto la lámpara rota empezó a prender arbustos.

Se detuvo y aguzó el oído. Ahí estaban con sus susurros distantes y hambrientos, desplazándose entre las ramas de los árboles como nieve arrastrada por el viento.

No podían ser imaginaciones tuyas, ¿verdad?

Volvió a pensar en despertar a los empleados para pedirles ayuda, pero tardaban en levantarse y no estaba dispuesta a dejar que pasara un segundo más cuando las criaturas podían estar acercándose a su familia. No estaba dispuesta a permitir que aquellos hombres le impidieran hacer lo que debía.

Aquella vez no.

Fuego. Tenía que encender fuego de inmediato. Se concentró en eso.

Cargada con leña escurridiza por el hielo, caminó por la nieve y se adentró en el bosque tanto como se atrevió. Tenía las botas empapadas de agua gélida, y la falda cargada de nieve. Se le habían entumecido los dedos por el frío.

Despejó un trozo de tierra húmeda y apiló la leña tan deprisa como pudo; de vez en cuando se paraba para mirar a su espalda. Agachada, le parecía ver ojos brillando en la oscuridad, reflejando la luz.

—¡Fuera! —dijo en voz alta, aunque el frío amortiguó la palabra.

Encendió una ramita con la hoguera que tenían cerca de las tiendas y la llevó hacia la que acababa de montar. Cuidadosamente, acercó la llama a la base. La leña prendió a duras penas; el humo ascendió en una débil columna. Iba a encender una hoguera más. A los otros les parecería un desperdicio de leña, pero ella sabía que era necesario.

Mientras trabajaba, Solomon y William, los hijos adolescentes de un matrimonio anterior de Betsy, salieron de la tienda, encogidos para resguardarse del frío.

—¿Qué haces, tía Tamsen? —preguntó Solomon.

Se irguió. En el aire, el aliento se les congelaba y se volvía blanco.

—Hay algo en el bosque. ¿No lo oís?

—¿Animales salvajes? —preguntó William, el menor de los dos, siempre ávido de aventuras.

Tamsen dudó un momento y asintió.

—Deberíamos cazarlos. Padre dice que no nos vendría mal algo de carne.

—Esos animales... no son adecuados para comer. Y aunque eres muy valiente, no deberías salir a cazar de noche. —Tuvo que apretar la mandíbula para evitar que le castañetearan los dientes—. ¿Por qué no me ayudáis a encender más hogueras para ahuyentarlos?

Los hermanos estaban atónitos, pero eran buenos chicos y acabaron por echarle una mano. Montaron tres hogueras, con lo que tenían cuatro en total. Para entonces, los bueyes se habían puesto a mugir, pero con aquella oscuridad



no podían buscarlos para asegurarse de que estaban bien. Tamsen tenía la impresión de que el corazón se le iba a deshacer en la garganta, que iba a disolverse en mil pedazos como el hielo y cortarla desde dentro. Recordó el grito que había soltado Elitha cuando el hombre la rodeó con un brazo ennegrecido. Cómo olisqueó el cuello de la joven. El aspecto cadavérico del rostro y el movimiento húmedo, como de pulsaciones, de la nariz.

Como si los hubieran localizado por el olor.

Seguían ahí fuera. Podía oírlos. La madera estaba húmeda y no prendía con bastante rapidez. ¿Por qué no se le había ocurrido llevar el fusil de todas formas? Quizá el ruido los hubiera ahuyentado. ¿Bastaría con cuatro hogueras? No; debían encender más. Tantas como pudieran. En círculo, alrededor de las tiendas...

Una mano le rozó el brazo y estuvo a punto de gritar.

Pero solo era Jacob. Había cubierto con su grueso abrigo a George, encima de las mantas, aunque ni con eso había paliado sus temblores. En aquel momento llevaba solo una camisa; el frío ya le había enrojecido la nariz.

—¿Qué haces? —Jacob sacudió la cabeza para despejarse—. Cualquiera diría que es de día, con tanta luz. Venga —añadió dirigiéndose a Solomon y William—, dormid un poco.

Tamsen vio que los jóvenes estaban pálidos por el frío y el agotamiento. Allí fuera había perdido la noción del tiempo.

—Hay algo ahí —le dijo a Jacob cuando se quedaron a solas—. Algo que nos observa. Se puede oír.

Los dos quedaron en silencio, a la escucha. En efecto, al cabo de poco tiempo sonó un murmullo por encima de los mugidos.

—¿Lo has oído? —susurró.

Cuando Jacob asintió, estuvo a punto de echarse a llorar. Ya empezaba a pensar que estaba volviéndose loca.

—Suenan humanos —dijo Jacob en voz muy baja—. ¿No serán los demás, que nos buscan?

—No. —Negó con la cabeza firmemente.

Se quedaron juntos en silencio, y al cabo de un rato vieron figuras oscuras que se movían entre los árboles, tras la nube de humo de las hogueras. Aparecían, desaparecían y volvían a aparecer. Trazando círculos, esperando, al acecho.

—Ahí —susurró Tamsen.

—Solo son las sombras que forman las hogueras —dijo Jacob en voz baja—. Y los sonidos... Podría ser el viento. O la mente, que nos juega malas pasadas. — Pero Tamsen oyó el temblor de la duda en su voz; vio que se estremecía y aguzaba el oído.

—Puede. O puede que nos siga algo. Desde que atravesamos la cuenca. — Enfatizó ligeramente la última palabra.

—Tamsen. —Jacob se volvió hacia ella, le puso las manos en los hombros y la miró a los ojos—. ¿Qué pasa realmente?

Quería llorar, o gritar, o destrozarle la cara a su cuñado. ¿Cómo se atrevía a cuestionarla?

—Estamos aislados del resto de la expedición —le recordó—. Y estoy segura de que esas criaturas, esos monstruos, saben que tenemos un herido en la tienda. —Hizo una pausa mientras la verdad que ya conocía se asentaba en su interior y le encogía las entrañas—. Vamos a morir. Después de todo... Después de todo. Hemos llegado hasta aquí. Y ahora vienen a por nosotros. —Temblaba tan violentamente que creyó que iba a caerse.

—Los monstruos no existen —dijo Jacob, pero se llevó el fusil al hombro. Le lagrimeaban los ojos por el denso humo, pero no se amilanó—. Vete a despertar a los hombres. Será mejor que recojamos los bueyes, por si acaso. —De modo que al menos en parte la creía—. Diles que vengán armados.

—No vale la pena arriesgar la vida por los bueyes. Que se los queden. — Estuvo a punto de añadir «a lo mejor con eso se sacian», pero se contuvo.

—Sin los bueyes no podremos sacar de aquí las carretas aunque deje de nevar. —Jacob no la miraba; no apartaba la vista de las figuras que se agitaban detrás de la cortina de humo. Él también tenía que estar viéndolas. Tenía que ver cómo se movían con un hambre animal. Las sombras no se movían así—. Si perdemos los bueyes, estamos atrapados.

Tamsen sabía que no hacía falta recordárselo.

Ya estaban atrapados.

## Capítulo 32

Mary miró a su alrededor, hacia la cabaña cubierta de nieve y los cercanos cobertizos improvisados, que parecían terrones de azúcar medio disueltos, y pensó en lo atractivos que resultaban, casi invitadores, para quien no supiera nada más. Pero eran una especie de purgatorio.

William Eddy había sido el primero en divisar la cabaña abandonada, hacía casi una semana, y fue como ver visiones; una cabaña de troncos en mitad de ninguna parte, bajo los pinos, sin duda construida por una familia de colonos con el fin de soportar las inclemencias de las montañas.

Ya caían los primeros copos de nieve. Los niños, a pesar del cansancio, correteaban intentando atraparlos con la lengua.

Con excepción de los Donner, toda la caravana había conseguido atravesar la cuenca y había llegado al otro lado del lago negro como la tinta, tachonado de rocas. El lugar donde se encontraban en aquel momento era lúgubre y silencioso como un mausoleo.

—Vamos a hacer noche aquí —había dicho entonces Patrick Breen, aunque de eso hacía varios días. Después de dejar atrás a los Donner, Patrick Breen se había erigido en jefe.

Los Eddy habían arrastrado sus escasas posesiones al asentamiento de Breen, pero este los había expulsado.

—Tengo más hijos y deberíamos quedarnos con el techo —había aducido.

Mientras tanto, los Murphy se habían quedado con un cobertizo. Se le había derrumbado la techumbre y la erosión se había cebado en las paredes, que amenazaban con caer, pero lo repararon como pudieron para resguardarse. No tenían a la vista la cabaña de los Breen, lo que resultaba adecuado, ya que las dos familias se habían enemistado y llevaban una semana sin dirigirse la palabra.

Los demás se refugiaron donde pudieron. Los Graves se habían unido a los Eddy en una tienda montada bajo un gran pino, y habían invitado a Margaret Reed y los pequeños a unirse a ellos. En cuanto a Charles Stanton, acampó a solas en una pequeña tienda, algo apartado, con vistas a la oscura superficie del

lago.

Protegían las hogueras de la nieve lo mejor que podían; las encendían cerca de la cabaña y los cobertizos, y se apiñaban a su alrededor para intentar calentarse las manos. Desde entonces, la nieve había seguido cayendo. Todos estaban inquietos y preocupados.

En el corazón de Mary pesaba también la confesión de Charles Stanton. Estaba firmemente convencida de que lo quería, pero aquel lugar parecía incompatible con el amor, y casi no soportaba la idea de revelárselo. Se decía que más adelante tendría otra oportunidad. Cuando llegaran a California. Al menos cuando se despejara el paso y logaran cruzar aquellas montañas para llegar al rancho siguiente; no estaba tan lejos. Y el amor era como el perdón, profundo y paciente. Estaría esperándola al otro lado.

—Mañana intentaremos buscar la forma de atravesar las montañas —dijo Breen cuando se reunieron alrededor de una hoguera. Pero llevaba diciéndolo noche tras noche, y si la tormenta no pasaba pronto, Mary no sabía qué iban a hacer. Breen señaló con un gesto las cumbres de las montañas que podían ver días atrás, aunque en aquel momento las ocultaba la ventisca. A Mary le parecía que se engañaba: la nevada era más fuerte y copiosa que ninguna que hubiera visto en Illinois—. Que todo el mundo intente dormir esta noche.

Pero por la mañana se encontraron con que un buey había enloquecido. Al principio, Mary pensó que los mugidos de dolor eran solo el eco de la nieve que se disolvía en el lago.

Los animales mugían así todas las mañanas, anunciando su hambre, pidiendo un grano que no llegaba nunca. Estaban dentro de un círculo formado por las carretas que quedaban, y habían acabado con toda la hierba que pudieron encontrar bajo la nieve. No les quedaba nada que comer y corneaban desesperadamente las carretas en busca de una vía de escape.

Pero entonces lo vio: uno de los animales tenía heridas abiertas, en el costado, como si durante la noche lo hubieran atacado los lobos pero hubiera logrado sobrevivir. Tenía los ojos inyectados en sangre y los belfos cubiertos de espuma, y agitó la cabeza amenazador, bufando y pateando la tierra, cuando se acercaron los hombres.

—Quien no desperdicia no pasa penurias —dijo William Eddy, y le pegó un tiro entre los ojos.

—Maldita sea, Eddy —protestó Patrick Breen—. Ese animal era mío.

El resto del ganado se apartó rezongando. Eleanor Eddy se echó a llorar.

Despiezaron al buey y encendieron grandes hogueras, pero Mary fue de los muchos que se quedaron rezagados. Había visto al animal poner los ojos en blanco; había oído sus gemidos desquiciados. Recordaba anécdotas de perros y mapaches que infectaban a humanos con un mordisco; cierto era que no le sonaba que el ganado vacuno pudiera contraer aquella enfermedad, pero no quería arriesgarse. Aún tenían bastante comida y se negaba a tocar esa carne.

Pero muchos otros, demasiados, tenían hambre, y el olor de la res asada atraía a aquellos dispuestos a desechar las precauciones a cambio de probar la carne fresca.

No relataban historias alrededor de la hoguera; no se oían risas ni canciones, ni se compartían botellas de bourbon, como en los primeros días de la expedición. Todo aquello se les había agotado hacía mucho. Aquella noche solo se oyó el sonido de la avidez, labios que absorbían y dientes que separaban la carne del hueso.

A su alrededor, la nieve caía con tanta intensidad que difuminaba el mundo y amortiguaba el llanto de los bebés ateridos.

## Capítulo 33

El amanecer, de un gris claro, transportaba el sabor de la ceniza.

El cielo estaba cargado de nubes. Seguía nevando; la tormenta no había pasado aún. En algún momento, a lo largo de la hora anterior, la acumulación de nieve había apagado las hogueras, y densas columnas de humo negro se alzaban hacia el cielo.

Stanton se puso a pisar fuertemente para recuperar la sensación en los pies, y se unió a los demás hombres alrededor de las ascuas de la última hoguera, con la esperanza de que el calor le despejara algo el pecho. No tardaron en llegarle los rumores: un hijo de Patrick Breen, el que llevaba su nombre, había desaparecido durante la noche. Breen, su amigo Dolan y su hijo mayor, John, habían partido a primera hora en busca del pequeño Patrick.

Pero los exploradores regresaron a media mañana. No habían encontrado ni rastro del niño; nada más que un poco de sangre en el bosque, visible bajo la nieve reciente.

Por añadidura, William Graves no había despertado tras el banquete de la noche anterior.

—Tiene la frente muy caliente —dijo entre dientes Elizabeth Graves, su madre. James Smith, un arriero que también había participado en la comilona, sudaba como si estuviera en el trópico.

Virginia Reed, de trece años, también había desaparecido, y nadie sabía dar cuenta de su paradero. Se temían lo peor.

Y también estaba la joven Eleanor Graves: le había dado por bailar en la nieve, afirmando que era una princesa de cuento. Tenía las mejillas sonrosadas y el brillo de la locura en los ojos.

Stanton estaba con los demás sobre la nieve irregular, frente al refugio de los Graves, con la cabeza gacha; nadie sabía qué decir a Franklin y Elizabeth, ya que la aflicción había caído sobre la familia de forma desproporcionada y repentina. En el cobertizo, Margaret Reed lloraba a Virginia entre los brazos de Amanda McCutcheon.

—No tiene sentido. ¿Cómo pueden haber enfermado tan deprisa William y Eleanor? —murmuró Elizabeth Graves, con el rostro inexpresivo por el dolor—. Ayer por la mañana estaban bien. Perfectamente.

—Lo que hemos atravesado... más tarde o más temprano tenía que cobrarse su peaje —comentó Eliza Williams, la criada de los Reed. Estaba sentada en un tocón junto a su hermano Baylis.

—Es como lo de Luke Halloran, que empeoró de repente, ¿recuerdan? —dijo Lavinah Murphy. Estaba envuelta en un chal por encima del abrigo, y los miró a la cara uno por uno, como si intentase convencerlos—. Le subió tanto la fiebre que empezó a delirar.

Un gemido escapó de la garganta de Elizabeth Graves.

—¿Quiere decir que mi William y mi Eleanor han contraído la tuberculosis?

—No. La tuberculosis no ataca tan deprisa —dijo Eliza Williams, negando con la cabeza—. Estuve cuidando enfermos en Taylorsville, y va consumiendo poco a poco al paciente. No se parece en nada.

Stanton pensó en los últimos días de Halloran, en sus ojos brillantes y febriles, en las cosas sin sentido que decía cuando le preguntaban, en el ataque a Tamsen. Nunca había tratado a un tísico, pero pensó en una epidemia de viruelas que presenció de pequeño: la enfermedad se extendió por toda la ciudad como transportada por el viento. Los niños fueron los primeros en morir, al parecer; los siguieron los jóvenes, los ancianos y los más débiles.

Tenía sentido. Aquella locura podía ser contagiosa, algo que el cuerpo portaba oculto en su interior. Podía ser muy fácil de transmitir.

No le gustó tener que ser quien diera la mala noticia; no solo una mala noticia, sino la peor posible, dadas las circunstancias. Avanzó con reticencia al centro del círculo y carraspeó para llamar la atención.

—Creo que debemos considerar qué tienen en común los que han caído enfermos, y es que anoche comieron carne.

Las conversaciones se apagaron. Los colonos se miraban entre sí, levantando las cejas mientras intentaban recordar quiénes habían comido. Varios rostros palidieron.

—Es cierto —dijo Elizabeth Graves, y se llevó la mano a la boca, alarmada—. Tanto mi William como mi Eleanor comieron carne. El arriero también; lo vi.

—¿Eso significa que vamos a enfermar todos? —preguntó Baylis, alzando la voz.

—Puede ser. Que no cunda el pánico. —Stanton abrió las manos en gesto

apaciguador—. Veamos qué pasa. Puede que haya un motivo por el que solo han enfermado unos pocos. Puede que no afecte a todo el mundo.

Mary Graves miró a Stanton, con los ojos grises nublados por la congoja; él supo por qué. La noche anterior, sus padres habían presionado a toda la familia para que comiera, para que participara en el festín de carne mientras pudiera; podía ser su última oportunidad de probar algo fresco durante un tiempo. Habían dado a los niños casi toda su ración. Stanton no había probado bocado, porque Mary le había transmitido sus preocupaciones. Gracias a Dios que la había escuchado.

—¿Quiere decir que esa res estaba enferma? —preguntó Lavinah Murphy, palideciendo; toda su familia había comido—. Estaba perfectamente hasta que la atacaron.

Aquellas heridas como boquetes. Stanton se volvió hacia ella.

—Puede que fuera eso. Puede que fuera el ataque. Si el animal que la atacó estaba infectado...

—Un lobo; tuvo que ser un lobo —intervino Baylis Williams, poniendo voz a lo que pensaba todo el mundo. Señaló el oscuro bosque que los rodeaba, y todos lo siguieron con la mirada.

Lo que no entendía Stanton era que la enfermedad pudiera transmitirse tan deprisa, que sus víctimas sucumbieran en cuestión de horas. Parecía algo más rápida en los jóvenes, como si los adultos le sirvieran de alimento. Volvió a maldecir la ausencia de Edwin Bryant; su formación médica les habría resultado tremendamente útil en aquellos momentos. Pero no se podía hacer nada, salvo conjeturar.

Se puso a caminar frente al grupo y volvió a señalar el bosque.

—Si no queremos que vuelva lo que sea que nos espera noche tras noche, intentando arrebatarnos el ganado y haciéndonos enfermar, tenemos que hacer algo.

Patrick Breen, absorto en sus preocupaciones, alzó la vista y preguntó:

—¿Qué quiere decir? Necesitamos esos animales para atravesar el invierno.

—Tenemos que sacrificarlos. —Stanton se volvió hacia el grupo—. Hoy mismo. Podemos conservar la carne en la nieve; será más fácil que intentar vigilar veinte cabezas de ganado. —Miró a Breen—. Las reses son suyas; usted decide. Si no hacemos nada, nos arriesgamos a perderlas todas, una tras otra, a manos de lo que sea que hay ahí fuera, y eso no nos serviría de gran cosa. ¿Qué opina?



Todas las miradas se clavaron en Breen, que parecía aún más corpulento envuelto en su grueso abrigo y con una piel de oso por los hombros. Miró a Peggy, su mujer, que tenía los ojos enrojecidos por el llanto y asentía de forma casi imperceptible.

—De acuerdo; haremos lo que dice. Por el bien de la expedición.

Todos los hombres adultos se reunieron a la orilla del lago con cuchillos, hachas y cuerdas. Era un trabajo duro y agotador; al cabo de una hora, todos estaban hasta las cejas de sangre. Tenían hasta el pelo empapado y se les escurrían las herramientas. De los árboles colgaba una docena de flacos cadáveres, goteando sangre que derretía la nieve y levantaba un vapor de aroma cálido y denso.

Tendrían que apilar la carne en la nieve como si fuera leña, para congelarla; suficientemente cerca para que Patrick Breen la tuviera vigilada, pero no tanto como para que los lobos enfermos, si eso eran, acudieran a su puerta.

Stanton ayudó a enterrar los despojos en hielo y nieve. Era un montón de carne, aunque no bastante para que sesenta personas atravesaran un invierno si no conseguían salir antes.

Rezó para que no hiciera falta.

Pensó en el estrecho paso que había atravesado a caballo tan solo unas semanas atrás; con buen tiempo tardarían tan solo quince días en llegar del paso al rancho de Johnson, pero en aquellas condiciones no podían correr el riesgo. La tierra estaba oculta bajo un manto de nieve tremendamente grueso, y era evidente que no podían cruzar las montañas.

Enviaron a los niños a escarbar en la nieve en busca de más leña. Stanton, William Eddy y Jay Fosdick, marido de Sarah, la hermana de Mary, se pusieron a desollar las piezas. A sus espaldas flotaban los sonidos del lago, el sonido continuo del metal contra el hueso... y gritos de hombres.

Los gritos procedían del lago y cada vez se hacían más agudos.

Se había desatado una pelea. Stanton dejó el cuchillo y se unió a la marabunta que discurría hacia el agua. Cuando se abrió paso vio a Noah James y Landrum Murphy en guardia, uno frente a otro. Los dos eran jóvenes, menores de diecisiete años.

—¿Qué pasa? —preguntó Stanton, intentando interponerse.

—Que Murphy no tiene cuidado con el cuchillo —respondió Noah, furioso—. Casi me corta la mano.

—La culpa es suya —contraatacó Landrum Murphy, un fornido granjero con

el rostro ancho e insulso de Lavinah, su madre—. No se entera de nada, y esto es un trabajo de hombres. —Añadió para ganarse a la gente—. Si no puede seguir el ritmo, que vuelva a las cabañas, ¡con las mujeres!

Había sido un golpe bajo. Rojo de furia, Noah se abalanzó contra él, pero Stanton lo paró a tiempo. Aun así, se sorprendió por la fuerza del joven; le costaba horrores sujetarlo.

—En cualquier caso, aquí no pintas nada. ¿No estabais los dos enfermos esta mañana? Deberíais estar descansando. —Stanton empujó a Noah para hacerlo retroceder un poco, pero no le prestaba atención. Su mirada asesina le arrancó un escalofrío.

Pero fue Landrum Murphy quien atacó, empuñando el cuchillo ensangrentado. Noah, el más rápido de los dos, lo esquivó de un salto, pero luego cayó contra la nieve resbaladiza. La multitud se apartó cuando Landrum se lanzó contra Noah y lo dejó tumbado de espaldas. En una décima de segundo le había clavado el cuchillo en el pecho.

Todos contuvieron la respiración y, por un instante, quedaron paralizados.

Landrum estaba a horcajadas en el pecho de Noah James como un zapatero en su banco. Antes de que nadie pudiera apartarlo, llevó el cuchillo al rostro de Noah, más agraciado que el suyo, casi femenino, y le cortó una oreja. La sostuvo en alto brevemente, mirándola temblar en sus dedos como un pececillo recién pescado.

A continuación la sujetó entre los dientes, sonriendo.

Pánico. Gritos. Stanton lo retuvo antes de que llegara a la otra oreja de Noah. Hicieron falta dos hombres más para inmovilizarlo. Todo el mundo vociferaba. Stanton recibió una patada en la cabeza y sintió un pitido hasta en los dientes, pero no soltó.

—¡Asesino! —gritó alguien—. ¡Asesino! ¡Demonio!

Sujetó con todas sus fuerzas el torso de Landrum Murphy, que se ensanchaba con cada respiración; todo el cuerpo le vibraba, frenético. Stanton no pudo evitar fijarse en que Landrum estaba caliente al tacto. Ardiendo.

—¿Qué demonios te ha entrado? —le gritó Stanton, aterrorizado. Noah yacía con una cinta carmesí que le cruzaba el rostro echado a perder, y el pecho empapado de sangre, cuando de nuevo se puso a nevar—. ¿Se puede saber qué te pasa?

Eliza Williams se echó hacia atrás, apartándose de Noah.

—Se ha vuelto loco, eso es lo que pasa. Después de todo lo que hemos

atravesado, todos estamos volviéndonos locos.

Stanton había oído hablar de hombres que enloquecían apartados de la civilización, que acababan hablando jerigonza y caminando a cuatro patas. Había oído de hombres que, tras pasar meses perdidos en la nieve, habían olvidado cómo se llamaban, quiénes eran e incluso que eran hombres.

Pero aquello era distinto.

Pensó en los Donner, que a aquellas alturas estarían varios kilómetros por detrás; no los habían alcanzado. Sin duda se habrían visto obligados a acampar en algún sitio, igual que ellos habían acampado allí. ¿Qué suerte correrían? Estaba casi seguro de que los habría atacado la misma demencia. Sintió una punzada de congoja al pensar que no podía ayudarlos, pero los demás lo necesitaban.

Entonces, de pronto, pensó en Halloran. Le habían dicho que había estado tocando el violín como un loco unos días antes de morir; pero aquello había sucedido muy lejos.

—No lo dudo —dijo—. Pero puede que la locura también sea un síntoma de la enfermedad. Puede que se contagie.

Aquella noche, Charles Stanton contemplaba las capas de nieve que se acumulaban sobre el paso y pensaba en Mary. Pura como la nieve. Quería amarla con el corazón limpio. Toda aquella nieve y todo aquel peligro parecían querer borrarle el pasado, tan fervientemente como lo deseaba él: acallar todo. Pero también empezaban a acallar a él, a cambiarlo. Su abuelo diría que incluso aquella espantosa situación formaba parte del plan de Dios, pero él no acertaba a entender cómo. Sin embargo, le hacía ver una cosa: su amor por Mary Graves. Día tras día la encontraba más parecida a la imagen de un ángel que tenía su abuelo colgada de la pared: perfecta, pura, pero también intocable.

Los demás, insomnes, se vigilaban entre sí. La enfermedad, en caso de que lo fuera, podía parecerse a cualquier otra. Estaban atentos a los estornudos, a la tos, a las señales de fiebre.

Noah James murió antes del amanecer.

## Capítulo 34

Los Donner llevaban más de una semana en Alder Creek, y nevaba a diario. Elitha tenía la impresión de que el mundo entero había encogido hasta quedar reducido a la tienda, a las ramas del gigantesco aliso, a las hogueras que los rodeaban. Por las noches, la nieve se derretía alrededor del fuego que ardía a instancias de Tamsen, pero más allá de ese círculo, el paisaje era un denso manto blanco que también cubría casi todos los árboles. Tamsen y el tío Jacob habían decidido que era demasiado profunda para las carretas; debatían hasta dónde podrían llegar con raquetas de nieve si las tuvieran, pero toda aquella charla era inútil, ya que no las tenían.

Estaban atrapados por una capa cada vez más gruesa de nieve y hielo.

Pero la nieve y el aislado refugio que habían buscado en las montañas tenían una ventaja: al parecer, los muertos no habían sido capaces de seguirla hasta allí; hasta ellos sabían que era mejor no adentrarse en aquel maldito paraje. Por primera vez en muchos meses, en su cabeza no resonaban los ecos de discusiones entrecortadas, maldiciones y conversaciones incomprensibles, lo que le dejaba espacio para oír los gemidos de su padre, enfermo y muy tapado, inmóvil, al fondo de la tienda, donde Tamsen se pasaba horas y horas cuidándolo.

Por primera vez, se preguntó si su padre iría a morir. La muerte llevaba mucho tiempo siguiéndola, lo sabía, pero nunca se le había acercado tanto. Le pisaba los talones como un perro pedigüeno; se la olía en el pelo y bajo las uñas. Estaba por todas partes, a la espera.

Pensar en aquello le hacía echar de menos a Thomas terriblemente. Echaba de menos su forma de sonreír cuando no miraba nadie; echaba de menos besarlo cuando no había nadie cerca. A saber cuántos kilómetros los separarían, con una nieve tan profunda que se podía desaparecer en ella, hundirse como una piedra. A saber si volvería a verlo, y cuándo.

Y además estaban las cosas que acechaban en el bosque. Sabía que lo que habían visto en la cuenca era real. Sabía que, fueran lo que fueran aquellas

criaturas, iban detrás de ellos y esperaban el momento adecuado.

A los adultos no les gustaba hablar de ello, pero a veces, por las noches, cuando la despertaba el llanto de Tamsen o el crujido de las botas de su tío junto a las tiendas, sabía que estaban ahí fuera. En aquellas ocasiones sabía, también, que el motivo por el que no la habían seguido las voces de los fantasmas era porque también tenían miedo.

Resultaba difícilísimo encontrar leña seca. La gente hablaba de quemar las carretas, o de intentar talar un árbol. También miraban más a los bueyes a medida que escaseaba la comida. Bajo la nieve había hierba, pero el ganado no podía conseguir la suficiente para mantenerse con vida, y pronto empezaría a morir. «O eso o se lo comen esas *cosas*», había dicho el tío Jacob con amargura. Así las llamaba, porque nadie sabía a ciencia cierta *qué* eran. Sombras. Figuras en la oscuridad. Como si sus peores pesadillas hubieran cobrado forma y les hubieran salido extremidades; como si los demonios que con frecuencia visitaban su mente en forma de voces se hubieran convertido en monstruos semivivos que los rondaban a todos.

Una noche había oído a la tía Betsy hablar con su marido en susurros: «Vamos a morir, ¿verdad?». Él no encontró respuesta.

Fue cuando pasó aquello tan terrible. Al atardecer estaban todos acurrucados en la tienda, aguzando el oído; siempre aguzaban el oído últimamente. Estaban muy apretados, dieciséis personas en una tienda concebida para una sola familia. Todos los cuerpos conservaban el calor, lo suficiente para apestar a sudor, grasas y todo lo que produce un cuerpo. El aire estaba denso por la respiración. Fuera, dos arrieros montaban guardia con fusiles; hacían de centinelas y mantenían encendidas las hogueras.

Entonces se oyeron unos arañazos inconfundibles al lado de la tienda. No había puerta; solo una piel de vaca que colgaba sobre la abertura, de forma que el aire mordiente se colaba por los lados y congelaba a quien estuviera más cerca. Había algo justo al otro lado, separado tan solo por un débil cuero.

Todos miraron hacia arriba. Su tía Betsy dejó de cantar. El miedo aportó otra clase de frío y congeló el aire en los pulmones de Elitha. ¿Por qué no habían dicho nada los vigías?

Quizá hubieran muerto. De repente imaginó a los arrieros destripados, mientras unas criaturas reseca de manos humanas les separaban las costillas. Los últimos latidos de sus corazones arrancaban vapor de la nieve.

Su tío Jacob cogió el fusil y echó el percutor hacia atrás.

—¿Quién anda ahí? —Se puso en pie, agachándose para evitar el bajo techo. No hubo respuesta. Entonces se oyó una pisada en la nieve, y luego otra. La piel de vaca empezó a levantarse...

Su tía Betsy gritó como si la hubieran agarrado.

Jacob disparó. El destello le iluminó la cara, irreconocible y espantosa. La tienda se llenó de humo de pólvora. Eliza, la hermana pequeña de Elitha, dio un grito, y los más pequeños se echaron a llorar.

Fuera también se oyó un grito, agudo e inesperadamente infantil. Jacob se quedó paralizado. Fue Tamsen quien apartó la piel de vaca y se encontró frente a Virginia Reed, la amiga de Elitha, aunque no la había visto desde que sus familias se separaron. Estaba tendida en la nieve, con la manga derecha del abrigo de lana cruda oscurecida por la sangre.

La introdujeron en la tienda y apartaron al padre de Elitha de la plataforma para dejarle sitio.

—Si muere, jamás seré capaz de explicárselo a su madre —dijo Jacob, y Tamsen le desabrochó el abrigo. A Elitha le pareció curioso que dijera aquello, ¿de verdad creía que volverían a ver al resto de la caravana? La distancia que los separaba bien podría ser un océano. Por otra parte, Virginia había conseguido llegar, y al parecer a solas.

—Gracias a Dios, parece que solo ha sido un rasguño —dijo Tamsen—. Si no se le infecta, se repondrá.

—¿Qué hace aquí? —dijo Jacob, aún muy pálido—. Sin compañía y a estas horas...

—Igual han tenido problemas, estén donde estén —dijo Betsy, restregándose las manos—. Espero de todo corazón que, sea lo que sea, no la haya seguido. Jacob seguía respirando con dificultad; su expresión era cadavérica. Se había sentado en un taburete con la cabeza entre las manos y el fusil apartado.

Elitha se sentó junto a Virginia, deseando que despertara. La consideraba su mejor amiga entre las jóvenes de la caravana y se sentía fatal; se había olvidado de ella por completo y no le había dedicado mucho tiempo desde que empezó a verse con Thomas. Ni siquiera la había echado de menos; solo pensaba en él.

Sabía que, si Virginia moría, sería culpable al menos en parte.

Y no llegarían a enterarse del motivo por el que se había presentado allí.

## Capítulo 35

Edwyn Bryant reconoció el camino que conducía al campamento abandonado de los buscadores de oro en cuanto lo vio.

Había viajado hacia el nornoroeste desde el poblado de Tiyeli Taba, en el caballo de Tanau Mogop, que dejó atado a un árbol a unos metros. El viento agitaba las ramas de los pinos circundantes y sonaba vivo. Un escalofrío le bajó por la espalda.

Preparó una hoguera y, con un palo encendido a modo de antorcha, entró en la destartada cabaña; sabía que el interior estaría oscuro como boca de lobo. Aún lo esperaban los objetos que había visto anteriormente: la taza de hojalata, el libro de salmos, las monedas, las botellas. Los inspeccionó, en especial el libro, en busca de algo que pudiera identificar a sus propietarios. La portadilla, el lugar donde habría sido más probable encontrar una inscripción, estaba arrancada, igual que las treinta o cuarenta páginas siguientes de papel biblia.

Se arrodilló y escarbó entre las hojas muertas y las agujas de pino que habían entrado por la techumbre desmoronada. Dejó a un lado cuidadosamente los bichos comestibles que encontraba; por aquel entonces, los insectos constituían su principal fuente de alimento.

Al cabo de una hora no había encontrado nada más que una camisa ajada por las inclemencias. Se recostó en la pared, abatido, estirando la tela con las manos. ¿Volver había sido una pérdida de tiempo? ¿Qué esperaba encontrar?

Dejó la camisa con las otras cosas y salió; se alegraba de respirar aire fresco y dejar atrás la atmósfera viciada de la cabaña. En su última visita había apilado respetuosamente los huesos encontrados junto a la entrada, una especie de monumento a los horrores que allí habían sucedido. Al contemplar entonces las calaveras se preguntó si habría supervivientes. ¿Existiría alguna manera de averiguar cuántos hombres había habido en el campamento? Contaba cinco cráneos. Pero alguien había separado las extremidades de los cuerpos, ¿habría sido uno de los buscadores de oro u otra persona?

Sacó las herramientas de debajo de unos matorrales y las examinó. Había una

docena de palas, aunque eso no significaba nada; le parecía probable que un hombre que llegara hasta allí llevara más de una. También había nueve piquetas de estilos variados, así como numerosos cubos y seis tamices. Inspeccionó las herramientas una por una, en busca de cualquier marca distintiva. En la cabeza de casi todas, pese al óxido, podía leer el nombre de los fabricantes: *Geenlee, Beatty, Stanley*.

Fue entonces cuando reparó en los nombres tallados toscamente en algunos mangos; probablemente servían para identificar al dueño en caso de desacuerdo. Hizo varios montones, uno por propietario: *Whitely. Gerjets. Appleby. Smith. Stowe. Dunning. Foulkes. Peabody.*

*Keseberg.*

Se le hizo un nudo en la garganta. Recordó con repentina claridad algo que había pasado por alto las últimas semanas. Lewis Keseberg había mencionado a un pariente, un tío suyo, que había ido a buscar oro a aquellas mismas montañas varios años atrás. En el momento no le dio gran importancia, aunque estaba seguro de que había escrito sobre ello a su prometida. Pero de repente se dio cuenta de que era demasiada coincidencia. El tío de Lewis Keseberg había sido uno de aquellos buscadores de oro, y sin duda había muerto junto con los demás. ¿O no?

Aquella noche, sentado frente a la hoguera mientras absorbía el interior blando de los insectos que había encontrado, se preguntó qué habría ocurrido exactamente en aquel lugar maldito, cómo había empezado todo. Por supuesto, seguía siendo posible que no existiera ninguna enfermedad y que una fuerza externa hubiera atacado a los hombres, pero tenían que ser suficientes para protegerse de cualquier ataque, lo que significaba que probablemente acertaba al pensar que la amenaza procedía de dentro.

Pero estaba cada vez más convencido de que la culpa era de una enfermedad, la misma que había visto en Smithboro, y de que aquella dolencia, aquella extraña avidez de carne humana de la que habían hablado los indios, y que incluso habían asociado a su mito preexistente del *na'it*, tenía allí su origen. Tanau Mogop le había dicho que sospechaban que los *anawái* se lo habían buscado por relacionarse en exceso con los montañeros que recorrían aquellos bosques. Los *washo* desconfiaban de los forasteros, pues sabían que podían contagiarles enfermedades. Decían que aquel comportamiento, al igual que la costumbre de presentar sacrificios al *na'it*, había empezado más o menos por la misma época, en una zona relativamente tranquila hasta entonces. ¿Qué otra



cosa podía explicarlo, salvo que los blancos hubieran transmitido la dolencia? Aunque ¿cómo?

¿Cómo saltaba la enfermedad de un lugar a otro, sin que se supiera de dónde procedía? Sin duda, alguno de aquellos buscadores de oro había tenido que contraerla en primer lugar, y después la había propagado entre sus compañeros y más allá.

Pensó en una de las últimas cartas que le había enviado Gow, en la que mencionaba el trabajo del doctor Snow y su convicción de que las infecciones podían transmitirse por numerosos cauces. Según Snow, la concepción que tenía la humanidad de las enfermedades, de la relación entre estas y sus síntomas, podía ser errónea. Es decir, la enfermedad y los síntomas podían ser cosas distintas; la enfermedad podía estar viva pero oculta, de hecho, casi como un espíritu, hasta que arraigaba en el cuerpo y provocaba los síntomas, a veces distintos según la persona. En ocasiones *ni siquiera causaba el menor síntoma*.

Recordó también la historia de la gran familia irlandesa que, al parecer, había sucumbido a un contagio similar, con excepción de una niña que, curiosamente, había seguido sana.

Lanzó a la hoguera las cáscaras de los insectos y escuchó el crepitar mientras daba vueltas al misterio. Se tumbó en el suelo, con la esperanza de conciliar el sueño, y dejó vagar la mente mientras contemplaba las llamas anaranjadas.

La hilera de calaveras le guiñaba los ojos al son del baile de las llamas, dorado vibrante y rojo sangre.

Giró entre las manos el mango que llevaba el nombre de Keseberg. Lo asaltaron los recuerdos de su sobrino, una serie de percances monstruosos: Lewis empujaba a su mujer embarazada al interior de la tienda. Lewis entablaba una pelea con James Reed. Lo recordó sentado en su campamento, despiezando los conejos que había cazado para la cena, con las manos ensangrentadas y una mirada de concentración, mientras el perrillo de Halloran correteaba alrededor. En aquella ocasión se le escurrió el cuchillo y se le clavó en la mano húmeda, perforándole la mano; se formó una gruesa línea escarlata, y el terrier aprovechó la oportunidad para lanzarse hacia la mano de Keseberg y lamer ávidamente la sangre del conejo y la del hombre.

Un profundo horror sacudió a Bryant al pensar en aquel perro; pensó también en el rostro cruel de Keseberg y en su contoneo presuntuoso. Aquel hombre vagaba entre ellos como una peste con piernas: algo repugnante, algo que había que temer.

Cuanto más vueltas daba al rompecabezas en su mente, más seguro estaba de que tenía algo. Una afección que saltaba de un hombre a otro. Una enfermedad, quizá invisible al principio, o invisible en algunos, como en la niña de la familia irlandesa que se había vuelto loca y cuyos miembros se habían convertido en algo más parecido a los lobos que a las personas. Celebraron la buena fortuna de la pequeña, creyendo que había salido indemne cuando otros habían sucumbido, hasta que un día, muchos años después, la encontraron a horcajadas sobre el recién nacido de unos vecinos, con la boca y las manos llenas de sangre.

Una enfermedad que convertía en monstruos a algunas personas. Pero otras eran capaces de ocultar la monstruosidad en su interior.

Bryant se enderezó bruscamente, bañado en sudor. Era evidente lo que aquello implicaba.

El tío de Keseberg era portador de la enfermedad.

Así había llegado hasta allí. Así era como habían muerto todos los buscadores de oro.

El tío de Keseberg, como la niña irlandesa, debía de llevar la infección en la sangre, quizá sin saberlo. Era quien la había transportado hasta aquel territorio media docena de años atrás, y al manifestarse no solo había tenido como consecuencia la muerte del resto del grupo, sino que más adelante había azotado las tribus de la zona, amplificando algunas de sus antiguas creencias y despertando el miedo entre los habitantes de las montañas.

Si era así, incluso era posible que otros miembros de su familia padecieran la enfermedad... y que alguna característica les permitiera sobrevivir.

Otros miembros de su familia, como Lewis Keseberg.

Quizá fuera una conjetura descabellada, pero si estaba en lo cierto, todos los integrantes de la expedición Donner... No, todos los que se encontraban en aquel territorio estaban en peligro. Tenía que ponerlos sobre aviso.

Pero entonces se paró a pensar en lo que tenía por delante. No él personalmente, sino el futuro de la ciencia.

Una nueva carta empezó a tomar forma en su cabeza.

## Capítulo 36

Después de volver en sí, Virginia se pasó dos días negándose a explicar qué hacía allí y qué había ocurrido en el lago Truckee. Al principio, Elitha lo achacó a la cabezonería, hasta que por los gestos y señas frenéticas se dio cuenta de que no quería que lo supieran los adultos.

Fuera lo que fuera, estaba avergonzada; ni siquiera le dijo gran cosa a Elitha por la noche, cuando se quedaron a solas. Le habló del sacrificio del ganado, de las conductas extrañas y de las peleas que se desataban. Los más jóvenes, niños y adolescentes, habían sido los primeros en sucumbir.

—Dicen que es una enfermedad. —Tenía los ojos tan grandes que parecía perpetuamente sorprendida—. Dicen que ahora también se ha contagiado Mary Murphy.

—¿Por eso te fuiste? —preguntó Elitha—. ¿Tenías miedo de enfermarte tú también?

Pero Virginia no respondió; solo dijo que el señor Stanton y el señor Eddy habían partido en busca de ayuda pero habían fracasado, y que el señor Keseberg intentaba hacerse con el liderazgo. Pero no decía nada más, y cuando Elitha intentó sonsacarle algún detalle, se limitó a cubrirse con las mantas y fingir que se quedaba dormida.

El grupo debatió qué hacer con ella.

—No podemos enviarla de vuelta hasta que esté curada —dijo Jacob, aún preocupado por Margaret, la madre de Virginia.

—No podemos dejar que se vaya ella sola, ni prescindir de los hombres que montan guardia —dijo Betsy. Hasta Elitha se daba cuenta de que se sentía abrumada con tantos niños y jóvenes y tan pocos adultos.

—Si llegó hasta aquí por sus medios, cabe suponer que el camino está razonablemente transitable —dijo Tamsen, mirándola con suspicacia. Pero Virginia insistió en que había tardado casi un día entero, que había estado a punto de perderse y que prácticamente había sido un milagro que los encontrara.

—No me manden de vuelta, por favor —suplicó.

Varios días después de su llegada, en un día sorprendentemente despejado en el que no nevaba, Lewis Keseberg se presentó en el campamento, tan temprano que aún no se habían apagado las hogueras.

—Me daba en la nariz que estaría aquí —dijo a Betsy, Jacob y Tamsen. Formaban un corrillo en el aire helado, cargado con el humo de la madera húmeda—. Le ha dado un susto de muerte a su madre. Vengo a buscarla. — Estaba mucho más amable que de costumbre.

—¿Margaret Reed le ha pedido que venga? —preguntó Tamsen; Elitha se daba cuenta de que no se dejaba engañar.

—Vengo porque soy quien está al mando —dijo en voz quizá demasiado alta—. Ella no tiene un marido que se encargue de estas cosas e impida que se le escape la niña. —Virginia absorbió el golpe en silencio, sin parpadear. Todo el mundo sabía que era probable que su padre hubiera muerto congelado por aquellos montes—. Venga; la necesitamos. Ya casi hemos terminado de preparar el ganado, pero hasta las chicas tienen que ayudar.

Habían sacrificado el ganado; aquello significaba que habría comida. Elitha intentó recordar cuántas cabezas tenían los Breen; una docena, por lo menos. Pensar en toda aquella carne hizo que se le encogiera el estómago de añoranza. Sabía que su mención convencería a Tamsen para que le dejara llevarse a Virginia; no quedaba mucha comida en Alder Creek, tan solo los restos del correoso buey viejo. No necesitaban más bocas que alimentar.

Elitha se acercó a la hoguera, chapoteando por el barro.

—Quiero ir, Tamsen. Me presto voluntaria a ayudar a Virginia.

Tamsen pareció sorprendida de verla. Siempre ocurría; todo el mundo se sorprendía cuando veía a Elitha. Era una de aquellas personas de las que se olvidaba todo el mundo. Excepto Thomas. Thomas siempre parecía estar esperándola.

Quería estar con él, pero no podía decírselo a Tamsen. Además, Virginia se había marchado por algo, y aunque no le hubiera revelado el motivo, no podía quedarse cruzada de brazos mientras Keseberg se la llevaba a solas, de vuelta al peligro del que había huido.

—Tú misma has dicho que Virginia está débil y ha perdido sangre —insistió Elitha—. Necesitará ayuda para volver, y estará mejor si voy con ella. —Tuvo la precaución de no mencionar la enfermedad de la que le había hablado Virginia; había sido cuidadosa. Tenía miedo, pero el deseo de ver a Thomas era más fuerte. Y ninguna enfermedad podía ser más temible que las criaturas que los

observaban noche tras noche—. Venga, déjame ir. Ya no soy una niña; puedo cuidarme. Confía en mí, por favor.

Aquellas últimas palabras parecieron cumplir su objetivo.

—Muy bien. Supongo que en un grupo grande estarás más a salvo —dijo Tamsen con voz apagada.

La ayudó a empaquetar sus cosas y, antes de darle un beso de despedida, le aconsejó que jamás se quedara a solas con Lewis Keseberg.

Al llegar al lago Truckee, Elitha no dio crédito a lo que vio. Los refugios solo eran ligeramente mejores que las tiendas de su familia y estaban igual de apelotonados; fue increíble la cantidad de gente que salió de la cabaña en la que se alojaba la familia de Virginia con los Graves. Al menos, Thomas estaba en el grupo; al verla, corrió hacia ella y la rodeó con los brazos delante de todo el mundo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó en un susurro.

Su contacto la hizo entrar en calor al instante. Estaba sonrojada; veía que la gente los miraba de hito en hito.

—Quería verte.

La expresión de Thomas cambió; se cerró y se tornó fría.

—No deberías haber venido. Aquí corremos peligro.

—También lo corríamos en el otro sitio —respondió. Sabía que se le partiría el corazón si Thomas le pedía que se marchara.

—Ven —dijo simplemente, y la cogió de la mano.

Estaban alejándose de la multitud cuando Elitha vio a Keseberg con Virginia. Se había inclinado para mirarla cara a cara y le decía algo en voz muy baja. Virginia estaba muy rígida, y tan blanca como la nieve que la rodeaba. Elitha sintió aprensión. ¿Qué querría aquel hombre?

Quienes más adelante le revelaron el secreto de Virginia fueron dos de las hijas de los Graves: Lovina, de doce años, y Nancy, de nueve. Lewis Keseberg les había dicho que iban a empezar a dejar fuera un niño cada noche, para los lobos; que sus padres ya estaban al tanto, por lo que no les serviría de nada recurrir a ellos; que habían acordado encomendárselo a él, para no tener que elegir al niño al que le tocaba morir; que los adultos lo habían decidido para que sobreviviera la mayoría, como aquellos indios que dejaban atado a uno de los suyos. Había que hacer sacrificios.

Pero perdonaba a quienes se iban al bosque con él y hacían lo que les pedía.

—No es tan terrible —dijo Lovina Graves, aunque su expresión la desmentía. Narró su historia con una sonrisa intranquila, y se mostraba tan inquieta como un colibrí—. Solo toca por debajo de la falda y esas cosas.

—Me puso la cosa en la mano y me hizo sujetarla —dijo Nancy Graves, en voz tan baja que a Elitha le costó oírla. La niña estaba tan delgada que parecía hueca como un fantasma.

Elitha sintió que no podía respirar, como si una mano invisible le sujetara la cabeza dentro del agua. Había sido idiota al ir allí. Se dio cuenta de inmediato de que no podía contárselo a Thomas; solo lo pondría en peligro. No era rival para Keseberg.

Llevaba menos de veinticuatro horas en el lago Truckee cuando le llegó el turno. Se había adentrado en el bosque con Thomas; se les había ocurrido intentar pescar en el arroyo.

Quería decirle que había cosas peores que pasar hambre; recordó la palidez de Virginia y su asentimiento aterrorizado cuando Keseberg se paró a hablar con ella.

Tumbada sobre el estómago en la dura superficie del río, apoyó la cara contra el hielo atenta a cualquier movimiento. Thomas estaba buscando una piedra con la que agujerearlo. En realidad, Elitha no tenía ni idea de pesca. Se había criado en una granja y solo había probado el pescado una o dos veces en toda su vida. Aun así, le pareció buena idea; por lo que Thomas le decía, los indios conocían las mejores formas de sobrevivir en tiempos difíciles. A él le bastó con echar un vistazo al riachuelo para saber que probablemente no habría peces comestibles, pero Elitha estaba tan emocionada que no tuvo valor para decírselo. De modo que Thomas fue en busca de una piedra mientras Elitha, de rodillas, apartaba la nieve de la superficie. No distinguía nada allí abajo salvo una oscura maraña de ramas congeladas y hojas podridas que ennegrecía el agua.

Ahora que había estado con Thomas pensaba que se sentiría distinta, pero al margen del dolor entre las piernas no sentía sino una profunda satisfacción, como si al convertirse en mujer hubiera caído en un sueño en el que no acechaba ninguna pesadilla. Ella había tenido la idea; la noche anterior se había citado con Thomas junto a las caravanas, a las que ya no se acercaba nadie. Era peligroso salir de noche, incluso con las hogueras. Siempre había al menos dos hombres haciendo guardia con escopetas, y a oscuras podían confundirlos con uno de aquellos seres.

Había llevado una manta, aunque no se atrevió a encender una vela o una lámpara. Thomas apareció como salido de la nada. Sabía ser prácticamente invisible; era algo que tenían en común.

Cuando Thomas subió a la carreta y vio que Elitha había improvisado una cama, se volvió hacia ella.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? Piénsalo bien. Tu familia no te dejará estar conmigo. En cuanto bajemos de esta montaña, no nos permitirán estar juntos.

No tenía sentido preocuparse por el futuro. Se entregaría a Thomas, aunque solo fuera una noche, y se iría a la tumba sin arrepentimientos.

Todos se irían a la tumba muy pronto.

En aquel momento, arrodillada en el río helado, oyó un susurro a su espalda y se detuvo a escuchar. Se le puso carne de gallina. El susurro continuó, tan sibilante como el del viento.

Las voces. Estaban regresando. No podía distinguir las palabras, pero estaban ahí, arañando los límites de su conciencia como un horrible dolor de cabeza. Algunas de las voces eran nuevas; eso significaba que habían muerto más personas. Intentó cerrarles la mente.

De pronto sintió una presencia a su espalda. Era como si la visitara un fantasma, como si una oscura sombra le cruzara el cerebro. Giró en redondo y vio que Keseberg se acercaba, precedido de la niebla helada de su aliento.

—Vaya, vaya —dijo, y la sujetó por los hombros como a una muñeca, antes de que pudiera escabullirse y ponerse en pie. ¿Qué haces aquí tan solita?

—No estoy sola —se apresuró a decir. Keseberg rio como si lo encontrara divertido.

—Sí, ya lo sé, tienes a ese indio que te hace tilín. Qué lástima que una chica tan guapa se eche a perder así.

—Nos queremos —espetó. No sabía por qué, pero le parecía importante. ¿Dónde estaría Thomas? Quería que la salvara y a la vez que siguiera lejos.

Keseberg se quitó un guante y le apoyó los dedos desnudos en la cara. A Elitha se le congeló la sangre ante el contacto.

—¿Crees que esos salvajes saben siquiera qué es el amor? No quieren de la misma forma que nosotros —afirmó con convicción. Elitha pensó en Philipinne, la esposa de Keseberg, una mujer menuda de pelo castaño claro que casi siempre tenía un moretón en algún lado de la cara. Nunca la había oído hablar. ¿Keseberg la querría? ¿Habría querido alguna vez a alguien? Estaba razonablemente segura

de conocer la respuesta.

—Voy a gritar.

Keseberg la acorraló contra un árbol. Elitha se concentró en una bola pegajosa que colgaba de la nariz enrojecida, por no mirarlo a los ojos.

—Si me buscas problemas, le buscaré problemas a tu novio. Sabes que puedo. Nadie va a ayudar a un indio.

Elitha sintió la verdad en los huesos. Apretó la columna contra la corteza, tensa ante la perspectiva del primer contacto. Con tanta ropa, sabía que aunque le pusiera la mano en el pecho no estaría tocándole el pecho en realidad; aun así, la idea le daba escalofríos. Recordó cómo se había acercado Thomas, acariciándole el cuello, tan solo la noche anterior.

Pero Keseberg no hacía nada terrible, según habían dicho las niñas. Intentó calmarse con ese pensamiento, aunque tenía la impresión de que el estómago se le había subido a la cabeza y todo el cuerpo se le había puesto rígido, en protesta. Solo iba a tocarla. Podría soportarlo, y Thomas estaría a salvo. Casi deseaba que se diera prisa para acabar de una vez...

Keseberg le agarró la parte delantera del abrigo y la abrió de un tirón. También le abrió el vestido, dejando al aire la piel del cuello y el esternón. Elitha soltó un grito de sorpresa. Pero una mano le tapaba la boca. Los dedos tenían un sabor asqueroso. Pensó en darle un rodillazo, pero cabía la posibilidad de que eso, en vez de detenerlo, lo enfureciera más. Parecía de los que golpeaban cuando se enfadaban; Philipinne, su esposa, era la prueba.

—No eres tan guapa como otras chicas —dijo con voz grave mientras introducía una pierna entre las suyas, separándose—. Pero servirás.

Demasiado tarde, se dio cuenta de que no iba a limitarse a toquetearla. Demasiado tarde, mientras Keseberg se desabrochaba el cinturón, se dio cuenta de que pensaba hacer algo mucho, mucho peor. Una voz en la cabeza le gritaba: «¡Corre, corre, corre!». ¿Sería algún muerto? Daba igual; tenía las piernas paralizadas por el terror.

Entonces, de pronto, una terrible fuerza los golpeó, apartando al hombre. Elitha cayó a la nieve y notó el sabor de la sangre; se había mordido la lengua. Un horrible griterío sacudió el bosque. Al principio, Elitha pensó que era uno de ellos.

Pero era Thomas. Keseberg y él estaban de rodillas, peleando en la nieve. Thomas lo había sorprendido, pero Keseberg había recuperado la ventaja rápidamente. Elitha examinó el suelo en busca de una piedra, una rama, algo que



usar de arma.

Al final, Keseberg logró quitarse a Thomas de encima; lo lanzó al suelo, se puso en pie jadeante y se sacudió la nieve, como una espantosa sombra que doblaba su tamaño y volvía a doblarlo a medida que se ponía el sol.

—¿Crees que puedes plantarme cara, chaval? ¿Crees que vas a salvarla? —Le dio una fuerte patada en el costado—. Pues menudo pardillo, porque es una puta. A quien desea es a mí. Quiere que la convierta en mujer.

Cuando levantó el pie para asestar otra patada a Thomas, Elitha se lanzó contra él. Lo derribó de espaldas y se le puso encima. Keseberg se debatió, intentando apartarla.

—¡Levanta, zorra estúpida! —La tiró al suelo. A Elitha se le metió nieve bajo las faldas y por el cuello del vestido, y el frío le arrancó una exclamación de sorpresa. Estaba cansada. Cansada de combatirlo.

—Déjanos en paz, ¡déjanos en paz! —gritó. Keseberg volvió a acercarse y ella cerró los ojos, en espera del puño. Una fuerte mano la sujetó y la levantó de la nieve.

—Vamos. —Era Thomas. Se volvió, aturdida, y vio a Keseberg doblado, como si buscara pautas en el hielo. Thomas y ella avanzaron tan deprisa como pudieron por la nieve, resbalando y luchando por seguir en pie a cada paso. Thomas se volvió a mirarla. Tenía la cara enrojecida y respiraba entrecortadamente; tiraba de ella con tanta fuerza que hacía que le ardiera el hombro—. Corre, corre —Elitha quería preguntarle por qué; ya habían dejado bastante atrás a Keseberg y estaban a mitad de camino de las cabañas. Ya no tenían por qué correr.

Entonces vio lo que tenía Thomas en la otra mano: un cuchillo, no más grande que los que se usaban para comer. Una fina línea de sangre colgaba del filo, y en la nieve se veía un reguero que parecía una hebra de hilo rojo. Keseberg no los seguía; no podía. No los habría dejado escapar si hubiera podido evitarlo.

«Thomas, Thomas —pensó Elitha—. ¿Qué has hecho?».

## Capítulo 37

A la mañana siguiente, Mary Graves vio a Mary Murphy escapar de la cabaña de su familia con el bebé de los Eddy en brazos. Eddy y William Foster siguieron sus huellas por la nieve, pero cuando la alcanzaron, la adolescente ya había matado al niño y estaba devorándole el hígado. Eddy le pegó un tiro en el sitio; Foster fue incapaz de detenerlo.

Después de Mary Murphy llegó Eleanor Graves, hermana de Mary Graves, que se puso a bailar descalza con la nieve por las rodillas. Tenía los dedos de los pies azules por la congelación. Cuando su madre intentó obligarla a volver a la tienda, Eleanor gritó y salió corriendo hacia el bosque, con la larga melena negra agitándose tras ella como una despedida.

—Vamos a marcharnos. Vamos a intentar salir cuanto antes —había prometido Stanton a Mary. Había afilado el machete y estaba cortando en tiras una vieja piel de ciervo—. Estamos preparando raquetas para que nos resulte más fácil caminar por la nieve. En casa de mi abuelo había un par; no las usé nunca, pero creo recordar cómo eran.

—Vamos con usted. Creo que estamos suficientemente fuertes para no retrasar la marcha —dijo Sarah Fosdick, hermana de Mary, cuando vio lo que estaban haciendo. Se sentó junto a Mary y se puso a cortar tiras de cuero en los bastidores de madera que habían hecho con las duelas de los barriles de harina vacíos.

Estuvieron juntas toda la tarde, trabajando en las raquetas de nieve, con la luz que se colaba por las grietas de las paredes. La cabaña estaba llena de niños, ya que los adultos no se atrevían a dejarlos salir. Mary los miró y se sintió culpable, pues sabía que ella se marcharía pronto, pero ellos se quedarían.

*Enviaremos ayuda en cuanto podamos.*

Sarah estaba sentada a su lado en el suelo, tarareando mientras ataba las tiras de cuero a un bastidor, pero cuando oyeron el disparo se tensó y la miró.

—¿Qué habrá sido eso?

Las pocas vacas que quedaban se pusieron a mugir, asustadas.

Stanton fue el primero en cruzar la puerta. Franklin Graves y Jay Fosdick cogieron sus fusiles y lo siguieron de inmediato.

Se oyó un segundo disparo y un barullo de voces airadas; después, una ráfaga de disparos que sonaron como un trueno.

La espera era insoportable. Elizabeth, la madre de las jóvenes, supo qué significaba cuando Mary se inquietó.

—No salgas —le advirtió—. El señor Stanton sabe cuidarse.

Sonó otra salva, seguida de varios gritos agudos. Mary no soportaba más; se puso en pie de un salto y corrió al exterior.

Los gritos procedían del lago, ocultos por una cortina de pinos y rocas. Mary se puso a correr hacia las voces, resbalando en la nieve irregular.

Al fin localizó a Stanton. Rodeaba con un brazo a Thomas, el chico indio, que estaba herido. De bala. Tenía el hombro derecho levantado y se apretaba las costillas con una mano. Una oscura mancha de sangre le atravesaba la chaqueta y se extendía por ella.

—¿Qué ha pasado? ¿Es grave? —preguntó, corriendo hacia ellos. Vio la respuesta en la expresión de Stanton.

—Dile a la señora Reed que ponga agua a hervir y prepare vendas.

Mary sabía que Margaret Reed no movería un dedo para ayudar; odiaba a los indios tanto como su marido. Se sorprendió deseando que Tamsen estuviera allí; Thomas tendría más posibilidades en ese caso.

Amanda McCutcheon accedió a atenderlo. Elitha Donner se les había unido, pálida de terror. Saltaba a la vista que estaba loca por aquel chico. Amanda lo ayudó a desnudarse de cintura para arriba y sentarse en un taburete; después lo limpió con un paño húmedo, con cuidado de no rozar la herida. Los cortes eran profundos, y tan anchos que a Mary le pareció que se podían ver las costillas. Se obligó a mirar todo lo que hacía Amanda, pues sabía que podría venirle bien. Cualquiera de ellos podía ser el siguiente en morir, sobre todo los que cuidaban de los enfermos.

—Sujeta esto —le dijo Amanda, y guio la mano de Elitha para que apretara el extremo de una venda contra el costado de Thomas mientras le enrollaba el resto alrededor del torso.

Cerca del cobertizo se oían voces, aunque demasiado bajas para saber qué decían. Mary dejó a Thomas mientras lo vestían y se acercó de puntillas a la entrada.

—Tenemos que esperar —decía William Eddy, en el centro de un corrillo.

Había perdido mucho peso en la marcha montaña arriba y parecía un espantapájaros—. No me noto ningún síntoma de la enfermedad.

—Pero en cuanto se manifiestan... —dijo Peggy Breen—. Mire lo que ha pasado con Noah James y Landrum Murphy. Es muy rápida. No podemos esperar a que ese chico indio se ponga a atacar a la gente. Mire a su alrededor; prácticamente solo quedan mujeres y niños. Tenemos que pensar en los pequeños.

—Solo es una acusación —señaló Stanton—. No tenemos más prueba que la palabra de Keseberg.

—¿Por qué iba Keseberg a disparar al indio si no hubiera visto lo que dice que ha visto? —preguntó Peggy Breen, con los brazos cruzados firmemente.

Mary se echó hacia atrás; el corazón le martilleaba el pecho. De modo que Keseberg había dicho algo de Thomas; había afirmado que padecía la enfermedad. No sabía qué habría ido contando Keseberg, pero sintió una piedra en el estómago al empezar a darse cuenta de que no importaba. Todo el mundo ya tenía la idea en la cabeza.

Siguieron discutiendo, pero no le cabía duda de cómo acabaría aquello. Se sentía débil, a punto de derrumbarse. Corrió hacia Elitha y Thomas, que estaba abotonándose la camisa.

—Escuchadme. Thomas tiene que huir de inmediato. —Cuando este la miró sorprendido, añadió—: Vienen a por ti.

Dejó los botones para mirarla de hito en hito.

—¿Qué quieres decir?

Amanda McCutcheon, que estaba en una esquina guardando las vendas sobrantes, volvió la cabeza para mirarlos. A Mary le dio igual.

—Tienen miedo de que sucumbas a la enfermedad. —Empujó un baúl contra la destartada pared—. Keseberg dice que por eso te ha disparado, que ha visto algo que no le gustaba. Tienes que subir aquí, escapar por el tejado y salir corriendo. —Lonas y cueros golpeaban caprichosamente las paredes de troncos—. No mires atrás. Si te quedas, te matarán, Thomas. —Le habría gustado pensar que no era así, pero había visto en qué se había convertido el grupo: fijaba el objetivo rápidamente, y actuaba aún con más rapidez. Paranoicos. Presos del pánico.

Thomas no vaciló; aparentemente, él también entendía que no había nada que hacer. Se encaramó al baúl, pero se detuvo y se volvió hacia Elitha.

—¿Vienes conmigo o te quedas aquí?

Mary sintió angustia por Elitha. Ir con él era una sentencia de muerte. No tendrían comida ni armas, y estaban esos lobos que merodeaban por el bosque, o las criaturas que hubieran empezado a propagar la enfermedad. Y la nieve; había tanta nieve que nunca conseguirían pasar. Aunque para Thomas era la única posibilidad de supervivencia; si se quedaba, era indudable que lo matarían.

La situación de Elitha era muy distinta.

Elitha cogió la manta más cercana y se la echó por los hombros.

—Sube. Ahora voy yo.

Pero los hombres irrumpieron en el cobertizo antes de que Thomas hubiera saltado la pared.

Mary intentó obstaculizarles el camino, pero su propio padre la agarró del brazo y la arrastró a la nieve, sujetándola fuertemente.

Patrick Breen, con el rostro congestionado, así como su amigo Patrick Dolan, el alemán Spitzer y Lewis Keseberg agarraron a Thomas por las piernas y lo bajaron. Lo empujaron al exterior, pasando entre Mary y Elitha como si no estuvieran.

Mary fue a correr tras ellos, pero su padre la retuvo.

—Si te interpones, solo conseguirás salir herida.

Consiguió liberarse y corrió hacia el grupo, con Elitha pisándole los talones.

Estaban llevando a Thomas al bosque. Elitha fue la primera en alcanzarlos, y se lanzó contra los dos hombres que sujetaban a Thomas con los brazos a la espalda, pero Spitzer, el inmenso alemán, la apartó como si fuera un mosquito.

—Vuelve, chica. Esto no es nada que debas presenciar —le advirtió Breen.

Mary logró alcanzarlos a través de la profunda capa de nieve.

—No hace falta que lo maten. Suéltelo y no tendrán por qué preocuparse; nos dejará en paz.

—Enloquecerá como los demás y vendrá a por nosotros —dijo Dolan, airado—. Igual mata a alguien, puede que a un niño. Ya vio lo que pasó con Landrum, ¿eso es lo que quiere?

—¡No tiene por qué pasar eso! Juro que nos iremos y que no volverá a vernos a ninguno de los dos, si le dan una oportunidad —suplicó Elitha.

Los hombres siguieron andando con la vista al frente, como si ninguna de las mujeres hubiera hablado. Caminaron hasta que Breen dio el alto. Era un lugar elevado; la brisa agitaba las ramas de un pino cercano. Casi no se oían las voces procedentes de las cabañas, las únicas señales de vida humana de aquel paraje. Franklin Graves ya los había alcanzado y tiró bruscamente de Mary, con una

mirada que decía que no iba a permitir que se saliera con la suya en aquella ocasión, por su bien y por el de su familia. No hay nada que hacer con un hombre irritado que no atiende a razones.

Los demás se apartaron de Thomas. Dolan se apoyó en el hombro la culata del fusil.

Thomas mostraba una calma sobrecogedora. Posó los ojos en Elitha y le dijo:

—No deberías haberme seguido. Vuelve. Por favor.

—Para que no sufra... —Keseberg hizo una seña en dirección a Elitha—. Dile que estamos en lo cierto. Dile que sientes la enfermedad en tu interior.

Pero Thomas no dijo nada; tan solo dejó vagar la vista por encima de sus cabezas.

Mary miraba frenética de uno a otro, intentando dar con la forma de hacerles entender que aquello era innecesario, pero no encontraba las palabras. Aun así, tampoco parecían dispuestos a razonar; eran esclavos de la cólera y el miedo.

Elitha lloraba a gritos. Señaló a Keseberg.

—Se lo ha dicho él, ¿verdad? Les haya dicho lo que les haya dicho, es mentira. Lo hace para vengarse de Thomas y de mí, porque no hicimos lo que quería.

Mary vio que no la escuchaban. Ni siquiera levantaron una ceja, y Keseberg se limitó a sonreírle con aire complacido.

Dolan echó el percutor hacia atrás.

El grito de Elitha y el disparo resonaron a la vez en el bosque. Thomas siguió de pie durante un ingrátido segundo, y el pecho de Mary se hinchió de esperanza; quizá Dolan hubiera fallado.

Entonces, Thomas cayó de espaldas a la nieve.

## Capítulo 38

*Springfield (Illinois)*

*Julio de 1840*

Su tío Reiner no había cambiado gran cosa en quince años, pensó Lewis Keseberg. Tenía el pelo un poco más blanco y la piel de la cara un poco más curtida, pero por lo demás estaba prácticamente igual que la última vez que lo había visto, cuando era pequeño y aún estaba en Alemania. Tenía la misma sonrisa desenvuelta, el mismo brillo indómito en los ojos. Las dos cosas conmocionaron a Lewis. Daba por sentado que Reiner había muerto, y volver a verlo en su umbral, aquella tarde, lo espantó más de lo que podría explicar. No se podía confiar en sus sonrisas, y sabía que tras aquellos ojos se ocultaban secretos espeluznantes.

Se había presentado en la casa sin previo aviso. No es que fuera muy dado a escribir cartas, pero aun así resultaba inquietante. Solo hacía unos meses que Lewis había alquilado aquella finca, ¿cómo habría dado su tío con él?

Sacó una botella del bourbon casero de un vecino, tremendamente fuerte, y dos vasos de hojalata.

—*Warum bist du hier?* —«¿Por qué estás aquí?», le preguntó en su alemán oxidado, mirándolo mientras dejaba los vasos en la astillada madera de la mesa.

—La maldición familiar —respondió con aquella sonrisa desenvuelta, mientras se sentaba en una silla de Lewis. A continuación se bebió su licor de un trago.

De modo que su tío había huido de su país natal.

—¿Por qué te buscaban?

—Por lo de siempre. No es que puedan demostrar nada. Si un hombre desaparece y no se encuentra ningún cadáver, ¿quién dice que haya habido un asesinato? —Soltó una risotada; después se reclinó en la silla y escudriñó las esquinas de la cabaña, sumidas en la penumbra—. ¿Dónde se ha metido tu padre?

—Preso. En Indiana.

—¿Lo has dejado solo mientras se pudre en la cárcel? —Reiner levantó una ceja. Keseberg sintió que se le encendían las mejillas.

—Estoy empezando de cero.

Su tío lo miraba fijamente, pero Lewis le rehuía los ojos. Recordaba la cólera de Reiner, de cuando era niño; era épica e imprevisible. Una paliza por haber derramado una cucharadita de sal, un diente arrancado de un puñetazo por poner los ojos en blanco ante algo que había dicho.

Pero Reiner, simplemente, volvió a reír.

—Los hombres como nosotros no pueden empezar desde cero. Lo que eres lo llevas en la sangre. No puedes negarlo.

Lewis miró a su alrededor. La oscuridad ocultaba el maltrecho estado de la sencilla cabaña, de una sola estancia con un altillo para dormir. Aquella mesa y las dos sillas constituían todo el mobiliario que poseía.

—No tengo mucho sitio para invitados —empezó a decir.

—Solo serán unas semanas. —Reiner se sirvió otro vaso—. Voy a pasar un tiempo en el Oeste. He oído hablar de una expedición que va a buscar oro a las montañas.

—¿Te vas a California? —preguntó Lewis. Su tío asintió.

—Dicen que allí no hay leyes. Los hombres como nosotros pueden vagar a sus anchas, sin que nadie los vigile.

Irse a ganar una fortuna en oro. La idea iluminó la mente de Lewis como un espejismo. Dejar atrás el agotador trabajo cotidiano de la agricultura; no volver a arar, regar ni arrancar malas hierbas. Era difícil ganarse la vida cuando no se tenía nada y se procedía de la nada.

Pero no. Tenía planes. Se buscaría una mujer, trabajaría duro y encajaría. De niño no había conocido la felicidad; su padre era espantoso, y su madre había huido antes de que llegara a formarse recuerdos de ella. Pero se había prometido no cometer los mismos errores que su padre, su tío y el resto de su familia. Había decidido ser distinto. No sería un fracasado. Rompería la maldición familiar.

Si aguantaba y conseguía superar aquellos tiempos tan duros, todo sería más fácil. Tendría que serlo.

Reiner se escarbó los bolsillos y dejó en la mesa un puñado de dinero desgastado.

—Puedo pagar el alojamiento; no pretendo instalarme por las buenas.

Keseberg abrió los ojos desorbitadamente al ver el dinero, más de lo que él ganaba en todo un año.



—¿De dónde has sacado eso?

—He estado vendiendo remedios. Recetas que me traje del viejo mundo. Me ha ido muy bien.

—Ya veo... Pero, si te va tan bien con los remedios, ¿por qué te vas a California?

Fue entonces cuando Keseberg supo que mentía. Su tío se reclinó en la silla y lo miró fijamente, a la espera de su reacción.

—He contraído un mal para el que no sirve ningún tónico. La fiebre del oro, creo que la llaman. —Le guiñó un ojo.

Lewis se sintió enfermo. «Más bien la fiebre de la sangre», pensó.

No fue hasta aquella noche cuando Reiner hizo el ofrecimiento. Keseberg estaba despejando un trozo de suelo para que durmiese, pues no lo había invitado a compartir el altillo; no soportaba la idea de pasar toda la noche tumbado junto a él.

—¿Por qué no te vienes conmigo? —Acababa de quitarse la mugrienta chaqueta para irse a dormir, y estaba ante su sobrino con la camisa no mucho más limpia, clavándole esos ojos lobunos—. ¿Qué te retiene aquí? ¿Esta mierda de granja? Porque parece uno más en tu largo historial de fracasos, hijo.

—No me llames «hijo» —replicó, dolido—. Esto es lo que quiero hacer. Es mi elección.

—Como quieras. —Su tío se encogió de hombros—. Pero cometes un error, chaval. Hay un motivo por el que los Keseberg siempre vamos de un lado a otro. Si te quedas en un sitio, te pillarán.

La maldición familiar.

*A mí no me va a pasar.* Pero no podía decirle aquello; sería como agitar un trapo rojo delante de un toro.

—Tendré cuidado —respondió, pero Reiner no se daba por vencido.

—Me preocupas. No has pasado bastante tiempo con otros Keseberg; tu padre está en la cárcel y vives en el nuevo mundo sin tíos ni abuelos... No sabes cómo será cuando te entre la sensación, tan fuerte que no podrás decirle que no. Y entonces, ¿cómo te las apañarás?

Durante un instante, Lewis Keseberg volvió a tener once años y se vio en el ahumadero junto a su padre. De un gancho colgaba un despojo que se balanceaba levemente. Aún podía oír el goteo de la sangre contra el charco embarrado de debajo, oler la punzada férrica del aire. El cadáver, más que animal, parecía humano.

El surgimiento de algo parecido al deseo que lo recorría con tanta fuerza que él también se balanceaba.

Aquella sensación no lo había abandonado del todo desde entonces.

Un escalofrío le recorrió la columna.

Lo único que quería era alejarse de su tío Reiner, de sus ojos como el fuego y de su hedor a carroña.

—No te preocupes por mí. Mi padre me enseñó lo suficiente; me las arreglaré. —Podía contener el ansia, la sed, el hambre.


Reiner se tumbó de lado, mirando al fuego.

—Crees que sabes lo que te espera, pero te equivocas. Vete a dormir, chaval. Algún día te darás cuenta.

No, decidió Lewis Keseberg mientras subía por la escalera a su cama, alejándose del temible hombre mayor. En cierto modo estaba bien que se hubiera presentado así. En ocasiones, Lewis sentía que sus honorables intenciones lo abandonaban; algunas noches, sobre todo, le costaba resistirse al hambre que le ardía en las venas; agarraba las esquinas del colchón y se mordía los nudillos, con una furia que quería devorarlo o que quería que él devorase el mundo, una de dos. A veces sentía deseos de darse por vencido, de dejarse llevar por la maldición. *Los Keseberg estamos hechos así; está en nuestra naturaleza, lo llevamos en la sangre.* Pero ver a Reiner había sido como si lo alcanzara un rayo. No quería acabar así, siempre a la huida, sin raíces, solo.

Sin embargo, tendido en la cama, imaginando que aferraba el cuello de su tío entre las manos y apretaba tanto que la piel se ponía morada y le salía sangre entre los labios, Lewis supo que tenía las de perder. Que, probablemente, Reiner estaba en lo cierto: era cuestión de tiempo.





DICIEMBRE DE 1846

## Capítulo 39

Mary llamó «Vana Esperanza» al grupo que iba a partir con las raquetas de nieve, porque eso era: la última esperanza de la caravana. Al final solo eran ocho: Stanton y ella; su hermana Sarah y Jay, su marido; Franklin Graves, aunque estaba demasiado enfermizo y se había quedado en la mitad; Salvador y Luis, los dos miwok que habían acompañado a Stanton desde el rancho de Johnson, y William Eddy.

Los Murphy y los Breen se habían negado a participar, cosa que a Mary le pareció un alivio. Consideraban ridícula la idea, y premonizaban que el grupo volvería en menos de un día, si no moría congelado antes. No estaba muy claro si Salvador y Luis querían ir realmente, llevando al límite la lealtad hacia Stanton, pero no parecían dispuestos a quedarse con los hombres que acababan de matar al payute.

Los que se marchaban no querían llevar muchos víveres; quedaban demasiados, y tenían que comer. Patrick Breen y Dolan dijeron que deberían irse con las manos vacías; iban a morir de todos modos, y lo que se llevaran se desperdiciaría.

Eligieron cuidadosamente sus provisiones. Estaban débiles, y hasta la última onza les pesaría si tenían que correr. Empacaron un hacha; un poco de cuerda, que Eddy se anudó a la cintura, y una manta por cabeza, que llevaban sobre los hombros a modo de capa. Stanton y Eddy cogieron sus fusiles. Margaret Reed y Elizabeth Graves les dieron carne seca para unos días. En el último momento, Mary vio a Stanton guardarse varias cosas en los bolsillos del abrigo, aunque no sabía qué eran.

La mañana de su partida no estaba nevando; buena señal. Elizabeth dio un beso rápido a su marido, la primera muestra de afecto que Mary veía en mucho tiempo entre sus padres. La pérdida de William y Eleanor había sido insoportable para su madre.

A Mary le resultó difícil despedirse de los hermanos que le quedaban. Era la primera vez en su vida que iban a estar separados. Las tres pequeñas Graves y

los dos niños abrazaron fuertemente a Mary y a Sarah.

—No lloréis. Enviaremos ayuda y volveremos a estar todos juntos —dijo Mary, abrazándolos a su vez. No estaba segura de creerse sus palabras.

Cuando el amanecer despuntó en el horizonte, tiñendo el cielo de rosa intenso con una fina línea azul, emprendieron el camino hacia las montañas.

## Capítulo 40

Stanton había envejecido en una semana. Estaba cegado por el resplandor del sol en la nieve, y dolorido tras atravesar una serie interminable de cumbres y valles, idénticos entre sí bajo la capa blanca. Según sus cálculos, caminaban diez horas diarias, pero no avanzaban más que unos pocos kilómetros. Tardarían más de un mes en llegar adonde pudieran prestarles ayuda.

Tenían comida para cinco días, por lo que habían empezado a consumirla solo a la hora de cenar.

Mary llevaba la cuenta de los días a base de hacer nudos en un largo cordón que se había arrancado del borde de la falda, y cada nudo parecía atar algo que aleteaba en el pecho de Stanton, una minúscula parte de él que aún se despertaba al pensar en el amor. Le sorprendía que pudiera hacer los nudos, que aún fuera capaz de doblar los dedos cuando él los tenía agarrotados y ennegrecidos por el frío; muchas veces seguían inservibles incluso después de calentarlos al fuego.

Por las noches recogía leña, impulsado a superar el agotamiento por una obstinada fuerza animal que quería que viviese. Dormían sentados, apelotonados frente a la hoguera, cuando lograban dormir. Charles, Eddy, Franklin Graves y Jay Fosdick se turnaban para montar guardia de noche, aunque Graves decaía rápidamente y a veces costaba despertarlo por las mañanas.

Normalmente, el fuego iba descendiendo al derretir la nieve; por la mañana, la expedición de las raquetas se levantaba en el fondo de un cráter de dos metros o más de profundidad, y sus miembros tenían que dedicar unas energías que no les sobraban a escalar las empinadas paredes. Stanton temía el momento en que uno de ellos estuviera demasiado débil para subir.

Durante días no habían visto ni rastro de los lobos, ni de ningún otro animal.

Pero cuando empezaban a debilitarse, Stanton percibió un cambio. A veces oía sonidos en el bosque: susurros, pasos acelerados entre los árboles muertos. Sabía que los depredadores seguían a los animales heridos y moribundos, esperando a que cayeran. La expedición de las raquetas estaba muriendo, lenta pero inexorablemente, y los lobos enfermos habían captado su olor.

Otro día de un blanco cegador se transmutó en un paisaje de oscuridad. A Stanton le gustaba el anochecer, aunque solo fuera porque podía descansar los ojos. Muchas veces tenía la impresión de que le sangraban, o de que se los pinchaban con un cuchillo; cuando Eddy perdió la vista por completo, aunque fue temporal, tuvo que caminar sujeto al cinturón de Stanton.

Mary se derrumbó junto a él. Se acurrucaron juntos bajo la misma manta mugrienta, aunque no sirvió de gran cosa. Tenía la impresión de que siempre estaba mojado, siempre con frío, siempre hambriento.

El rostro de Mary estaba quemado por el sol; tenía la nariz pelada, casi en carne viva. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una tira de carne seca.

—Tu cena. —Siempre decía eso, «cena», aunque era la única comida del día—. Mastica despacio.

—¿Cuánto queda? —Le dolía comer. El estómago recibía la carne con avidez y al mismo tiempo se revolvía. Le chirriaban los dientes por el frío y por la lenta decadencia de pasar demasiado tiempo con demasiado poco—. ¿Para cuántos días tenemos?

—No pienses en eso. —Mary negó con la cabeza—. Ahora no. Ya encontraremos algo.

El cielo se oscurecía rápidamente, pero la hoguera no prendía; la leña estaba húmeda. Eddy fue el primero en golpear el pedernal, seguido por Stanton y luego por Jay. Stanton se sentó y vio el sol que se escurría tras las montañas, mientras la luz diurna se derretía, y el agotamiento se convirtió en un miedo atávico.

—Coge el hacha —le dijo a Jay—. Tala un árbol. Corta ramas, consigue lo que sea. —Salió hacia el bosque casi a la carrera, pese a la presión asfixiante de la nieve. Una hora antes pensaba que no podría dar un paso más, pero el miedo lo electrizaba; sin fuego no tendrían la menor oportunidad. Y el fuego parecía mantener apartados a los lobos o a lo que fuera que los seguía.

Los golpes de hacha resonaron en toda la hondonada. Pero eran lentos, demasiado lentos; aunque Jay lograra derribar un árbol, no conseguiría partir la leña a tiempo. Stanton se adentró en las sombras de un grupo de coníferas solemnes y encorvadas. Pasó a rastras bajo las ramas en busca de madera suficientemente seca para arder; encontró ramitas, yesca, nada que pudiera durarles. Continuó, perdiendo de vista el campamento, desesperado, medio enloquecido por la nieve, por el ascenso interminable, por el hambre, por la futilidad de la lucha que seguían librando.



Bajo un gran pino encontró madera bastante protegida de la intemperie por las tupidas ramas. Recogió tanta como pudo; les duraría una hora, tal vez más, lo suficiente para que Jay pudiera cortar leña.

Cuando volvía al campamento captó por el rabillo del ojo algo que se movía. Deprisa, como un lobo que corriera entre los árboles.

Pero no eran lobos.

Otra sombra, otra cosa oscura, se desplazó rápidamente de un tronco a otro.

Soltó la leña en la nieve; se quedó tan solo con una rama de pino y la golpeó con el pedernal. Las chispas, inofensivas, se ahogaron en la nevada. Tenía los dedos abotargados, rígidos por el frío. Estuvo a punto de caérsele el pedernal, pero consiguió sujetarlo en el último momento.

Oyó lo que tenía detrás unos instantes antes de que llegara a hundirle las fauces en el cuello.

Se volvió a ciegas, blandiendo la rama como una porra. Oyó que golpeaba; vio la cosa oscura y retorcida, mitad hombre, mitad bestia, antes de que volviera a perderse entre los árboles.

Una especie de demonio. Un monstruo.

No había otra palabra para definirlo.

Echó a correr, o lo más parecido de lo que fue capaz con la nieve por las rodillas. El sudor le chorreaba por el rostro y se le congelaba al instante, tirándole de las mejillas y dibujando una mueca en su boca.

El pánico se apoderó de él, mezclado con incredulidad.

*Tamsen tenía razón.*

La repentina revelación lo atravesó, afilada como un carámbano; pareció detenerle el corazón y a la vez despejarle la mente. Así era la verdad en ocasiones. No como encontrar la salvación, según le había dicho en una ocasión su abuelo, sino todo lo contrario: fría, terrible y paralizante.

Su cerebro funcionaba a toda velocidad; la sangre le recorría las venas demasiado deprisa. Intentando recuperar el aliento, se echó la mano a la espalda en busca del fusil. ¿Dónde tenía el fusil?

Ninguna manada de lobos enfermos los había seguido jamás, ni había atacado al ganado ni los había acechado desde el bosque, ¿verdad?

Siempre habían sido... esas cosas.

No. No. Se estaba volviendo loco. Aminoró el paso y volvió la cabeza para escudriñar los árboles.

Las sombras se movían rápidamente, se confundían con la noche nevada.

¿Dónde tenía el fusil?

Entonces se acordó de que lo había apoyado en un árbol, en la linde del bosque. Tendría que correr para alcanzarlo. La nieve le llegaba por medio muslo y ya había anochecido del todo.

Descargaba todo su peso en cada paso. *Sigue; no mires atrás*. La sangre le golpeaba los tímpanos. Entonces lo oyó; un jadeo húmedo, una ronca agitación, como si lo que fuera que lo perseguía tuviera que respirar a través de una gruesa capa de podredumbre.

Estaba dándole alcance. Cercándolo.

Lo que fuera que lo había atacado, lo que fuera que había visto, era real. Aquellas criaturas eran reales.

*Lo siento*. No sabía qué. ¿No haber creído los relatos que hacía correr Tamsen por la expedición? ¿No haber protegido a la gente?

¿Haber desperdiciado una vida, no con el pecado, sino con la angustiosa sensación de pecado?

Ya podía ver el fusil y, más allá, una fina línea de humo, el principio de una hoguera. Tal vez no fuera demasiado tarde.

Estaba a a poco más de un metro del arma cuando la cosa saltó. Notó un golpe punzante y doloroso en la pantorrilla; era como si le hubieran puesto un hierro al rojo en la carne. Después, otro dolor ardiente en la otra pantorrilla, y quedó revolcándose en la nieve como un bebé indefenso. Intentó seguir avanzando a rastras, pero algo le sujetaba las piernas y tiraba hacia atrás. Otro zarpazo en la cabeza, bajando hacia la nuca; el dolor fue tan intenso que vio destellos blancos.

No podía morir así.

En aquel momento, no.

Aún no.

Rozó con los dedos el extremo de la culata del fusil. Se escurría. Pero la cosa ya lo había atrapado; había cerrado los dientes alrededor del tobillo. Stanton dejó de respirar, aterrado, cuando vio unos ojos humanos, una nariz humana...

Fuera lo que fuera, había sido una persona.

Pero ya no lo era. Los dientes no eran humanos; Stanton sintió que se le clavaban profundamente, atravesando piel y músculo, y entre ellos se agitaba algo húmedo y espantoso que sabía que sería una lengua.

Dio una fuerte patada a la cosa en la cara. No le soltó, pero durante un momento tuvo algo de espacio y, retorciéndose, logró agarrar el fusil.

Se tumbó de espaldas, se apoyó la culata en el pecho y disparó directamente contra los ojos.

El monstruo lo soltó. Stanton no se paró a mirar si estaba muerto. Se puso en pie como pudo, aunque el dolor le oscureció la vista. Había más criaturas de esas, entre los árboles. Volvió a disparar a ciegas; no sabía muy bien adónde apuntaba. En la nieve, tiritando y sangrando, vio que las sombras se reagrupaban y fluían hasta formar una masa oscura. Estaba levantando de nuevo el fusil cuando un movimiento brusco lo hizo girar: un ser de aquellos había saltado hacia él desde la izquierda y lo derribó antes de que pudiera apuntar. Stanton cayó de espaldas en la nieve y el fusil se le escurrió de las manos.

Olía como un cadáver que hubieran dejado al sol demasiado tiempo. Pero tenía los dedos fríos, viscosos y húmedos: podridos. El olor era nauseabundo. Intentó quitárselo de encima, pero estaba inmovilizado y demasiado débil para luchar. La boca de la criatura pareció doblar su tamaño: había desencajado la mandíbula como una serpiente. Stanton vio unos dientes afilados como clavos de hierro, y numerosos; demasiados dientes. La garganta era negra y profunda, como un túnel oscuro, y aquella horrible lengua se movía de un lado a otro como un animal ciego que buscara a tientas a su presa.

Entonces, una explosión le partió la frente en dos. La cosa se echó hacia atrás y Stanton notó el sabor del vómito. Media cara de la criatura colgaba como un postigo desvencijado. Pero se movía; seguía con vida.

Se oían gritos. Mary estaba a su lado, arrodillada en la nieve, tirando de él. Lloraba y gritaba:

—¿Por qué te has alejado? Sabes que es peligroso. ¿En qué estabas pensando? ¿Por qué te has alejado?

William Eddy estaba tras él, con un fusil humeante entre las manos. Pero no le apartaba la vista de la pierna, y sus ojos no mentían.

—Bastante mal, ¿verdad? —preguntó Stanton—. Los monstruos me han alcanzado. —Lo dijo antes de reparar en que sonaba a locura.

¿Era una locura?

Quizá fuera la maldición de aquellas montañas. Volvían loca a la gente y a continuación daban cuerpo a los desvaríos demenciales.

Como un castigo bíblico.

Mary le sujetaba el brazo, como si pudiera ayudarlo a levantarse y él pudiera salir por su propio pie.

Stanton se dio cuenta de que la enfermedad se apoderaba de él, el escalofrío

de algo oscuro, resbaladizo y ajeno que le recorría las venas, tan frío que quemaba. Se preguntó cuánto tardaría en transformarse. ¿Varios días? ¿Una semana? Para entonces ya habría muerto, al menos, congelado o consumido por los monstruos cuando volvieran.

E incluso aunque aquello no fuera la enfermedad, ya no importaba. Herido como estaba, no podría llegar al campamento, ni acercarse al rancho lo suficiente para obtener ayuda.

—Vete —le dijo a Mary—. Corre. Hay más. Llegarán de un momento a otro.

—No puedo dejarte.

Stanton se preguntó si lo creía, si sería capaz de entenderlo. Hacía demasiado frío para llorar, pero incluso a la débil luz de la lejana hoguera, que al fin habían logrado encender, el dolor de Mary era visible. No había un fragmento de su cara que no lo reflejara.

—Es necesario. —Miró a Eddy. La prisa y el horror seguían nadando en su interior, mareándolo y dándole náuseas. Tenía que apoyar la cabeza...—. Vete. Aléjate tanto como puedas.

Eddy recogió el fusil de Stanton.

—¿Quiere que lo recargue? —le preguntó.

—No. Lléveselo. Lo necesitarán. No se preocupen por mí. —Se volvió hacia Mary—. Vete ya. Quiero que vivas; de lo contrario, esto habrá sido inútil. Completamente inútil.

Aun así, Mary no se apartaba de su lado.

—No voy a dejarte. Ni hablar. —Su voz era como el crujido del hielo; estaba desmoronándose. Todos estaban desmoronándose.

Stanton notó que la boca se le llenaba de saliva. Escocía. Tenía la vista nublada y veía puntos luminosos. La cara de Mary, tremendamente pálida, estaba muy cerca. Deseaba besarla con todas sus fuerzas.

Pero no confiaba en sí mismo. ¿Quién sabe cómo reaccionaría al contacto de sus labios?

—Vete —dijo por última vez, mientras la certidumbre lo invadía y lo dejaba sin fuerzas. Se alegró de que Eddy la cogiera por debajo de los brazos y la pusiera en pie; no habría tenido arrestos para volver a pedirle que se marchara. Habría podido rogarle que se quedara con él, que se tumbara en la nieve y lo rodeara con los brazos hasta que llegaran las bestias y los devorasen.

Podría haberla besado hasta devorarla él mismo. Hundió los dedos en la nieve intentando aplacar el calor que le recorría las venas y hacía que le ardiese el

cuerpo.

Durante mucho tiempo siguió oyendo a Mary, que gritaba su nombre y pedía a Eddy que la soltase. Al final, la voz se hizo tan distante como el silbido del viento entre las cumbres.

Esperó hasta que no fue capaz de distinguir entre los dos sonidos antes de meterse la mano en el bolsillo. Había llevado dos objetos, caprichos sentimentales. Uno era la bolsa de tabaco que contenía restos de rubio de Virginia. Tuvo que soplar en las manos para recuperar el movimiento de las articulaciones; después, con cuidado, cogió un papel de fumar y depositó en él las últimas hebras de tabaco. Humedeció un extremo y lo enrolló entre el pulgar y el índice. De algún modo logró arrancar una buena chispa al pedernal y convertirla en llama. Aspiró profundamente, y el humo especiado y cálido le llenó los pulmones. Bien. Una última cosa buena.

El calor interior lo consumía, pero intentó relajarse. Los recuerdos pasaban por su mente como sombras por el agua: su abuelo, normalmente tan adusto e inflexible, consolaba a un parroquiano que había perdido a su esposa. La lluvia golpeaba el tejado en el desván de la casa de Lydia, que se apretaba contra él; su pelo le hacía cosquillas en la cara cuando se inclinaba para besarlo. Si hubiera muerto en ese momento, le habría parecido bien. Había fallado a Lydia y desde entonces se había esforzado por arreglar las cosas; quizá, a fin de cuentas, aquella fuera su penitencia. *El molino de Dios muele despacio, pero muy fino*. Se preguntó dónde estaría Edwin Bryant; esperaba que siguiera vivo.

Intentó no pensar en Mary. Aún no.

Cuando la brasa del cigarrillo le llegó a las uñas, lo soltó en la nieve. Del otro bolsillo sacó una pistolita con las cachas de nácar, delicada como una joya. Se la había quedado como el recuerdo perfecto de Tamsen Donner, hermosa pero mortal. Inspeccionó la cámara en busca de una bala.

Entonces cerró los ojos y visualizó el rostro de Mary. Lo hizo aflorar de la oscuridad de la mente y se aferró a él, lo dejó arder como una estrella. Su último recuerdo.

El cañón de la pistola era pequeño y le encajaba a la perfección entre los dientes.

## Capítulo 41

Los siete miembros restantes de Vana Esperanza estaban a mitad de camino de la cuesta siguiente cuando el disparo resonó en el valle.

Para entonces, Mary ya había dejado de gritar. Solo tropezó una vez. Después siguió caminando, parpadeando fuertemente para protegerse de una repentina ráfaga de nieve cegadora.

## Capítulo 42

Dios los había abandonado; a Tamsen no le cabía duda. Solo se preguntaba cuánto tiempo llevarían a merced de un mundo sin Dios. ¿Desde el principio? ¿Desde la noche en que convirtió a Jeffrey Williams, el médico de su familia, en su primer amante? ¿O desde hacía mucho más? ¿El diablo la habría seguido hasta allí? ¿O llevaba al diablo dentro desde el día en que nació?

Puede que fuera el diablo quien la mantenía con vida.

La noche en que lo mordieron, Solomon Hook, hijo de Betsy y su primer marido, llevaba una taza de hojalata llena de agua caliente a los hombres que montaban guardia. Hasta ese momento había sido una noche tranquila en Alder Creek. Tamsen y el resto de la familia oyeron el grito desde el interior de la tienda y salieron corriendo al húmedo frío. Lo encontraron en el suelo; una figura de sombras salió disparada hacia el bosque.

Tamsen gritó, y cuando Walt Herron sacó un fusil y disparó en dirección a la criatura, Tamsen no se sintió resarcida; tan solo la invadió un terror más profundo. Era innegable que algo mortal e inhumano estaba ahí fuera y se les acercaba inexorablemente.

Jacob llevó a su hijastro a la tienda y Tamsen le examinó las heridas. Betsy, al lado, se tapaba el rostro con las manos y lloraba. Un olor nauseabundo, procedente de la criatura, se había adherido a su víctima como un miasma, un mal presagio. El muchacho no tenía mal aspecto, pero el desgarrón del cuello preocupaba a Tamsen; estaba limpiándole la herida, pero sabía que algo marchaba mal.

Solomon revivió a la mañana siguiente, y por la tarde era como si nada hubiera ocurrido. Fue a buscar leña con Leanne y llenó un cubo de nieve para derretirla y conseguir agua. Tenía apetito y parecía infatigable.

Por la noche tenía las mejillas rojas y calientes al tacto. Estaba empapado de sudor.

A la mañana siguiente se levantó de un salto, golpeando a sus hermanos en la

tienda abarrotada. Cuando Betsy lo reprendió, salió al frío sin abrigo ni guantes y desoyó las órdenes de volver adentro. No dejó a Tamsen inspeccionarle la herida ni cambiarle el vendaje.

Tenía los ojos brillantes y bailarines, y la boca, torcida en una extraña sonrisa distante. El recuerdo de Halloran acechaba en la mente de Tamsen. La asustaba, pero no sabía cómo explicárselo a Jacob ni a la madre del chico. Decidió no decir nada y mantenerlo vigilado; a fin de cuentas era un adolescente, y cuanto más jóvenes, más deprisa se recuperaban.

Pero estaba cada vez peor. Más agitado, más agresivo, más frenético. Tamsen veía a Halloran en todo lo que Solomon hacía y decía, en su hostilidad e impaciencia. Estaba tensa, esperando a que saltara de un momento a otro. Sucedió cuando se abalanzó hacia la pequeña Georgia, una de las hijas de Tamsen. Rápida como un halcón, se interpuso entre ellos y empujó a Solomon para apartarlo. Jacob levantó las cejas y Betsy corrió junto a su hijo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo a Tamsen—. Podrías haberle hecho daño al pobre, ¿o no te acuerdas de que está herido?

Pero Tamsen había visto el horror aparecer fugazmente en la cara de Solomon. Sabía lo que había estado a punto de hacer. Fue el último pensamiento humano coherente del joven; entonces salió corriendo de la tienda, antes de que nadie pudiera detenerlo, y desapareció en la noche.

Hicieron falta dos hombres para evitar que Betsy se adentrara en la oscuridad detrás de él.

Aquel fue el principio del fin para Betsy. En un primer momento estaba enfadada con todos por haber impedido que intentara salvar a su hijo.

—Ya no tenía salvación —le decía Tamsen, pero Betsy se negaba a creerla.

—Tenemos que encontrarlo. No puede sobrevivir por sí mismo ahí fuera —rogaba Betsy a su marido; al menos tenía la lucidez suficiente para saber que no podía ir ella sola en su busca—. Sea lo que sea lo que hay ahí, va a matarlo. Va a despedazarlo.

Lo vieron dos noches después. Un vigía, de nuevo el desafortunado Walter Herron, sufrió un ataque cuando se apartó demasiado de las hogueras. Las criaturas se dispersaron en la oscuridad cuando llegó John Denton, el otro centinela, pero tuvo tiempo de ver a Solomon Hook con ellos, un torpe lobezno de ojos desorbitados en su primera cacería. No había confusión posible; Denton lo juraba por su vida.

Betsy, gimiendo, se lanzó contra Denton y lo acusó de mentiroso, pero él se



mantuvo firme.

—Su hijo... ha cambiado.

Tamsen tragó saliva antes de atreverse a hablar.

—Se ha convertido en uno de ellos.

Nadie le llevó la contraria.

Ya entendían cómo funcionaba aquello.

## Capítulo 43

Navidad: el amanecer, bajo en el horizonte, solo se veía desde los lados de la hoguera, cuyo humo ennegrecía el cielo.

Mary no habría sabido qué día era si no se lo hubiera dicho su hermana Sarah. Hacía tres días que había perdido el cordel anudado; había dejado atrás a Stanton y, al oír el disparo, soltó el cordón y dejó que cayeran con él sus pensamientos, recuerdos y esperanzas.

Se había convertido en un animal. Se levantaba cuando le decían, seguía como una mula de carga a la persona que tenía delante y se sentaba cuando daban por concluida la jornada. Cuando tenía sed se metía un puñado de nieve en la boca y esperaba a que se derritiera. Las punzadas del hambre se habían transformado en un dolor distinto: no era capaz de probar bocado, y tenía la impresión de que jamás volvería a comer. Tenía algo bestial en el estómago, una terrible desazón que la desgarraba, a la que no podía alimentar.

Sarah no dejaba de hablar de las Navidades en la granja de Springfield.

—¿Te acuerdas de ese año que mamá nos hizo unos vestidos iguales de percal rojo? ¿Verdad que nos sentíamos muy especiales con ellos? Yo me puse el mío hasta que quedó hecho jirones, y usé un par de trozos de la falda para hacer cuadrados en la colcha.

«Basta», quería decir Mary. Pero tampoco quería hablar. No soportaba el sonido de su propia voz, que no había cambiado, que rompería el silencio de un mundo en el que ya no estaba Charles Stanton.

Desde que abandonó a Stanton, su hermana la cuidaba como si fuera inválida: «Siéntate aquí, no tan cerca del fuego», «Intenta dormir», «Sujeta el extremo de mi manta y sígueme». El sueño la esquivaba. Era lo único que esperaba con ilusión: la inconsciencia, un silencio tan completo que le permitía no pensar en lo ocurrido.

En ocasiones, durante el día, la sobresaltaba una consciencia repentina. ¿Cuándo se había puesto a nevar? ¿Cuándo habían llegado a las cumbres? Entonces se daba cuenta de que había estado caminando como en trance.

Seguían y seguían. Habían logrado superar la cumbre, donde soplaba tanto viento que la nieve caía de lado, y ya estaban bajando. Era difícil saber cuántos días habían pasado, porque todos eran iguales, tan solo kilómetro tras kilómetro de nieve. Luis se había desmayado varias veces en los tres o cuatro últimos días. Casi todas las mañanas, su padre estaba demasiado débil para ponerse en pie y tenían que ayudarlo a levantarse; después caminaba tambaleándose como un cadáver animado por obra de la brujería.

Aquel día, el de Navidad, no podía seguir. Cayó de rodillas varias horas antes del anochecer, y fue imposible volver a ponerlo en pie.

A través de la neblina de humo de la hoguera, Mary veía a su hermana y su cuñado inclinados sobre su padre. Sus voces, demasiado bajas para distinguirlos, le arañaban los límites de la conciencia. Luis y Salvador, los miwok, estaban acurrucados bajo la misma manta, como pájaros esqueléticos entrelazados en un solo plumaje. Parecían subsistir a base de las tiras de cuero que se arrancaban de la ropa; las masticaban y las masticaban para ablandarlas y las hacían durar.

Sarah se apartó de su marido y se sentó junto a Mary. Guardó silencio largo rato.

—Papá ha muerto —dijo al fin.

Mary intentó asirse a algún cabo de tristeza o pesar. Era como si el frío de la montaña la hubiera traspasado y estuviera congelada hasta el centro.

—Habrá que enterrarlo —dijo, pero Sarah negó con la cabeza.

—Tenemos que seguir adelante.

Fue como si un resorte se accionara en el interior de Mary. Se mantuvo firme.

—Se acabó —dijo—. Quiero volver con el resto. Quedamos muy pocos. Van a matarnos uno a uno; no tenemos nada que hacer.

Sarah sujetó los hombros de su hermana entre unos dedos helados.

—Ya no hay vuelta atrás, Mary. Hemos llegado demasiado lejos.

—Hemos puesto en peligro a los demás —dijo Mary; acababa de darse cuenta—. Queríamos adelantarnos en busca de ayuda, pero hemos reducido el tamaño de la expedición. Las sombras irán a por ellos, como han venido a por nosotros, ¿no lo ves? Nos hemos disgregado en grupitos; nos hemos convertido en blancos fáciles. Nos hemos condenado y, con ello, hemos condenado también a los otros.

—Mary —decía su hermana, y la sacudía por los hombros.

¿O estaba temblando de frío?

Se podía imaginar tumbada, dejando que la nieve se la tragara. Rindiéndose

al frío, mientras se le iban insensibilizando los dedos y los pies, los oídos y la nariz, la garganta y, por último, el pecho.

Pero no eran imaginaciones tuyas. Estaba tumbada.

Sarah se había marchado a algún sitio. Puede que nunca hubiera estado. Puede que ninguno de ellos.

La nieve le caía en los párpados, dejándolos rígidos, minúsculos carámbanos que fraccionaban la luz de la hoguera. ¿O era la del sol? De algún modo había llegado la mañana. No le quedaba hambre. Estaba insensible.

La nieve era cegadora, infinita.

Sarah apareció frente a ella, la obligó a ponerse en pie y la cogió de la mano.

Siguieron avanzando a trompicones hacia la luz cegadora.

## Capítulo 44

*Springfield (Illinois)*

*Septiembre de 1840*

Fue repentino y fortísimo: el olor a pelo quemado. Acre, inesperado.

Tamsen gritó... y soltó las tenacillas.

Las metió en agua rápidamente, y dejó escapar un suspiro de alivio cuando se levantó vapor y se enfriaron las grandes pinzas de hierro.

Estaba nerviosa, distraída. Por fortuna, no había perdido mucho pelo; tan solo unas cuantas mechas.

Se había levantado temprano con el fin de prepararse para la ceremonia, aunque, en honor a la verdad, tampoco podía dormir. Era como si sintiera el peso del resto de la casa que dormía a su alrededor. Todas las noches, él se tumbaba en la cama adosada que se encontraba al otro lado de la pared más alejada. Si aguzaba el oído, Tamsen imaginaba que podía oírlo respirar, que podía oírlo pensar. ¿Estaría pensando lo mismo que ella?

Desde que había vuelto y dormía en aquella vieja habitación, la acosaban los recuerdos que parecían habersele quedado incrustados en la piel cuando se marchó.

Al menos tenía el consuelo de la belleza. Volvió a coger las tenacillas. Cuando estaba en Carolina del Norte siempre encontraba a alguien que quisiera ayudarla a acicalarse, alguien a quien le encantara orbitar a su alrededor y recibir sus atenciones, pero allí, en Illinois, no tenía amigas ni admiradoras que se juntaran con ella como si esperasen que se les pegara algo de su belleza e inteligencia. Allí, en casa de su hermano, estaba sola.

Escogió para casarse el segundo mejor vestido que tenía, de raso azul con la pechera plisada y manga de farol. Desde que había leído sobre la boda de la reina de Inglaterra en el *Godey's Lady's Book*, unos años atrás, soñaba con ponerse un vestido blanco si alguna vez se volvía a casar. No era el precio lo que la detenía; George Donner se había ofrecido a encargarle en Chicago el vestido que quisiera. Pero casarse con George Donner significaba que iba a vivir en una

granja y no tendría demasiadas ocasiones de lucir un vestido blanco. Habría sido una compra muy poco práctica.

De todas formas, aquel tampoco era el motivo. Sabía que, por fuerza, una cosa extraordinaria haría que lo vulgar de su vida resultara aún más doloroso.

Además, no se sentía suficientemente limpia por dentro para vestir de blanco.

Al otro lado de la ventana, los campos de trigo de su hermano se agitaban como el oleaje de un mar dorado. El cielo tenía un perfecto color cerúleo. Se le hinchó el corazón. Era precioso: el oro ascendía para besar el azul. Le daba ganas de llorar. Cuando volviera a la granja de Jory sería como visitante, como forastera. De nuevo, como la esposa de otro hombre.

Cuando murió Tully, su hermano le rogó que volviera a Illinois, fingiendo que necesitaba ayuda, cuando en realidad Tamsen sabía que pretendía ayudarla a ella. No quería que estuviera sola.

Pero lo estaba, y casarse con George no lo cambiaría. En el fondo siempre estaría sola. Su primer matrimonio lo había demostrado.

Que estuviera de nuevo allí, con su hermano, a quien había tratado de olvidar, también lo demostraba. No era capaz de expresar cuánto le dolía todo.

De pronto, Jory apareció en el umbral, como invocado por sus pensamientos. Sus anchas espaldas parecían algo constreñidas en su mejor traje de lana marrón, el que reservaba para los domingos.

—Estás impresionante —dijo. Tamsen notó una ligera tensión en su voz, y retuvo el aliento en el pecho.

Por supuesto, era natural que su hermano estuviera emocionado en un día como aquel, ¿verdad?

—El carro está dispuesto para cuando lo estés tú —añadió Jory. Se aclaró la garganta; Tamsen observó cómo le subía y le bajaba la nuez. Pensó en lo curioso de aquella palabra; como si siempre tuvieran una nuez atascada en la garganta.

Para evitar sus ojos, penetrantes y aún más azules que los suyos, le miró el pelo que empezaba a cubrirle la mandíbula y asintió.

Se puso en pie y lo siguió a la puerta; después aceptó su mano cuando la ayudó a subirse al carro, y en la calidez de la palma sintió una tristeza impenetrable. No quería soltarle, pero se obligó y se sentó junto a él en el pescante. Jory le echó una capa por las piernas para protegerla del fresco matinal.

La boda se celebraría en la granja de los Donner, ya que era más grande y elegante que la de su hermano. Los tres hijos de Jory, dos niñas y un niño,

ninguno mayor de ocho años, iban en la parte trasera del carro, cuchicheando como si percibieran la tensión de su tía pero no supieran a qué se debía. Jory había pedido a Tamsen que acudiera por el bien de los niños, cuando perdieron a su madre. «No puedo criar yo solo a las niñas —le había escrito—. Necesitan una mujer que las eduque como Dios manda». Lo que no decía directamente, aunque Tamsen lo percibía en las cartas, era que él también estaba deseoso de verla. La muerte de su querida Melinda lo había dejado destrozado.

Habían intentado cuanto estaba en su mano para salvarla. Cuando el único médico de la zona dijo que no se podía hacer nada más, Jory entregó la mayor parte de sus ahorros a un vendedor ambulante, un sonriente alemán que aseguraba que sus tónicos la curarían.

«No era nada más que un charlatán —escribió después Jory, furioso—. Hicimos todo lo que nos dijo, pero no sirvió de nada».

A Tamsen le daba vergüenza reconocer lo que había sentido al enterarse de la muerte de Melinda, tan poco tiempo después de perder ella a su marido. Le daba vergüenza reconocer que, brevemente, pensó que era el destino. Le daba vergüenza reconocer la euforia que la invadía al pensar en volver a ver a su hermano después de pasar tanto tiempo separados, cada uno casado por su cuenta.

Le daba vergüenza reconocer que lo primero que pensó fue que a aquel charlatán, al engañabobos alemán que había provocado, aunque fuera indirectamente, la muerte de la mujer de Jory, debía de haberlo enviado el mismísimo diablo, para torturarla y despertarle ideas enterradas mucho tiempo atrás.

Por supuesto, Jory no erraba en su propuesta. Tamsen había llegado al límite tras el fallecimiento de Tully Dozier, su primer marido. Era difícil ser una viuda joven en una localidad pequeña; los hombres presuponían ciertas cosas de las mujeres que, tras haber recibido las atenciones de uno de ellos, se veían de pronto privadas de ellas. Había tenido aventuras. Todas embriagadoras y emocionantes al principio, pero vacías en última instancia.

Aun así, estuvo debatiéndose cuando le llegó la invitación de Jory. Pensaba decirle que no, pero la parte más osada de su corazón accedió. Por el bien de los niños, se dijo.

En aquel momento observaba las fuertes manos de Jory, que movían las riendas para poner al trote al caballo. Él la miró de reojo.

—Hoy estás más guapa que una flor, Tamsen. Espero que George Donner

sepa lo afortunado que es.

—Claro que lo sabe. —Forzó una sonrisa.

—Pero ¿estás segura de que esto es lo que quieres? Aún no es tarde para cambiar de opinión.

—¿A qué viene eso? —Tamsen intentó no sonar dolida.

—No conoces bien a ese hombre. Solo han pasado tres meses.

En efecto, no conocía bien a George Donner, pero nunca había conocido a ningún hombre tan bien como a Jory. Tenía que darse cuenta.

—Lo conozco lo bastante. —Sabía que su futuro marido tenía posibles: dos grandes campos de cultivo, suyos y de su hermano Jacob; huertos de frutales, con manzanas, melocotones y peras, y ganado. Una bonita casa con un terreno de ochenta acres.

—Te saca muchos años. ¿Crees que puede hacerte feliz?

No respondió; la pregunta le parecía demasiado cargada. No sabía si Jory se daría cuenta, pero si no entendía por qué le dolía que pusiera objeciones a su matrimonio, no podía sentir lo mismo que ella.

En cuanto a Donner, le proporcionaría seguridad. Un techo bajo el que cobijarse, un sitio en la comunidad. Con George Donner tenía la vida resuelta y se acabarían sus preocupaciones. Además era agraciado, a su manera, aunque ella no se sentía atraída por su aspecto ni se había emocionado cuando por fin se atrevió a besarla.

Nada parecido a la sensación de hormigueo que tenía en aquel momento, ante la perspectiva de pasar una nueva página y dejar atrás todo lo demás.

—Sé qué me conviene —dijo con voz queda—. George Donner me conviene. Tampoco es como si pudiera quedarme a vivir contigo para siempre —añadió.

Joy se aclaró la garganta y algo le cruzó los ojos; Tamsen se preguntó qué sería.

—Lo que digo es que no deberías darte tanta prisa. Seguro que encuentras un partido mejor. Los niños te echarán de menos. —Hizo una pausa—. Todos nosotros.

Tamsen se tragó la cólera que quería salir en forma de sollozos. ¿Cómo podía Jory ser tan inconsciente, no darse cuenta? En aquel momento necesitaba algo a lo que aferrarse. George Donner sería su ancla.

—Sé lo que me hago, Jory. Ya lo he decidido. Basta de hablar de eso. —Se arrebuja en la capa y se desplazó en el pescante del carro, para que sus piernas dejaran de rozarse. Sintió el frío donde antes sentía el calor de Jory.



Su hermano le tomó la palabra: no volvieron a hablar durante el resto del camino a la granja de Donner.

El tejado de hojalata de la casa brillaba plateado al sol de la mañana. George Donner tenía una casa enorme, del doble de tamaño de la de Jory y, a diferencia de este, estaba recién afeitado, bañado y bien aseado. En los escalones delanteros había un jarrón de piedra lleno de áster silvestre, a modo de bienvenida. Aquello animó algo a Tamsen, igual que la forma en que la miraron todos los invitados, con envidia y admiración en los ojos.

Jory ayudó a apearse a los niños mientras Tamsen se quedaba a un lado; de repente no sabía qué hacer. Por las ventanas abiertas llegaban sonidos, voces de hombres y mujeres, ruidos amortiguados mientras se disponían las sillas en el salón para la ceremonia. El cocinero de George iba a preparar el desayuno nupcial; estaba friendo huevos y panceta, y metiendo unas galletas en el horno. Grandes tartas de manzana, las favoritas de George, se oreaban en la fresquera.

La puerta se abrió de golpe y salió George Donner. Era un hombretón, pero el sombrío traje negro parecía menguarlo. Parpadeó de asombro al mirar hacia ella. Tenía un rostro y unos ojos afables. Tamsen se dijo que había tomado la decisión correcta.

—Querida, estás impresionante. —Aquellas palabras eran las que le había dicho Jory poco antes, pero parecieron caer sin vida en mitad del aire. Le temblaban los labios cuando besó la mano de Tamsen—. ¿Cómo he tenido la inmensa suerte de que accedas a ser mi esposa?

Elitha y Leanne, sus jóvenes hijas, estaban tras él. Eran niñas de pecho cuando perdieron a su madre, y Tamsen no iba a ser su primera madrastra, sino la segunda. No le extrañaba que la mirasen con recelo; las madres eran criaturas pasajeras con las que no convenía encariñarse demasiado.

La mayor, Elitha, dio un paso al frente y le tendió un ramo de flores, atado con una gruesa cinta de raso.

—Para usted, señora —dijo con una voz débil como un susurro. El ramo era una mezcolanza; había flores, sí, pero también un poco de todo lo demás: hierbas, ramas verdes, incluso malas hierbas. Una extraña ofrenda para un día de bodas.

—Las han recogido ellas —dijo George al ver su desconcierto—. Por tu interés por la botánica. ¿Recuerdas que me dijiste que algún día querías escribir

un libro sobre la flora de esta zona, sobre las plantas medicinales? Cuando se enteraron Elitha y Leanne, cogieron un ejemplar de cada planta que encontraron en esta finca y te hicieron un ramo.

Tamsen había olvidado lo que le dijo. George no se echó a reír ante la idea de que una mujer escribiera un libro científico, a diferencia de algunos de los hombres que había conocido en Cullowhee. Además se había acordado y, por si fuera poco, se lo había dicho a sus hijas. Aquello era más importante para ella que el ofrecimiento de comprarle un vestido elegante.

De pronto, tanta amabilidad hizo que le entraran ganas de llorar. Pero contuvo las lágrimas y sonrió, primero mirándolo a él y luego a sus hijas.

—Muchas gracias. Ha sido un detalle precioso.

Aceptó el brazo que le tendía George. Era sólido y fuerte; aun así, Tamsen sentía que flotaba en el aire... o que se convertía en aire. Que desaparecía.

Aventuró un vistazo en dirección a Jory, pero estaba con los niños y no se percató de su mirada. En aquel momento, algo se hizo añicos en el interior de Tamsen. Tuvo una certeza.

El amor no era para todo el mundo.

Se sujetó al brazo de George para conservar el equilibrio y respiró profundamente.

—¿Entramos, señor Donner? Creo que es hora de empezar con la ceremonia.





ENERO DE 1847

## Capítulo 45

Se habían marchado todos. Ella había accedido; suponían que cuantos más fueran, más a salvo estarían. A la luz del día, habían empaquetado únicamente lo que podían cargar y habían emprendido el camino hacia el lago Truckee.

George, por supuesto, no podía llegar.

Por tanto, Tamsen se quedó atrás. No había sido tanto un pensamiento como un instinto, una necesidad.

Extendió la carne seca que les quedaba. Tres tiras, cada una del tamaño de su dedo índice. ¿Habría alguna forma de estirarlas, de que durasen un poco más? Quizá hirviéndolas para hacer un caldo...

Se sentó junto a su marido y le limpió la frente con un paño húmedo. Pasaba casi todo el tiempo inconsciente, y Tamsen no se hacía ilusiones de que pudiera recuperarse. Pensó en la ironía: la herida y la infección subsiguiente lo habían protegido de tener que presenciar lo peor. En cierto modo, su torpe y estúpido orgullo había resguardado su amabilidad.

Aun así, no se daba por vencida. Ya sabía que no era una debilidad, sino una forma de compasión, y a pesar de que cualquier esperanza de afecto la había abandonado mucho antes, tenía el palpito de que tal vez, en definitiva, la misión de su vida había sido desde el principio presenciar aquel lento declive, sentir la pérdida gradual e inexorable de una persona a la que no se había permitido querer, ni siquiera conocer.

Tenía la idea de que la muerte de George significaría algo, de que aguantaría un poco más por ella, y aquella última amabilidad, aunque no fuera intencionada, le daría una finalidad, algo por lo que seguir viviendo.

En el exterior, las hogueras que ardían a plena luz del día deformaban el sol tras un velo de humo. Incluso entonces podía oír el susurro de las pisadas: Walt Herron, uno de los arrieros, había muerto la semana anterior, y era posible que, viéndola indefensa, la manada se hubiera hecho más osada.

Había arrastrado el cadáver de Herron hasta el bosque con una manta, para dejárselo, con la esperanza de ganar así algo de tiempo. Envidiaba a George,

inconsciente; ella había tenido que escuchar toda la noche mientras se daban un banquete con el cuerpo de Herron: el crujido de los huesos, los chasquidos húmedos de aquellas lenguas horripilantes, los gruñidos animales de placer.

Cuando lo despertó para que comiera algo, George no quiso.

—Te tengo dicho que no desperdicies comida conmigo —murmuró, casi sin mover la boca.

—Tienes que aguantar un poco más —replicó Tamsen, aunque ya lo decía solo por costumbre.

—No tengo miedo de morir. —Cerró los ojos—. Deberías llevarte a los otros al campamento del lago Truckee.

No sabía que todos los demás se habían ido ya, junto con los quinientos dólares de ahorros que había puesto en manos de sus hijas. Estaba aterrorizada por haberse separado de ellas, pero le parecía más terrorífico lo que pudiera sucederles en caso contrario. Así, al menos, tendrían una oportunidad.

Pero hacía semanas que había dejado de relatar los sucesos a George, quien, desde luego, no sabía que Herron había muerto ni que sus hijas se habían marchado, y la mitad del tiempo seguía preguntando por James Reed o Charles Stanton; al parecer había olvidado que llevaban mucho tiempo apartados del grupo.

—No voy a dejarte —era todo lo que decía Tamsen.

Intentó obligarlo a tomar un poco de caldo, pero no hubo manera.

—¿Por qué te has quedado? —dijo George—. Podrías haberte salvado. —Le flaqueó la voz—. No es porque me quieras —dijo con calma, con aceptación; después cerró los ojos, como si hablar lo agotara—. Puede que no te haya dado mucho que querer.

Durante mucho tiempo, lo que más había deseado Tamsen era deshacerse de él, pero cuando se le presentó la oportunidad no fue capaz de abandonarlo; le resultaba físicamente imposible.

—Eres mi marido, George. —No era ninguna explicación, pero sabía que para él sería bastante. Se dio cuenta, sorprendida, de que estaba al borde de las lágrimas. Creía que ya había dejado atrás el llanto—. Ahora, bebe.

George murió aquella misma noche; se escabulló mientras dormía.

Puede que fueran imaginaciones suyas, pero sentada allí, junto al cuerpo sin vida que se enfriaba, le pareció oír el rumor de la manada que se acercaba a su tienda, oliendo su soledad.

Se pasó toda la noche con el fusil contra el pecho.

Al amanecer volvió a encender la hoguera al ver las extrañas huellas que parecían arrastrarse alrededor del campamento. Sacó una pala de la carreta, dispuesta a enterrar a George a tanta profundidad que los monstruos no pudieran alcanzarlo. Pero la tierra estaba congelada, dura como la roca. Le temblaban los brazos. Estuvo a punto de desmayarse por el esfuerzo, y tuvo que renunciar.

Así pues, usando la manta de trineo, lo arrastró a la hoguera. Echó unos leños más, hasta que el hilo de humo se convirtió en una gruesa columna, e hizo rodar el cadáver de su marido hasta las llamas. Se apartó; el olor era asfixiante.

Tenía que darse prisa.

No pensaba llevar nada más que el fusil y munición, y un saquito de hierbas. Escondería el resto de sus ahorros, miles de dólares, en un árbol hueco del bosque. Si sobrevivía, ya volvería a buscarlo más adelante. Cortó unas tiras del cuero que tapaba la entrada de la tienda para llevarse algo al estómago por última vez, y mientras las tragaba se decía que en el otro campamento habría comida esperándola. Panceta, galletas y una naranja, como en Navidad. Jalea de endrinas e infusión caliente de escaramujo.

También pasó aquella noche, la segunda, sin dormir, abrazada al fusil. De vez en cuando se amodorraba un poco en la silla. Alrededor de la medianoche estaba casi segura de haber oído a las bestias escarbar en la pira funeraria ya apagada, en busca de restos. Disparó unas cuantas veces en esa dirección, con la esperanza de ahuyentarlas.

Por la mañana se envolvió en la mejor manta, se echó el fusil al hombro y empezó a caminar siguiendo el arroyo.

## Capítulo 46

El sol empezaba a ponerse cuando Tamsen llegó a la orilla más alejada del lago. La escena transpiraba una tranquilidad sobrecogedora; tanta que lo primero que pensó fue que todos se habían marchado o habían muerto.

El silencio le ponía los pelos de punta.

Desde allí podía ver, a lo lejos, las grandes fosas ennegrecidas que señalaban antiguas hogueras, igual que en Alder Creek. Las carretas que quedaban parecían abandonadas: las cubiertas estaban desgarradas, destrozadas por la exposición a los elementos. Aquello parecía una ciudad fantasma; una ciudad fantasma hostil, como si el silencio fuera el eco de una voz airada. ¿Habría cometido un error?

Le llegaba un mareante olor a podrido. Se sentía débil, y tuvo que apoyarse en un árbol enclenque para combatir las náuseas. ¿Dónde estaba toda la gente? Si habían muerto, ¿dónde estaban los cadáveres?

Llegó a la primera cabaña, separada de los cobertizos por un grupo de árboles. Dentro estaba todo revuelto: había ropa de vestir y de cama, toda llena de pulgas, desperdigada por el suelo, así como baúles abiertos y volcados. Esperaba encontrar a alguien dentro, uno o dos niños enfermos que aguardaban el regreso de sus padres con madera o agua. Recogió una Biblia de bolsillo, tirada entre los trastos. «Para Eleanor, con cariño de su tía Minnie —ponía en la guarda—. Que te sirva de solaz».

Entonces lo vio: el fusil de Keseberg. Era inconfundible; lo había visto muchas veces en sus manos, cuando iba con él como quien no quiere la cosa para recordar a los demás que guardaran las distancias. Se le aceleró el corazón mientras examinaba los objetos de la cabaña. ¿Keseberg le habría hecho algo al resto del grupo? ¿Por eso estaba todo tan callado? Volvió a sentir náuseas, pero las contuvo y siguió inspeccionando metódicamente. Igual encontraba al fin algo de comer: raciones que Keseberg hubiera robado a los otros, carne seca, lo que fuera. Estaba temblando, muerta de frío; actuaba por puro instinto de supervivencia. Cogería lo que quedase y saldría en busca de señales de vida en las chozas improvisadas, de indicios del paradero de sus hijas.



Pero no dio con nada de comer. Lo que sí encontró, bajo un montón de palitos, como si lo hubieran escondido a propósito, fueron unos papeles atados con una cinta de cuero. Sabía que debía darse prisa, que debía salir de allí, pero una terrible sospecha le impedía moverse. Estaba anocheciendo y había muy poca luz en la cabaña, pero entrecerró los ojos y, con manos temblorosas, levantó los papeles para ver qué eran. Cartas.

Una carta tras otra, todas enviadas por Edwin Bryant a Charles Stanton. ¿Cuánto tiempo llevarían escondidas? Le costaba ver en la oscuridad y pensó que serían alucinaciones, pero algo la obligó a abrirlas, una por una.

Las primeras eran advertencias apremiantes sobre los peligros de la ruta: «Dad media vuelta; evitad el atajo de Hastings»; después se hacían más erráticas, con descripciones de leyendas sobre espíritus y criaturas que se alimentaban de carne humana.

Tamsen se estremeció. Bryant lo sabía. Conocía su existencia.

La verdad le provocó una sacudida que empezó en las yemas de los dedos. Era lo que ella sospechaba, pero verlo escrito era como si le cayera una losa en el estómago.

Siguió leyendo. En sus últimas cartas, Bryant calificaba a las criaturas de hombres enfermos, y hablaba de una especie de contagio.

Pensó en todo lo ocurrido. Halloran había estado comportándose de forma extraña desde que su perro mordió a Keseberg. ¿Hasta él habría contraído la enfermedad, en una etapa tan temprana de la expedición?

*Keseberg.*

Lewis Keseberg también lo sabía.

Había guardado las cartas, ocultándoselas a los demás.

Pero ¿por qué? Nunca le había gustado Keseberg; sabía que no era de fiar. Aun así, ¿qué podía ganar al impedir que el resto del grupo supiera la verdad sobre aquella dolencia?

Entonces oyó crujir la vieja puerta de madera. Giró en redondo.

Con un grito contenido, dejó caer las cartas y estuvo a punto de chocar con la pared que tenía a su espalda. Keseberg estaba en el umbral. Tamsen pensaba que, tras pasar semanas varada en Alder Creek, se sentiría eufórica al ver a otra persona, a cualquier miembro de la caravana, incluso a Peggy Breen. A cualquiera menos a él.

La última luz del día le iluminaba los hombros, y desde donde estaba Tamsen, acurrucada en una esquina de la cabaña, parecía aún más corpulento de lo que

recordaba.

Llevaba un hacha en la mano. Había estado cortando leña, quizá para las hogueras. Era posible que los demás siguieran con vida. Tal vez, tal vez... Se le aceleró el pulso, y su mente se negaba a formular un pensamiento coherente.

—Vaya, vaya, señora Donner. Ha vuelto —dijo con una sonrisa.

Tamsen se apartó hasta quedar con la espalda contra la pared más alejada, pero estaba confinada en un estrecho espacio, a poco más de un metro de aquel hombre.

—Supongo que ya conoce mi secreto —dijo Keseberg, señalando las cartas con la cabeza—. Llámeme sentimental, pero no fui capaz de quemarlas. No sabía cuánto tiempo podría tenerlas a salvo de los curiosos, pero los ataques de criaturas salvajes sedientas de sangre tienden a distraer a las multitudes.

Tamsen tenía el estómago revuelto. Le costaba reprimir las ganas de vomitar.

—¿Qué...? ¿Qué ha hecho con los demás? —le preguntó—. ¿Dónde están?

Keseberg suspiró.

—Sus hijas están bien. Sabe que tengo debilidad por las chicas guapas.

Tamsen sintió la tentación de lanzarse contra él y arañarle la cara, pero tenía demasiado miedo.

—Los Breen... —Keseberg continuó enumerando metódicamente al resto del grupo—. Unos cuantos niños, el padre y la madre. Doris. Aún quedamos bastantes, casi cuarenta.

—Pero el campamento está en silencio.

—Saben que es mejor no salir. Eso hemos acordado. Para que estén a salvo.

—Para que estén a salvo —repitió Tamsen, aturdida. A salvo de las criaturas, por supuesto. A eso se refería.

Un alivio precavido empezó a abrirse paso en su interior. Estaban vivas. Keseberg era un mentiroso y un tramposo, pero ¿por qué iba a mentir sobre eso?

Estaban un poco más allá, junto al lago. Tan cerca... Si gritaba, la oirían, y en un momento volvería a tener a las niñas entre sus brazos.

—Entonces ha mantenido apartadas a esas... cosas horrendas —dijo con precaución—. ¿Cómo?

—Con hogueras. Iba a prender las de esta noche.

Tamsen asintió lentamente y empezó a ponerse en pie.

—Debería ir a ver a las niñas.

Intentó rodearlo para atravesar la puerta y salir al frío; la luna ya alcanzaba la nieve y todas las superficies despedían un débil resplandor azul.

Estaba a punto de gastar sus últimas energías en atravesar los pocos cientos de metros que la separaban de los cobertizos cuando algo —no habría sabido decir qué era, como una intuición que sintió en lo más hondo— hizo que diera media vuelta de nuevo.

Keseberg seguía en el umbral, mirándola. Tamsen le observó la cara, bañada por la luz de la luna. Mostraba aquel aire lascivo que siempre la había puesto nerviosa, pero en su expresión había algo más que no sabía cómo definir. Podría haber dicho que era soledad. Entonces reparó en lo que le resultaba inquietante: Keseberg no parecía hambriento. No había perdido mucho peso y no había sufrido excesivamente.

Bajó la vista al hacha. El filo estaba cubierto de sangre.

Dio un paso atrás.

—Espera, Tamsen. —La voz de Keseberg cruzó el aire frío con toda la calma.

Tamsen se volvió e intentó correr; atravesó unos matorrales, pero entonces tropezó con algo y cayó de rodillas. Era un palo grande y largo, tirado en la nieve.

No. Un hueso humano.

Se echó a llorar; las lágrimas ardientes se le congelaban de inmediato al llegar a las mejillas.

Había visto demasiado. Había llegado demasiado lejos.

—No es lo que piensas —dijo Keseberg, con un tono de advertencia en la voz.

Tamsen miró a su alrededor. Cerca tenía un montículo que al principio le había parecido de nieve, pero ahora veía que era algo distinto: una pila de cadáveres, todos congelados, hinchados y azules.

En la base de la pila yacía una mujer diminuta, destrozada, en una postura antinatural. Muerta, como los demás. Tenía un profundo corte en la frente, pero no sangraba.

Tamsen se obligó a examinar el cadáver. Era Elizabeth Graves, afeada por la muerte, con unos ojos que miraban el cielo sin verlo.

El mundo se tambaleó bajo ella. Se dijo que no podía desmayarse. De repente, Keseberg estaba de rodillas a su lado.

La rodeó con un brazo.

—¡Fuera! —gritó, intentando apartarlo.

—Tamsen, Tamsen... —empezó.

—¡No! —gritó, y se puso a avanzar por la nieve a cuatro patas.

Lo tenía muy cerca y su olor era repugnante, como si exudara algo hediondo por los poros. La sujetó del tobillo y la derribó en la nieve.

—No estoy orgulloso de eso —explicó Keseberg—, pero no veía otro remedio.

Tamsen intentó apartarlo a patadas y liberarse.

—No voy a hacerte daño, putilla —dijo Keseberg—. Tampoco he hecho ningún daño a los demás. Escúchame, Tamsen. —La agarró fuertemente.

Tamsen temblaba, lloraba en silencio, y sentía rígida la piel de las mejillas por el hielo que se acumulaba en ellas.

—Bryant estaba en lo cierto sobre esa enfermedad —prosiguió el hombre—. Lo sé muy bien; la llevo dentro. Es como una maldición, ¿sabes? Pero no soy como esas cosas que vagan por la noche.

—Suéltame —dijo Tamsen entre dientes, y de nuevo intentó liberar la pierna.

—Cuando me hayas escuchado. Yo hice..., hice *eso*. —Su mirada recayó en el rostro de la señora Graves—. Yo los despiecé y los amontoné, a los muertos. Era necesario. No nos queda comida, Tamsen. Absolutamente nada. Todos van a morir. Ya habrían muerto de no ser por mí. Los he salvado a todos, ¿lo entiendes? Gracias a eso, tus hijas y yo seguimos con vida.

—No lo entiendo.

—No lo harían por su cuenta. Jamás aceptarían. Es antinatural. Está mal. Pero es la única forma de sobrevivir. Tienen que comer algo; todos tenemos que comer. Pero no tienen por qué saber de qué se trata. Se quedan en los cobertizos y así no tienen que verlo. No tienen que creerlo. —Le brillaban los ojos como si estuviera orgulloso de la solución y de su heroísmo.

Tamsen sabía qué decía. Le gustaría no entenderlo, no tener que imaginar la realidad.

Estaba alimentando a los vivos con los muertos. Carne humana. Y no lo sabían.

—Mis hijas. Y Elitha, y Leanne...

—Como te he dicho, todas están vivas. Aunque Elitha está enferma. Puede que sea la próxima en caer. —Miró de nuevo hacia la montaña de cadáveres, y Tamsen, asqueada y horrorizada, se dio cuenta de que se imaginaba cortando el cuerpo de Elitha, saciándose con él, dándoselo a comer a los demás. Se le iba la cabeza y el estómago se le encogía, dolorido.

—He mantenido a raya a las criaturas —continuaba Keseberg—. De vez en cuando les dejo algo de comer, lo suficiente para que no se acerquen demasiado

al campamento. Lo tengo todo estudiado y controlado.

Tamsen recordó con repentina claridad como los otros hombres, muy al principio de la expedición, empezaron a negarse a jugar a las cartas con Keseberg. Según decían, no era solo que hiciera trampas; era que memorizaba todas las manos que se jugaban.

—Sé que tenemos para subsistir un mes —prosiguió—, aunque quedan por lo menos seis u ocho semanas hasta que los pasos se despejen lo suficiente para poder atravesarlos. Tendremos que perder al menos a uno más.

La soltó y se subió una manga. A pesar de la oscuridad, Tamsen distinguió heridas sangrantes, zarpazos, magulladuras, marcas de mordiscos.

—Sea lo que sea lo que transmiten esas criaturas, a mí no pueden infectarme. Estoy a salvo. Por eso depende de mí. Depende solo de mí.

Tamsen había dejado de llorar.

Había empezado a escuchar, con una calma sobrecogedora.

—Puede que haga falta un demonio para contener a los otros —dijo Keseberg, e hizo una pausa. Tenía los ojos brillantes por las lágrimas—. Lucifer era un ángel al principio. No lo olvido nunca.

Keseberg había probado la carne humana cuando aún estaba en Illinois, con un tío suyo que más tarde desapareció mientras buscaba oro en el Oeste. Le había cogido el gusto; en realidad la ansiaba, aunque sabía dominarse, y le causaba repugnancia incluso sentir el deseo. Se encontró con que el sabor de la sangre humana, lejos de saciarlo, le despertaba una avidez mayor.

Tamsen nadaba entre sus palabras como un niño por la niebla. ¿Se había caído y se había golpeado la cabeza? ¿O acababa de despertar de un desmayo? No importaba; ya estaba de nuevo en la cabaña, aunque no recordase cómo había llegado. No veía el fusil que había llevado de su campamento; sin duda lo tenía él. Estaba sentada en la nieve, ladeada como una muñeca rota, y tenía a Lewis Keseberg acuclillado junto a ella, mirándola de cerca como si estuviera preocupado por su salud.

—Durante un tiempo pensé que eras como yo —dijo Keseberg—. Oí hablar de ti, allá en Springfield. Así que te llevaste a la cama al doctor Williams, y luego a un buen hatajo más. Me decía: «Esta sí que es una hembra que sabe lo que quiere y no tiene miedo de ir a por ello».

—No me parezco a usted en nada —dijo Tamsen. Le sabía a hierro toda la

boca.

—Nos parecemos más de lo que crees. Cogemos lo que queremos, tú y yo. Hacemos lo que haya que hacer. —Le sonrió, pero se equivocaba. Nadie sabía que lo que había querido durante tanto tiempo que el deseo la había roto por la mitad la había vuelto incapaz de amar, casi hasta de sentir.

Nadie sabía quién le había robado el corazón, y nunca lo había devuelto.

Ni siquiera Jory.

Porque ¿cómo confesar a su propio hermano que siempre había sido él?

—No —respondió a Keseberg—. Yo no cojo lo que quiero. No soy como usted; ni remotamente. Todo, todo lo que he hecho ha sido por otros. Por mantener a salvo a mis hijas. Y se lo demostraré.

—¿Qué quiere decir?

—Voy a ayudarlo.

Se quedó en la cabaña. Si salía, si veía a sus hijas por última vez, sabía que flaquearía. Que quedaría destrozada. De modo que obligó a Keseberg a dar su palabra de que no diría que la había visto. De que nunca hablaría de lo que iba a ocurrir.

Aquella noche, después de que Keseberg encendiera las hogueras, Tamsen mezcló sus últimas hierbas somníferas: lavanda, camomila, menta y, por último, unas gotas de láudano. Lo revolvió con hielo derretido de la superficie del lago, se lo bebió y esperó a que le llegara el sueño.

Cuando empezaba a adormilarse, Keseberg se le acercó.

—Esperaré a que se duerma, tal como le he prometido —dijo, y Tamsen sabía que lo cumpliría.

—Asegúrese... —repitió de todos modos—. Asegúrese de que va para ellas en primer lugar. Asegúrese de que va para las niñas.

Keseberg asintió.

Se sentó en el suelo frente a ella, a la espera, acunando el hacha en los brazos.

Los ojos de Tamsen se abrían y se cerraban, se abrían y se cerraban. La cabaña había desaparecido, sustituida por los trigales que veía por las ventanas de la casa de su hermano. El cielo de finales de verano se doblaba, bajo y azul y ancho y azul, sobre el trigo oscilante, agitado por una ola tras otra. Todo un mar de oro. Oyó risas de niños. Notó una chispa de un sentimiento que no había conocido desde que era joven. Y, al fin, se quedó dormida.

## Epílogo

*Marzo de 1847*

James Reed estaba a la mitad de la cordillera cuando, de pronto, el gran alazán castrado que montaba cedió bajo él y se hundió en la nieve. Durante un momento temió que los dos acabaran despeñados.

Hasta el último centímetro del camino era traicionero desde que había salido del fuerte Sutter. Si no era la profunda nieve aguada, era un barro resbaladizo que cubría los cascos de los caballos. Una época del año horrida y húmeda. Pero no había más remedio; quedaba descartado esperar a que mejorase el tiempo para emprender el rescate. Ya temía haber tardado demasiado.

Arreó a su reticente montura; una hilera de hombres a caballo y mulas de carga serpenteó tras él.

A siete días del fuerte Sutter, la nieve llegaba a los caballos por la cruz. Saltaba a la vista que tendrían que continuar a pie, lo que significaba que tendrían que renunciar a parte de los apreciados suministros que tanto se había esforzado Reed por conseguir; era una contrariedad, pero no se podía hacer nada. El resto lo colgaron de los árboles para reabastecerse en el camino de vuelta. Los fardos, atados a las ramas, parecían nidos contrahechos. En aquel momento se hizo una promesa: cuando volviera a pasar por allí, iría con su familia. Margaret, Virginia, Patty, el pequeño James, Thomas.

La promesa de aquel reencuentro era lo que lo había impulsado a seguir adelante durante los duros meses de exilio. No habría durado ni una semana si su hijastra Virginia no se hubiera escabullido del campamento para proporcionarle un caballo y víveres para el camino. Chica lista; con solo trece años ya sabía qué hacer. El hatillo contenía comida de sus menguadas reservas: carne seca, grosellas, huevos duros y una cantimplora con la última cerveza de la familia. Tuvo que luchar contra las lágrimas mientras le daba las gracias.

—Siempre nos has tratado como un buen padre —le dijo Virginia al tenderle las riendas.

Cuando Reed llegó al fuerte Sutter, a finales de octubre, ya soplaba un viento

frío del norte. El fuerte Sutter era grande y sólido, con gruesos muros de adobe y un cañón; sin agujeros en la pared, como en el establecimiento de Jim Bridger. Sutter tenía un par de docenas de payutes, miwok y mexicanos que trabajaban para él, y un flujo constante de colonos de las inmediaciones acudía a él a diario en busca de suministros, el correo y las últimas noticias.

Reed se llevó una gran alegría al encontrarse a Will McCutcheon, casi recuperado; se ganaba la vida trabajando para Sutter. Entre los dos convencieron al dueño del fuerte para que les cediera un par de mulas y unos cuantos víveres, aunque los advirtió de que no conseguirían superar las montañas.

Tenía razón. Ya había llegado el invierno en los lugares más elevados, y casi habían llegado al paso cuando tuvieron que aceptar la derrota y dar media vuelta.

—Estará cubierto de nieve hasta febrero —le dijo Sutter; así, cuando el batallón California pasó por el fuerte reclutando soldados para combatir contra México, Reed se alistó. Había estado en el Ejército durante la guerra de Halcón Negro, y eso sabía hacerlo.

En Yerba Buena, cuando se juntaba gente, hablaba de la expedición varada en las montañas y solicitaba donativos. Fue allí donde se enteró de que unos cuantos supervivientes habían llegado al fuerte Sutter. Citaban a William Eddy en media docena de periódicos, relatando las penalidades a que se habían enfrentado: hambre, fuertes nevadas y una extraña enfermedad que se cebaba en los hombres y los convertía en monstruos, tal como actúa la rabia en los perros, a los que vuelve violentos y sedientos de sangre.

*Sedientos de sangre.* Reed pensó en el niño de los Nystrom, en los desvaríos de Hastings, en el cadáver del joven indio atado entre los árboles.

Según los periódicos, ya se estaba formando una partida de rescate. Decidió encabezarla.

Sin embargo, cuando bajaron por el paso, Reed no vio ni rastro de las cabañas; no había la menor señal de vida. Hasta el lago era invisible. Lo único que tenía delante era un valle blanco; unos cuantos pinos sobresalían de la extensa capa de nieve. Sospechosamente, parecían la parte superior de árboles mucho más altos.

Mientras bajaba, la superficie del lago asomó entre los montículos nevados; después se empezaron a apreciar irregularidades en el blanco uniforme. Un cuadrado marrón que podría formar parte de una cabaña en ruinas. Débiles columnas de humo que se alzaban al cielo. Un campamento.



El último tramo fue exasperantemente lento. Tenía que avanzar con los ojos casi cerrados para protegerse del resplandor que lo cegaba. Resistió el impulso de acercarse corriendo; solo conseguiría agotarse. Si había llegado hasta allí, era a base de disciplina, y así recorrería el resto del camino.

Vio indicios de vida; por doquier había pruebas de actividad, de supervivientes..., pero ni un ser vivo. Ni humanos ni gritos ni ganado; ni tan solo un caballo a la vista. Alrededor de las cabañas había grandes círculos ennegrecidos por las hogueras. Casi se oían los ecos del silencio.

Mientras se acercaba a la primera cabaña lo asaltó un miedo profundo y reverberante, como una campana interior que le resonara en todo el cuerpo. De repente sintió vergüenza ante los hombres que había contratado; temía encontrar muerta a su familia y desmoronarse. Porque los quería; tenía que creerlo. Por eso estaba allí; daba igual que los colonos lo hubieran repudiado.

«Escápate conmigo», le había propuesto en una ocasión Edward McGee, pero le había contestado que no. Edward, dolido, montó en cólera, con la soberbia de la juventud; lo acusó de no querer a su familia por miedo, pero no era aquello lo que lo movía. No se ocultaba; era lo que McGee no entendía. Los quería de verdad, a su manera. Quizá sintiera que el amor que le devolvían era distinto, más duradero y clemente, que el que encontraría en Edward McGee. Y estaba en lo cierto, ¿no era así?

Pero Edward McGee ya no tenía importancia. Lo ocurrido con John Snyder tampoco cambiaba nada. Reed había pensado en otros tiempos que el amor se parecía a la pasión, pero ya sabía que era completamente distinto; se trataba, quizá, de una especie de fe.

Dado el silencio del valle, estaba convencido de que se encontraría la cabaña vacía; quizá los periódicos hubieran cometido un error o Sutter los hubiera enviado al lugar que no era.

Abrió la puerta de un empujón y estuvo a punto de gritar. Una pila de calaveras le devolvió la mirada desde la hedionda penumbra.

No calaveras; casi calaveras. Personas tan famélicas que parecían esqueletos. Una de ellas se agitó y soltó un débil gruñido.

El terror y la esperanza invadieron a James Reed en una oleada mareante. Los había encontrado; al menos a algunos de ellos. Estaban vivos.

Entonces, una voz rasgada salió de la oscuridad. La voz de una mujer, joven, casi irreconocible.

—¿Padre?

Era Virginia. Su hija. Ya le distinguía los rasgos, a pesar de que el hambre los había transformado; sobresalían los dientes en una cara chupada. Hubo una pausa; no estaba seguro de poder soportar la emoción que le arraigó en la garganta. Pero después fue como si una intensa luz se encendiera en su interior, y estuvo seguro, más seguro que en toda su vida, de que sí que entendía qué era el amor.

Cayó de rodillas y tendió una mano.

## Agradecimientos

Los lectores familiarizados con la trágica historia de la expedición Donner se darán cuenta enseguida de que me he tomado muchas libertades al adaptar el material a la ficción. Se han respetado los nombres, lugares y fechas, pero se han modificado muchas más cosas para ajustarlas a la narración. Incluso he añadido personajes completamente ficticios: Walton Gow, el mentor de Edwin Bryant, no existió en realidad, aunque sí extirparon el apéndice a Davy Crockett durante su legislatura en Tennessee. Thomas, el malhadado amor de Elitha, se basa en John Baptiste Trudeau. Pensaba utilizar su nombre, pero cuando la trama impuso cambios para evitar conflictos con la historia de Trudeau, decidí crear un personaje que pudiera amoldarse a las exigencias de la narración; por ello, Trudeau no aparece en la novela.

Debo dar las gracias a Tiffany Morris por su minuciosa y culturalmente sensible lectura del manuscrito, y por facilitarme extensas notas sobre paradigmas problemáticos y tropos que se deberían evitar. Siempre es difícil incluir las actitudes, muy reales y a menudo muy perniciosas, de aquel periodo histórico, en especial en lo relativo a los pueblos indígenas y su cultura, sin *perpetuar* ni defender en modo alguno esos puntos de vista. Las actitudes frecuentemente problemáticas que demostraban en sus textos algunos colonos blancos hacia los grupos de nativos norteamericanos no reflejan pensamientos ni sentimientos míos o del equipo.

Por supuesto, incluso una «reelaboración» de un hecho histórico requiere una investigación considerable. Mucho se ha escrito sobre la tragedia de la expedición Donner, lo que resulta a la vez una bendición y una maldición. Una bendición porque normalmente se encuentra la respuesta a cualquier pregunta si se sigue escarbando; una maldición porque el material por el que se puede escarbar es interminable. Si desean más información sobre los hechos reales, les recomiendo los dos libros que más consulté: el excelente *The Donner Party Chronicles: A Day by Day Account of a Doomed Wagon Train (1846-1847)* («Crónicas de la expedición Donner: Narración día por día de una caravana

condenada (1846-1847)»), de Frank Mullen Jr. (Halcyon, Nevada Humanities Committee) y *Desperate Passage: The Donner Party's Perilous Journey West* («Travesía desesperada: El azaroso viaje al Oeste de la expedición Donner»), de Ethan Rarick (Oxford University Press). Además pude absorber algo del sabor de la época en *Covered Wagon Women: Diaries and Letters from the Western Trails, 1840-1849* («Mujeres de las carretas cubiertas: Diarios y cartas de las rutas del Oeste, 1840-1849»), edición de Kenneth L. Holmes (University of Nebraska Press). También me gustaría dar las gracias al personal del Donner Memorial State Park de Truckee (California) y del Fort Bridger State Historic Site (Wyoming) por su hospitalidad durante mis visitas.

Esta novela es en realidad un esfuerzo conjunto, el producto de una estrecha colaboración con Lauren Oliver y Lexa Hillyer, de Glasstown Entertainment. Gracias también a Jessica Sit, la revisora y correctora de Glasstown, cuyas aportaciones hicieron de esta novela lo que es, así como a Lynley Bird y Emily Berge por sus concienzudas lecturas.

También doy las gracias de todo corazón a Sally Kim, de G. P. Putnam's Sons, la revisora y correctora más amable y diestra que pueda desear un escritor, y a mi agente, Richard Pine; a Eliza Rothstein y a Stephen Barbara, agente de Glasstown, por sus buenos consejos y su paciencia. Por último, doy las gracias a Howard Sanders y Jason Richmond, de la United Talent Agency, por su esfuerzo por acercar *El hambre* a la gran pantalla.

Título original: *The Hunger*

Esta edición se ha publicado por acuerdo con G. P. Putnam's Sons, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Edición en formato digital: 2019

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Copyright © 2018 by Alma Katsu and Glasstown Entertainment LLC

© de la traducción: Natalia Eva Cervera de la Torre, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-474-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)